

EL CASO CHESTER



UN THRILER DE AMOR, TRAICION, CORRUPCION Y BLANQUEO DE CAPITALES



ALBAI

CASO CHESTER

ALBERTO GALO



ALBAI

Primera edición diciembre 2023

Diseño de la portada: Albai

Foto portada: www.sofahogar.com

Acerca del autor

Nací en Madrid y jamás pensé que escribiría un libro. Siempre me incliné más hacia el mundo de la ciencia que hacia la literatura; sin embargo, tantos años de creatividad en el ámbito del marketing han desarrollado mi faceta creativa.

"El Caso Chester" surgió por casualidad, a partir de notas que poco a poco tomaron forma de historia. Esta historia la fui puliendo hasta convertirla en este libro, que espero te entretenga y divierta.

"El Caso Chester" es parte de una trilogía, la cual espero también capte tu interés. Son historias independientes que comparten los mismos protagonistas en situaciones distintas: "Todo Es Mentira, Esa es la Única Verdad" y "No me Llames Baby", ambas ya escritas y en proceso de ultimar detalles.

En este libro encontrarás numerosas notas al pie, referencias a mi página web. Estas hacen alusión a situaciones que pueden resultar desconocidas para lectores no españoles, o a curiosidades que pueden satisfacerse en www.albertogalo.com. Allí podrás leer más sobre estas notas y estar al tanto de las muchas novelas que están por venir.

Gracias y disfrútalo.

Alberto Galo

Dedicatoria

A mi madre, quien, con su infinita paciencia, me enseñó a leer cuando mis profesores, al no detectar mi dislexia, desistieron.

A mi padre, a quien seguro le hubiera encantado leer este libro.

Para Alicia, el complemento de mi vida y razón para seguir escribiendo.

A mis “bípatidos”, Álvaro y Hugo.

A toda mi familia.

Para el pueblo de Ucrania: que esta infame guerra termine pronto.

Agradecimientos

A mi prima Isabelle Alonso, escritora consagrada, quien fue la primera persona en leer este libro y me brindó sus valiosos consejos.

A Almudena, que me alentó a seguir adelante con este el libro.

A Santi, quien, ya sea por suerte o desgracia, fue la razón por la que me aventuré en esta apasionante travesía.

ÍNDICE

EL CASO CHÉSTER

Un thriller de amor, traición, corrupción y blanqueo de capitales.

Pablo Vírseda tenía una vida perfecta, quizás demasiado perfecta. Por una traición, se vio envuelto en una trama en la que lo perdió todo.

¿Será capaz de salir del embrollo?

Alberto GALO

PRIMERA PARTE

1 UN MAL PRESAGIO

Viernes ocho de abril de 2022, ocho y media de la mañana.

Hoy prometía ser un viernes perfecto, un día de trabajo lúdico, lejos del estrés que a menudo se experimenta en otros días, y el preludio de un hermoso fin de semana de primavera.

La ligera neblina matinal se disipaba gradualmente, revelando el intenso verde del primer hoyo del campo de golf. Pablo preparó su bola en el tee de salida; era una bola nueva y las pequeñas hendiduras de su superficie brillaban al reflejar los primeros rayos de sol. Realizó algunos swings de práctica, visualizando mentalmente la trayectoria ideal hacia el hoyo 1 de 530 metros. Normalmente, completaba este hoyo en los cinco golpes correspondientes al par. Se posicionó, tomó aire y golpeó la bola con fuerza. El sonido del palo, cortando el viento, culminó en un impacto seco, metálico y nítido contra la bola: señal de un golpe perfecto. La posición elevada del tee de salida proporcionaba una vista panorámica que daba una sensación de amplitud al campo. A más de 230 metros, la bola rebotó en el centro de la calle, rodando otros veinte metros más. En la distancia, un punto blanco destacaba en el centro de la calle.

—¡Impresionante! —dijo Héctor, uno de los jugadores.

—¡Ese es mi chico! —afirmó Marcos con entusiasmo, su compañero en la partida. Eran amigos desde la universidad y colegas de trabajo

—Si sigues jugando así, Pablo, me temo que seremos nosotros quienes paguemos la comida —comentó Fernando, el cuarto integrante de la partida.

Pablo y Marcos se disputaban la comida contra Fernando Cuevas y Héctor López. Estos dos eran importantes clientes de su compañía, y actividades como el golf les servían para estrechar la relación comercial, y vínculos.

El juego transcurría en un ambiente cordial, marcado por el buen humor y la camaradería.

—Mira qué malo eres —bromeó Fernando con una sonrisa—. ¿En cuántos golpes has completado el hoyo, Héctor?

—¡Par! [1]—respondió Héctor.

Marcos soltó una carcajada. —¡¿Par?! ¡Si has dado ocho golpes!

—Exacto —replicó Héctor con una sonrisa irónica—. Ocho, ¿es par o impar? Ahí lo tienes, es par —todos rieron.

El juego avanzaba armoniosamente hasta que, justo en la mitad del cuarto hoyo, el teléfono móvil de Marcos comenzó a sonar. A pesar de que generalmente los móviles se mantenían en silencio o no se atendían durante el juego, esta vez Marcos decidió contestar la llamada. Después de unos minutos, regresó con sus compañeros de juego.

—Tengo que irme, ha surgido un problema que no puede esperar—dijo Marcos—continuar sin mí.

Pablo frunció el ceño, preocupado. Era inusual que Marcos abandonara una partida tan importante de repente.

—¿Es algo serio? —preguntó, pensando en la empresa en la que ambos desempeñaban roles fundamentales, o incluso en asuntos familiares, dada la estrecha relación que tenían con sus respectivas familias—. ¿Necesitas que te ayude en algo?

Pero Marcos, sin entrar en detalles, solo esbozó una media sonrisa.

—¡Ya te enterarás, Pablo! —le dijo, dándole una palmada en el hombro.

Pablo se quedó pensativo. Si se va, es porque es urgente o grave. Si es urgente o grave, no sonríes, pones cara seria de preocupación. Y, sobre todo, ¿qué significaba ese “ya te enterarás”?

En el siguiente lanzamiento, Pablo falló; la pelota se fue fuera de la calle. Su mente, sin duda, estaba más enfocada en el extraño comportamiento de Marcos que en el juego. Luego, se encaminó hacia la casa club. Pablo, Fernando y Héctor López, un tanto desconcertados, continuaron el juego hasta el final.

Después de completar la partida, se dirigieron a la casa club, también conocida como “hoyo 19”, para disfrutar de las tradicionales cervezas merecidas.

—Pablo, cada vez juegas mejor —dijo Fernando, poniéndole la mano en el hombro y expresando su admiración.

Pablo asintió en agradecimiento—. Ha sido un placer compartir la partida con vosotros. Me ha sorprendido y lamento que Marcos haya tenido que marcharse.

Héctor, con un gesto comprensivo, propuso: —Dado que Marcos ha tenido que irse, ¿qué les parece si reprogramamos la

comida para otro día?

Los otros dos estuvieron de acuerdo. Era más sensato reunirse cuando los cuatro pudieran estar presentes. Además, discutieron la idea de mezclar las parejas en el próximo encuentro, ya que era evidente que tanto Pablo como Marcos tenían una ventaja en habilidad sobre los otros dos.

Pablo echó un vistazo a su teléfono en busca de notificaciones o mensajes, pero la pantalla estaba vacía. Lo que sí llamó su atención fue una notificación en la parte superior que decía: "Sin señal". Era inusual no tener cobertura en esa zona, pero decidió no darle demasiada importancia en ese momento. Se despidió de sus amigos con la intención de solucionar el problema en su coche, donde quizás tendría mejor recepción o podría reiniciar el dispositivo si fuera necesario.

Una vez dentro del coche, un Porsche 918 Boxster GTS de color negro, Pablo conectó el teléfono para verificar si podía realizar las llamadas pendientes. Primero, quería comunicarse con su secretaria para estar al tanto de las últimas novedades en el trabajo y para informarle que, pese a la cancelación del almuerzo, optaría por tomarse la tarde libre. Además, tenía la intención de llamar a Marcos para entender los motivos que le llevaron a retirarse precipitadamente del juego. Por último, planeaba comunicarse con Babi, su esposa, para ponerla al corriente del cambio de planes. Ambos tenían previsto dirigirse esa tarde a Segovia, con la idea de disfrutar del fin de semana en el Parador y relajarse en su balneario. Era una tradición para ellos sumergirse en los placenteros baños, pasear por los frondosos bosques de Valsaín y los encantadores jardines de La Granja de San Ildefonso[2]. No faltaban sus recorridos por las fuentes y, cómo no, degustar el renombrado cordero o cochinillo asado de Segovia.

Dadas las circunstancias, aprovecharían y se irían al mediodía. Una vez que Pablo conectó el teléfono al coche, presionó el botón para hacer una llamada. Sin embargo, en lugar del tono habitual, escuchó uno inusual. En la pantalla apareció un mensaje: "Línea fuera de servicio. Para urgencias, marque el 112". Pablo frunció el ceño, desconcertado. Después de todo, se trataba del teléfono corporativo y, además, eran clientes VIP.

Pablo pensó en pedirle el teléfono a Fernando o Héctor, pero se dio cuenta de que ya se habían marchado. A pesar de su preocupación, decidió posponer las llamadas hasta su llegada a casa.

Arrancó el motor del coche y, tras un sonoro bramido del escape, salió por la puerta del club. Para Pablo, el trayecto desde el club de golf hasta su casa era un cúmulo de sensaciones placenteras.

Siendo un apasionado de los automóviles, no necesitaba ir a gran velocidad, el rugido del motor y las vibraciones que transmite un deportivo le generaba una gran descarga de adrenalina. Como amante de la música, el equipo de sonido del vehículo reproducía una de sus listas de reproducción favoritas. La sensación de libertad y expansión de conducir un coche descapotable es particularmente gratificante cuando se entra a Madrid por el noroeste, a través de la cuesta de las perdices. Pasado el hipódromo, uno se encuentra con tres frondosos panoramas forestales: a la izquierda, los Bosques del Pardo; al frente, el Real Club de la Puerta de Hierro, y a la derecha, la Casa de Campo.

Desde lo alto, el perfil de la ciudad de Madrid se extiende majestuosamente de norte a sur. Hacia el norte, destacan las Cuatro Torres: cuatro edificios de alturas similares, con entre cincuenta y sesenta plantas, erigidos a principios del siglo XXI. Desplazando la mirada hacia la derecha, emergían siluetas más clásicas como la Torre Picasso y la Torre Europa, ambas producto de la arquitectura de los años ochenta. Más al centro, se imponían la Torre España y la Torre de Madrid, que durante décadas ostentaron el título de los rascacielos más altos de Madrid, edificados en los años cincuenta. Y, como si estuviese asomado a un balcón que mirara directamente a los jardines de Sabatini, se remontaba al siglo XVIII con la majestuosidad del Palacio Real y la Catedral de la Almudena.[3]

Madrid se encuentra entre las diez ciudades del mundo con más jardines y zonas verdes. Por ello, aunque implique un trayecto un poco más extenso, Pablo prefiere desviarse ligeramente para sumergirse en el Madrid más clásico. Disfruta recorriendo el parque del Oeste y pasando junto al Templo de Debod, una joya egipcia del siglo II a. C. que fue donada a España por el gobierno egipcio. No puede dejar de admirar el Palacio Real y la imponente Catedral de la Almudena en su ruta.

Otra de las experiencias que más aprecia Pablo es el trayecto por la Gran Vía. Esta emblemática calle está flanqueada por majestuosos edificios erigidos a principios del siglo XX, con influencias del estilo modernista y Art Deco. Es especialmente cautivador observar las últimas plantas de estas construcciones, que se adornan con detalles ornamentales: desde frontones, cornisas y cúpulas hasta miradores y esculturas, todos ellos desbordando belleza y grandiosidad.

Pablo recorrió varias calles hasta llegar a un edificio céntrico adyacente al parque del Retiro de Madrid. Este parque, situado en pleno centro, es uno de los más emblemáticos y visitados de la ciudad, y se encuentra cerca de reconocidos lugares como el Museo del Prado y la Puerta de Alcalá[4]. En un renovado edificio de principios del siglo

XX, dotado de todas las comodidades modernas, estaba el hogar de Pablo y Babi.

El edificio presenta una fachada imponente que combina elementos clásicos y modernistas. Está elaborada en piedra caliza, con destacadas ornamentaciones finamente detalladas y talladas a mano. La planta baja albergaba la entrada principal, con puertas de madera maciza meticulosamente talladas. Este acceso, que en su día sirvió como paso para coches de caballos, se ha convertido en la actualidad en la entrada al garaje subterráneo. Este espacio se obtuvo durante la profunda remodelación realizada por el suegro de Pablo, Bernardo Cano, un destacado constructor y empresario.

Con el mando a distancia, Pablo abrió la puerta del garaje. Al fondo, una plaza vacía lo esperaba. Al lado, la plaza de su esposa, que recientemente había cambiado su simpático Beetle descapotable por un imponente y lujoso todoterreno, un Range Rover de color negro.

Tomó el ascensor, que mantenía la antigua estructura de hierro forjado cuidadosamente restaurada, una joya en sí misma. Las puertas de hierro daban paso a un lujoso interior de madera noble, con cristales y espejos biselados originales. Sin embargo, la botonera presentaba un contraste evidente con el resto del ascensor, al incorporar la última tecnología en domótica: reconocimiento de voz que dirigía directamente al usuario a su planta. Adicionalmente, escáneres hábilmente integrados en el diseño clásico iluminaban y abrían las puertas automáticamente al detectar el paso.

Los laterales acristalados ofrecen una vista panorámica de la majestuosa escalera de mármol a medida que el ascensor asciende. Las vidrieras, con diseños geométricos de rombos y escenas al estilo de las catedrales, aportan una explosión de color al espacio. Además, las lámparas de estilo Art Nouveau, tanto las suspendidas del techo como las de pared, son auténticas obras de arte.

Al entrar en el ascensor, la domótica reconoció a Pablo y seleccionó automáticamente el ático como destino.

El ático del edificio es la residencia de Pablo y Babi. Cada planta del inmueble alberga dos viviendas, cada una de cuatrocientos metros cuadrados, lo que supone un auténtico privilegio en la zona más exclusiva de Madrid. El ático, sin embargo, ocupa la totalidad de una planta, extendiéndose por ochocientos metros cuadrados. Además, cuenta con una terraza adicional de quinientos metros cuadrados justo encima. Desde este espacio al aire libre, se disfrutan vistas panorámicas de trescientos sesenta grados de Madrid, incluyendo las ciento veinticinco hectáreas del parque del Retiro, ofreciendo un espectáculo visual inigualable. En definitiva, un lujo dentro de otro

lujo. La decoración del ático, realizada por el renombrado decorador internacional Lucas Gálvez en colaboración con Babi, refleja un exquisito equilibrio entre elegancia y buen gusto, sin dejar de lado la funcionalidad y el confort.

El imponente edificio, catalogado como patrimonio histórico de Madrid, enfrentaba problemas en sus cimientos. No había superado la Inspección Técnica de Edificios (ITE) del ayuntamiento, lo que auguraba una rehabilitación costosa. Las estimaciones presupuestarias para la reparación eran astronómicas. Algunos vecinos, a pesar de heredar el inmueble de generaciones pasadas, no contaban con una liquidez proporcional al valor creciente del metro cuadrado en esa prestigiosa zona. Aunque el resto de los residentes eran de posición acomodada, la propuesta de Bernardo Cano les pareció interesante.

Bernardo se ofreció a encargarse de todas las reparaciones estructurales, modernizar los ascensores, actualizar la calefacción y mejorar otros servicios, y todo esto solo por un simbólico euro. A cambio, Bernardo obtenía la superficie ganada al edificio. Esta superficie incluía parte del sótano, donde se encontraban las antiguas calderas de calefacción de carbón, las tolvas para su recepción y almacenamiento, así como una serie de rincones que habían perdido utilidad desde los años sesenta.

Profundizando un poco más en la excavación, Bernardo logró crear diez plazas de garaje, un lujo en una zona donde estas son escasas. En la parte superior del edificio ocurría algo similar, ya que había una voluminosa y antigua maquinaria de ascensor, depósitos de agua que ya no tenían sentido en el Madrid moderno, y muchos espacios inutilizados que dieron paso al lujoso ático de ochocientos metros cuadrados que ahora pertenece a Babi y Pablo, complementado con una terraza de quinientos metros cuadrados.

Una vez finalizadas las reformas, los vecinos inicialmente se sintieron aliviados y satisfechos: su emblemático edificio había sido restaurado sin costo alguno para ellos. Pero con el tiempo y tras hacer cálculos, empezaron a darse cuenta de la magnitud económica del trato. Cuando compararon el costo total de la restauración con el valor de mercado del amplio ático y las diez preciadas plazas de garaje en una zona tan exclusiva, algunos no pudieron evitar sentir que la balanza se inclinaba fuertemente a favor de Bernardo Cano.

El valor del ático y de las plazas de garaje superaba con creces la inversión que Bernardo había hecho en la rehabilitación del edificio, multiplicando al menos por cinco su gasto original. Esta revelación no tardó en generar descontento entre los vecinos

La animosidad, que inicialmente se dirigió hacia Bernardo,

pronto se extendió a su hija Beatriz Cano, cariñosamente apodada “Babi” desde que su hermano mayor intentó pronunciar su nombre sin éxito en su niñez. Al casarse con Pablo, Babi recibió el lujoso ático como regalo de bodas de su padre, quien siempre la había considerado la niña de sus ojos. Las miradas desaprobadoras y los cuchicheos se convirtieron en una constante cada vez que Babi y Pablo se cruzaban con alguno de ellos en las áreas comunes del edificio.

Pablo

Pablo, un economista nacido en una familia de clase media, destacaba por su altura de un metro ochenta y tres y su físico atlético y musculoso. Con cabello negro ondulado y ojos marrones, su rostro presentaba líneas rectas, destacando sus marcados pómulos definidos y una mandíbula marcada con un característico hoyuelo en el mentón. A pesar de su inicial timidez, una vez entraba en confianza se mostraba como alguien muy animado. Su sonrisa era su sello distintivo, y su lealtad hacia sus amigos le llevaba a ir más allá por ellos. En el plano laboral, su compromiso y habilidades profesionales le habían otorgado ascensos rápidos en su carrera.

Tuvo una infancia feliz que transcurrió en un barrio residencial de clase media en las afueras de Madrid. Su padre, Guillén, era aparejador y había trabajado toda su vida como técnico del Ayuntamiento de Madrid. Dado que terminaba temprano en el ayuntamiento, se sacaba un sobresueldo haciendo planos para pequeñas constructoras de edificios por la noche en su casa. Tenía un pequeño cuarto donde la mesa de diseño ocupaba casi todo el espacio. A menudo, Guillén trabajaba hasta altas horas de la noche, y Carmen, su esposa, solía ir a despedirse antes de acostarse mientras retiraba el cenicero lleno de colillas. Le decía: “Guillén, con tanto tabaco y tanto trabajo, un día de estos nos vas a dar un disgusto. No haces deporte, no quiero ser una viuda joven”.

Tras casi cuatro décadas entre planos, cálculos estructurales y montones de paquetes de cigarrillos, Guillén optó por la prejubilación a los 60 años debido a problemas respiratorios. Carmen, quien había dedicado su vida al cuidado de sus hijos, ahora encontraba un nuevo papel cuidando de su esposo en su salud declinante. Con los hijos ya independientes, se convirtió en la principal cuidadora de Guillén, siempre pendiente de que el respirador estuviera a mano por si lo necesitaba.

Pablo tenía una hermana con quien solía tener las habituales desavenencias fraternales. Aunque eran comunes los desacuerdos entre ellos, al final del día seguían siendo familia.

La universidad.

Cantoblanco, Madrid. Septiembre de 2003

Pablo inició su etapa universitaria con una visión clara: la economía era su pasión. Aunque su padre deseaba que siguiera la senda de la arquitectura, él no quería diseñar edificaciones, sino financiarlas. En su primer día en la Universidad Autónoma de Madrid, conoció a Marcos. Cuando entró al aula, miró a su alrededor para ver si conocía a alguien e interesarse en sus nuevos compañeros. Vio a Marcos, ese día no sabía que esa persona le cambiaría la vida.

Marcos también era alto, un poco más que Pablo, con un metro ochenta y seis de complexión atlética. Tenía cabello castaño, liso y ojos color miel, de mirada profunda. Nacido en el seno de una familia acaudalada, su padre era un renombrado abogado, socio fundador de uno de los despachos jurídicos más prestigiosos del país. La ambición y competitividad eran características innatas en Marcos; no importaba si se trataba de deportes, estudios o vida social, su objetivo siempre era ser el mejor.

—¿Está libre este sitio? —preguntó Pablo.

—Sí, creo que sí, siéntate —contestó Marcos.

—Me llamo Pablo —dijo, tendiéndole la mano.

—Encantado, Marcos —contestó él, estrechándole la mano.

El aula se fue llenando, y aparecieron dos chicos más, igualmente fornidos y aparentemente tan despistados como los demás en su primer día de clases. Se sentaron a continuación.

—Me llamo Rogelio, pero todos me llaman Roger —dijo, tendiendo la mano a los otros tres.

El cuarto en cuestión también se presentó:

—Encantado, yo soy Sebastián, soy de Sevilla y he venido a estudiar aquí en Madrid.

Mientras esperaban el comienzo de la clase sin hablar ni mirarse, una chica atractiva y con estilo pasó por delante de ellos. Su presencia llamativa atrajo la atención de los cuatro. Una vez que desapareció al final del pasillo, los cuatro se miraron, compartiendo una mirada de camaradería que presagiaba una buena relación entre ellos.

El profesor entró en el aula y distribuyó un trabajo entre los estudiantes:

—Bienvenidos a la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Autónoma de Madrid. Soy el profesor Sánchez. En esta hoja que les estoy entregando, encontrarán un trabajo. Para que comiencen a relacionarse entre ustedes y se acostumbren a trabajar en equipo, reúnanse en grupos de cinco para realizar esta primera tarea.

Los cuatro amigos se miraron y supieron que ya eran un equipo, pero necesitaban un quinto miembro. Había un estudiante que parecía perdido, sin un grupo al que unirse, y a diferencia de los cuatro, no era tan alto ni tan fuerte. Sebastián se dirigió a él:

—¿Te unes a nosotros? —preguntó.

—Sí, por supuesto, encantado. Me llamo Carlos.

Durante su tiempo en la universidad, Pablo y Marcos se destacaban no solo por sus excelentes calificaciones académicas, sino también por su carisma, habilidades deportivas y facilidad para relacionarse. Siempre estaban en la cima, aunque Marcos solía sobresalir un poco más en los deportes. Lideraba el equipo universitario de rugby, cosechaba triunfos en competencias de atletismo y siempre estaba rodeado de las jóvenes más atractivas y populares.

Fiesta Hippy

Los cuatro amigos habían terminado sus primeros exámenes después de semanas de esfuerzo y concentración, y estaban ansiosos por relajarse y divertirse.

— Chicos, ¿qué hacemos? ¿Dónde vamos a ir? — preguntó uno de ellos.

Entonces, Marcos propuso:

— Miren, haré una fiesta en mi casa, y seremos unas doscientas personas. Va a ser divertido. Están invitados. Eso sí, es una fiesta temática de los años sesenta y setenta, una fiesta hippy. Deben venir disfrazados.

Los otros cuatro se miraron entre sí y asintieron. Por lo que habían intuido y lo que Marcos había dicho, la casa de Marcos con una discoteca privada debía ser impresionante, una mansión digna de una película.

La casa de Marcos era una majestuosa mansión que pertenecía a sus padres, una residencia de mil doscientos metros cuadrados en un terreno de más de diez mil metros, ubicada en uno de los barrios más exclusivos de Madrid. Marcos solía organizar muchas fiestas en esta impresionante propiedad.

La lujosa discoteca de la mansión de Marcos estaba en la parte del sótano. Era una sala de quinientos metros cuadrados decorada al estilo de las mejores salas de Madrid, con una pista de baile, luces psicodélicas, iluminación intermitente, láser y una ornamentación típica de los años sesenta y setenta. También contaba con una barra completamente equipada con una amplia variedad de bebidas alcohólicas. En un rincón del sótano, había un pequeño escenario donde se encontraban los instrumentos musicales del grupo de música de Marcos, donde él tocaba la guitarra. El equipo de sonido incluía amplificadores potentes, una mesa mezcladora y procesadores de señal para refinar la calidad del sonido. Todo el espacio estaba perfectamente aislado acústicamente para no molestar a los padres de Marcos.

Las fiestas en casa de Marcos eran muy variadas, adaptándose a los asistentes y a la ocasión. Por lo general, solían incluir música, alcohol y baile. En verano, comenzaban por la tarde con barbacoas y jarras de sangría refrescante. Estas fiestas solían acabar con más de

uno en la piscina, bien vestidos o en ropa interior. Más de un teléfono móvil "perdió la vida" en la piscina en alguna de esas fiestas. Además de las fiestas convencionales, había una celebración especial conocida como la "Fiesta del Merengue y el Sifón". En esta fiesta, los participantes se enfrascaban en una batalla de pasteles de merengue, arrojándoselos unos a otros hasta quedar completamente cubiertos de merengue. Una vez que esta batalla llegaba a su fin y todos estaban empapados de merengue, comenzaba la guerra de sifones. Aunque podría considerarse tanto una competición como una peculiar forma de limpieza, lo que estaba garantizado era que provocaba risas y diversión para todos los presentes.

Cuando llegaron Pablo, Roger, Sebastián y Carlos a la fiesta hippy en el coche de Carlos, se quedaron impresionados por los automóviles de lujo que estaban estacionados allí. Se preguntaron si habría invitados mayores, dada la calidad de los vehículos estacionados. Era evidente que la fiesta prometía ser un evento exclusivo y emocionante.

Sus disfraces eran sencillos, una cinta en el cabello, algunos collares y poco más. Sin embargo, al entrar a la fiesta, se dieron cuenta de que la gente se había esmerado mucho en sus disfraces. Había pelucas, ropa al estilo hippy, gafas redondas al estilo de John Lennon y pantalones acampanados, lo que hizo que sus disfraces rudimentarios pasaran desapercibidos. Los asistentes lucían sofisticados, con un toque especial, ese toque que solo tienen las personas que han vivido mucho, que han acumulado experiencias a lo largo de sus vidas. A pesar de su juventud, parecía que habían heredado estas experiencias de sus familias desde prácticamente su nacimiento. Se notaba un fuerte sentido de camaradería entre todos, y estaba claro que se conocían desde hacía tiempo. Las fiestas privadas tienen la ventaja de que todos se conocen y comparten un mismo ambiente, ya fuera en la casa de Marcos o en las de sus amigos, que también tenían discotecas en casa o lugares habilitados para fiestas. ¿Qué más se podía pedir?

En la fiesta, Pablo, Sebastián, Carlos y Roger eran como cuatro gotas de aceite en una balsa de agua. Cuando Bruno notó su presencia, se acercó y los saludó efusivamente, especialmente a Pablo, su nuevo gran amigo. Marcos se llevó a Pablo, quien fue muy bien recibido entre los amigos de Marcos. Al final, todos acabaron integrándose en mayor o menor medida. El hecho de verse todos los días en la universidad y ser parte del mismo grupo de trabajo hizo que estrecharan sus lazos.

La casa de Marcos también se convirtió en un lugar para la preparación de trabajos e incluso para el estudio. Además de la

discoteca, el padre de Marcos tenía su propia bodega. Era una sala amplia con una mesa central para unos veinte comensales, que había sido escenario de innumerables reuniones, tanto de amigos como de negocios por parte del padre de Marcos. Confortables sillones, dispuestos para degustar exquisiteces, ponían el broche de oro al espacio. Había un horno de leña y las paredes estaban decoradas con hileras de botellas de vino climatizadas. La colección de vinos era impresionante, con destacadas botellas de La Rioja y Ribera de España, pasando por Burdeos, Borgoña, Champaña y el Valle del Ródano de Francia, hasta llegar a Chianti y Barolo de Italia. No faltaban vinos de América como el Malbec, de regiones como Colchagua, Napa y Sonoma, e incluso algunas exquisiteces de Sudáfrica. Por supuesto, también tenían un rincón dedicado al whisky, donde la botella más joven era de diez años, un bebe en comparación con las botellas de colección, de esas que solo puedes comprar si tienes contactos. Solo el diseño de las botellas merecía su puesto de honor en la vitrina, con una tenue iluminación, lo justo para crear una bonita decoración sin alterar las excelentes cualidades.

Después de terminar los trabajos o el estudio, solían dirigirse a la bodega para relajarse y disfrutar de alguno de los whiskies del padre de Marcos. Habían apartado algunas botellitas de Macallan que su padre no tenía controladas.

— Bueno chicos, debemos hacer un pacto. Siempre nos respaldaremos en los trabajos y exámenes — dijo Sebastián.

—Bueno, y que siempre nos correremos buenas juergas — añadió Roger.

— Alguien se asegurará de que no bebamos en exceso y de que no conduzcamos — bromeó Pablo.

— Ese eres tú, Carlos — rió Marcos.

—Y que nadie pisará la chica de nadie — añadió Marcos.

—Pues estamos jodidos, porque con vosotros dos — comentó Sebastián, señalando a Marcos y Pablo.

— En fin, vamos a sellar el pacto con este delicioso Macallan — propuso Roger.

— Está bien, por el “Clan Mac” — dijeron al unísono.

Después de “sellar” el pacto, se autodenominaron el “Clan Mac”.

2 EL PEOR DÍA DE SU VIDA

Madrid, viernes 8 de abril 2022 sobre las 13:00

Cuando abrió la puerta de su casa, se encontró de frente con Babi, quien sostenía un vaso de agua en la mano y solo vestía unas braguitas. Esto provocó en Pablo sorpresa y al mismo tiempo una sonrisa lujuriosa que se convirtió en helada cuando, después de apreciar la cara de sorpresa en su esposa, apareció desnudo su amigo Marcos.

La situación dejó a Pablo completamente perplejo. ¿Qué hacía Marcos desnudo en la cocina de su casa? ¿Y por qué Babi solo llevaba puestas unas braguitas? La escena superaba por completo a Pablo. Babi se tapó con una bata de seda, y Marcos agarró una toalla para taparse.

—¿Qué demonios haces aquí? —dijo Babi, claramente sorprendida.

—¿Qué hago yo aquí? ¿ver que me estas engañando? —respondió él.

—No es lo que parece. Pero ¿y tú? Lo tuyo ¿Qué has estado haciendo todos estos años? —replicó Babi furiosa.

—¿Cómo que no es lo que parece? ¡Es evidente! Ambos desnudos, mi esposa y mi mejor amigo. ¿No parece ser lo que es?

—¿Cómo puedes ser tan cínico, Pablo?

—Y respecto a lo mío, ¿qué se supone que es "lo mío"? —exclamó Pablo, golpeando la mesa con la palma de la mano.

—¡Tu vida entera es una mentira! Me has engañado desde el día en que te conocí —dijo Babi gritando.

—¡Tú hijo de puta! ¿Esto es el "ya te enterarás"? —gritó Pablo.

—Mentiroso —dijo Marcos.

—¿Y tú? Tú eres el culpable de todo. No entiendo cómo tienes el valor. ¡Te odio! —gritó Babi, visiblemente enfadada.

—¿Cuántas veces?, ¿eh? ¿Cuántas veces me habéis hecho esto? —gritó también Pablo—. Estoy esperando una explicación, y debe ser buena.

—Tú eres quien debe dar explicaciones —gritó Babi—. Me has hecho mucho daño, Pablo. No quiero volver a verte.

—Y a ti, Marcos, hijo de puta, te voy a matar.

Pablo gritaba, Babi gritaba, y Marcos miraba la escena. El timbre de la puerta sonaba insistentemente, pero, enfrascados en la discusión, hicieron caso omiso. Los fuertes golpes en la puerta se sumaron al sonido del timbre, y desde el exterior se escuchaba:

—¡Policía, abran la puerta!

Ante esas palabras, Marcos abrió la puerta y entraron dos agentes de policía vestidos de uniforme.

Pablo no comprendía nada, ¿Qué hacia la policía en su casa?

—¿Pablo Vírseda? Queda detenido. Tiene derecho a permanecer en silencio. Cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra en un tribunal. Tiene derecho a la asistencia de un abogado durante su interrogatorio. Si no puede pagarlo, se le asignará uno de oficio. ¿Entiende usted estos derechos?

Tantas veces había escuchado Pablo esas palabras salir de la boca de algún policía en el cine o en la televisión, pero nunca habría pensado que las escucharía en la vida real y menos dirigidas a él.

Pablo fue esposado y las sirenas, así como dos coches patrulla, habían alertado a los vecinos. Al escuchar gritos en el rellano de la escalera que decían “policía, abran la puerta”, muchos vecinos salieron a sus puertas. Para empeorar la situación, los policías lo condujeron hacia abajo por las escaleras, lo que lo obligó a pasar frente a casi todos los vecinos con las manos esposadas. Mientras pasaba, se oyeron los típicos comentarios como “ya lo decía yo”, “se veía venir” y “es que hoy en día no te puedes fiar de nadie”.

En la acera, los curiosos habituales se agolpaban. Metieron a Pablo en el coche patrulla, ayudándole y protegiéndole la cabeza para que no se golpeara con el marco de la puerta.

Una vez dentro del coche, Pablo preguntó:

—¿Por qué me detienen? ¿De qué se me acusa?

—Lo siento, señor, solo tenemos instrucciones de detenerle y llevarle a comisaría; el juez de guardia le indicará los cargos.

Celda de 2 x 3

Cuando llegaron a la comisaría, lo hicieron bajar por unas escaleras con las esposas puestas. La gruesa puerta de metal chirrió con un sonido desagradable, que se volvió aún más incómodo debido a las circunstancias. Este chirrido se repitió cuando lo metieron en la celda, culminando con un golpe seco de metal al chocar la puerta con el marco.

Esa secuencia de sonidos quedaría grabada en su memoria para el resto de su vida. La pregunta era si debería a acostumbrarse a ese sonido después de pasar un largo tiempo escuchándolo.

En su celda de 2x3 metros, sentado en el banco corrido, estaba Pablo. Estaba completamente atónito, incapaz de dejar de pensar en todo lo que había sucedido.

En ese momento, no sabía cuál era lo peor que le había sucedido: el bochorno de salir esposado del portal con la vecina del tercer piso, que creo que es la primera vez que la vio sonreír, el estar encerrado o la traición de Babi y Marcos. Por cierto, ¿por qué estoy detenido?, se preguntaba Pablo.

Comenzó a golpear la puerta de metal de la celda llamando al policía, quien le preguntó con poca amabilidad qué es lo que quería.

—Quiero saber por qué estoy aquí y cuánto tiempo voy a estar.

—Eso no se lo puedo decir yo —respondió el policía—, tiene que esperar al juez de guardia. Es viernes a las 17:00 y los juzgados están cerrados.

—¿Y cuándo vendrá el juez de guardia? —preguntó.

—Pues, ármese de paciencia porque ha habido una redada de narcotráfico y va a tardar. Y no vuelva a golpear la puerta —advirtió el policía.

La espera era insoportable. ¿Por qué me pueden haber detenido? Tampoco gritamos tanto, y por alterar el orden público no te detienen, te ponen una multa. Puede que en la discusión piensen que ha podido haber violencia de género. Debe ser por violencia de género. Han debido malinterpretar los gritos, y algún vecino ha llamado a la policía. Hoy en día, la sociedad está muy susceptible con la violencia doméstica. Por nada del mundo pondría una mano encima a Babi, pero eso no lo saben los vecinos ni la policía. ¿Y la policía ha

tardado apenas cinco minutos en venir? ¿Y mi llamada? Esa llamada que permiten hacer a cualquier detenido. Volvió a llamar al policía:

—¿Qué quieres ahora? Te he dicho que no golpees la puerta.

—¿Mi llamada? —preguntó Pablo.

—Cuando veas al juez de guardia —respondió el policía.

—¿Y cuándo va a ser eso?

—A estas horas, olvídese. Seguro que será mañana—respondió el funcionario sin reparo alguno.

En la soledad de su celda, experimentaba sentimientos de tristeza, desazón y ansiedad que predominaban sobre la ira. Después de todo lo que habían vivido juntos, ¿cómo había llegado a esto? No podía comprenderlo.

Llegaron las 21:00 y abrieron la puerta metálica de la celda de Pablo para traerle una bandeja con algo de comida. Había un puré de legumbres y un filete ruso empanado, con una manzana de postre. Aprovechó la ocasión para preguntarle al funcionario que le trajo la comida sobre el juez de guardia:

—¿Voy a poder ver al juez de guardia? —preguntó Pablo.

—Ya le dije que no, mañana —respondió el funcionario.

A Pablo ya le importaba poco que su traje Armani se arrugara. Se acurrucó en el banco e intentó dormir, pero su mente no estaba por la labor. Los pensamientos y preocupaciones seguían dando vueltas en su cabeza, haciendo que el sueño fuera esquivo en ese momento de angustia.

Se acaba la universidad. Empieza la vida profesional.

Madrid, junio 2015

En junio de 2015, los amigos del Clan Mac finalizaron sus estudios universitarios. A Marcos le ofrecieron un puesto destacado en una casa de bolsa en Londres. Sebastián encontró empleo en una empresa de investigación financiera en Londres, aprovechando su formación en economía e informática. Bruno, con su doble formación en economía e informática, obtuvo un puesto importante en una empresa de tecnología financiera en Londres. Por otro lado, a Pablo lo ficharon unos meses antes de terminar la carrera para un puesto de alto nivel en uno de los bancos de inversión más importantes de Madrid, y debía incorporarse en septiembre.

En cuanto a Carlos Parra, después de obtener su licenciatura, comenzó a trabajar con su padre, Santiago. El padre de Carlos, que provenía de un pequeño pueblo de Asturias, tenía una red importante de ferreterías industriales en la capital.

Los días locos de la universidad comenzaban a sentirse lejanos; los retos profesionales estaban ahí, esperándolos para una nueva etapa en sus vidas. Un punto de inflexión se estaba produciendo, por lo que decidieron organizar una fiesta por todo lo alto en conmemoración de los tiempos de la universidad y para celebrar el inicio del verano. No iba a ser una fiesta desenfrenada, pero deseaban una gran asistencia, así que el Clan Mac se puso manos a la obra.

Llamaron a sus antiguos amigos de la universidad, y cada uno también invitó a más amigos. Marcos advirtió que su vecina Babi, que había estado estudiando en Barcelona, había vuelto. Además de ser vecinos, el padre de Marcos era el abogado del padre de Babi, y se conocían desde niños, así que Marcos la invitó.

—¡Qué alegría, Babi! ¿Cuándo has vuelto? —preguntó Marcos.

—Vine ayer, por fin he terminado —respondió Babi. —¡Definitivamente! —, añadió con entusiasmo.

Babi se había ido a estudiar a Barcelona, a la Universidad Pompeu Fabra, donde estudió dirección y diseño empresas de moda, que era su pasión.

Después de cinco años en Barcelona, apartada de sus amigos, le pareció una buena propuesta la de Marcos, por lo que decidió que

asistiría a su fiesta y reavivar las amistades que habían quedado en letargo. Fue una invitada de última hora.

Esa noche del sábado prometía mucho para Marcos, Pablo, Roger, Sebastián e incluso para Carlos. Se habían esforzado en organizarlo todo a la perfección. No faltaba nada: dos grandes mesas repletas de aperitivos, dos bidones de 50 litros de sangría preparados por Sebastián y, por supuesto, mucho alcohol. La música estaba a cargo de un DJ que habían contratado para la ocasión. También habían traído camareros, todo preparado para hacer la mejor fiesta de los últimos años. Quizás la última.

La fiesta transcurría al ritmo habitual: risas, bailes y todo parecía ir perfectamente bien. La gente se divertía, que es de lo que se trata. Marcos estaba hablando con una chica que parecía entusiasmada hablando con él. Marcos le susurraba al oído, acercándose cada vez más. Ambos reían bastante. Roger estaba entusiasmado con un chaval con el que estaba totalmente de acuerdo en cuanto al nuevo procesador de Intel, ¡una revolución tecnológica! Carlos, Sebastián y Pablo estaban hablando en un grupito con más amigos.

Por uno de los laterales de la casa entró una joven luciendo un vestido veraniego corto. Tenía una estatura media alta y una silueta atractiva con un paso elegante. Su rostro, de apariencia juvenil, destacaba por sus expresivos ojos azules, que transmitían una mirada sensual y traviesa al mismo tiempo. Su nariz era recta y ligeramente respingona, con cejas finamente definidas. Los labios estaban perfilados, y el labio superior presentaba un ligero abultamiento que se curvaba sutilmente al sonreír. Su cabello, de un tono rubio claro, caía en una melena lisa de longitud media.

La llegada de esa joven no pasó desapercibida para Pablo, quien la observó fijamente. Mientras avanzaba, saludaba a otros invitados, y sus expresiones de alegría y sorpresa al encontrarse sugerían que se conocían bien, aunque hacía tiempo que no se veían. Pablo comenzó a perder interés en la conversación en la que participaba, abandonando el grupo para buscar una mejor vista de la escena. Todos a los que saludaba eran del círculo de amigos de Marcos y vecinos suyos. En ese momento, un amigo de Marcos, perteneciente a la misma urbanización y vecino, se cruzó con ella saludándola, lo que llevó a Pablo a suponer que deberían conocerse. Aunque el chico estaba un poco afectado por el alcohol, aún podía responder las preguntas de Pablo.

—¿Quién es esa chica? —preguntó Pablo, señalando discretamente con la mirada.

—Sí, vive en esa casa —respondió el amigo de Marcos, señalando la casa contigua.

—¿Y cómo es que nunca ha venido a una fiesta? —preguntó Pablo.

—Vive o vivía en Barcelona —dijo el amigo de Marcos mientras se alejaba, sin darle tiempo a Pablo para preguntar por su nombre.

Ella continuaba saludando a otros invitados, y Pablo la observaba. La distancia y la música impedían que oyera lo que decía, pero cada vez más, sus gestos, detalles y, sobre todo, su amplia sonrisa, cautivaban a Pablo.

Sebastián se acercó a Pablo y le preguntó:

—Pero ¿qué haces aquí solo?—Ante la ausencia de respuesta, lo dejó solo, atrapado por el encanto de la chica.

Ella continuaba conversando con otros invitados, y Pablo no sabía cómo acercarse. Sin embargo, poco a poco, se fue acercando a ella y se detuvo a cierta distancia, intrigado por su voz y lo que decía. Finalmente, vio la oportunidad cuando ella se aproximó a una mesa para tomar algo. Pablo, acechando, se acercó con su típico estilo seductor, adoptando un tono ligeramente engolado, al estilo James Bond:

—¿Y esta monada cómo se llama?—preguntó Pablo mientras daba un pequeño toque al aro de su pendiente, haciéndolo oscilar.

Babi estaba acostumbrada a que en las fiestas y discotecas los chicos se le acercaran, por lo que tenía experiencia y una gran seguridad en sí misma para rechazar pretendientes. Tampoco le gustaba cualquier chico, y a pesar de que Pablo era atractivo y atlético, su entrada en escena no le agradó en absoluto.

—Hum, mal empezamos, ¿"mona"? ¿La mona chita? —respondió Babi con desaprobación en su gesto.

Pablo pocas veces se sentía cortado por una chica, pero en este caso el corte fue monumental.

—Disculpa, no era mi intención ofenderte —respondió Pablo titubeante y serio.

Comprendió que un enfoque galán seductor no funcionaría con esa chica. Estaba claro que tenía que cambiar de estrategia.

Por su parte, Babi, consciente de que quizás había sido dura con Pablo y de que estaba en la fiesta porque era amigo de Marcos, aparte de ser bastante atractivo, decidió darle otra oportunidad.

—¡Anda, empieza de nuevo! —dijo ella, cruzando los brazos, inclinando ligeramente la cabeza y mirándolo con desafío y escepticismo.

Pablo, sintiéndose un tanto torpe, decidió reiniciar su aproximación de una manera más sencilla:

—Pues, ¿Cómo te llamas? —dijo juntando las manos, en un tono más calmado, aunque aún un poco falto de espontaneidad.

—Me llamo Babi —dijo ella.

—¡Ah, baby! —respondió Pablo, intentando bromear.

A lo que Babi, mirando al cielo con sus enormes ojos azules muy abiertos, con cierto sarcasmo y tono de disgusto, aclaró:

—No, Babi, Baaa, Biiiii. Be, a, be, i ¿lo pillas? —hizo un gesto con sus labios cerrados hacia afuera, evocando a una flor sin abrir.

Después de su incómodo encuentro con Babi, Pablo se encontró sin palabras y optó por abandonar su intento de conquista. En lugar de ello, decidió centrar su atención en otras chicas también atractivas. Durante la fiesta, se movía por el lugar con una sensación de desconexión, alejado de su habitual posición central, donde siempre reía y se divertía. En esta ocasión, se apoyó en la barra del bar con un semblante enfadado y pensativo, visiblemente contrariado. No podía evitar pensar en aquella chica que había demostrado ser tan "borde" y "creída".

Babi comenzó a bailar en la pista con movimientos suaves y elegantes, dejando que su cuerpo, brazos y cabello fluyeran al compás de la música. Cada movimiento de cadera y cada giro de su cabeza entusiasmaban cada vez más a Pablo, quien la observaba desde la barra. Poco a poco, su enfado se fue desvaneciendo. Con cada instante que pasaba, la imagen de Babi se transformaba ante sus ojos, desplazando gradualmente las etiquetas de "borde y creída" hasta finalmente llegar a la categoría de sencillamente ideal.

—Marcos, Marcos—llamó Pablo—ven, ven.

—Dime, Pablo.

—Oye, esa chica, Babi — le preguntó señalando en la dirección en la que estaba ella.

— ¡Ay!, Pablo, Pablito, ¡Pablete! Hum, no, amigo, no. Esa chica está fuera de tu alcance, está en otro nivel. Olvídate. *Sorry*.

Ese "olvídate" no era lo que Pablo quería escuchar. Es más, no le gustó mucho el comentario de Marcos. Pero nunca antes una chica le había causado esa sensación con solo conocerla.

Pablo arrancó de la barra hacia la pista de baile con una botella de champán sujeta por el cuello y dos copas en la mano. Se acercó con determinación y, después de inhalar profundamente tres veces para aumentar su confianza, comenzó su intento por tercera vez.

—Hola de nuevo, vengo a hacer las paces. He pensado que te apetecería una copa de champán.

—Estoy bailando, ¿no lo ves? —respondió Babi con expresión de obviedad, pero al mismo tiempo con una mirada dulce capaz de derretir a cualquiera. Se quedó fijamente mirando la botella y añadió:

—Además, eso no es champán, es cava catalán. Y, además, yo no bebo alcohol—, dijo Babi mientras le cogía la copa y daba un sorbo de cava, con cara traviesa e insinuante al mismo tiempo

Nuevamente desconcertado, sin saber cómo responder a ese torbellino de contradicciones entre palabras y lenguaje corporal, dijo:

—Claro, cava catalán. Pues “salus y fors al puturru de fuá”

—Querrás decir “*“Salut i força al canut”*“, respondió Babi en un perfecto acento catalán.

Sin hablar, Pablo se sentía inseguro, cada vez que decía algo parecía que metía la pata, opto por ponerse a bailar a su lado. A medida que pasaban las canciones y las copas de cava, Pablo se fue relajando. Decidió retomar la iniciativa de la conversación, pero antes de que pudiera hablar, fue ella quien tomó la palabra:

—Me tengo que ir—dijo Babi

—¿Ya? ¿Tan pronto? Si ni siquiera son las doce—dijo profundamente contrariado.

—¡Ya ves!, es que a las doce me convierto nuevamente en bruja —dijo Babi socarronamente con una meda sonrisa mientras elevaba los hombros a modo de resignación.

Al ver la cara de decepción de Pablo dijo trato de congraciarse dándole una explicación:

—Mira, mañana me tengo que levantar temprano porque me tengo que ir a Marbella a poner a punto el velero de mi padre, que nos vamos de crucero por las Baleares.

– ¿Y cuándo vuelves?—Pablo preguntó contrariado.

—Pues vuelvo a principios de septiembre—

Una sonrisa congelada adornó la cara de Pablo. En una partida de póker, hubiese desvelado perfectamente su juego. Había conocido a la chica de sus sueños, y ella se marchaba al día siguiente a pasar todo

el verano a Marbella. “¿Es justa la vida?”, pensó para sí mismo.

—¡Marbella! Pero si yo me paso la vida allí, mis tíos tienen allí una casa —improvisó Pablo con lo primero que se le ocurrió.

—¡Ah, ¿sí?! ¿En qué parte? —se interesó Babi.

Pablo, quien nunca antes en su vida había estado en Marbella, no supo qué decir y comenzó a hacer gestos con la mano hacia arriba, abajo, izquierda y derecha. Babi sonrió, entendiendo y agradeciendo el interés del chico. Lentamente, abrió su bolso, sacó un lápiz de labios rosa, cogió una servilleta de papel y escribió su número de teléfono. Luego, dobló la servilleta en cuatro y la metió en el bolsillo de la camisa de Pablo.

—Si vas a “casa de tus tíos en Marbella”, puedes llamarme. Ciao—Con una ligera mirada coqueta, levantó la mano en señal de despedida y salió por la puerta de la misma forma en que había entrado.

Pablo se quedó embobado mirando cómo Babi se alejaba. Sacó la servilleta de su bolsillo y la extendió. Esos nueve números parecían la partitura de la banda sonora de su vida ideal. Guardó la servilleta como recuerdo, sabiendo que ese número lo recordaría para siempre.

Pablo sintió que la fiesta había terminado para él; solo veía a esa hermosa chica bailando, y el resto del evento ya no tenía sentido. Experimentó un hormigueo en su interior que nunca antes había sentido, o al menos no con esa intensidad.

Un cúmulo de señales contradictorias recorrían su cabeza. Esa cara, tan expresiva, que en un instante mostraba desafío, como de picardía y travesura, para después tornarse coqueta y sensual en cuestión de segundos.

Impactado

Después de una fiesta, rara vez alguien del grupo estaba dispuesto a madrugar. Al día siguiente, Pablo se encontraba despierto temprano, llamando a todos los moteles de Marbella, Estepona y Fuengirola. Sin importar a dónde llamara, el resultado siempre era el mismo: una respuesta negativa. Si las respuestas de Babi el día anterior habían sido irónicas y sarcásticas, las respuestas de las recepciones de los moteles no se quedaban atrás. "¿Una habitación? ¿Para este fin de semana? ¿En julio? ¡No, señor, hace meses que estamos completamente llenos!"

La desesperación de Pablo era abrumadora. Comenzó a buscar en los pueblos del interior y finalmente encontró una habitación disponible en el Motel María, en Jubrique, Málaga. No dudó en aprovechar la oportunidad, a pesar de que Jubrique se encontraba a 66 kilómetros de Marbella y la carretera era secundaria y llena de curvas. Sin embargo, ¿qué son unas cuantas curvas cuando se trata de estar cerca del amor de tu vida?

El padre de Pablo había adquirido un Opel Astra de segunda mano destinado a él y su hermana Elvira, con el propósito de que pudieran desplazarse a la universidad y para sus ratos de ocio. A pesar de que el vehículo se encontraba en una situación bastante aceptable, ya había acumulado una enorme cantidad de kilómetros, y Pablo tenía cierta inquietud acerca de si sería capaz de superar el trayecto hasta Málaga, una distancia que se aproximaba a los 650 kilómetros. No tenía ni punto de comparación con el elegante BMW coupé que el padre de Marcos le había regalado, ni con el Beetle descapotable de Babi, también regalo de su padre.

Bañador, gafas y su mejor ropa, el depósito del Opel lleno... Pablo se despidió de sus padres, Guillén y Carmen, mientras su hermana Elvira gritaba histérica, reclamando a su hermano y a sus padres que Pablo no se podía llevar el coche común durante dos semanas.

Dejando atrás el "alboroto familiar", Pablo estaba en ruta a Jubrique. Había salido muy temprano, un montón de kilómetros por delante, concretamente 646. Los últimos 66 eran de puerto de montaña, pero eso no le importaba. Sin embargo, las autopistas dan lugar a pensar, y el viaje de Madrid a Málaga era de cinco horas de pensamientos, plagados de preguntas del tipo "¿Y si...?". Estas

incertidumbres retumbaban en su cabeza, formando escenas en las que tan pronto estaban juntos, como también llenas de miedo ante lo desconocido.

No había querido llamar a Marcos para informarse acerca de Babi. No quería revelar o confesar ante él que había perdido la cabeza por Babi. El miedo a sufrir surgía en él cada vez que dejaba atrás una señal de cambio de sentido. Los mensajes contradictorios de ella surgían. Cuando llegó al Parque Natural de Despeñaperros, decidió parar para disfrutar de las vistas y tomar algo. Este punto marcaba aproximadamente la mitad del recorrido, el punto de no retorno. Mientras saboreaba su Coca Cola, pensó en su último encuentro y en las últimas palabras de Babi: “Si vas a casa de tus tíos en Marbella, puedes llamarme. Ciao”. Recordó cómo ella había escrito esas palabras con pintalabios en una servilleta, la misma servilleta que puso en el corcho de su cuarto. Se quedó con ese recuerdo para continuar su viaje.

Solo 66 kilómetros hasta Jubrique, pero con un desnivel de 560 metros, es decir, curva tras curva. Sin embargo, las impresionantes vistas al mar que ofrecía lo compensaban. Cuando llegó al Motel María, solo pudo decir: “Esto es lo que hay”. Solo esperaba que el dueño no se pareciera a Norman Bates con su madre momificada y todo. Sin embargo, su alivio fue grande al ver a una señora bajita y regordeta, con ojos achinados detrás de unos gruesos cristales de unas gafas, luciendo un moño en su cabello y llevando un delantal que usó para secarse las manos antes de estrechar la mano de Pablo:

—Hola, soy María, y espero que tu estancia aquí sea estupenda —dijo la encantadora señora con su mejor sonrisa.

Pablo se sintió aliviado de que la señora María no se pareciera en lo más mínimo a la madre muerta de Norman.

Una vez instalado en su “lujosa suite”, que consistía en una habitación con un ventanuco que daba a la parte trasera, con vistas a un contenedor y un montón de cajas con botellas de vidrio vacías, una cama con un colchón lo suficientemente firme, pero con una colcha y sábanas que distaban mucho de un gusto exquisito. Había un lavabo con un retrete y una ducha de plato, sin lujos, pero útil.

En el vestíbulo, la señora María preguntó a Pablo si todo estaba a su gusto. Esta agradable mujer, entusiasmada por la apariencia guapa y apuesta de Pablo, le preguntó:

—¿Y qué trae a un guapetón como tú por aquí?

A lo que Pablo respondió melancólicamente:

—El amor, señora María, el amor.

La señora María, sin dudarlo, dijo:

—No tengo la más mínima duda de que la conquistarás, un chicarrón guapetón como tú.

La señora María se acercó a Pablo y le dijo:

—Y si quieres traerla aquí por la noche, aquí, no hay ningún problema, ¡eh!—dijo con una risa picantona.

Pablo respondió con un agradecimiento, sabiendo que a este tipo de lugares Babi ni ha estado, ni estará.

—Y si luego os casáis, celebráis aquí en este lujoso motel la boda y la noche de bodas —dijo riéndose, a lo que el resto de las personas empezó a reír, incluido el padre de María, quien a sus 98 años se sostenía con una garrota.

Pablo decidió dejar pasar ese día para no parecer muy ansioso ante Babi, así que optó por explorar el pueblo. Aunque no conocía mucho de Andalucía, Jubrique le cautivó. Las casas blancas de cal contrastaban con los verdes de las hojas y los colores vivos de las flores, en rojo, amarillo y naranja, de las numerosas macetas que adornaban las calles. Era un bucólico entorno.

Ansioso o no, una vez que exploró el pueblo y recorrió sus empinadas calles, llamó a Babi. Un escalofrío de timidez recorrió su cuerpo mientras sostenía el teléfono en la mano. Armándose de valor, finalmente marcó el número de teléfono.

— ¿Babi? ¡Hola! Soy Pablo, ¿cómo estás?

— ¿Quién? —preguntó Babi.

— Pablo, de la fiesta en casa de Marcos hace tres días.

Babi se sintió un tanto sorprendida. Esta vez era ella la que no sabía qué decir. Pensó que tal vez la llamaría en septiembre después de decirle que se iba de vacaciones todo el verano. Babi se sintió halagada y estaba ansiosa por ver hasta dónde estaba dispuesto a llegar. Rápidamente reaccionó:

—"¡Ah sí! ja recordo, l"amic de Marcos, sí, que eres expert en vins escumosos, la festa bé?, què tal aquestes?"

—¡Perdón!, dijo Pablo sin entender nada.

— Como te vi tan puesto con tus frases en catalán, pensé que hablabas catalán —respondió Babi con toda la ironía del mundo—. Y, ¿qué te cuentas?

—Como estuvimos hablando de Marbella, me entro *“morriña”* y ya ves, aquí estoy visitando a mis tíos.

¡Toma ya!, jamás pensó que se plantaría en Marbella al día siguiente. Obviamente, no se tragó la historia de sus tíos. Se sentía halagada, pero evidentemente tenía que mantenerse firme en su posición. Por otro lado, ¿qué tipo de persona se embarcaría en un viaje de seiscientos kilómetros solo para ver a una chica que el día anterior le había tratado de una forma un poco incisiva?

—Vaya, ¡qué cosas pasan! Pues nada, seguro que coincidimos en algún sitio—dijo Babi

—¡Espera, espera!, Me preguntaba si te apetecería salir esta noche a cenar o a tomar una copa.

— Interesante. Y, ¿cuál es tu discoteca favorita aquí en Marbella? —preguntó con la intención de pillarle.

Esta vez, Pablo estaba preparado. No solo había consultado una guía que encontró en la Pensión María, sino que también había elaborado un plan con los lugares a los que quería ir. Si iba a soñar, lo haría de una forma planificada.

— Verás, Pablo, tengo mucho que hacer. Necesito preparar el velero, pulir la cubierta de teca, limpiarlo y organizar cabos y aparejos antes de que lleguen mis padres. Después de trabajar en el velero, sinceramente, no me sentiré con ánimo para nada más. Si quieres, tal vez en una semana, cuando termine todo esto, podríamos tomarnos una Coca Cola juntos —dijo Babi con la intención de ponérselo difícil.

“¿Una Coca Cola? ¿Dentro de una semana?”. Pablo pensó en la idea de esperar una semana en la Pensión María solo para tomar una Coca Cola. Esta vez, no se quedó callado. Sin dejar que la oportunidad se escapara, respondió rápidamente:

— ¡Pulir cubiertas de barcos! ¡Esa es mi actividad favorita! Desde los tres años, solía jugar puliendo mis barcos de juguete. Incluso tengo premios internacionales por pulir cascos de embarcaciones. Te aseguro que dejaré tu cubierta tan reluciente que podrás ver tu cara reflejada en ella. ¡Nunca más necesitarás un espejo! Mano de obra “bariata, bariata”[5].

En esta ocasión, en lugar de una risa sarcástica, Babi rio sinceramente a carcajadas, le gustó su disposición:

—Vale, mañana a las 9 de la mañana—y colgó.

Aún no había tenido tiempo de reaccionar cuando sonó una campanita en su móvil. Era un mensaje con la ubicación del barco. Pablo levantó los brazos en señal de euforia y exclamó “¡Sí, sí!”. La

señora María, al darse cuenta de que las cosas habían salido bien, le sonrió y le hizo una señal de aprobación con la mano.

Pablo, en realidad, no tenía una idea precisa de en qué se había involucrado. En casa de sus padres, había escuchado a su madre hablar sobre limpiar la plata, los dos únicos candelabros de la casa y los marcos de fotos de plata, reliquias de la boda de sus padres y de la primera comunión de su hermana y de él. “¡Pulir la cubierta!”, pensó. “Bueno, mañana descubriré en qué me he metido realmente”.

Demuéstrame lo que harías por mí. Primer día en Marbella

Al día siguiente, Pablo se levantó muy temprano. Sabía que tenía más de una hora de viaje por delante y, considerando que no estaba familiarizado con la ruta y que las indicaciones que le había dado Babi eran bastante intrincadas —pantalán, dársena, atracadero—, ¡uf, qué lío! Pero al final, se le dio mejor de lo que pensaba, y a las 8:30 ya estaba allí con media hora de anticipación.

Cuando llegó al amarre señalado en el mensaje, se encontró frente a un majestuoso velero: el "Vientos Lejanos", el tercer barco de la familia Cano. Tenía una impresionante eslora de dieciséis metros, y su casco presentaba elegantes formas suaves y curvas que se enlazaban de manera armoniosa, pasando de curvas cóncavas a convexas. El casco de fibra estaba esmaltado en blanco y lucía un brillo impecable. La cubierta, hecha de madera de teca, contaba con un área en la proa equipada con cojines para tomar el sol, mientras que en la popa, había tumbonas y una mesa para disfrutar de la navegación, el sol y alguna merienda al aire libre. Cada accesorio metálico, ya fueran cromados o de acero inoxidable, brillaba con esplendor. Una bandera española de considerable tamaño ondeaba en el espejo de popa. Pablo se quedó boquiabierto ante la magnitud del barco. Jamás había imaginado que fuera tan grande y lujoso. Aunque no era un experto en barcos, le resultaba evidente que este estaba fuera de lo común.

La experiencia náutica de Pablo era prácticamente inexistente, lo más cercano que había estado de un barco eran las barcas en el estanque del Retiro, con sus padres y su hermana.

Transcurrió la primera media hora de manera contemplativa, y pronto eran las nueve de la mañana. Pablo estaba nervioso, escudriñando la zona en busca de Babi y revisando constantemente su reloj. Sin embargo, las horas pasaban sin señales de ella: las 9:00, las 9:30, las 10:00, las 10:30... Pero de repente, bajo un sombrero de ala ancha y detrás de unas grandes gafas de sol de Prada que le ocultaban media cara, excepto su dulce sonrisa, ella apareció. Vestía una blusa blanca estilo ibicenco encima de un bikini azul y unos pantaloncitos vaqueros cortos desgastados.

Viendo a Babi, su imagen se asociaría más con la elegancia y la sofisticación que con la realización de una tarea física manual de este calado, como pulir la cubierta de un barco. Sobre todo, teniendo en

cuenta que se trataba de una familia de sólido poderío económico.

— ¡Pablo! ¡Qué alegría verte aquí en Marbella!

— Lo mismo digo.

— ¡Qué coincidencia, ¿verdad? ¡Qué cosas pasan! —dijo Babi con su mejor sonrisa—. ¿Cómo es que has venido a Marbella?

— Pues eso, estuvimos hablando en la fiesta. Hacía tiempo que no venía, y aprovecho que tengo unos días libres.

— Fíjate —dijo Babi, sin creerse nada pero contenta.

— ¡Vaya barco, es impresionante! Me encanta —dijo Pablo.

— Es un velero, lo de barco es muy genérico —corrigió Babi—. Un velero es la esencia de la navegación, la conexión de la fuerza de la naturaleza, el viento, con el mar. Y la naturaleza con los sentidos, oír el viento en las velas y el ruido del mar, sentir la caricia del viento y el frescor del agua. Y el ser humano, en este caso, yo, una mujer, dominando las fuerzas de la naturaleza. ¿A qué me ha quedado poético y profundo? —dijo Babi, sobreactuando, abriendo los brazos y acabando con una sonrisa.

— Muy poético, sí, la verdad es que nunca lo había visto así. Se nota que tienes una auténtica pasión por la vela. Y quiero decirte que para mí es un placer ayudarte con lo de la cubierta —dijo Pablo, sin saber exactamente qué significaba "pulir la cubierta de un barco, velero o lo que sea".

— Bueno, pues cuando quieras, empiezas, Pablo.

Lo de "empiezas" le sonó a que venía a trabajar, no a ayudar, pero daba igual.

— ¿Qué hay que hacer?

— Todo esto es la cubierta —mientras se giraba con el brazo extendido, como hacen los toreros con el capote mostrando la cubierta en toda su extensión.

— El suelo —dijo Pablo.

— No, no es el suelo, es la cubierta —corrigió Babi.

— La cubierta es de madera de teca y, debido al sol, el agua, la sal y a gente que tiene unos pies tan grandes como los tuyos, sufre. Por lo tanto, hay que lijar, echar un producto limpiador de madera, un abrillantador y acabar con un sellador para protegerla, ¿" *capisci"*?

Babi, señalando con el pie los aperos de lijado y limpieza le dijo:

—Pues ahí tienes, si necesitas algo estoy allí—señalando esta vez con el dedo un confortable y mullido sillón corrido debajo de una especie de toldo.

La expresión en el rostro de Pablo pasó de un embelesado ensimismamiento, con incluso caída de babilla, a una expresión de seriedad y concentración, para finalmente transformarse en una mezcla de terror y pavor. No podía evitar más que mirar de proa a popa y de popa a proa, abarcando la vasta extensión de esa superficie de madera. "Podrían haber optado por poner gres en la cubierta que dura toda la vida", pensó para sí mismo.

A cada cual lo que le toca. Así como Calaf debió superar tres enigmas[6] para conquistar el corazón de la Princesa Turandot: ¿Cuál es el fantasma que cada noche nace de nuevo en el hombre y cada día muere?, ¿Qué es lo que flamea como una llama y, sin embargo, no es fuego, que arde como la fiebre, pero se enfría en la muerte?, ¿Cuál es el hielo que quema y cuanto más quema más frío es…?, pues sus tres pruebas implicaban el pulido, la limpieza y el abrillantado.

Los goterones de sudor recorrían la frente de Pablo, cuyo cuerpo estaba enrojecido por el sol y dolorido por las agujetas. Mientras tanto, Babi estaba sentada con las rodillas pegadas al pecho y los pies sobre el asiento. Leía un libro titulado "Amar en Trincheras", vestía una camisa ibicenca, un sombrero playero y unas gafas de sol que, además de protegerla del sol, le permitían observar disimuladamente a Pablo. Una mezcla de miedo, precaución, pasión, duda y esperanza recorrían su cuerpo.

Observaba a Pablo trabajando; el esfuerzo físico marcaba los poderosos músculos de su cuerpo atlético. Su dedicación al pulir la madera de teca evidenciaba su excelente forma física y su compromiso con la perfección. Fijándose en cada detalle para asegurarse de que cumpliera con los estándares de calidad, pasaba los dedos suavemente sobre la superficie pulida.

Siendo amigo de Marcos y conociendo su fama, sabía que podía ser un juerguista y coleccionista de amantes como él. ¿Pablo sería igual? Mientras lo observaba, no podía dejar de hacerse preguntas: ¿Cuáles son sus intenciones reales? ¿Seré una muesca más en su colección de amantes efímeras y, por lo tanto, una cicatriz en su corazón? ¿Realmente alguien como él se desplazaría seiscientos kilómetros solo por un encuentro pasajero? Alguien con su potencial no es probable. El día de la fiesta, parecía un buen tipo, aunque un poco torpe. ¿Se puede ser tan torpe al acercarse a una chica? Sus acciones parecían sinceras, pero ¿podría ser un gran actor?

Babi tenía mucha confianza en sí misma y solía reflejarlo en su

actitud, aunque en algunos momentos esa confianza podría parecer una coraza. Hasta los más fuertes tienen momentos de debilidad. Sin embargo, desde que tenía quince años, las palabras hirientes de una "enemiga" del colegio la habían perseguido: "Babi es una Barbie, le echarán un polvo y luego no querrán saber nada de ella por su mal carácter. Si se casara sería porque está forrada". Estas palabras la habían marcado profundamente, y aunque las había superado en gran medida, todavía residían en algún rincón de su mente, especialmente las preocupaciones sobre posibles cazafortunas. ¿Podría ser Pablo uno de ellos?

Babi dejó de tener pensamientos que la desconcentrasen. Decidió llevar agua para el agotado Pablo, cuya piel ya había tomado un tono rojo aún más intenso.

— ¿Necesitas algo, Pablo? Voy a comprar unos sándwiches y refrescos para almorzar.

Una hora más tarde, regresó con los sándwiches, los refrescos y algunas bolsas de las boutiques del puerto. Hacia las seis de la tarde, Pablo dijo:

— Ya he terminado —dijo con el rostro un poco desencajado por el agotamiento.

Babi se levantó y dijo:

— Muy bien —mientras supervisaba el trabajo con una mano en la garganta—, genial, buen trabajo. Mañana a la misma hora, limpieza del casco, ¿vale?

— Pablo asintió con la cabeza, ya que su agotamiento le impedía articular palabra. Ni siquiera se le ocurrió proponer ir a cenar o tomar algo. Un día antes hubiera dado un brazo por ir a cenar y bailar con Babi, pero su espalda y su cuerpo en general necesitaban descansar, además el brazo lo necesitaba para terminar de limpiar el barco de la negrera esa…

Cuando Pablo llegó al Motel María, su rostro dejaba claro su estado:

— Pablo, ¿te preparo algo de cenar? —Estoy agotado—contestó dirigiéndose directamente a la cama sin siquiera probar la deliciosa cena que María le había preparado. Sabía que el día siguiente también sería extenuante. Aunque María habría estado interesada en conocer más detalles, entendía la situación.

* * *

Al despertar, casi eran las diez, iba a llegar tarde, aunque no estaba

muy preocupado porque sabía que Babi no era muy puntual. Llegó alrededor de las 11 y se sorprendió de ver que Babi ya estaba allí. También le sorprendió ver a un señor mayor limpiando el casco del barco, el trabajo que tenía encomendado él para hoy.

Con el brazo en alto, saludando con una amplia sonrisa desde el velero, le dijo:

—Hola, Pablo, buenos días, sube a bordo—Pablo, gratamente sorprendido por el simpático saludo menos altivo que en días anteriores atravesó la pasarela, saludo al señor mayor, sonrió, le dio un par de besos a Babi y le preguntó:

—¿Quién es este señor?—preguntó Pablo

—Bueno, este es Hermann, el que normalmente cuida y mantiene el velero de mi padre.

En ese momento, Pablo comprendió que Babi le había estado tomando el pelo desde el principio y que era Hermann quien se encargaba de pulir, limpiar la cubierta y más faenas de mantenimiento náutico. Pero bueno, el amor es ciego y él tenía un objetivo. Hermann, agachado de la misma manera en que Pablo lo había estado el día anterior, miró a Pablo con una risa burlona que se convirtió en tos debido al humo de su cigarrillo. Movió la cabeza de un lado a otro pensando en su interior: "qué pardillo".

Babi había dispuesto una mesa perfectamente arreglada para el desayuno, con dos manteles individuales de tela amarilla, platos acompañados de cubiertos de metal de elegante diseño, y vasos que, aunque eran de plástico por cuestiones de seguridad, tenían un diseño que bien podría usarse en cualquier celebración. Una cesta con una servilleta cubría un par de croissants y una jarra también de plástico estaba repleta de zumo. Un pequeño centro de mesa con flores adornaba el conjunto. Todo indicaba que hoy no se iba a deslomar.

El primer día, estaba tan concentrado en el trabajo que no notó los detalles, pero ahora, en un momento más relajado, comenzó a fijarse en las pequeñas cosas.

Miró hacia arriba, siguiendo el mástil y los obenques que parecían perderse en el cielo. En lo alto, notó algunas pequeñas banderitas que le llamaron su atención.

—Sé qué representa la primera negra con una calavera, pero ¿qué representan las otras cuatro? —preguntó.

Babi se acercó a su oído y le susurró con un tono juguetón:

—Te daré una pista: la última, la amarilla con un punto negro representa una "I". Si adivinas las otras tres, te doy un beso.

Pablo sonrió y respondió:

—La primera y tercera son iguales, la cuarta una “i” ¡Ah, ya lo tengo!—pero antes de terminar la frase, Babi ya se había escabullido riendo.

Babi le mostró el lujoso interior del velero, revestido en madera de caoba. La estancia principal era impresionante, con una gran mesa de comedor rodeada de sillas extensibles que se recogían debajo de la mesa para mantenerlas en su lugar durante la navegación. Sobre la mesa del capitán, se encontraban extendidas algunas cartas de navegación, mientras que la pared cercana, estaba repleta de aparatos electrónicos equipados con pantallas, botones y luces.

Los camarotes eran espaciosos y estaban equipados con numerosos detalles y accesorios. El camarote principal, destinado al armador, ocupaba una posición privilegiada en la proa del velero. Lo que más lo distinguía era su techo de cristal, que permitía contemplar el cielo nocturno luminoso o estrellado durante las noches. Además, una cortina eléctrica programable estaba disponible para bloquear la luz y asegurar la privacidad.

Cuando Hermann terminó de limpiar la cubierta, Babi anunció:

—Ahora vamos a navegar—Dirigiéndose a Pablo, agregó:—Suelta las amarras.

—¿Esta cuerda?—Pablo inquirió mientras cogía un cabo.

A lo que Babi respondió con una sonrisa:

—En un velero, la única cuerda que encontrarás es la del reloj del capitán[7]

—¿Que cabo suelto?—preguntó Pablo.

—Aquel, el del noray, esa especie de champiñón rechoncho de metal se esta en el malecón.

Salieron de la bocana del puerto y navegaron durante más de una hora. Babi le fue mostrando desde el mar la costa malagueña, indicando los pueblos y anécdotas:

—¿Sabes que Marbella empezó siendo una población minera? Y ¿qué en Marbella se pusieron los primeros altos hornos de España? Y ya ves, y ahora yates, casas de super lujo, joyerías y diecisiete campos de golf, ¿tú juegas al golf Pablo?

—Bueno, jugar, jugar no, pero he ido algunas veces con Marcos y estoy aprendiendo. No se me da mal.

—¿Y tú?

—No, he jugado, pero no me llama la atención. ¿Qué deportes practicas Pablo?

—Pues juego al tenis, al rugby, al pádel, esquí y futbol.

—¡Futbol!, claro, todos los chicos jugáis al futbol.

—¿Y tú, que deportes practicas?

—Lo que más me gusta es la vela, es mi pasión. Lo tiene todo, técnica, desafío

—¿Y es difícil navegar?

—Bueno, navegar como tal no. Lo difícil es sacarle la quinta esencia al velero: optimizar la tensión y el ángulo de las velas, encontrar el ángulo perfecto para obtener un nudo más de velocidad en la embarcación. Es un gran desafío controlar una nave tan grande como esta, pero cuando lo logras, es la mejor sensación del mundo.

—Veo que te apasiona, y me alegra que no tengas la apariencia de una ruda marinera con pata de palo, parche y loro.

—Hay mujeres piratas muy guapas, ¿o es que no te gusta Keira Knightley haciendo de Elizabeth Turner en Piratas del Caribe? ¡Confiesa! —preguntó Babi.

—¡Sí, mucho! Pero tú me gustas mucho más.

—¡Hum! Vas ganando puntos, igual no te tiro por la borda — dijo Babi.

De repente, Pablo gritó con asombro:

—¡Un tiburón!

—Ja, ja, ja —rió Babi—. No son tiburones, son delfines, y les encanta nadar al lado de los veleros. Hacen carreras dando saltos al lado de los barcos. Son muy simpáticos. Me encanta su elegancia y agilidad al nadar, su majestuosidad. Son mi segundo animal favorito.

—El delfín segundo, ¿y el primero?

—El caballo, por supuesto. Monto prácticamente a diario, cuando no navego. Hago salto ecuestre, pero lo que más me gusta son las carreras de barriles.

—¡Carreras de barriles! ¿Qué es eso? En mi vida lo había oído.

—Bueno, en España no se hace, es una modalidad que se hace en Estados Unidos “Barrel Racing”. Consiste en una carrera en la que tienes que rodear unos barriles en un circuito con forma de ochos, gana el que lo hace en menos tiempo. Es brutal, es una modalidad de rodeo. Yo lo practico cuando voy a Estados Unidos, voy muy a

menudo, me encanta, ojalá que hubiese más afición en España.

—¡Ah! ¿Eso que salen con un lazo y atan las patas de un ternero?

—A ti sí que te voy a atar las patas, No, eso, es una de las modalidades que existen, aunque las competiciones de Barrel Racing también se hacen con traje de vaquero y sombrero de cowboy, eso sí, con casco debajo.

—¡Vaya, vaya! Así que eres una cowboy.

—No soy una amazona en España y una cowgirl en Estados Unidos.

—Caray—dijo Pablo.

—Ah, y también soy campeona de tiro al plato, así que si te portas mal…—dijo soplándose los dedos a modo de pistola.

Siguieron navegando, Pablo, de vez en cuando, hacía tonterías, como ponerse en la proa con los brazos en cruz, imitando a Jack Dawson, el personaje de Leonardo DiCaprio en la película Titanic, y decir:

—¡Soy el rey de Málagaaaaaa!

Babi le miraba y se reía, veía que estaba super pendiente de ella y eso le gustaba.

Aunque más que rey era el grumete que se encargaba de las velas bajo la dirección de la super capitana. La navegación de un velero tan grande es complicada para solo dos personas, pero gracias a los winches y aparejos eléctricos, era bastante más fácil.

Para Pablo, esa primera experiencia de navegación resultaba ser fantástica. Sentir la brisa del mar, las diminutas partículas de agua pulverizada que provenían del choque del agua contra el casco del barco, golpeándote en la cara y brindando una sensación de frescura, el sonido del agua al romperse en la quilla del barco, pero, sobre todo, ver a Babi frente al viento, con el pelo ondeando hacia atrás por la brisa, le llenaba de asombro y felicidad.

Al llegar a una pequeña cala, Babi le indicó a Pablo que soltara el ancla. Con más o menos maña, consiguió soltarla, aunque todo hay que decirlo, era un molinete eléctrico que solo tenía que pulsar un botón. Mientras disfrutaban del paisaje y del sonido del agua chocando contra el casco del velero, se bañaron en unas increíbles aguas cristalinas.

Después de haber disfrutado del baño, Babi sacó unos sándwiches y almorzaron. Cuando llegaron a puerto, Pablo le dijo a

Babi:

—Me encantaría invitarte esta noche a cenar.

—¿A pesar de ser una bruja? —dijo mordiendo la patilla de la gafa de sol y mirando insinuantemente mientras inclinaba ligeramente la cabeza.

—A pesar de eso —dijo Pablo.

—Bueno, ¿dónde me llevas?

—A donde tú quieras, tú conoces esto mejor que yo, a tu sitio favorito.

—¿Mi sitio favorito? Vale, ven a buscarme a mi casa a las nueve. Vamos a ir a un sitio precioso, un lugar muy especial. Es difícil conseguir mesa, pero yo me encargo; tengo enchufe.

A las nueve de la noche, Pablo estaba puntual en la puerta de la casa de Babi. Cuando llegó se encontró con una casa enorme, fascinante. Llamó al telefonillo, le contestó una señora:

—¿Sí?

—Buenas noches, preguntaba por Babi.

—Pase, la señorita Babi le está esperando.

La verja se abrió automáticamente y ante él se extendía una gran superficie con bonitas losas en el suelo. En el centro, alineada con la puerta de entrada y la de acceso a la vivienda, se encontraba una fuente. En los laterales, dos grandes extensiones de césped perfectamente cuidado. Bajo un pórtico se hallaba una gran puerta de dos hojas, lacada en blanco, y allí le esperaba una señora. Vestía un uniforme gris claro con un delantal blanco adornado con encajes y una cofia. Lo acompañó a través del vestíbulo hacia la otra parte de la casa, un espacio con muebles de estilo moderno y lámparas de cristal. Al salir a la parte trasera de la casa, se encontró con un hermoso jardín con unas vistas espectaculares del Mediterráneo y una piscina. Era una de esas piscinas infinitas en las que el agua de la piscina se funde con la del mar desde su interior.

Encima de una colchoneta inflable, estaba ella saludándole con el brazo y haciendo un gesto para que se acercara:

—¿Te apetece un baño?

—Pues… no he traído traje de baño, ¿si nadie tiene nada en contra?—haciendo el gesto de desabrocharse el cinturón.

—No, ni se te ocurra—dijo Babi—ya salgo yo.

Pablo sonreía maliciosamente.

—Me cambio y nos vamos, espera allí—le dijo indicando un sofá debajo del porche.

La señora que le había abierto la puerta le preguntó si quería algo, a lo que Pablo contestó que no. No obstante, ella le trajo una jarrita con limonada natural y unas almendras. Mientras esperaba, disfrutando de las espectaculares vistas, pasó por delante Hermann, que iba cargado con una caja de vino. Al verlo, Pablo se levantó para saludarlo:

—Hermann, un placer verte de nuevo —dijo Pablo.

Hermann, sin contestar, sonrió moviendo la cabeza de izquierda a derecha. No lo dijo verbalmente, pero Pablo intuyó que estaba diciendo para su interior "pardillo". Se volvió a sentar a esperar. Después de media hora, llegó Babi, deslumbrante en un elegante vestido negro. Su piel ya mostraba un tono dorado por el sol, lo que, junto con el vestido, creaba un hermoso contraste con su cabello rubio y los adornos de oro, como el collar y las pulseras. Al verla, Pablo exclamó:

—¡Impresionante! —la cogió de la mano haciéndola girar sobre sí misma para que su vestido cogiera un poco de vuelo y poder admirarla. Babi tenía una elegancia innata que irradiaba desde su interior, incluso si llevaba unos simples vaqueros y una camiseta de algodón blanco; siempre se veía divina.

Pablo iba vestido normal. Pantalón vaquero, un polo y unos náuticos. Cuando salieron a la calle, Pablo le abrió caballerosamente la puerta del Opel Astra. Babi, mirando el coche, dijo:

—Casi sería mejor que vayamos en mi coche.

Volvieron a entrar, abrió la puerta del garaje. Al lado de un Jaguar y un Mercedes había un simpático Volkswagen Beetle descapotable.

—El escarabajo es mi coche —dijo Babi, descolgando las llaves de un llavero y arrojándoselas a Pablo.

—¿Conduces tú?

Montados en el coche, Babi presionó un botón y el techo se abrió. Era la primera vez que Pablo se subía a un coche descapotable. Salieron rumbo al restaurante, disfrutando de las primeras estrellas que aparecían en el cielo de Málaga, con la sensación de libertad y el agradable aire fresco del atardecer, conectando con el entorno de la misma manera que lo habían hecho esta mañana mientras navegaban en el velero.

Cuando llegaron al restaurante favorito de Babi, donde habían

hecho una reserva, el aparcacoches les abrió la puerta y se llevó el Beetle para estacionarlo. Pablo observó las marcas de los coches en el estacionamiento del restaurante y pensó que había sido una buena idea venir en el coche de Babi en lugar de en su modesto y antiguo Astra.

La entrada del restaurante era majestuosa, con un amplio vestíbulo que tenía el suelo de mármol negro y las paredes también revestidas de mármol. El agua descendía por una de estas paredes, rebotando en resaltes tallados y cayendo en un pequeño foso con plantas tropicales. Un pequeño mostrador estaba ocupado por una recepcionista que daba la bienvenida a los clientes. Un poco más atrás se encontraba el maître, quien, al ver a Babi, se apresuró rápidamente a recibirla:

—Señorita Cano, ¿qué tal está? Qué bueno verla aquí de nuevo, ¿sus padres?

—Bien gracias, vendrán en unos días. ¿Mi mesa favorita?

—Por supuesto, la mejor mesa, con vistas a la bahía.

El maître llevó a Babi y Pablo a una mesa con espectaculares vistas al mar.

En los veranos, Pablo con su familia en la Playa de San Juan, la gente no solía vestirse tan formalmente para cenar, pero esto era Marbella. Pablo no estaba acostumbrado a este tipo de restaurantes y miró a su alrededor. Las personas que estaban cenando lucían elegantes atuendos y joyas. Él no iba mal vestido, pero se habría sido útil si Babi le hubiera advertido sobre el tipo de restaurante al que iban. Vestía pantalones vaqueros, unos náuticos y un bonito polo, pero después de haber estado en la maleta tenía más arrugas que un Shar Pei[8].

—Está muy bien este sitio—dijo Pablo pensando el dineral que le iba a costar la cena.

En ese momento vino el maître:

Tenemos nuevo menú degustación, ex, tra, or, di, na, rio, nuestro chef se ha superado, nos darían una cuarta estrella si es que existiese una cuarta estrella—rio con una risita un poco tontuna.

—Genial—contesto Babi—sí, ¿verdad?—dijo mirando a Pablo.

—Sí, sí, claro

El maître, con una sonrisa, se retiró.

—Bueno, pues ya tienes lo que querías, estamos cenando —dijo Babi.

—Sí, me has hecho sufrir —contestó Pablo con cara de circunstancia.

—Ja, ja, ja —rió Babi—, realmente tampoco conozco mucho de ti, solo que estás un poco loco. ¿Cómo se te ocurre venir a Marbella así sin más?

—Soy impulsivo.

—Y muy seguro de ti mismo, ¿verdad? —dijo Babi.

—Bueno, más que seguro de mí mismo, convencido de que venir merecía la pena.

—Gracias. ¿Y si llego a tener novio? No sabes absolutamente nada de mí.

—Sabía que no tenías novio. Las chicas como tú con novio nunca van a una fiesta sin él, y a la fiesta de Marcos fuiste sola.

—¿Ah sí? ¡Qué observador!

—Bueno, ¿qué podía pasar? ¿Qué me tuviese que volver?, en ese caso hubiese conocido Marbella y me hubiese dado un baño en el mar.

—Visto así.

—¿Cuánto tiempo hace que conoces a Marcos?—pregunto Pablo.

—Pues de toda la vida, somos vecinos desde que teníamos cinco años, ¿y tú?

—Yo de la universidad.

—¿De la universidad? ¿¡Ah!?, pero tú, ¿no eres vecino nuestro de la Moraleja[9]?—dijo Babi sorprendida.

—Pues no, vivo en Carabanchel[10], ¿supone esto algún problema?

—No, no, en absoluto, solo que has dicho que me invitabas a cenar, ¿sabes lo que cuesta el menú degustación en este restaurante? Mejor te invito yo a cenar —dijo Babi.

—No —dijo Pablo con rotundidad—para mí es un placer invitarte a cenar.

—¿Seguro?, vale.

—Estudiaste arte y dirección de empresas de moda, ¿qué vas a hacer ahora que has acabado?, Babi.

—Veo que te has informado. Bueno, todavía no lo tengo

decidido. Me encantaría dar la vuelta al mundo en velero, es mi sueño, pero no creo que mis padres me presten el barco; lo consideran una locura. ¿Y tú?

—Pues, comienzo a trabajar en un banco en septiembre, en el área de inversiones.

—¡Qué bien!—Babi asintió.

El sumiller trajo el vino, llevaba colgado del cuello un tastevin de plata con forma de concha. Puso en él un poco de vino y comenzó un ritual ceremonioso oliendo y catando el vino, poniendo cara de éxtasis, muy teatrero.

—¡Extraordinario, divino, sublime! ¿El señor quiere probar el vino? —dijo el sumiller.

Ante tanto refinamiento, Pablo respondió:

—Bueno, creo que me voy a fiar de usted. —Pablo sabía de vinos, pero no hasta esos niveles. Sonrieron los tres.

—Vamos a probarlo —dijo Babi.

Babi cogió la copa por el tallo, observó su color utilizando como fondo el mantel blanco de la mesa, acercó su nariz para tener un primer encuentro con su aroma, giró suavemente la copa para oxigenar el vino y despertar sus aromas, y luego acercó su nariz a la parte baja de la copa para captar los aromas y no los alcoholes. También notó la lágrima del alcohol que descendía por el interior de la copa y comentó:

—Para mí, la lágrima del vino representa la emoción del vino. Verlas caer es como sumergirse en su efecto mágico, similar a observar las olas del mar o la llama de una hoguera. —Después de eso, Babi degustó el vino.

—Pareces una entendida. ¿Qué te parece este vino?

—¡Hum! —dijo Babi, poniendo cara de entendida y volviendo a oler el vino.

—¿Y? ¿Qué opinas, señorita catadora?

—Pues te diría que... te diría que... es un vinillo de puta madre. ¡Un brindis! —rieron.

—Por ti —dijo Pablo, pensando en lo que costaba “el vinillo de puta madre”.

—Por los seiscientos kilómetros que has hecho —corrigió Babi.

—En la fiesta me dijiste que no bebías alcohol, ¡bebiendo un sorbo de cava!

—Veo que te has aprendido lo del cava y el champán. No, no bebo alcohol, lo que acabo de hacer de la cata es teatro. Esta pequeña copa me durará toda la noche. Tengo que tenerte firme y si bebo...

Trajeron la comida. Pablo siempre se había considerado una persona con buenos modales en la mesa, pero la realidad era que nunca antes había estado en un restaurante de tanto lujo. Antes de empezar a comer, comenzó a imitar los usos y maneras de Babi, y también observaba a las personas a su alrededor.

—¿Cuándo me vas a llevar a casa de tus tíos y presentármelos? —preguntó Babi con cierta ironía.

—Estoooo… —La sonrisa de Pablo fue una aceptación de que lo habían pillado, ya que era evidente que ni tíos ni tías ni casas en Marbella. —Creo que han tenido que partir en su jet privado.

—¡Ay!, qué loco estás.

Cuando terminaron de cenar, Pablo pidió la cuenta. Le trajeron una elegante caja de madera con incrustaciones de bronce decorativas. Cuando Pablo abrió la caja y vio la cantidad, casi le dio un paro cardíaco. Rápidamente, sacó su cartera y extrajo la tarjeta de crédito. Sin embargo, Babi cerró la tapa de la caja, se la quitó de las manos y se la entregó al maître:

—Sebastián, cárguelo en la cuenta de mi padre, por favor.

—Por supuesto, señorita Cano.

—Invitaba yo —dijo Pablo con enfado.

Babi le contestó con la mirada, cerrando los ojos y negando con la cabeza.

Salieron del restaurante justo cuando un grupo de jóvenes de la misma edad que ellos, alrededor de veinticuatro o veinticinco años, salía también. Los chicos llevaban pajarita y chaqueta, las chicas vestían elegantes y ajustados vestidos que realzaban sus figuras. Todos iban riendo:

—¡Babiiii! —dijo una de las chicas— me alegro de verte.

—¿Qué tal estás, Sandra?

—¡Otro verano más!, este verano va a ser a tope.

Sandra, acercándose a Babi, le preguntó:

—¿Y el guapetón quién es?

—Sandra, te presento a Pablo; Pablo, Sandra, una muy buena amiga —se rieron mientras se daban la mano. Babi conocía a todos, por lo que fue intercambiando saludos y algunas palabras. Sandra

tomó del brazo a Pablo y presentó al resto del grupo.

—Nos vamos a una fiesta, ¿os venís? —dijo Sandra.

Babi miró a Pablo, quien tenía una expresión seria y se sentía un poco fuera de lugar. Por otra parte, lo que quería era estar a solas con Babi.

—Bueno, igual sí, ¿dónde es? —preguntó Babi.

—En la casa de Arturo Benjumea, los conoces a todos, ¿nos seguís?

—¿Vamos, Pablo? ¿Nos animamos? —dijo Babi.

Pablo se sentía un poco confundido en ese momento. Por un lado, estaba contento por haber compartido una velada fantástica, pero el encuentro con ese grupo de amigos lo hacía sentir cohibido. Mientras pensaba en las casas, el barco y ese nivel de vida tan diferente al suyo, se dio cuenta de que estaban en dos mundos completamente distintos.

El fantasma de la duda volvía a asomarse. La decisión impulsiva de venir a Marbella, una decisión que, como ella misma le había señalado, “no sabes nada de mí”, ¿había sido un acto de locura? Pablo no era conocido por su impulsividad, pero la seguridad en sí mismo que siempre había tenido parecía haberse esfumado. Sentía la necesidad de meditar sobre todo esto y tomar decisiones con más calma.

—Casi no, estoy un poco cansado, pero vete tú a la fiesta, con tus amigos—dijo Pablo con semblante serio.

En ese momento trajeron el Beetle de Babi y el Mustang de los amigos de Babi.

—No, no nos apuntamos Sandra, en otra ocasión—dijo Babi.

—Bueno, par de sosos, pues vosotros os lo perdéis. Mañana por la mañana, vamos a una cala a bucear y tomar algo, ¿ahí sí que te vienes Babi?, y tú también Pablo —dijo Sandra mirando a Babi para ver su reacción.

—Mañana por la mañana no puedo, tengo muchas cosas que hacer. Lo siento, Sandra, nos vemos en otra, un beso. Ciao.

En ese momento, Pablo pensó que lo mejor que podía hacer al día siguiente era volver a Madrid. Hasta llegar a la casa de Babi, Pablo se mostraba serio y apenas hablaba.

—Gracias por la cena, Babi. Pero te dije que yo invitaba.

—Deja ese tema, por favor. He tenido una velada maravillosa.

¿Por qué estás tan serio, Pablo?

—Por nada —respondió con cara seria.

Cuando llegaron, Pablo aparcó el coche de Babi en el garaje para coger el suyo.

—Le has dicho a Sandra que mañana tienes cosas que hacer.

—¡Claro!, navegar contigo —dijo mientras abría la verja y le lanzaba un beso al aire—a las diez, no te retrases que mañana vamos a una pequeña isla.

“Navegar contigo”. Esas palabras sonaron como música celestial para sus oídos, posiblemente las más hermosas que había escuchado en su vida. Sonaron tan bien que desechó la idea de regresar a Madrid al día siguiente.

La isla

A las diez en punto y para sorpresa de Pablo, Babi ya estaba allí, puntual. Como el día anterior, también había preparado un desayuno. Estaba contento, si la noche anterior se había quedado un poco "depre", el hecho de que no quisiera ir esta mañana con sus amigos e ir a navegar con él le había hecho sentirse mucho mejor.

Cuando acabaron de desayunar, partieron rumbo a la isla. Pablo ya sabía lo que había que hacer: soltar las amarras. Babi se situó al timón del barco, dirigiéndolo hasta un punto en el que redujo las revoluciones del motor para izar las velas. El viento arreció y las velas comenzaron a ondear, provocando un leve cabeceo del barco hasta que empezó a inclinarse. Una vez izada la mayor, Babi desplegó el génova eléctrico que, al coger aire, proporcionó una velocidad superior. Pablo ajustó las drizas y escotas, haciendo que el barco escorara aún más y ganara buena velocidad. Con un viento de través, las condiciones eran óptimas para la navegación. Sentir la grandiosidad de la naturaleza, como la fuerza del viento podía mover un barco de ese tonelaje, provocaba admiración en Pablo.

Después de un pequeño cabeceo, el viento sopló con más fuerza y Babi ajustó las velas para optimizar la velocidad y la escora del barco. El "Vientos Lejanos" puso rumbo hacia una pequeña y solitaria isla deshabitada. Tras una hora de navegación, llegaron a una de sus calas, donde no había más barcos a la vista.

Pablo, que ya se había familiarizado con la maniobra de echar el ancla y fondear, procedió en una maniobra perfecta. La paz y el silencio solo eran interrumpidos por el graznido de las gaviotas.

En la proa, había unos almohadones para tomar el sol:

—Pablo, en el refrigerador hay una botella de cava.

Pablo se levantó y sacó la botella del refrigerador:

—Aunque no se debe en un barco, voy a sacar unas copas de cristal. Hay que brindar porque ya eres un marino de verdad.

"POWPP", sonó cuando el corcho salió de la botella acompañado de un poco de espuma.

—Por el marinerito de agua dulce—dijo Babi

—Por la capitana pirata más impresionante del mediterráneo.

—De los cinco océanos—corrigió Babi.

Pablo tomó el muselet[11], y cuidadosamente doblo por la mitad los cuatro tirantes trenzados de alambre hacia afuera, uniendo el anillo de abajo con el interior de la chapa metálica. Luego, alzó el bucle, de aflojar el muselet y lo saco hacia afuera, la chapa actuando como caparazón, los cuatro alambres a modo de las patas y el bucle, la cabeza, Pablo hizo una figura con forma de tortuga

—Toma, Babi, la tortuga de la suerte.

—¡Vaya! Eres un artista, ¿y en qué da suerte?

—En todo, especialmente en el amor y el buen sexo —contestó con una sonrisa traviesa.

—¡Vaya! Entonces, deberé tenerla siempre cerca —respondió Babi, mirando a la tortuga.

Babi extendió su toalla sobre una colchoneta y se tumbó boca abajo para tomar el sol. Se desabrochó la parte superior de su bikini para evitar las marcas del sol. Pablo colocó su toalla junto a la de Babi y se tumbó. A los pocos minutos, ella dijo:

—Pablo, ¿me pones crema en la espalda?

—Claro —respondió él.

Abrió el tubo de crema. Con suma delicadeza aparto parte del pelo para que no se manchara de crema. La espalda de Babi lucía delicada, con un tono muscular firme y definido, pero a la vez delicado y elegante. Pablo apretó el tubo de crema y esta cayó suavemente sobre la espalda de Babi. La crema se deslizaba lentamente por su piel suave y ligeramente bronceada. Con las yemas de los dedos, Pablo comenzó a distribuir la crema por toda la espalda. Una vez que la crema estuvo bien extendida, Pablo empezó a masajear la espalda de Babi, permitiendo que la piel absorbiera la crema. Pablo disfrutaba acariciando la espalda de Babi. A Babi, el firme masaje de Pablo le proporcionaba una sensación de relajación, placer y bienestar.

La crema se absorbió, por lo que Pablo puso más crema en la espalda de Babi, extendiéndola desde la nuca hasta el final de la espalda y los hombros de una manera suave y delicada. Después de aplicar crema por cuarta vez, Babi se incorporó, girándose hacia Pablo. La parte superior de su bikini se quedó en la toalla, dejando sus pechos al descubierto. Le dijo con un tono juguetón y seductor:

—Te pedí que me pusieras crema, no que me ahogaras en ella.

Pablo la miró, sus caras estaban muy cerca, y él acercó sus labios a los de ella. Permanecieron abrazados, besándose durante bastante tiempo. Un punto de timidez les impedía decir algo, y cuando no estaban besándose, se miraban y se reían nerviosamente.

—Bueno, tenía que pasar —dijo Babi, rompiendo el silencio.

—Es lo que deseaba desde que te conocí en la fiesta de Marcos —dijo Pablo.

—¡¿Ah, sí?! Pues sabes que en el último momento estuve a punto de no ir a la fiesta —dijo Babi, mientras pasaba su dedo por los labios de Pablo. Volvieron los besos y las caricias. Babi se levantó y dijo:

—Vamos a bañarnos —Babi se despojó del resto del bikini y saltó al agua.

Pablo, sin pensarlo dos veces, se quitó el traje de baño y se lanzó al agua de cabeza.

En esa parte de la isla, estaban solos, nadar desnudos en plena libertad y vivir esos primeros momentos de pasión auguraban una buena relación.

Pese a estar bañándose desnudos en el mar, habían coqueteado, se habían salpicado y jugueteado, intercambiado besos y abrazos, pero aún no habían profundizado en sus caricias. Cuando subieron al barco para eliminar el salitre, utilizaron la ducha al aire libre ubicada en el espejo de popa. Era la primera vez que contemplaban sus cuerpos desnudos. Babi se duchaba mientras Pablo esperaba su turno apoyado en el estay de popa. El agua caía por el cuerpo perfecto de Babi, con hombros delicados y brazos bien torneados que masajeaban su cabello con champú. Su cuerpo esbelto trazaba curvas suaves desde los hombros hasta las caderas, con un vientre plano en el que se marcaba perfectamente la línea alba. Sus piernas eran largas y esbeltas.

Pablo la contemplaba absorto. Babi, coqueta, sintiéndose observada, tomó sus turgentes pechos con ambas manos, los juntó ligeramente, enviándole un sugerente guiño a Pablo.

Pablo se rió, provocando que los músculos abdominales marcaran aún más su tableta abdominal. Se levantó, apoyándose en sus brazos musculosos, y se colocó bajo la ducha, abrazando a Babi por detrás. Babi se dio la vuelta y empezó a aplicar champú en el cabello de Pablo. Una vez se enjuagaron, Babi retorció su pelo para eliminar el exceso de agua. Entonces, un barco se acercaba a la cala en la que estaban atracados. Babi, con un gesto coqueto, tomó con su dedo meñique el dedo meñique de Pablo y lo guió hacia el camarote

del armador.

Cuando acabaron de hacer el amor, Pablo sentía un cúmulo de Cuando terminaron de hacer el amor, Pablo experimentaba una mezcla abrumadora de emociones. Mientras abrazaba y acariciaba a Babi, reflexionaba sobre cómo en tan poco tiempo había desarrollado una profunda pasión por ella que iba más allá del deseo sexual y de la simple atracción física. Era la combinación de gestos, expresiones, su ironía y dulzura, y todo lo que conformaba a Babi en su conjunto lo que le había conquistado por completo.

Pablo estaba ansioso por expresar sus sentimientos, pero también era consciente de la importancia de la prudencia. Sabía que, aunque sus sentimientos eran auténticos, mostrarlos de manera precipitada podría malinterpretarse como una reacción impulsiva o el resultado de una euforia momentánea que no perduraría en el tiempo. Además, desconocía en qué medida Babi compartía esos sentimientos en la misma medida, y temía que apresurarse pudiera asustarla y alejarla. Por lo tanto, decidió tomar las cosas con calma y disfrutar del momento presente sin presionarla.

Cuando salieron del camarote, se dieron cuenta de que se había pasado la hora de comer y ya era hora de volver. Eran las seis de la tarde y no habían comido, por lo que Babi sugirió:

—Habrá que volver.

—¿Te parece si vamos a cenar esta noche? Pero esta vez sí que invito yo —dijo Pablo—. ¿Voy al motel, me cambio y cenamos, ¿de acuerdo?

—¡Huy, sí, tengo tanta hambre! —contestó Babi mordiéndose el labio inferior.

—Y yo.

—Si quieres, podemos hacer una cosa: dejas el motel, así no tienes que hacer tantos kilómetros todos los días, y te instalas en el velero.

Pablo movió la cabeza en señal de quizás.

—Y quizás alguna noche vaya a visitarte—dijo Babi, acompañando sus palabras con una expresión facial, de inocencia, picardía y sensualidad mientras le hacía un caracolillo en el pelo.

Pablo tenía un montón de kilómetros por delante hasta la pensión y luego tendría que volver para recoger a Babi. Esta vez, quería vestirse de manera más adecuada para la ocasión. Antes de dirigirse al motel de María, hizo una parada en un par de tiendas para adquirir ropa menos informal. Optó por unos pantalones y zapatos

deportivos, pero con un toque elegante. Cuando llegó, le pidió a la señora María si le podía prestar una plancha para ir impecable a su cita. La señora María, a pesar de que solo habían pasado dos días, ya había desarrollado cierto cariño por el joven enamorado y se alegraba mucho de lo que estaba sucediendo. Mientras María le planchaba la camisa y alguna otra prenda, Pablo entraba en detalles a medida que esta le preguntaba.

Pablo dejó la pensión de María. Después de un cálido abrazo, María le recordó con una sonrisa:

—Recuerda, cuando ustedes se casen, la celebración en el barco y la noche de bodas aquí, en mi motel. Poco sabía ella lo pija que era Babi para ir a un motel como ese.

Pablo, con la maleta en el coche, fue al velero a dejar su equipaje y luego se dirigió a la casa de Babi. Puntualmente y en esta ocasión vestido de manera más elegante con los pantalones y zapatos que se acababa de comprar, junto con su camisa azul marino y zapatos de vestir, llamó al timbre. Fue Babi quien salió directamente a recibirlo, y cuando vio cómo estaba vestido, no pudo contener la risa.

—¿De qué te ríes?

—De nada, de nada. Mira cómo voy yo vestida.

Babi iba vestida de manera informal, con pantalones pirata amarillos, un top bustier negro con encaje y chancletas de dedo, todo muy relajado y sencillo. Una vez que estuvieron en el coche, Pablo preguntó:

—¿Dónde vamos a cenar? —preguntó con cierta preocupación.

—Sorpresa, te va a encantar, los dueños son muy majos.

—¿Es que conoces a los dueños de todos los restaurantes?

—Sí, llevo toda mi vida viniendo aquí—dijo Babi riendo

Al llegar a un cruce, Babi indicó a Pablo que se metiera por un camino. Babi cerró el techo del coche antes de llegar, lo cual sorprendió a Pablo dado que siempre dejaba el coche descapotado. Cuando se adentraron por el camino y las ruedas del coche empezaron a levantar el polvo, Pablo entendió por qué cerraba el techo. Cuando finalmente estacionaron en un terreno lleno de arena, el polvo que flotaba en el aire se posó en la camisa azul oscura y los zapatos de Pablo. Miró a su alrededor y solo pudo divisar una caseta y un chiringuito que parecía bastante modesto. Se preguntó dónde estaría el restaurante que estaban buscando.

Caminaron en dirección al chiringuito. Al llegar, vieron un

cartel que decía “Chiringuito Vicente” con bombillas alrededor, similar a los espejos de los camerinos de las estrellas. Las paredes de la parte cubierta eran de madera y el suelo estaba hecho de tablones. Había una gran terraza con el suelo de madera sin paredes para disfrutar del entorno. Unos troncos de árbol, desnudos pero pulidos, conservaban los nudos de las ramas y sostenían el techo de paja.

El chiringuito se encontraba prácticamente dentro de la arena de la playa, situado en una pequeña cala. La proximidad al mar permitía que el sonido del romper de las olas llegara claramente a sus oídos.

Babi señalando con el dedo el chiringuito le dijo:

—Ahora sabes por qué me reía al verte vestido así de elegante.

—Desde luego, no doy una.

En la entrada, un hombre de unos cuarenta años, alto, con el pelo largo peinado hacia atrás, y perteneciente a la etnia gitana, les dio la bienvenida. Abrió los brazos con una amplia sonrisa en el rostro.

—” Quisha [12] vamo, vamo, vamo, si ha llegao lo ma bonito, ozú mi mare”

—¡Vicente!—contesto Babi con alegría, dándole un abrazo ante la sorpresa de Pablo.

—”Cammen, mia quie ha venio”—salió una mujer también de etnia gitana un poco regordeta con un gran moño en la cabeza:

—”Ozú, Dio mío” shiquisha cuanta alegría” cada ve ma guapa —dijo la mujer besando a Babi.

“Oshe, tú, y ¿quie e er piho?”

—Se llama Pablo.

—”Oshe, tú, a esta chiquisha que e una joia cuídala con tu vía si e nesesario”¿eh? Dijo estrechando fuertemente la mano de Pablo.—canela fina la ninña.

Cogió a ambos por detrás del brazo acompañándolos a la terraza. La mesa, la mejor situada con preciosas vistas al mar. La incipiente luna se empezaba a reflejar en el mar, proporcionando una luz suave y natural que iluminaba la escena de manera casi perfecta. Era una vista verdaderamente hermosa.

—Venga, aquí estáis en una preciosa mesa.—extendió un mantel de papel que sujetó con cuatro grapas de plástico.

—Venga que ahora os traigo de bebé y de comé.

Vicente trajo unas servilletas que puso al centro:

—¡¿Es que no nos vas a poner de beber?!—dijo Babi con simpatía.

—Tranquila, ¡como soy lo de la ciudad, siempre etresaó!—rieron.

—¿Me has traído aquí porque crees que es el único sitio que puedo pagar?—pregunto Pablo preocupado.

—No, tonto, te he traído aquí porque es un sitio excepcional, ya verás, es la gente más buena y encantadora que conozco y hemos venido aquí porque vamos a comer el mejor pescado y marisco de la costa, ya verás—dijo Babi mientras cogía la mano de Pablo.

Vicente se acercaba, traía un gran porrón de cristal lleno de cerveza. Pablo se dirigió a Vicente, que es de los que parece que no tiene prisa:

—Vicente, cuando pueda nos trae dos vasos y la carta.

Babi rio, cogiendo el porrón y bebiendo directamente del porrón.

—"Quillo pa que quiere tu u vaso, no ve er arte que tiene la niña con er porrón ", y aquí no hay carta, er Visente, se encarga, y si lo que te traigo no te gusta pues no pagas y no pasa na".

Antes de acabar de decir eso, un camarero jovencito trajo una fuente con mariscos y "pescaito frito": gambas, cigalas, chanquetes, cazón….

—Venga darle caña

Varias bandejas más de pescado y mariscos les habían saciado aún más. Vicente se acercó para ver si querían algo de postre. En ese momento, Pablo estaba besando apasionadamente a Babi.—"chicooos respirá, que sus vais a afisiá y aquí no tenemo la máquina esa der errecepé[13].

Vicente se dirigió a Babi.

—¿Uno yitoni[14] de los buenos? desos solo con cortesita de limó, no como ahora kelechan un montón de guarrás.

—Venga—contesto Babi.

—Si tu no bebías alcohol, dijo Pablo.

—En casa de Vicente, sí.

—¡Pues vivan las excepciones!

—Lo primo están ar caé—dijo Vicente como quien decía un

secreto.

—¡Qué bien!—contesto Babi

—¿Quiénes son “loprimo”? pregunto Pablo

—Ya lo verás, te va a encantar, te lo vas a pasar bien.

La luna seguía iluminando la noche, y solo quedaron algunas mesas, principalmente aquellas con las que Vicente tenía una relación más cercana. En ese momento, el camarero salió con unas maderas que apiló para formar una especie de cabaña estilo indio. En poco tiempo, unas llamas empezaron a surgir de su interior, creando una gran hoguera en el centro de la playa. Los camareros también habían colocado grandes almohadones, una tarima de madera y cuatro sillas alrededor de la hoguera.

—Ya están aquí lo primo—anunció Vicente, aplaudiendo.

Las cuatro mesas que ya estaban ocupadas comenzaron a aplaudir, incluyendo a Babi. Por complicidad, Pablo también empezó a aplaudir, sin estar seguro de a qué se debía.

Tres personas, vestidas con pantalones y chaquetas negras, cabello largo y patillas prominentes, todos de etnia gitana, acompañados por una alta joven vestida con un traje de gitana, con un gran moño que recogía su largo pelo negro y un maquillaje que destacaba sus ojos, con el rabillo del rímel extendido al estilo de Cleopatra, aparecieron y parecía que conocían a todos en el lugar. Los primos y la chica saludaron a las personas en las mesas mientras se acercaban. Cuando llegaron a la mesa de Babi, la chica se acercó a ella y la besó. Evidentemente conocían a Babi, que les sonreía con admiración.

La gente que estaba sentada en las mesas se levantó y se dirigió hacia los almohadones alrededor de la hoguera. A excepción de un grupo de seis personas, el resto eran parejas.

—Quizá te hayas vestido demasiado elegante —dijo Babi mientras se quitaba las chancletas y le indicaba a Pablo que se quitara los zapatos.

—Me lo podías haber dicho.

Babi tomó la mano de Pablo y lo condujo hacia los almohadones alrededor de la hoguera. Pablo se sentó con las piernas cruzadas, y Babi se acomodó delante de él, recostándose sobre su pecho mientras él la abrazaba desde atrás.

Sin decir mucho más, los primos se sentaron en las sillas y comenzaron a tocar sus guitarras. Uno de ellos comenzó a cantar

flamenco, mientras la hermosa chica, con su elegante figura, empezó a bailar, moviendo las manos con un estilo inusual al ritmo de la música.

Las llamas danzaban al ritmo de las guitarras, creando múltiples formas con cambiantes tonalidades de rojo, naranja y amarillo. De vez en cuando, se escuchaba un chisporroteo cuando algún tronco se quemaba. Las fragancias ahumadas llenaban el ambiente, creando una atmósfera acogedora y cálida.

La chica cogió de la mano a Babi y la sacó a bailar.

—Miralaaaa, la rubia y la morena—dijo el cantante—¡qué arte!

Posteriormente sacó a otros espectadores

Pablo miraba a Babi sorprendido, esta chica camaleónica, ¿es una extraterrestre? En solo cuatro días, la había visto bailar música moderna en una mansión en Madrid y luego bailar flamenco en un chiringuito de playa. Ayer cenando en un restaurante exclusivo usando el cuchillo y tenedor con la sutileza y refinamiento de un cirujano, y hoy rompiendo las patas de las cigalas con los dientes y chuperreteándose los dedos. Montando a caballo con chaqueta saltando sutilmente al más puro estilo inglés o salvajemente al más puro estilo cowgirl, ¿Qué más?

Pues sí, uno de los primos cedió su guitarra a Babi para ponerse a bailar con la gitana. Babi cogió la guitarra y después de un par de reef de calentamiento para cogerle ritmo, hizo los acompañamientos con los primos.

Mientras tocaba la guitarra, Pablo la contemplaba. Su rostro irradiaba una profunda conexión con la música. Sus ojos, semicerrados, mostraban una gran intensidad emocional. La luz rojiza de las llamas, que bailaban en la hoguera, proyectaba un resplandor cálido en la cara de Babi.

Después de un par de canciones, Babi volvió a su sitio.

—No sabía que tocabas la guitarra.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí. Toco la guitarra y también el piano. Bueno, tocaba el piano, pero ya no.

Cuando acabaron de tocar “lo primo”, se fueron a la orilla del mar. La hoguera y la luna todavía les iluminaba.

Cuarto y último día

El día siguiente, se despertaron muy temprano, habían pasado la noche en el velero y el amanecer estaba llegando. Babi llevaba una sudadera para protegerse del frío de la mañana y sostenía una taza de café con ambas manos para calentarse, mientras ambos se sentaban juntos y observaban cómo el horizonte gradualmente se iluminaba, disipando la oscuridad del cielo. Unas horas después, comenzaron a navegar. Babi manejaba el rumbo del velero y controlaba la enorme rueda de timón, que tenía aproximadamente metro y medio de diámetro, lo que le permitía dirigir la nave desde ambos lados, mientras él la abrazaba por detrás.

En el ambiente había un poco de melancolía, ya que era su último día. Al día siguiente, vendrían sus padres, y en unos días, partirían en el Vientos Lejanos junto con sus padres, Babi, su hermano y la chica del servicio, con Hermann al mando del velero. A pesar de las habilidades de Babi como capitana, a su padre le gustaba que Hermann fuera el capitán del velero. Además, llevar el velero requería trabajo en equipo, y ni el padre de Babi ni su hermano tenían interés en participar en ello.

Además, Hermann se quedaría en Baleares con la chica del servicio después de la partida de los demás. Tendrían planeado hacer un crucero por las Islas Baleares y luego tomar un vuelo a Japón para hacer turismo, antes de regresar a Marbella.

Ese día regresaron temprano de navegar y decidieron dar un paseo por el puerto y las calles del pueblo. Caminaban cogidos de la mano, él la rodeaba por el hombro mientras ella lo sujetaba por la cintura, compartiendo risas y miradas cómplices que evidenciaban la fascinación mutua que sentían, inmortalizando estos momentos haciéndose fotos. A Babi le encantaba la manera en que Pablo la miraba. Ir de compras era una de las pasiones de Babi, y si encontraban alguna tienda de moda interesante durante el paseo, ella sentía la necesidad de entrar. Pablo la seguía como un fiel compañero, ofreciendo su opinión cuando ella se lo pedía. En ocasiones, Pablo la detenía con un suave tirón del brazo para evitar que entrara en una tienda tras otra.

En la última noche juntos, optaron por ir a un lugar de moda en la playa donde había música en vivo. Lamentablemente, llegaron un poco tarde y el lugar ya estaba lleno. Pero, siempre tenían un plan

alternativo: disfrutar del concierto desde la playa. Se tendieron en la arena boca arriba, con los brazos extendidos, permitiendo que los acordes llegaran hasta sus oídos. Un saxofón se alzó como protagonista, acompañado de dos violines en un segundo plano. Pablo, melómano de corazón, sentía cómo las notas llenaban su interior, fusionándose con las emociones de los últimos días. En ese preciso momento, los labios de Babi se fundieron con los suyos, y ella recostó su cabeza en el pecho de Pablo.

Juntos, observaron los puntos luminosos del cielo titilando mientras un resplandor plateado de la luna proporcionaba cierta claridad en la noche. Sentimientos confusos y contradictorios los envolvían: la alegría del momento, la inquietud por la separación, el temor al futuro. En silencio, ambos se preguntaban si lo que habían vivido era un amor de verano, una simple aventura o algo más profundo y significativo. ¿Y luego qué?

—Mira, una estrella fugaz, ¿será una señal?

—Pablo, es un avión.

Esa última noche la pasaron en el velero. El camarote del armador tenía la característica de poder abrir el techo, y esa noche hicieron el amor con las estrellas como testigo.

Al despertar al día siguiente, una sensación de melancolía se apoderó de ellos. Aunque intentaban mantener sonrisas forzadas, sabían que les esperaban muchas semanas sin verse. Decidieron ir a recoger el coche de Pablo, que estaba estacionado frente a la casa de Babi, pero al intentar arrancarlo, el motor hizo un ruido extraño y no respondió. Hermann, que había salido para desechar una bolsa de césped recién cortado en el contenedor, observó la situación y al escuchar el sonido del motor, comentó:

—Nein, nein, motor, kaputt. Una válvula se ha quedado pisada. —sentenció Hermann.

Pablo y Babi se miraron, miraron al coche y resignados, se dirigieron a la estación de autobuses para que Pablo pudiera regresar a Madrid.

A la media hora de irse vinieron los padres de Babi.

Después de dejar las maletas, don Bernardo le pregunto a Hermann:

—Ese coche rojo tan viejo que está en la puerta, ¿qué hace ahí?, ¿de quién es?

—No lo sé, señor Bernardo, no lo sé.

Una grúa vino a recoger el coche y Hermann salió para entregarle las llaves al mecánico y que pudiera llevarse el coche.

El buen Hermann

Cada vez que Hermann se cruzaba con Pablo, le lanzaba una mirada de complicidad, soltaba una risa burlona y sacudía la cabeza mientras murmuraba “pardillo”. Observándolo desde cierta distancia, se podía notar una leve cojera en su forma de caminar, lo que añadía una peculiaridad a su apariencia. Su piel, bronceada por el sol y el viento del mar, evocaba la imagen de alguien de origen subsahariano. Esto contrastaba notablemente con su cabello completamente blanco, rizado y con destellos rubios en los laterales. Sus dos ojos azules apenas eran visibles debido a los párpados grandes y las bolsas debajo de ellos que los ocultaban.

Era una mirada fatigada que se iluminaba cada vez que posaba sus ojos en Babi. Aquellos ojos habían contemplado gran parte del mundo, ya que no había continente que Hermann no hubiera visitado ni océano que no hubiera surcado. Como solía decir él cada vez que pasaba por el Cabo de Hornos, las ballenas le decían: “Hermann, otra vez por aquí”. Aunque su espalda estaba encorvada por el paso de los años, no le impedía trabajar duro en el velero y en la casa de los Cano.

En su infancia, Hermann solía pasar horas absorto observando los barcos en el puerto de Hamburgo. Sus padres regentaban un pequeño bar en ese mismo puerto, y él creció al son de las cautivadoras historias que los marineros relataban sobre sus aventuras en alta mar. A los dieciséis, Hermann tomó una determinación que cambiaría su destino: dejó atrás su hogar y se enroló en un barco mercante, embarcándose en una travesía de treinta años vinculada al mar. Sin embargo, durante una parada en el puerto de Cádiz, un cable que sostenía un contenedor cedió, aplastando la pierna de Hermann. Ese trágico suceso concluyó su carrera marítima y le llevó a someterse a numerosas intervenciones quirúrgicas.

Después de recibir el alta médica, Hermann se encontró en una situación desoladora: sin hogar, sin familia y con muy pocos recursos. Los ahorros escaseaban, aunque no gastaba cuando estaba embarcado, sí que lo hacía cuando llegaba a puerto. Llegar a puerto y no caer en la tentación de gastar dinero en compañías efímeras y placeres con “sirenas de esas que te dicen te quiero si ven la cartera llena”, como bien dice Fito y Fitipaldis[15] en “Soldadito Marinero”. Volver a Hamburgo no era una opción, y enrolarse en un barco tampoco lo era, ya que la única opción para estar en un barco era como cocinero, algo que no deseaba. Sin un destino claro, en busca de un nuevo horizonte,

viajó a lo largo de la costa desde Cádiz hasta Málaga, haciendo una pausa en Marbella.

Mientras contemplaba los barcos amarrados en el malecón, que se mecían suavemente en el agua. Su atención se centró en un hombre que parecía tener dificultades con los cabos de un velero. Era evidente que tenía poca experiencia, o, mejor dicho, ninguna experiencia en navegación. Ese hombre era Bernardo Cano, quien, pese a portar con orgullo su título de Patrón de Yate, carecía notoriamente de habilidades náuticas. A su lado, con una calma aparente, se encontraban su esposa Laura y sus dos hijos pequeños: un niño y una niña de cabello rubio y ojos claros. La pequeña lucía con entusiasmo un flotador con forma de delfín alrededor de su cintura.

Al ver la dificultad que enfrentaba Bernardo, Hermann no tardó en acercarse y ofrecer su ayuda con el velero. Bernardo, reconociendo su falta de habilidad, agradeció el gesto con alivio. Poco a poco, Hermann descubrió que el velero no era el fruto de un genuino amor por el mar por parte de Bernardo, sino más bien un símbolo de ostentación, un capricho de quien busca aparentar un estatus elevado. Desde aquel encuentro, Hermann asumió múltiples roles: capitán del velero, jardinero de la residencia Cano en Marbella, y chofer de la familia cuando era necesario. De la familia Cano, solo una persona mostró interés, o más bien pasión, por el velero y navegar: Babi. Pasó de ser grumete a capitana gracias a los sabios consejos de Hermann, él la consideraba como a una hija propia. Por esta razón, cuando algún chico se acercaba, Hermann se mantenía fiel y vigilante, asegurándose de que la situación estuviera bajo control.

Hermann tomó simpatía por Pablo, le divertía cómo Babi, de manera cariñosa, le tomaba el pelo. Por amor, ¡Pablo había pulido toda la cubierta a mano! Una labor que, con la herramienta adecuada, se hace en un abrir y cerrar de ojos. Al cuarto día, Hermann se acercó, sosteniendo una máquina apenas más grande que un taladro, con un pompón de tela en el extremo y le dijo:

—¿Sabes para qué sirve esto, pardillo?, preguntó Hermann con una sonrisa socarrona—Esta máquina se usa para pulir cubiertas de teca en barcos, je, je, je”—, añadió, disfrutando del semblante sorprendido de Pablo.

Pablo había superado la prueba con creces: había demostrado su interés sincero y genuino por Babi, ¡y lo había demostrado muy bien! Babi y Herman se miraban con una sonrisa de complicidad.

El largo verano en Madrid

Los minutos se estiraban como horas, las horas se sentían como días, y los días parecían eternos. Durante ese verano, Pablo impartía clases de recuperación a estudiantes y colaboraba en la ferretería del padre de Carlos. Había gastado todos sus ahorros en la semana más increíble de su vida. Aunque empezaría a trabajar en un banco en septiembre, con un salario decente para ser su primer empleo, aún estaba lejos del estatus que tenía Babi.

No importaba lo que hiciera, en el pensamiento de Pablo resonaban constantemente las mismas imágenes, recuerdos inmortalizados con intensidad: Babi enfrentando el viento desde el timón, su rostro salpicado de arena mientras descansaba bajo el sol, aquella sonrisa pícara cuando levantaba la vista del libro que leía… —¿En qué piensas? —preguntó Carlos, notando la distracción en el rostro de Pablo.

—En nada —respondió Pablo, intentando sonar despreocupado —. Solo en los inventarios.

—¡Ah, vale “*l”amour*”!

Al hablar por teléfono y compartir sus experiencias diarias, las disparidades entre sus vidas seguían pesando en la mente de Pablo. Mientras él relataba las clases de matemáticas que impartía y las cómicas dificultades de algunos de sus alumnos, o su rutina en la ferretería y los constantes inventarios, Babi le narraba sus días navegando con amigos, asistiendo a fiestas en mansiones y hasta tomando un jet privado a Londres junto a su madre y amigas para una escapada de compras. A pesar del intento humorístico de Babi al decir: “traté de secuestrar el avión para que hiciera escala en Madrid”, Pablo no podía quitarse de la cabeza la evidente brecha social entre ellos.

Cuando salía con Marcos y su grupo de amigos, a pesar de sentirse aceptado, había momentos en los que conversaban sobre experiencias que él jamás había vivido. Esas diferencias trazaban una línea invisible, como si le dijeran: “Eres agradable, pero no perteneces a nuestro mundo”. Y ese, precisamente, era el mundo de Babi.

Pablo, Marcos y Babi

El teléfono de Marcos empezó a sonar.

— Marcos, ¿cómo estás?

— ¡Pablo! ¿Qué tal tu verano? He oído que has estado ocupadísimo. Ni un tornillo te has dejado sin contar, ¿eh?

— Ha sido intenso, sí. Pero, ya sabes, hay que ganar algo de dinero.

— Claro, pero en unos días ya empezaremos a ganar en serio. Va a ser otra historia.

— Lo sé, ¡estoy ansioso! Lo necesito. Pero cuéntame, ¿cómo han sido tus vacaciones?

— Fenomenales, te lo prometo — dijo Marcos, recostándose en el sillón y poniendo los pies sobre la mesa. — Después de esa gran fiesta, volé a Dinamarca. ¿Te acuerdas de las dos chicas que conocí durante mi máster en Estados Unidos? Impresionantes. Hubiera sido genial que vinieras conmigo, pero ya que no pudiste, tuve que "sacrificarme" con las dos, ¡ja, ja, ja! Después, hice un crucero por las islas griegas. Relajación, navegación y, por supuesto, fiestas. Terminé el verano en Ibiza. Y tú, ¿verdad que pasaste unos días en Málaga?

— Sí, quería comentarte sobre eso. Es por Babi...

— ¿Babi?, ¡impresionante! Lo tiene todo, cara, culo, encantadora, ¡la chica diez! La conozco desde que teníamos cinco años. La viste en la fiesta, ¿verdad? ¿Te la presenté? No recuerdo. ¡Ah!, no, me preguntaste por ella. Aunque te la hubiera presentado, es una chica difícil y está en otro nivel al tuyo. Pero bueno, no me dejes con la intriga. Me decías de tu estancia en Málaga, ¿dónde exactamente?

— Bueno, pues en Marbella.

— Bien, bien, yo voy poco, aunque mis padres tienen casa y barco allí. Cuéntame, cuéntame, ¡me tienes en ascuas! ¿Ligaste mucho?

— Como te decía, estuve en Marbella, y fue con Babi.

— ¿Con Babi? — Marcos se levantó abruptamente, su rostro alegre se tornó serio y tenso.

— Sí, pasamos una semana juntos allí — añadió Pablo.

— Espera un segundo, Pablo — interrumpió Marcos. Pausó la llamada y, en un acceso de ira, barrió con todo lo que había sobre la mesa, lanzándolo al suelo. Una vez despejada, golpeó la mesa con fuerza. Apenas podía procesar lo que acababa de escuchar. Tras unos instantes para recomponerse, tomó una profunda respiración y retomó la conversación.

— ¿Pablo?, perdona, ¿qué me decías? ¿Que os habíais enrollado en Marbella? Pero nada serio, ¿verdad?

— La verdad es que nos llamábamos todos los días después de Marbella. Recientemente, nos reencontramos en Madrid, y, Marcos, estoy enamorado como nunca antes. De verdad. Y, bueno, quería compartirlo contigo y pedir, de algún modo, "tu bendición".

— Pablo, ¡tú eres mucho tío para una sola mujer!, como yo. Somos camaradas de juergas. ¿No me dejarás solo?

— Marcos, te juro que lo que siento por Babi es algo que nunca había experimentado. Es como si todas las demás relaciones palidecieran en comparación. Me retiro, "quemo mi agenda".

— ¡Venga ya, Pablo! Siempre has sido un conquistador. ¿Qué te parece si este viernes salimos tú y yo, nos rodeamos de buena compañía y nos olvidamos de todo? Nos ligarnos unas chicas guapas y cogernos un buen pedo, y te dejas de tonterías.

— Lo siento, Marcos. Realmente espero que comprendas y que no te moleste. Recuerdo el pacto del Clan Mac, pero también entiendo que tú y Babi no tenéis nada pendiente.

— ¡Pablo, por Dios!, ¿cómo me va a sentar mal? Me alegro mucho y te doy mi bendición.

— Gracias, Marcos. Tus palabras me reconfortan, pero seguiremos saliendo, y cuando liguéis, pues yo me iré con Babi. Bueno, estamos en contacto, llámame.

— ¡Claro que sí, Marcos! Cuídate. — Tan pronto como colgó, Marcos estrelló el teléfono con rabia, haciéndolo añicos contra el suelo. La ira y frustración lo consumían. En ese momento, se sentía doblemente abandonado por Babi y su mejor amigo.

Marcos, con el rostro tenso, salió de su casa y fue directamente a la de al lado, a la residencia de Babi. Presionó el botón del telefonillo.

—Hola, soy Marcos. ¿Está Babi?

—¡Ah! Señorito Marcos, claro, pase.

—No dígale que salga ella, la espero aquí.

No pasó mucho tiempo cuando Babi apareció, en chándal y con una expresión de confusión.

—¿Qué pasa Marcos?, ¿Por qué no has querido pasar?

—¿Qué es esto de lo que me he enterado, estás con Pablo?

—Por tu tono deduzco que no lo apruebas.

—¿Cómo se te ocurre?

—Perdona, no creo que tenga pedirte permiso, ¿o si?

—Permiso no. Pero teníamos un pacto.

—¡¿Pacto?!, ¿Qué pacto?

—Habíamos decidido que, al regresar de Barcelona, retomaríamos lo nuestro.

—Marcos ¡Por favor! Nos juramos amor eterno con siete años. Eso ya ha prescrito.

—Con dieciséis años fuiste mi novia.

—Sí, y tú mi novio al que compartía con no sé cuántas chicas más.

—Tú eras la única que realmente me importaba., pero había cosas que no estabas dispuesta a darme.

—Si te lo hubiese dado, hubiese durado lo que las otras. Y además, han pasado… ¿Cuántos? Seis años.

—Decidiste irte a Barcelona.

—En gran medida, por ti.

—Babi, sólo pido otra oportunidad.

—No, Marcos, Pablo es genial, me siento muy a gusto con él.

—¿Estás realmente enamorada?

—Pues… —Babi, que miraba al suelo, levantó la mirada y miró a Marcos con profundidad— Sí, mucho, como nunca antes lo había estado.

—¡Vale, “baby”! —dijo Marcos con malicia.

—”¿¡Vale “baby”!?”, como cuando teníamos seis años y me querías hacer rabiar llamándome “baby”, en vez de Babi. ¡Por favor!, Marcos, ¡madura!

—Que sepas que Pablo siempre ha buscado dar el pelotazo, y parece que lo ha conseguido.

—¡Como puedes ser tan mezquino! Y se supone que eres su amigo.

Marcos la miró un instante, luchando con sus emociones, y sin decir nada más, se dio la vuelta para volver a su casa.

—¡Marcos, Marcos, espera!

Marcos se paró, acercándose a ella.

—Mira, Marcos, si te dijese ahora mismo que sí a ti, no íbamos a durar, seríamos infelices. Asúmelo, eres mi amigo más antiguo y me gustaría que siguieras siéndolo. Estoy loca por Pablo y eso no va a cambiar.

—Vale, Babi, vale —dijo Marcos, caminando hacia su casa.

* * *

Unas semanas después, el Clan Glen volvió a juntarse. Tras un año de separación debido a sus estudios de máster, todos habían mostrado señales de madurez y una nueva responsabilidad profesional. Los exagerados brindis con derrame de cerveza y gritos eufóricos habían quedado atrás.

En esta reunión, al grupo habitual de cinco se sumaron algunas caras nuevas. Roger presentó a Alba, una chica que conoció durante el verano. Bruno trajo a su exnovia de Sevilla, que ahora trabajaba en Madrid. Pablo, por su parte, vino acompañado de Babi. Marcos, fiel a su estilo, no defraudó y llegó con una joven llamativa, de esas que captan todas las miradas por su exuberante belleza y por cómo su vestimenta realza aún más sus atributos.

—Bueno chicos, ¡quién nos ha visto y quién nos ve ahora!, tan formalitos.

—Dado que el Clan Mac está evolucionando, sugiero cambiar el nombre a Clan Macquillas cuando las chicas se unan —propuso Pablo.

Todos rieron excepto Marcos, que no le hizo ni pizca de gracia.

—Buen juego de palabras, “illas”, las que se “mac—quillan” —comentó Bruno, alzando su copa en un brindis.

—Oye Marcos, ¿es ese un móvil nuevo? Juraría que compraste uno hace apenas dos meses.

—¡Cierto!, pero tuve un pequeño accidente y se me rompió al caer al suelo.

Después de la cena, Babi se levantó y se dirigió a la barra. Marcos aprovechó para acercarse.

—Se os ve muy bien, muy enamorados, eso sí, dais un poco de repelús, ¿no?, pegajosos—dijo Marcos con sorna.

—No — contestó Babi con indiferencia.

—Quiero que sepas que ya no siento nada por ti —dijo Marcos, intentando aparentar despreocupación.

—Vale, pero Marcos, tú a lo tuyo. Céntrate en tu “refinada” amiga y dile que cierre la boca al masticar chicle. Un tanto vulgar, aunque quizás es lo que realmente buscas.

—¿Estás celosa, Babi?

—Realmente, Marcos, estás perdiendo el norte —dijo Babi, haciendo un gesto con el dedo índice en la sien.

—Además, mi acompañante es pura pasión, una verdadera tigresa, no como ciertas personas, ¿cierto, “baby”? Quise decir Babi.

—¿Y tú qué sabrás? —dijo Babi negando con la cabeza a modo de incredulidad

—Tengo un instinto muy desarrollado para estas cosas —dijo Marcos poniendo cara de suficiencia—, seguro que en la cama eres sosita.

—Pues sabes qué, eso es algo tú nunca lo sabrás.

—¿Pasa algo, Babi? preguntó Pablo con preocupación.

Marcos le miró, dándose la vuelta.

—Nada, Pablo. Bésame —respondió Babi abrazando a Pablo por el cuello.

La celda de numero 2

Cárcel de distrito, sábado 9 de abril de 2022

Pablo había tardado en conciliar el sueño, por lo que se despertó cuando abrieron la pequeña puerta para traerle el desayuno. Esperaba que en breve pudiese ver al juez de guardia y hacer la llamada reglamentaria para informar sobre su situación.

Pablo se cuestionaba: “¿A quién debería llamar?” No tenía abogado. Probablemente, en otras circunstancias habría llamado al padre de Marcos. En otro contexto, habría llamado a Babi directamente. Se preguntaba qué estaría haciendo en ese momento. ¿Follando como loca con Marcos por toda la casa mientras estoy aquí encerrado? Se planteaba la idea de llamar a sus padres, pero temía que la noticia afectara la frágil salud de su padre. ¿A su hermana quizá? ¿O tal vez a los chicos del Clan Mac?

Marcos y Pablo habían sido inseparables desde siempre. En circunstancias normales, Pablo no habría dudado en recurrir a él. Sin embargo, Irene, su secretaria, se perfilaba como una alternativa fuerte. No solo era eficiente y resolutiva en todo lo que hacía, sino que también tenía acceso a su agenda y, por lo tanto, a todos sus contactos. Sumado a eso, su lealtad hacia él nunca había flaqueado. En ese momento de incertidumbre, la decisión más sensata parecía ser contactar a Irene Andrade.

Ella siempre fiel. Irene Andrade

Irene Andrade, la mayor de cinco hermanos, enfrentó una niñez complicada. Su padre, contable en una fábrica de Getafe, Madrid, falleció enfermo cuando ella tenía apenas doce años. La tragedia dejó a su madre con una hipoteca por pagar, cinco hijos que mantener y escasos recursos. Para salir adelante, su madre se empleó en un hotel como kelly [16], haciendo horas extras y confiando en Irene para cuidar a los más pequeños de la casa. Pese a las circunstancias y al inmenso sacrificio, Irene se esforzaba académicamente y trabajaba como cajera en el supermercado local. Su admiración por la fortaleza de su madre alimentaba su sueño de convertirse algún día en la directora administrativa de una prestigiosa empresa.

Irene se sumergió en sus estudios nocturnos, destacando por su excelente rendimiento académico. Combinó sus estudios en administración con cursos de informática y secretariado internacional. A pesar de nunca haber viajado fuera de España, dominaba el inglés a la perfección. Su compromiso con la educación y las responsabilidades en el hogar la llevó a tener una vida social algo limitada.

Fintrium Finanzas Internacionales

Cuando Irene fue a la entrevista de trabajo en Fintrium Finanzas Internacionales, la contrataron de inmediato. Irene irradiaba profesionalidad, responsabilidad y capacidad de trabajo.

Fintrium Finanzas Internacionales era una empresa dedicada a inversiones, gestión de patrimonios y asesoramiento fiscal. La contratación de Irene coincidió con una fase de expansión en la empresa, marcada por nuevos proyectos y la apertura de nuevas líneas de negocio. La compañía buscaba revitalizarse con sangre nueva.

En ese momento, la empresa había incorporado a un nuevo director, Marcos Clavero, quien regresaba de trabajar en Londres y tenía la perspectiva de reemplazar al director de todas las áreas financieras en el futuro. Durante su estancia en Londres, Marcos había trabajado en una empresa vinculada a la London Stock Exchange (LSE), y los acuerdos alcanzados allí estaban destinados a modernizar Fintrium.

Marcos Clavero tenía lazos sólidos en Fintrium, ya que su padre, Luis del Clavero, era socio y consejero de la empresa. Además, el prestigioso bufete Clavero, Mazón y Arevana, donde su padre era el socio principal, se encargaba de todos los asuntos legales de Fintrium. El consejero delegado, don Germán Azpilicueta, mantenía una estrecha relación tanto con el padre de Marcos como con el propio Marcos desde su infancia, de hecho, en aquellos tiempos, Marcos solía referirse a Germán Azpilicueta como su “padrino”.

Marcos como director de área no tenia acceso a pertenecer al consejo de administración, pero los socios con mas de un diez porciento de la sociedad tienen derecho a un sillón en el consejo.

Germán Azpilicueta poseía un veinte por ciento de las acciones de la empresa, mientras que Luis del Clavero tenía un quince por ciento. El socio mayoritario, con un sesenta por ciento de las acciones, era una sociedad patrimonial anónima representada por Luis del Clavero. El cinco por ciento restante estaba en manos de pequeños accionistas. Dado que Luis del Clavero tenía un asiento en el consejo como asesor legal y representante de la sociedad patrimonial anónima, cedió su puesto en el consejo correspondiente a su participación social a su hijo, Marcos.

* * *

Desde el primer día, Irene se esforzó al máximo, buscando la excelencia en su trabajo y demostrando una eficiencia que rozaba la perfección.

En la empresa, Irene no tenía muchos amigos. Durante el almuerzo, solía comer sola un sándwich traído de casa, a diferencia de sus compañeros que preferían los restaurantes cercanos. A pesar de que su salario le permitiría disfrutar de comidas fuera, Irene era profundamente austera por naturaleza. La compañía mantenía un código de vestimenta tradicional, pero Irene siempre optaba por una versión más formal. De estatura alta y cabello castaño, prefería trajes de chaqueta de corte clásico y faldas tubo en tonos neutros, combinados con camisas blancas abotonadas hasta el cuello, evitando colores vivos. Esta elección de vestuario le confería un aire sobrio y discreto.

La mayoría de sus compañeras optaban por un estilo más moderno, añadiendo un toque de color con pañuelos estampados, algo que Irene no hacía. Llevaba el pelo recogido y sus gafas de pasta no eran precisamente consideradas atractivas. De hecho, sus compañeros solían llamarla "la mapache", debido a esas gafas como si fuese un antifaz.

La eficiencia de Irene era inigualable. A menudo, completaba tareas antes de que se las solicitaran, demostrando su habilidad para anticiparse. Irene solía quedarse fuera de horario con frecuencia.

* * *

Después de un año y medio trabajando en Fintrium, se anunciaron cambios en la empresa. El director general informó que se prejubilaría en seis meses, lo que implicaba el ascenso inminente de Marcos. Los nervios comenzaron a apoderarse de la situación. Marcos debía familiarizarse con sus nuevas responsabilidades, y al mismo tiempo, alguien tenía que asumir las responsabilidades que él dejaba atrás.

Con ese objetivo en mente, contrataron a un joven economista que tenía dos años de experiencia en banca de inversión y una prometedora trayectoria. Aunque le habían ofrecido un puesto en Nueva York, la propuesta de Marcos para que se quedara en España resultó tentadora y la aceptó. "Como en España no se vive en ningún sitio", solía decir. Además, la estrecha relación entre ambos auguraba la formación de un equipo sólido.

El día que se incorporó, se lo presentaron a todo el equipo. Fue Marcos quien lo hizo:

—Irene, mira, te presento a Pablo Vírseda, que viene a

encargarse de Fondos de inversión y patrimonio. Es un buen amigo de la universidad y de juergas — dijo Marcos con una sonrisa seductora.

A la semana siguiente, Irene llamó a su prima Sara, quizá su mejor amiga.

—Sara, la semana pasada conocí al hombre de mi vida, al hombre perfecto.

—¡Qué me dices, Irene! Ese ser todavía no ha nacido.

—Sí, Sara, alto, guapo, cachitas, y ¡tiene una sonrisa!, hum, ¡qué sonrisa! Te mira y te derrite.

— Vaya, qué suerte, ¿y es tu jefe?

— Ojalá lo fuera, porque tiene un trato exquisito. Es educado, te pide las cosas por favor, te implica y te motiva, no como el idiota de Marcos, que si te mira es por encima del hombro y para desnudarte con la mirada y es un déspota en el trato.

— ¿Y está soltero? — preguntó Sara.

— Sí, no lleva anillo, y si es amigo de juergas de Marcos seguro que no tiene novia.

— ¿Un juerguista?, Irene, cariño. Bueno, no te digo nada, ya eres mayorcita.

* * *

La directora de recursos humanos llamó a su despacho a Irene. Cuando te llaman al despacho de recursos humanos suele conllevar el que mañana ya no estas en la empresa, por lo que Irene iba con un poco de mosqueo. Cuando entró en el despacho, Pablo estaba sentado. Al entrar ella, se levanto acercándole a silla todo caballeroso.

— Irene, te hemos llamado porque Pablo ocupará el puesto de director que dejó Marcos. Se trasladará al lado del despacho de Marcos.

— ¡Ah, enhorabuena! —dijo Irene con admiración.

— Y necesita una asistente de dirección.

— ¿Y bien? —preguntó Irene.

— Le hemos ofrecido que haga un proceso de selección y él ha dicho que quiere que seas tú su asistente. Implica más responsabilidad y, por supuesto, un importante aumento de sueldo. ¿Qué te parece, Irene?

— ¿Qué me parece? ¡Pues un sueño, señor Vírseda! Cuente

conmigo al doscientos por cien. Espero no defraudarle.

— Gracias, Irene. Por cómo te he visto trabajar, no tengo la más mínima duda. Cualquier cosa me vas contando.

— Muchas gracias.

Irene se dirigió a su escritorio mientras miraba de reojo hacia atrás. Aún no había asimilado lo que le acababa de suceder. Le encantaba su nuevo puesto. Ascender de manera tan abrupta, avanzar tres o cuatro niveles de repente, era un sueño hecho realidad. Y, sobre todo, tener a Pablo como jefe. En la empresa, había puestos que, simplemente por no soportar al jefe, no valían la pena.

Al día siguiente, trasladaron sus pertenencias a sus nuevos despachos. Pablo comenzó a llevar sus objetos personales, añadiendo un toque personal a su nuevo espacio de trabajo.

Irene, por su parte, también estrenaba despacho, ubicado justo en la antesala del de Pablo. Ella también trajo algunas cosas personales para decorarlo. Estaba radiante ese día.

Sin embargo, cuando Irene entró en el despacho de Pablo, un marco de fotos con una hermosa rubia hizo que su corazón se acelerara.

—¿Quién es ella? —preguntó Irene, con la esperanza de que la respuesta fuera que se trataba de su hermana u otra relación no romántica.

—Es Beatriz, aunque todos la conocemos como Babi. Es mi novia, y en unos meses nos casaremos —respondió Pablo.

* * *

Los meses pasaron rápidamente. Pablo cosechaba éxito tras éxito, y su departamento superaba en rendimiento a todas las demás direcciones. El equipo de Pablo se volvió cada vez más sólido. La relación entre Pablo e Irene seguía siendo profesional y formal. Pablo demostraba ser un auténtico líder, sabiendo cómo motivar y sacar lo mejor de cada miembro del equipo.

Por su parte, Irene se centraba completamente en su trabajo, incluso cuando Babi llamaba a Pablo a su despacho o le pedía que le entregara un mensaje. En muchas ocasiones, cuando hablaban por teléfono, Irene notaba cómo la expresión de Pablo cambiaba.

Cuando Irene conversaba con su prima Sara, era habitual que terminaran hablando de Pablo, pero no tanto de cuestiones laborales, sino más bien de su vida personal y otros temas relacionados con él.

—Irene, ¿Qué tal estás tú?, no me interesa cómo está Pablo —le decía Sara.

—Bien Sara, bien.

—Tienes que salir más, estás muy encerrada. Así no vas a conocer a nadie.

—Salir, ¿para qué?, seguro que con mi media naranja han hecho zumo.

—Ja, ja, ja. No, tonta, acabará llegando.

—¿Sí?, y cuando hable conmigo por teléfono, ¿pondrá la misma cara que Pablo cuando habla con su mujer?

—Sí, ya verás.

* * *

Un viernes, Marcos convocó a Pablo en su despacho:

—Pablo, necesitamos un informe sobre gastos, transferencias y resultados.

—¿A qué te refieres?

Marcos mostró a Pablo una breve descripción del tema.

—La verdad es que no tengo ni idea de qué trata esto, y además, no está dentro de las competencias de mi departamento ni de mis clientes.

Marcos se encogió de hombros:

—Lo siento, para el lunes, Pablo. Gracias.

A Pablo no le sentó nada bien. Los informes financieros; cada departamento realiza el suyo, y este no era de su competencia. Aunque era inusual, Pablo siempre estaba dispuesto a ayudar. Llamó a Irene y le contó lo sucedido:

—Lo siento, Irene, me lo han impuesto para el lunes. Tenemos que venir mañana, sábado. Lo siento mucho.

—No hay ningún problema, señor Vírseda. Mañana estaré aquí sin falta.

—Te lo agradezco mucho. La verdad es que no sé muy bien qué pinta nuestro departamento en esto. Por cierto, como hay que mover cajas y estaremos solos, no hace falta que vengas vestida de forma formal.

* * *

Ese sábado, Irene planeaba salir con su prima Sara, para hacer algunas compras y luego almorzar, pasando el día juntas.

—¡Hola, Sara! Soy Irene. Mira, tengo que trabajar mañana, así que tendremos que posponer nuestros planes.

—¡Qué pena! Lo siento mucho. ¿Y en cuanto a la comida? Solo espero que no vayas con tu atuendo de trabajo, ese de señorita Rottenmeier.

—No, Sara. Pablo me dijo que vayamos informal, así que me pondré aquel vestido rojo tan bonito que compré y seguramente comeremos en algún restaurante.

—Espera, Irene. Una cosa es que no vayas de señorita Rottenmeier, y otra es que vayas vestida para... conquistar. Además, se te ve tan contenta por... ¿trabajar un sábado?

—Sara, no, solo quiero ir cómoda y bien vestida.

—Irene, ese vestido tiene mucho escote... Una pregunta, ¿te vas a poner también el conjunto de Victoria´s Secret que seguramente no has estrenado?

Irene no respondió.

—Irene, eres una persona maravillosa, y cuando intentas ser algo que no eres, generalmente no te sale bien.

—No te preocupes, Sara, sé lo que hago.

—Prima, te quiero mucho, y te lo he dicho varias veces. Cambia de trabajo, aléjate de Pablo. Él nunca te corresponderá de la forma que tu piensas. Tus pensamientos hacia él están impidiendo que encuentres a alguien que realmente te merezca.

El informe Chéster

Madrid, viernes 28 de enero de 2022. Tres meses antes de la detención de Pablo.

Al día siguiente, que era sábado, Pablo llegó un poco más tarde de la hora acordada con Irene. Su primera tarea consistía en ordenar y clasificar la documentación. Habían subido algunas cajas del sótano llenas de papeles y las habían colocado en la amplia sala de reuniones, que no se utilizaría durante el fin de semana. Vestido con vaqueros y una camisa, Pablo se dirigió directamente a la sala de reuniones y abrió la puerta con un simple:

—Hola.

De espaldas, había una mujer a quien no reconoció hasta que se dio la vuelta y dijo:

—Hola, jefe, ¿quieres un café?

La cuestión era que se parecía a Irene, pero ¿dónde estaba su anticuado moño? ¿Y las gafas? ¿Y ese "Hola, jefe, ¿un café?"? Pablo no recordaba alguna ocasión en la que Irene se dirigiera a él sin decir "Sr. Vírseda". ¿Qué tipo de metamorfosis había ocurrido de ayer a hoy? Ayer dejó un patito feo en la oficina y hoy se encontraba con un cisne, una máquina de trabajar, una mujer imponente.

Era la primera vez que Pablo veía a Irene con el pelo suelto. Una larga melena castaña ondulada, sin gafas, lo que hacía que sus intensos ojos color miel resaltaran aún más. Su sonrisa era amplia y natural, muy diferente de la sonrisa circunspecta de una subordinada. Vestía un vestido suelto con colores vivos, predominando el rojo y el naranja, ¡y lucía escote! Pablo no pudo evitar exclamar:

—¡Caray! Irene, te sienta muy bien ese, ese—Pablo balbuceó mostrando admiración, optando por callar antes de decir algo inapropiado.

Irene recibió sus palabras de admiración con gran satisfacción.

Se pusieron manos a la obra; gran parte de la información ya estaba sobre la mesa. Cuanto más revisaban los papeles, más extraño les parecía todo, pero manos a la obra.

—Jefe, no entiendo nada —dijo Irene.

—¿Qué es lo que no entiendes, Irene?

—He estado clasificando la información y, en primer lugar, no está relacionada con nuestros proyectos. En segundo lugar, se trata de un informe sencillo que cualquiera podría haber hecho cualquiera de la oficina. ¿Por qué te lo encargaron a ti? No tiene sentido utilizar a alguien con tanto talento para tareas tan simples. No se usa a un pura sangre para tirar de un carro.

—Bueno Irene, gracias por el cumplido.

Pablo la miró, pensando si responder a la opinión que tenía al respecto.

—Es una cuestión de demostrar quién manda, quién es el jefe. Nuestro departamento está alcanzando cotas de éxito muy elevadas. Marcos necesita quedar por encima.

Pablo se sorprendió al notar que Irene no llevaba gafas y decidió preguntar:

— Irene, ¿y tus gafas? ¿Puedes ver bien?

— Perfectamente, lo confieso, son cristales neutros sin graduación.

Ante la sorpresa en el rostro de Pablo, Irene consideró que debía explicarlo.

— En una charla sobre la imagen personal, mencionaron que las personas que usan gafas a menudo proyectan una impresión de seriedad, intelectualidad y profesionalismo.

— Pero tú ya eres una profesional eficiente.

—Pero al principio no había demostrado nada. Las usé inicialmente para la entrevista y al comienzo de mi trabajo aquí. Creo que mantener esa imagen de eficiencia me resulta beneficioso. Además, así mantengo a raya de los coqueteos de la oficina. Los jefes no se dan cuenta, pero aquí hay mucho flirteo.

—¡Vaya! Si te vieran hoy, tendrías muchos pretendientes —dijo asintiendo.

Irene se encontraba entre los ventanales y él. A contraluz, su cuerpo se perfilaba con una perfección escultural, una armonía de curvas que se extendían desde los hombros hasta las caderas. Sus largas piernas, realzadas por los tacones de aguja, despertaban en Pablo una profunda admiración por su belleza. Cada vez que se inclinaba para dejar un papel, su escote se entreabría. Un delicado sujetador de encaje intensificaba el volumen y la línea entre sus pechos. Con discreción, ella se lo ajustaba, pero a menudo necesitaba ambas manos. Pablo intentaba no mirar, pero la curiosidad y el

instinto eran irresistibles

Pablo empezó a ser consciente de que esa visión de la silueta y el escote de Irene le estaba alterando, por lo que sugirió seguir trabajando sentados, a pesar de que dificultaba la tarea que estaban realizando. En varias ocasiones, sus manos se rozaban mientras intercambiaban los documentos, y ambos se apresuraban a apartarlas. Estos roces evocaban los recuerdos de las imágenes capturadas anteriormente.

Hasta ese día, Pablo nunca había visto a Irene como una mujer, sino como alguien que resolvía sus problemas de manera eficiente. En cambio, Irene había idealizado a Pablo como el hombre perfecto: apuesto, caballeroso, ingenioso, simpático y amable. Él siempre la trataba con educación y la valoraba. Ella notó la mirada de Pablo y, en ese instante, se sintió halagada y cómoda, con un toque de ensueño.

Ya casi habían terminado; solo faltaban los últimos puntos finales. Era hora de comer, así que decidieron hacer una pausa y tomar algo. Dado que todas las salas estaban cerradas, al ser sábado, se dirigieron a la sala de espera. Allí encontraron un conjunto de muebles: un sofá grande estilo Chéster[17] de tres asientos y dos individuales de una plaza y una mesa en el centro, perfecta para disfrutar de un descanso y una comida cómoda.

Subieron unos sándwiches y se pusieron a comer ahí. Pablo tratando de buscar una posición cómoda dijo:

—Mira que son incómodos los Chéster estos. ¿Sabes por qué son tan incómodos?

—Ni idea—contesto Irene.

—Pues fue un conde, el Conde de Chesterfield, en el siglo XVIII, quien mandó diseñar un sofá que permitiera a las personas sentarse con una postura erguida y adecuada mientras despachaba o mantenían conversaciones con él, así no se dormían y prestaban atención.

—¡Qué curioso! Creo que en la oficina a muchos habría que ponerles un Chéster para que se sienten bien—se rieron.

—Te refieres a Marcos, ¿verdad?—preguntó Pablo.

—Jamás cuestionaría la forma en que se sienta el superdirector —respondió Irene mostrando las palmas de sus manos y cara de susto.

—Venga ya, si cada vez que Marcos se sienta en el despacho de Azpilicueta, parece que se ha caído de la lámpara—dijo Pablo riendo.

Pablo se recostaba en el sofá, imitando las posturas de Marcos

al reclinarse en el sillón.

— Bueno, en esta posición, el Chéster no es tan incómodo. Pruébalo, Irene.

Al adoptar la postura cómoda, sus cabezas chocaron.

— ¡Tienes la cabeza dura! —dijo Pablo riéndose—. ¡Me has hecho un chichón!

— ¡Quejica! ¡Vamos, a ver ese chichón! —dijo Irene, palpando la cabeza de Pablo en busca de un inexistente chichón. Sus dedos acariciaron el cabello de Pablo mientras acercaba su cabeza a su pecho. Él, a su vez, tomó un mechón de pelo de Irene. Sus ojos evitaron el contacto, pero sus mejillas se acercaron, casi tocándose. Lentamente, sus mejillas se acomodaron hasta que sus labios se encontraron.

Las caricias en el cabello se extendieron al resto de sus cuerpos. La ropa estorbaba. Pablo desabrochó lentamente el vestido de Irene, mientras que Irene hizo lo mismo con la camisa de Pablo. Ese sujetador que Pablo apreciaba cuando Irene estaba frente a ella, fue desabrochado con suavidad, Pablo mantenía sujetas las bandas de la prenda con la mano, las soltó y con su mano deslizo los tirantes hacia abajo, mostrando el secreto que ocultaba.

Poco a poco, solo quedó piel entre ellos, El sofá estrecho limitaba las opciones de encontrar una posición cómoda, dejando solo dos alternativas: arriba o abajo, posiciones que fueron alternando.

Cuando acabaron, permanecieron tumbados en el Chéster durante unos minutos. No hablaban.

Irene se sentía satisfecha. Ella no había tenido muchas relaciones con hombres y las que había tenido en el pasado habían sido poco satisfactorias en el ámbito sexual. En esta ocasión había sido todo lo contrario.

—No vamos a acabar nunca—dijo Irene mientras se ponía su ropa interior y se vestía.

Se esforzaron por finalizar el informe en medio de un ambiente ambiguo, donde se mezclaban bromas, comentarios irónicos y, al mismo tiempo, una sensación de culpabilidad.

Una vez finalizado el informe, ya solo quedaba archivarlo y firmarlo. Para ello, se le daba un nombre y este pasaba al ordenador central. El responsable del informe lo firmaba, así como los intervinientes que, además, tenían que firmar una cláusula de confidencialidad.

—¿Un nombre para el informe? —preguntó Irene.

—" Chéster" —dijo Pablo, provocando la risa de ambos.

—No, vamos a ser serios —dijo Irene.

—Este es el típico informe aburrido que nadie va a volver a ver en la vida, vamos a darle por lo menos un nombre con significado: "Chéster" —dijo Pablo.

—Bueno, pues "Chéster" —tecleó Irene en el ordenador.

De camino a casa, Pablo no podía creer lo que acababa de ocurrir. El remordimiento lo consumía. Era la primera vez que le era infiel a Babi, y nunca pensó que lo sería. Se preguntaba cómo había sido posible que sucediera, sintiéndose realmente mal. Finalmente, tomó el teléfono para llamar a Babi, pero le faltó el coraje. En su lugar, le envió un mensaje: "Terminé el trabajo. Voy a pasar por el gimnasio para darme una sauna". Necesitaba tiempo para reflexionar sobre lo sucedido y enfrentar las decisiones que había tomado.

En la sauna del gimnasio, los pensamientos seguían atormentándolo. La duda sobre si debía o no contarle a Babi lo que había sucedido era abrumadora. También se preguntaba cómo esto afectaría su relación con Irene. Después de la sauna, se dio una ducha. De alguna manera, la combinación de la sauna y la ducha parecía separarlo de lo sucedido, como si estuviera limpiándose de sus acciones.

Irene, por su parte, tampoco estaba contenta. Un sabor agridulce la corroía. Había soñado durante años con estar en los brazos de Pablo, y cuando finalmente había ocurrido, la sensación de placer del momento se había convertido en culpabilidad. Sentía remordimiento y temor por haber provocado, de alguna manera, a su jefe, por haber sido débil y caer en la tentación. Además, le preocupaba las posibles repercusiones que esto podría tener si Pablo la despedía por haberle seducido, aunque en el fondo, eso era lo que menos le importaba

También estaba preocupada por haberse intercalado entre dos personas, Pablo y Babi, y sabía que Pablo nunca dejaría a Babi por ella. Estaba atrapada en un torbellino de emociones y arrepentimiento.

El lunes siguiente, Pablo entró en su despacho:

—Buenos días, señor Vírseda, le pongo al día con la agenda. A las diez tiene reunión con el señor Pérez de Brescok Asociados y a las dos, comida con el señor Gil. Le he dejado los expedientes de fin de año en la estantería. ¿Necesita algo más?

—No, muchas gracias, Irene —respondió Pablo.

La tensión en el despacho era palpable, aunque ninguno de los dos mencionó lo que había sucedido entre ellos. La actitud de ambos era como si no hubiese pasado nada, por lo que la normalidad de antes fluía.

El patio de la cárcel

Todavía no había visto al juez de guardia, ni le habían permitido hacer una llamada, y tampoco sabía por qué lo habían detenido.

Se abrió la puerta de la celda. Pablo pensó que lo llevaban ante el juez de guardia, pero no fue así.

—Paseo en el patio, y antes de que me lo preguntes, todavía no sé nada del juez de guardia, ten en cuenta que es sábado —dijo el policía mientras acompañaba a Pablo a un patio al aire libre.

El patio no era muy grande, poco más grande que una pista de tenis, lo justo para dar una vuelta y respirar aire puro. Cuando salió, había otros tres detenidos. Al principio, cada uno estaba por su lado; el aspecto de Pablo era muy distinto al de los otros. Uno de ellos, acercándose, dijo:

—¿Un piti? —ofreció un cigarrillo uno de ellos.

Los otros dos aceptaron la invitación, pero Pablo no respondió y se quedó en un rincón apartado.

Los otros tres, que parecían bastante relajados dada la situación, empezaron a conversar:

—¿Por qué te han trincado esta vez?

—Nada, unos gramos de nada, un poli cabrón haciéndose pasar por cliente. Mañana estoy fuera.

—¿Y tú?

—Búa, un control, coche robado y antecedentes de alunizaje.

—A mí también por robo, pero una farmacia, atraco a mano armada.

—Chungo, tío, porque tú ya tienes antecedentes.

—Sí —dijo uno de ellos, confirmando con la cabeza.

—¿Y a ese? —señalando a Pablo.

—Ese, seguro que drogas, comprando. Con esa pinta.

—¡Eh, tú! El del traje —Pablo se dio la vuelta.

—¿A ti con cuántos gramos te han pillado?

—¿Cuántos gramos de qué?

—De jamón, ¡no me jodas! —Todos se rieron, excepto Pablo, que no sabía muy bien de qué iba la cosa.

—No sé, bronca doméstica, pelea conyugal, supongo.

—¡Huy, eso es chungo, colega! ¿Pero pegaste muy fuerte?, ¿de eso que quedan marcas? Porque si es así…

—¡Por Dios! Nunca pondría la mano encima a mi mujer por nada del mundo —se escandalizó Pablo.

—Pues este, esta mañana en la calle —dijo señalando a uno de ellos—, pero por violencia lo llevas, claro, colega.

—Seguro que es una denuncia falsa de algún vecino —dijo Pablo.

—Claro, como todos nosotros que también somos inocentes —respondió con sarcasmo el otro hombre, y todos rieron.

—Pues yo a mi tronca la tengo "controlá", ya le di una vez lo suyo, y ya no hace falta que le dé de nuevo —dijo haciendo el gesto de azotar.

—¿Pero sigues con la pilingui esa?

—¡Ehhh!, ¿qué pasa?, más respeto, que te caneo.

—Venga compadre, que sabemos todos a qué se dedica.

En las palabras de Pablo, había algo de verdad. Los vecinos tenían una gran aversión hacia su suegro debido a la rehabilitación del edificio y, de manera indirecta, hacia su hija, quien en ese momento era la propietaria del ático. Esto también afectaba a Pablo, ya que estaba incluido en el "paquete".

A las 10:57, un funcionario vino a buscar a Pablo para llevarlo ante el juez. Pablo solicitó su llamada.

—No le hace falta, ya está aquí su abogado —dijo el policía que lo conducía ante el juez.

—¿Ya? —se preguntó Pablo, sorprendido— ¿Quién le ha llamado?

Llegó a una sala, donde se encontraba una persona de cabello negro peinado con raya, el cabello engominado, llevaba gafas y vestía un atuendo de color azul. Estaba extrayendo unos documentos de su cartera de piel negra. Al percatarse de la presencia de Pablo, dejó los papeles en la mesa y extendió la mano:

—Buenos días, soy Alejandro Balsa, tu abogado.

—¿Quién eres? ¿Eres un abogado de oficio? —preguntó Pablo.

—No, usted gana mucho dinero y, por lo tanto, no tiene derecho a un abogado de oficio. Bernardo Cano, su suegro, me envía y él costea su defensa —respondió el abogado.

Pablo no entendía nada. ¿Cómo había llegado ese abogado allí? ¿Qué tenía que ver su suegro, con el que no se llevaba muy bien, en todo esto? Y, sobre todo, ¿por qué se había ofrecido a pagarle un abogado? Su relación con su suegra era bastante buena, pero las opiniones y posturas de su suegro en varios aspectos de la vida y los negocios chocaban directamente con sus propias creencias. Según la percepción de Pablo, su suegro cruzaba líneas rojas en diversos ámbitos, incluyendo los negocios, y tenía serias dudas sobre la ética y la legalidad de algunas de sus actividades empresariales. Sin embargo, por el bien de su esposa y de su amigo Marcos, cuya familia tenía negocios con su suegro y además era su abogado, prefería mantener una relación cordial a pesar de estas discrepancias.

—Como le he comentado, su suegro, don Bernardo, costeará todos los gastos de su defensa, apelación en caso de que vayamos a ella, así como de todos los gastos que pudiesen surgir. Solo me ha pedido que firme este papel.

Pablo se sorprendió ante la generosidad de su suegro. Sin embargo, cuando comenzó a leer el papel que debía firmar, sintió que se le helaba la sangre. Era un acuerdo de divorcio. Había visto demandas de divorcio con acusaciones falsas diseñadas para obtener la custodia de los hijos, propiedades o pensiones, pero en el caso de Babi y él, no tenían hijos ni propiedades en común. El ático estaba a nombre de Babi, y ella no necesitaba una pensión gracias a la enorme fortuna de su padre, que le permitía vivir con lujos sin trabajar. Entonces, ¿por qué esto?

No sabía si era la voluntad de Babi, pero después de lo que había pasado, ya se esperaba cualquier cosa. Se sintió hundido y asqueado de todo mientras firmaba ese papel. Esa firma marcaba el fin de su relación con Babi, la persona con la que había planeado pasar el resto de su vida y tener hijos.

La jueza convocó a Pablo y le notificó:

—Señor Vírseda, se le imputan una serie de cargos que incluyen estafa, blanqueo de capitales y evasión fiscal. La querella ha sido presentada por la entidad Fintrium Finanzas Internacionales. Asimismo, la mencionada empresa ha interpuesto una demanda por despido, cuyo proceso corresponderá al órgano laboral competente. Las pruebas pertinentes serán presentadas en una vista preliminar dentro de dos meses, fecha que se le comunicará oportunamente. Por las cantidades que se reclaman, se le concede la libertad provisional

bajo una fianza de 250.000 euros.

Pablo se encontraba desconcertado por la situación. Los cargos de estafa, blanqueo de dinero y fraude fiscal resonaban en su mente. No tenía conocimiento de los hechos que se le imputaban; nunca había participado en actividades ilegales en la empresa. Por lo menos, le reconfortaba que no lo habían detenido en relación con un caso de violencia doméstica.

—No se preocupe —dijo su abogado—. Examinaremos su patrimonio para presentarlo como garantía para la fianza.

Tras evaluar detenidamente su patrimonio y con la impresión de que su abogado tenía la situación bajo control, ambos abandonaron el juzgado.

—En mi coche tengo una maleta con su ropa, ¿A dónde quiere que le lleve? Dijo el abogado.

¡Le habían hasta preparado la maleta, le querían fuera! Sin saber muy bien dónde ir, optó por irse a un hotel.

Cuando llegó al hotel, no tenía móvil, dado que era el de la empresa y se lo habían cortado.

No podía ni quería hablar con Marcos por razones obvias. Decidió llamar a Irene, al despedirle ya no era su secretaria, pero seguro que le atendía e igual le podía aclarar algo:

—Irene, soy Pablo.

—Hola, Pablo, siento mucho lo que te está pasando.

—¿Pero tú sabes algo?

—No, no me han informado de nada, no sé qué está pasando. Me han dicho que no hable contigo y sinceramente, creo que es mejor que no tengamos contacto.

—¡Pero Irene!

—Pablo, te deseo toda la suerte del mundo, no te puedo decir más.

Pablo no se esperaba de Irene esa fría reacción.

Babi, Marcos, Irene, su círculo más cercano, le habían dado la espalda.

Una vez en su habitación, se recostó en la cama y cerró los ojos. Como no había dormido la noche anterior en la celda, en cuanto se relajó, cayó dormido de inmediato. El estrés le estaba pasando factura.

Tuvo que ser una pesadilla

Cuando se despertó al día siguiente, se sintió confundido. ¿Había sido solo un sueño? Parecía más bien una pesadilla. Pero al abrir un ojo, la realidad le golpeó de lleno: no estaba en su cama, sino en el hotel al que lo había llevado su poco fiable abogado. Era domingo y se dio cuenta de que no tenía su teléfono; su número ya no le pertenecía y nadie podía localizarlo.

Bajó al vestíbulo del hotel y compró una tarjeta telefónica. Decidido a informar a sus padres sobre su nuevo número, llamó a su madre. Al escuchar su voz, notó una tristeza que atribuyó a la salud de su padre. Esto llevó a Pablo a decidir no aumentar su preocupación. A fin de cuentas, no tenía claro qué decir sobre su propia situación. Por ello, optó por charlar sobre temas triviales, evitando mencionar los recientes acontecimientos.

Aunque Pablo percibió una reacción fría y distante de Irene, la llamada no la dejó indiferente. La mañana en que detuvieron a Pablo, Irene estaba ocupada actualizando notas sobre asuntos pendientes. Ese día, Pablo y Marcos tenían planeado jugar al golf con unos clientes, seguido de una comida. Siendo viernes, Irene esperaba que Pablo regresara directamente a casa después de la comida.

Por la mañana, Irene conversó con la secretaria de Marcos:

—Hoy es un día tranquilo, Irene. Los jefes están jugando al golf y disfrutando en Urrechu —dijo la secretaria de Marcos.

—Sí, y lo mejor es que lo llaman trabajo —respondió Irene.

—Exacto. Yo, por mi parte, me iré pronto hoy —añadió la secretaria.

La tranquilidad se rompió cuando, a las diez de la mañana, Marcos entró apresuradamente en la oficina, causando sorpresa en ambas secretarias. Se miraron confundidas.

—¿Qué sucede? ¿Y la partida de golf? —preguntó Irene.

Le resultó extraño no solo que Marcos estuviera allí, sino también la ausencia de Pablo. Marcos se dirigió directamente al despacho del consejero delegado, sin siquiera detenerse a hablar con su secretaria. Cerró la puerta tras de sí y permanecieron allí por media hora.

Cuando Marcos finalmente salió, estaba hablando por teléfono.

Se dirigió hacia la recepción de la empresa, donde se quedó esperando. Era inusual que él saliera a recibir a alguien personalmente, lo que indicaba que la visita debía ser de alguien importante.

Ocho agentes de policía irrumpieron en la oficina. Marcos se acercó al que parecía tener el rango superior y comenzó a hablar con él. La actividad en la oficina se detuvo; todos dejaron de trabajar y observaron con curiosidad e inquietud. Irene, que estaba cerca de la puerta del despacho, se sorprendió al ver a Marcos señalando en su dirección. Tres policías se acercaron hacia ella, liderados por Marcos. Al llegar a su lado, un oficial le ordenó no tocar nada, recoger sus pertenencias personales y retirarse. Los agentes procedieron a revisar meticulosamente la oficina, abriendo todos los cajones y recogiendo documentos, agendas, ordenadores, tabletas y otros objetos, empacándolos en cajas. Las pertenencias de Irene también fueron incluidas en esta búsqueda exhaustiva. Finalmente, Marcos le indicó a Irene que lo acompañara al despacho del señor Azpilicueta.

— Irene, Pablo lleva años engañando a la compañía, estafando a los clientes y engañándonos a todos nosotros. Supongo que tú estás al margen de todo esto, ¿verdad? —preguntó Azpilicueta.

— Sí, claro, yo no sé nada de lo que está diciendo.

— Eso espero. Supongo que no necesito decirte que no debes hablar con nadie acerca de esta empresa. No contactes con Pablo, y si él intenta comunicarse contigo, no le respondas. Si por alguna razón llegara a hacerlo, tomaremos medidas en tu contra, no solo legales, ¿entiendes?

— Sí —respondió Irene, asintiendo con la cabeza—.

— ¿Sí? ¿Y qué más? —insistió Marcos.

— Sí, lo he entendido.

— Repítelo —ordenó Azpilicueta.

— Que lo he entendido.

— Bien, ahora ve a tu casa. Tienes vacaciones pagadas. Nos pondremos en contacto contigo. Y recuerda, ¿qué debes hacer? Si necesitas algo, comunícate solo con Marcos.

—No decir nada y no hablar con el señor Vírseda.

—Bien, así me gusta. Tendrás tu recompensa. ¿*capisci*? Dijo el consejero delegado.

Irene se fue a su casa, muy nerviosa ese "*capisci*" que dijo, así como la mirada de ambos le sonó a mafia, a amenaza.

Tú eras el elegido

“Tú eras el elegido”[18]. Pablo se había sentido el elegido, gracias a su carrera meteórica, su ascenso profesional, su pareja perfecta, su intensa vida social y su dinero. Pero en tan solo dos días, todo cambió: se encontraba en la posición de un “presunto” delincuente, sin amigos, sin trabajo, sin esposa y sin hogar. La casa en la que vivía pertenecía únicamente a Babi, y su lujoso estilo de vida no le había permitido ahorrar mucho. Sus fondos de inversión estaban comprometidos como parte de la fianza. Confundido y sin saber qué hacer, Pablo se debatía entre regresar a la casa de sus padres o tomar una medida drástica como saltar desde un puente. La verdad era que se sentía completamente desorientado.

El abogado proporcionado por su suegro le había entregado unas maletas con su ropa y algunas pertenencias. Sin embargo, Pablo necesitaba recuperar más objetos que aún estaban dispersos en diversos cajones de su antiguo hogar. En principio, prefería evitar un encuentro con Babi hasta que la situación se calmara y tuviera más claridad sobre los acontecimientos recientes. La posibilidad de una demanda de divorcio le parecía surrealista. Hasta hace apenas dos días, ellos eran la pareja perfecta, aparentemente felices. ¿Qué había cambiado tan drásticamente?

No quería ver a Babi, pero sabía que acceder al ático sin encontrarse con ella sería complicado. Inicialmente, Pablo planeó ir en su ausencia, pero mientras se dirigía al hotel, cambió de rumbo hacia el ático. Llegó al garaje sin inconvenientes y subió en el ascensor. Al llegar a la puerta, se detuvo con la llave en la mano, vacilante. Tras un momento de duda, optó por llamar al timbre en lugar de usar su llave.

¿Qué iba a decir? ¿Cómo empezar? Lo que más le afectaba era lo de Babi. Se sentía herido, traicionado. Los cimientos de su relación estaban quebrados y el mundo que habían construido se vio sacudido por los acontecimientos. En un abrir y cerrar de ojos, algo se abalanzó sobre Pablo: Cooper, su fiel Golden Retriever, un regalo que le hizo Babi.

—Hola, chico, ¿cómo está mi perrito chiquitín? —decía mientras abrazaba y rascaba detrás de la cabeza al perro. En ese momento, Pablo se dio cuenta de que aún le quedaba un amigo, su amigo más fiel. La alegría desbordante de Cooper contrastaba tristemente con el estado de ánimo de Pablo.

Ahí estaba Babi, de pie junto a un mueble, evitando la mirada de Pablo mientras jugueteaba con una estatuilla. Pablo, buscando respuestas, se acercó a ella y preguntó con voz temblorosa:

—¿Por qué? ¿Desde cuándo? ¿Qué sientes por mí ahora? ¿Es posible que nos reconciliemos?

Babi, sin dejar de mirar la estatuilla, respondió con una mezcla de incredulidad y dolor:

—¿Cómo has podido hacerlo, Pablo?

Pablo, sintiendo la tensión crecer, añadió con urgencia:

—¿Y qué hay de la demanda de divorcio?

En ese momento entró en la sala Rania, un siniestro personaje, colaboradora cercana del padre de Babi en asuntos poco convencionales en los que se necesitaba una mujer para resolver "problemas". Se rumoreaba que había trabajado para el KGB y se vanagloriaba de haber eliminado a individuos corpulentos por su propia mano. Ahora, residiendo en España, se dedicaba a solucionar problemas que demandaban métodos poco ortodoxos.

Pablo se acercó a ella y le ofreció un pañuelo para que secara sus lágrimas. Babi no dijo nada, excepto para responder a la pregunta sobre la demanda de divorcio:

—Eso ha sido cosa de mi padre— En silencio, Babi cogió su teléfono móvil y le mostró a Pablo un vídeo.

La cara de Pablo se puso pálida al verse a él y a Irene en el Chéster. Eran imágenes de las cámaras de seguridad de la oficina. ¿Cómo habían llegado esas imágenes a manos de Babi?

—"Es mejor que tu marchar"—Dijo Rania con su acento interponiéndose entre él y Babi.

Pablo recogió las pocas cosas que había ido a buscar y salió por la puerta, dejando atrás su vida, su chica y su perro. La expresión en el rostro de Babi mientras reproducía la escena del Chéster no se le iba de la mente. Además de todas las circunstancias, afloraba el remordimiento de algo que ya había olvidado: lo que había sucedido en el Chéster con Irene.

¿Qué hace la esbirro esa en casa? Pablo se dio la vuelta para evitar problemas, más problemas aún.

Estoy perdido

Después de depositar los avales para la fianza, Pablo revisó sus ahorros y se percató de que podría enfrentarse problemas financieros en un futuro cercano. Además, se anticipaba que en los próximos meses tendría varios gastos importantes, como su defensa jurídica.

Pablo buscó ayuda acudiendo a Fernando Cuevas, presidente de una naviera y uno de sus clientes. En el despacho de Fernando, Pablo expresó su urgente necesidad:

—Fernando, necesito un trabajo. Sabes que puedo ser muy útil, ¿hay alguna manera en que puedas ayudarme? —preguntó Pablo.

Fernando respondió con una mezcla de simpatía y cautela:

—Vamos, Pablo, te aprecio, pero actualmente tu nombre no goza de buena reputación.

—Mis ahorros están bloqueados y necesito ingresos. No busco un cargo importante, solo algo temporal para sobrevivir —insistió Pablo.

—Lo siento, Pablo, pero no puedo. Además, Marcos ya me contactó para asegurarme de no colaborar contigo —reveló Fernando.

Tras un breve pero incómodo silencio, Fernando propuso una alternativa:

—Si necesitas dinero, puedo prestártelo o incluso comprar tu coche para mi hija.

—Gracias, lo pensaré —respondió Pablo, aunque sabía que esa no era la ayuda que realmente necesitaba.

Bernardo Cano

Bernardo Cano, el padre de Babi, había acumulado una gran fortuna a lo largo de los años. Partiendo de orígenes muy humildes, pasó de ser un simple peón de albañil que dormía en las calles a liderar su propia cuadrilla de trabajadores y, finalmente, a emprender proyectos de construcción por su cuenta. Incluso llegó a construir casas para luego venderlas. El auge de la industria de la construcción en la costa este de España le permitió amasar una considerable riqueza.

Bernardo había salido del arrabal y de joven estuvo involucrado en actividades delictivas juveniles. Fuera del horario laboral, él y sus colegas se dedicaban a robar piezas de coches que luego vendían. Más tarde, cuando comenzó su carrera en el mundo de la construcción, se dedicaba a “adquirir” el material y las herramientas de construcción que necesitaba en otras obras por la noche. Sobornar a funcionarios para agilizar los procesos de permisos y contar con técnicos dispuestos a pasar por alto deficiencias en las obras y la seguridad de los trabajadores eran prácticas comunes en su negocio.

Pero el mayor impulso de sus empresas llegó cuando comenzó a ofrecer comisiones a cambio de obras públicas, recalificaciones de terrenos y concesiones, obviando cualquier moralidad y legalidad. Durante años, llevó a cabo la construcción de auditorios, centros cívicos, polideportivos, edificios y macro urbanizaciones para los ayuntamientos, violando las directivas urbanísticas y desarrollando proyectos en entornos protegidos que habían sido recalificados.

Bernardo había alcanzado una posición social gracias a su poder económico, pero carecía de cultura y buen gusto en su forma de vestir. Contrajo matrimonio a una edad temprana, cuando empezó a tener éxito y ya no necesitaba trabajar largas jornadas. Buscando el “reposo del guerrero”, se casó con Rosario, una joven que vivía en modestas viviendas junto al río, cerca de su hogar. Rosario, conocida como la gitanilla, tenía dificultades para leer y escribir y carecía de muchas habilidades adicionales. Jamás había leído un libro. Lo mismo ocurría con Bernardo, quien, aunque carecía de formación académica, tenía habilidades numéricas. Siempre llevaba consigo una pequeña libreta para anotar medidas de ventanas, puertas y realizar cálculos de costos, utilizando un lápiz que guardaba detrás de su cabeza y su oreja.

Cuando comenzó a prosperar y las cuentas bancarias

empezaron a desbordarse, Bernardo decidió dejar atrás la austeridad que había contribuido a construir su fortuna. Cambió el humilde lápiz que solía llevar detrás de la oreja por un rollerball Montblanc, sustituyó la libreta por un ordenador portátil, reemplazó su viejo Land Rover lleno de yeso por un elegante Mercedes y, por supuesto, sustituyó a Rosario por Laura.

Laura era la hija de un concejal del Ayuntamiento de Madrid. Era una mujer hermosa y elegante, con un gran nivel de clase y una licenciatura en filología hispánica. Poseía un profundo conocimiento en literatura y arte, lo suficiente como para que su padre, el concejal Luciano López, intentara incorporarla en el Ayuntamiento o en algún puesto relacionado con la cultura en la Comunidad de Madrid.

Laura poseía la cultura refinada, la elegancia y los contactos que Bernardo carecía. Por otro lado, la familia López no tenía la fortuna económica que Bernardo había acumulado. Laura no siguió una carrera en la administración pública como se había planeado inicialmente. En cambio, se convirtió en la nueva esposa de Bernardo Cano y en madre de Tristán y Beatriz Cano.

Al principio, Laura percibía a Bernardo como un hombre tosco y considerablemente mayor que ella. Sin embargo, Laura, influenciada por la presión de su padre y por los costosos regalos de oro y diamantes que Bernardo le hacía, regalos capaces de derribar cualquier barrera, finalmente aceptó casarse con él. El gesto más significativo que Bernardo tuvo con Rosario, su primera esposa, aparte de las alianzas, fue una cadenita con un corazón de plata que le regaló cuando nació su primer y único hijo, Constantino, es decir, el medio hermano de Tristán y Babi.

Cuando el partido de Luciano López ganó las elecciones municipales, él ascendió en el ámbito político. La familia Cano López comenzó a prosperar económicamente de manera exponencial. Por alguna razón, las empresas de Bernardo comenzaron a ganar concursos públicos con regularidad.

Si George Bernard Shaw en lugar de ser irlandés hubiera sido español, en vez de “My Fair Lady” hubiese sido un “Mi tosco constructor” con Bernardo Cano y Laura López en vez de Henry Higgins y Eliza Doolittle. Laura, encantada de ser la señora de la casa o casas, se ocupaba de las labores domésticas y hacía un buen trabajo puliendo a Bernardo, casi tan bien como cuando Babi hizo pulir el casco del velero a Pablo. A pesar de su buen estatus, Bernardo era consciente de sus carencias. Los primeros años de educación dejan una marca profunda, y Bernardo no quería que a sus hijos, Tristán y Beatriz, les sucediera lo mismo. Ambos pasaron por los mejores

colegios estudiando en Inglaterra, Suiza y Estados Unidos. Tristán se convirtió en arquitecto con el objetivo de conocer más en profundidad el mundo de la construcción, aunque también obtuvo una licenciatura en empresariales. Babi era la niña consentida de su padre. Si Bernardo era una persona dura y cuando decía que no, era un no rotundo, excepto para Babi.

Cuando Babi decía en casa que quería ser azafata, enfermera, bióloga o cualquier otra profesión, Bernardo la tomaba en sus brazos y le decía: “Babi, cariño, tú estudia, estudia y estudia. Yo me encargo del dinero”. Como hija obediente, eso es exactamente lo que hizo. Las calificaciones de Babi eran excelentes, hablaba muy bien inglés, francés, italiano, catalán y tenía un nivel aceptable de alemán. Además de obtener un título universitario, se graduó en arte y, como apasionada de la moda, realizó estudios de diseño y dirección en Barcelona.

3 LOS MOMENTOS FELICES

Acabó el verano de 2009, la vida juntos

La última semana de agosto se acercaba, y Babi volvería la próxima semana. Habían pasado menos de una semana juntos y luego habían estado separados durante al menos ocho. A pesar de las llamadas telefónicas, surgían preguntas en la mente de Pablo. ¿Habría cambiado algo? ¿Cómo sería el reencuentro?

Habían quedado en un centro comercial, y Pablo estaba puntual en el lugar acordado. Al final del pasillo, vio a Babi caminando hacia él. Ella llevaba un polo rosa, unos pantalones vaqueros blancos y unas gafas de sol, con su característica melena rubia. Pablo levantó tímidamente la mano en señal de saludo, con una media sonrisa en el rostro, aún tenía temores y la incertidumbre presente en su mente.

Babi mostró una gran sonrisa y sin rastro de timidez, saltó sobre Pablo, abrazándolo con brazos y piernas, poniendo en peligro la estabilidad de ambos. Se miraron y se dieron un abrazo.

—Bésame, tonto —dijo Babi, disipando los temores de Pablo.

Pasados unos meses desde aquel primer verano, decidieron alquilarse un apartamento, no muy grande pero bien situado. Pablo trabajaba muchas horas, mientras que Babi no tenía intención alguna de hacerlo. A pesar de no trabajar, su agenda estaba llena de actividades, como montar a caballo, ir al gimnasio, cuidar de su belleza, quedar con amigas tan privilegiadas como ella para ir de compras, y cuando se acercaba la hora de que llegase Pablo, ella lo esperaba leyendo un libro.

Una chica atendía las labores de la casa de lunes a viernes, y los fines de semana, si había que preparar algo para comer o cenar, lo hacía Pablo. Si no estaba la chica o Pablo, Babi se encargaba de preparar algo para comer o cenar. Su especialidad culinaria era el “Sándwich Babi”: tres rebanadas de pan de molde, pavo en lonchas, queso cheddar, lechuga, mayonesa y “pa dentro”, acompañado de una Coca Cola bien fría con mucho hielo.

Pablo tenía buen sueldo, pero la Visa del padre de Babi llegaba más lejos aún, como para cubrir la lujosa vida de su hija.

Babi tenía un gusto por la moda y disfrutaba vistiendo con elegancia. Tenía una debilidad por la ropa de marca y apreciaba especialmente los diseños exclusivos. Le encantaba llevar prendas de alta calidad con un diseño único que sabía que nadie más tendría.

A pesar de vivir a un paso de las tiendas de la milla de oro de Madrid, el barrio de Salamanca, calle Ortega y Gasset, Serrano y aledaños, a Babi le gustaba ir de compras a otras capitales europeas. Le encantaba ir de compras con su madre, pero también con Pablo, para que le diese su opinión, aunque la opinión de Pablo era siempre la misma: sublime, perfecta, divina o similar.

Había algo en lo que coincidían, pero desde distintos prismas: el rock de los años 60, 70 y 80. Pablo era un apasionado de la música en general, desde la música clásica hasta el heavy metal. Podía emocionarse escuchando un dueto de ópera como "Flower Duet" de Lakmé y, cinco minutos después, estar cantando a todo pulmón "Rock You Like a Hurricane" mientras agitaba la cabeza y simulaba tocar una guitarra imaginaria. La música era una parte fundamental de la vida de Pablo, y solía relacionar eventos con fechas musicales. Por ejemplo, si alguien mencionaba el año 1965, Pablo decía: "¡Ah, sí! El año en que los Beatles lanzaron el álbum "Help". Si se hablaba de 1979 a continuación, Pablo decía: "¡Hombreeee, 1979, el Concierto de "Supertramp in Paris"! ¡El mejor concierto de la historia!" Siempre era el mejor concierto de la historia, sin recordar que el día anterior ya se había referido a otro concierto con la misma valoración. Cuando a Pablo se le pasaba hacer referencia musical, siempre surgía alguien que le preguntaba: "Pablo, ¿eso fue antes o después del invento de la pandereta?"

En lugar de las referencias cronológicas tradicionales como antes de Cristo (AC) y después de Cristo (DC), para Pablo eran AEP (Antes de Elvis Presley) y DEP (Después de Elvis Presley).

A Babi le encantaban las cazadoras de cuero de estilo roquero de los años 60, 70 y 80, así como las de motorista tipo "Ángeles del Infierno". Era otro de los contrastes de Babi.

Le gustaba ir al Soho para aumentar su colección de cazadoras de roquero, prefiriendo comprarlas usadas debido al toque que el uso les daba. Dado que tenía tanta ropa, era raro que alguna de sus prendas mostrara signos de desgaste. Había tiendas que vendían cazadoras que habían pertenecido a miembros famosos de grupos de rock o pop. En una ocasión, la llamaron de una de estas tiendas, donde era considerada una cliente VIP. Pablo y Babi se dirigieron allí un fin de semana. Mientras ella buscaba ropa, Pablo se sumía en su propio mundo de tiendas de segunda mano, enfocado en comprar

discos de vinilo de las décadas de los sesenta, setenta y ochenta. Con la misma destreza de un cajero bancario contando billetes, Pablo hojeaba los discos de la vitrina.

Al final de su jornada de compras, se reunían nuevamente. En la mano de Pablo, había dos vinilos sencillos de 45 RPM; en las manos de Babi, grandes bolsas. Después de un beso de bienvenida, Pablo entusiasmado le decía:

—Mira el single de "*Such a Shame de Talk Talk* "– claramente emocionado—¡solo 1 libra!, ¡*one pound*!

—Pues mira yo, ¡qué suerte! La cazadora del mismísimo Steve Harris, el líder de Iron Maiden.

Pablo, mirando con reparo la andrajosa cazadora, pregunto:

—¿Cuánto? —mientras frotaba su dedo pulgar e índice preguntando cuánto dinero habría pagado.

Sin responder a su pregunta, Babi cambió de tema:

—¿No querías ir a tomar algo y luego al Albert hall?

Pablo tomó las bolsas, pensando que gastar miles de libras en cazadoras solo porque habían pertenecido a famosos era una locura y un desperdicio. Sin embargo, la verdad era que le quedaban realmente bien. A veces, los contrastes resultaban geniales, como el dulce y lo salado, la pirámide de cristal en el patio central y el edificio del Museo del Louvre, y por supuesto, el rostro angelical y delicado de Babi junto a la cazadora de motero o duro rockero.

La niña buena rebelde

Babi disfrutaba de su buena vida y no estaba dispuesta a renunciar a ella bajo ninguna circunstancia. Algunas amistades en su entorno habían tomado un rumbo opuesto al bienestar de sus familias, alejándose de ese tipo de vida o involucrándose en caminos oscuros como forma de rebeldía. Esto se manifestaba en cortes de pelo transgresores, piercings y tatuajes que provocaban escándalo entre sus padres. Otras, en cambio, seguían la senda familiar exclusiva, algunas asumiendo perfectamente el papel de "it girl". En más de una ocasión, algún periodista le había propuesto a Babi convertirla en una "it girl", pero a ella le gustaba pasar desapercibida.

Una forma de romper con la imagen de "niña buena de papá" o "niña ideal", una rebeldía suave, era a través de las cazadoras de estilo rockero y participando en actividades deportivas que a menudo se asociaban con el género masculino o con cierto nivel de riesgo, que ponían los pelos de punta a sus padres. Y, por supuesto, las travesuras de Babi, un gamberrismo sutil en el que Pablo siempre era su víctima.

* * *

En una ocasión, Pablo había quedado con dos parejas más para cenar. Eran antiguos amigos del colegio. Babi y las mujeres de los amigos de Pablo no sintonizaban bien. De hecho, en alguna ocasión le habían hecho algún desplante a Babi, probablemente por envidia. Cada vez que Babi intentaba acercarse a ellas, la alejaban más. Una vez, al entrar en el baño, Babi las sorprendió imitándola. Por todos esos motivos, Babi decidió no asistir a la cena, lo cual apenó a Pablo, pero lo comprendió.

Las dos parejas que estaban con Pablo disfrutaban de su conversación sobre los viejos tiempos, cuando una mujer impresionante y provocadora entró en el restaurante, atrayendo todas las miradas, incluida la de los cinco. Era alta, con cabello negro como el azabache, peinado hacia atrás con gomina, excepto por un "caracolillo de pelo enroscado en la frente", también engominado, recordando al de la Piquer[19]. Sus ojos estaban intensamente maquillados con sombra en negro profundo, al igual que el esmalte de sus uñas. Contrastando con el negro intenso del pelo, sombra de ojos y uñas, sus labios estaban pintados de un color rojo brillante intenso. Vestía una capa negra, que se quitó cuando la atención de la sala se

centró en ella. Llevaba zapatos de aguja con plataforma de al menos veinte centímetros. Vestía un chaqué negro de hombre, con chaqueta y pantalones de frac. Debajo de la chaqueta, no llevaba nada, excepto unos puños y un cuello de camisa blancos sueltos con una pajarita de lentejuelas granate. Al no llevar nada debajo de la chaqueta, su escote llegaba casi hasta el ombligo, resultando extremadamente sexy.

Dando pasos enérgicos, se acercó a la mesa de Pablo, quien estaba atónito contemplando a la espectacular dama. Se acercó y, sentándose a horcajadas frente a él, le besó apasionadamente. Hasta ese momento, Pablo, que no sabía cómo reaccionar, no se había dado cuenta de que se trataba de Babi, quien se había teñido el pelo de negro y se había maquillado especialmente para la ocasión.

Babi hizo un gesto para llamar al camarero, quien vino corriendo con cara de asombro.

—¿Me puedes traer una silla y un plato? Me quedo a cenar —dijo Babi al camarero—. Gracias.

—¡Claro que sí, señorita! —dijo él, nervioso, mientras pensaba: "¡Menudo bombón!"

El camarero añadió una silla más a la mesa. En ese momento, Babi se levantó de encima de Pablo y se sentó justo enfrente de las dos mujeres.

Pasada la impresión inicial, el resto de las mesas volvió a sus conversaciones, aunque algunas miradas se desviaban ocasionalmente hacia Babi, sobre todo por parte de los comensales masculinos. Pablo y sus amigos retomaron la conversación, mientras que las dos mujeres permanecieron en silencio, con rostros serios y mirando fijamente a Babi con un rictus en la cara. Ambas vestían vestidos largos, poco escotados y carentes de estilo, con un diseño que parecía más propio de mediados del siglo pasado que de la actualidad. Celia, quien siempre había sentido una profunda rabia hacia Babi y lideraba su boicot, la miró con una expresión de desaprobación e ira contenida, y le dijo:

—Te encanta montar el numerito, ¿verdad? Ba, …, bi.

—¿No sé por qué dices eso?—contestó mientras se pasaba la lengua por los labios con aires seductores.

—Te crees muy guay, ¿verdad?

—¡No sé, dime tú si lo soy! —dijo Babi.

La otra amiga, Blanca, intervino:

—¡Celia, por favor! Vamos a dejarlo.

—¿De qué has venido vestida, de transexual? —dijo Celia.

—Puede ser, ¿es que me quieres proponer algo, Celia? —dijo Babi, metiéndose la mano por dentro del frac y acariciándose un pecho.

Los chicos estaban compartiendo anécdotas y, dado que las chicas hablaban con calma, no se daban cuenta de lo tensa que se había vuelto la conversación y a pesar de la intensa mirada llena de odio que Celia dirigía a Babi.

—¿Sabes, Ba… bi?, eres una cretina.

—¡Vaya!, ¿por qué?, sí puede saberse.

Celia no supo qué contestar.

—A ver, tengo estudios universitarios, hablo inglés, francés, italiano, catalán y alemán, toco el piano, compito en deportes y tengo un marido cañón con el que nos lo pasamos genial y follamos un montón. ¿Y tú? – contesto Babi mientras hacía un repaso visual del esmalte de sus uñas.

Celia, que no había apartado su mirada inquisidora, se pasó el dedo índice por el cuello con una mirada dura dirigida a Babi. Luego se levantó:

—¡Vámonos!—dijo imperativamente a su marido saliendo de la sala sin despedirse.

Hasta ese momento, nadie se había percatado de la tensión existente entre Celia y Babi.

Cuando salieron del restaurante e iban hacia el coche, Pablo miró a Babi y riéndose dijo:

—¡Mira que eres mala, pobre Celia!

—¡Pobre Celia!, si desde la primera vez que me vio la tiene tomada conmigo. Siempre he sido objeto de sus ironías y desplantes.

—Sí, la verdad es que es cierto—confirmó Pablo.

—Yo no tengo la culpa de que sea una amargada. Esa cara de haberse comido la almendra amarga, seguro que follan muy poquito—rio Babi mientras hacía gestos de asco

—Sí, son un poco pusilánimes—contestó Pablo mientras la abrazaba.

—Además, lo único que he hecho es vestirme para ti de “Draculesa”, y a todos, excepto a Celia, les ha gustado. ¿Y a ti qué?, ¿te pone mi disfraz?

—Me encanta. ¿Draculesa?, ¿me vas a chupar la sangre?

—Toda, toda, toda, hasta la última gota.

—Pues vamos a casa, rápido, y no te preocupes que ya no vuelvo a quedar con ellos —dijo Pablo.

—Bueno, creo que van a ser ellos, o mejor dicho ellas, las que no quieran salir con nosotros.

—Oye, ¿y ese pelo teñido de negro?

—¡Bah! Se va con un lavado, así que mejor que de aquí a casa no llueva. ¡Corre!

* * *

En otra ocasión, mientras pasaban unos días en Marbella, Pablo se cayó montando en bici y se torció la muñeca, por lo que tuvieron que ir al médico. El médico le indicó una radiografía de la mano y, por precaución, también de la columna vertebral por si acaso. El técnico en radiología, Raquel, era una chica simpática y de buen humor, con ligero sobrepeso y, eso sí, unos grandes pechos y una cara alegre y guapa. Cuando entraron en la sala de rayos, Raquel preguntó qué mano era.

—La izquierda —levantando la mano derecha— no, no, la otra izquierda, la derecha —dijo Pablo, acabando por señalar con la mano izquierda a la derecha, lo que provocó las risas de los tres.

Raquel se había fijado en Pablo, lo miraba con timidez; le había gustado y Babi se había dado cuenta. Pablo también miró con admiración a Raquel; era una chica hermosa y Pablo “tenía ojos”.

—Me desnudo completamente para la radiografía de la mano —bromeó Pablo

Cuando llegó la hora de la radiografía de la columna, Pablo continuó bromeando:

—Ahora sí que estoy seguro, es la columna izquierda.

—Vale, vale —dijo la radióloga— ahora sí que necesito que se quite la camisa. —Vaya tableta —dijo, asintiendo mientras miraba a Pablo y a Babi.

Mientras esperaban los resultados en la sala de espera, Babi comenzó a jugar con su dedo en la oreja de Pablo, mirándole y diciendo:

—Te ha gustado, ¿eh?, ¿verdad, Pablito? —¡Vaya tetas!, ¿eh, Pablito, Pablete? —le dijo con cierto recochineo, dándole un pequeño

tironcillo de oreja.

—Pablo puso cara de circunstancia tratando de esquivar el tema.

Apareció la radióloga con los resultados en la mano, indicando que todo estaba bien con una sonrisa. Cogieron el sobre con los resultados y salieron. Casi llegando a la puerta, Babi dijo:

—Ve a por el coche, que ahora voy yo —dijo Babi, entrando nuevamente a la consulta. Pablo esperaba en el coche en la puerta, y Babi salió:

—¿Por qué has vuelto? —preguntó Pablo.

—He invitado a la radióloga al velero para hacer un trío.

Del frenazo que pegó Pablo, el coche que iba detrás casi se empotra contra el suyo.

—¡¿Qué le has propuesto un trío?! ¿A la radióloga? ¡Pero tú estás... loca!

Babi permaneció en silencio hasta que dijo:

—No, hombre, es solo una broma. Entré porque se me olvidó la revista. Además, ¿en serio pensabas que te iba a compartir con alguna? Ni en sueños. Pero reconoce que te habría gustado lo del trío, ¡bribón! —dijo mientras le golpeaba en el brazo con la revista.

Desde que comenzó su relación con Pablo, Babi experimentó un cambio notable en su vida. Comenzó a tener una conexión más profunda con el mundo real, donde la gente trabaja arduamente para llegar a fin de mes; un mundo que existía en paralelo al suyo, pero que carecía de los privilegios que ella disfrutaba. Pablo la apoyaba en todos los aspectos, desde sus actividades deportivas arriesgadas hasta su decisión de no trabajar. Sin embargo, le instaba a evitar el despilfarro de dinero excesivo. En ese sentido, Babi estaba transformándose. Comenzó a interesarse en cosas más allá de la moda, los yates y los lujos de la alta sociedad.

Navegar

Para Babi, navegar era una parte fundamental de su vida, una actividad que solía realizar habitualmente. Tantas millas recorridas no solo hicieron que Pablo ya no se mareara en el velero, sino que también se manejara entre cabos, winches y velas con cierto arte. Ya no hacía la tontería de ponerse en la proa al estilo Di Caprio; hacía otras, pero esa no. Mientras Babi manejaba el timón, Pablo se dedicaba a la pesca y se había convertido en un experto en cocinar el pescado que él mismo atrapaba.

Navegando con un rumbo constante y aprovechando un buen viento de través, a Pablo le gustaba lanzar el sedal y dejarlo correr, esperando con suerte que algún pez picara. La emoción era indescriptible cuando conseguían atrapar un pez de buen tamaño. Si lo que lograban pescar era un atún, el siguiente paso era preparar un delicioso marmitako[20]. Cuando iban a hacer una travesía en la que se alejaban de la costa, solían ir al mercado para adquirir los mejores tomates, patatas y cebollas. No siempre tenían la suerte de pescar algo, por lo que, en algunas ocasiones, los ingredientes comprados se convertían en parte de una deliciosa ensalada.

Una de las experiencias que más disfrutaban era navegar en compañía de amigos, zarpar muy temprano para ver el amanecer y con la esperanza de pescar algo. Luego se dirigían a alguna cala para bañarse y cocinar si habían tenido éxito en la pesca, o directamente llevaban algo preparado. Finalmente, regresaban al puerto para cenar en algún restaurante cercano.

Algunos de los habituales en estas travesías eran los amigos de la universidad, conocidos como el Clan Mac. Cuando los cinco se juntaban con sus parejas, se referían al grupo como el “Clan Macquillas”. Es importante que la relación entre ellas sea buena y sincera, especialmente cuando se reúnen, lo cual ocurre muy a menudo. Con las novias de Marcos, casi es mejor no encariñarse demasiado, dado que seguramente en el próximo encuentro ya hayan adquirido la condición de “ex”. En cuanto a Héctor, su ya esposa sevillana es muy simpática, con mucho gracejo y un profundo acento andaluz.

Carlos no tiene pareja, aunque a veces viene acompañado de alguna amiga, siempre muy educada, reflejando así el carácter recíproco de Carlos. En cuanto a la mujer de Roger, Alba, ella es ese

tipo de persona a la que resulta imposible no querer. Si Roger parece un bonachón, Alba es, sin duda, un encanto. Con una cara dulce y unos ojos grandes y abiertos, como los de alguien ávido de no perderse nada en la vida, Alba comparte la rubia apariencia de niña con Babi, pero sin los matices irónicos y gamberros de esta última. Alba siempre tiene una sonrisa en la cara, como si la hubiera llevado desde su nacimiento. Ella y Roger forman una pareja singular: el modo extrovertido y exuberante de Roger contrasta con la dulzura y la timidez de Alba. En grupos grandes, Alba tiende a sentirse cohibida, y Babi, consciente de ello, suele colocarla a su lado para ayudarla a integrarse.

Si hay algo que a Roger realmente le gusta es la gastronomía, el buen comer. Aunque los ordenadores son su vida, su gran afición es la cocina. Siempre ha disfrutado de comer bien, pero su pasión se intensificó con los realities de cocina en televisión, como MasterChef, a los que se hizo adicto, tanto a verlos como a cocinar. De hecho, se inscribió en cursos de alta cocina y logró obtener el Grand Diplôme de Le Cordon Bleu.

Roger y Alba eran invitados habituales. A Roger también le atraía la pesca, por lo que era común que él y Pablo soñaran despiertos con capturar atunes de 200 kg. Para ello, habían fijado rumbo hacia el sur con la intención de atrapar la corriente del estrecho, donde supuestamente se encontraban los peces grandes.

—Esta vez, lo presiento, tengo un pálpito muy grande aquí —decía Roger, golpeándose el pecho—. Un atún de ciento cincuenta kilos, por lo menos.

—Ya será menos —dijo Babi.

—Unos buenos peces —añadió Roger.

—Si los únicos peces que ves tú son los PC de tu trabajo —bromeó Pablo.

—Si tanta confianza tienes en que vas a pescar, ¿por qué has traído esta cesta con comida? —preguntó Alba.

—¿A ver qué nos ha traído el amigo Roger? —dijo Pablo, abriendo la cesta.

—Unas cosillas para matar el gusanillo mientras pescamos el atún —respondió Roger.

—Ensalada de langosta, caviar, con setas Matsutake, ¿a ver, a ver? Filetitos de Wagyu con foie y salsa de trufa blanca con lascas de trufa negra. ¡No está mal!, cangrejo de Devon y de postre…, ¿a ver qué es esto?, ¡hum! “Madeline au Truffle” —dijo Pablo.

—¡Hum! Me encanta todo. ¡Pero qué lujazo de comida, Roger!

Para Roger, el dinero mejor gastado era en comer y disfrutar con los amigos. Un coche de lujo no lo valoraba; de hecho, a pesar de su tamaño, conducía un Renault Clio y huía de la ropa de marca. —¡Bueno, bueno! Y mira qué vinito nos ha traído Roger, dos botellitas de Teso La Monja de 2014. ¡No está nada mal!

—Y una botellita de Champagne Laurent Perrier Alexandra Rosé 2004 —dijo Roger.

—¡Uy, aquí vas a tener un conflicto con Babi y el cava catalán! —dijo Pablo.

—Bueno, a Roger se lo perdono todo —dijo Babi.

Después de una lujosa comida con una gran factura, sus esperanzas de pescar algo se desvanecían. Durante la navegación, observaron algo de gran tamaño flotando en el agua. Expresaron su indignación por la cantidad de desechos que los grandes barcos mercantes arrojaban al mar. Babi cogió unos prismáticos para averiguar qué era. Si representaba un peligro para la navegación marítima, debía informar a la guardia costera.

Babi se subió a uno de los bancos con los prismáticos para tener mejor ángulo de visión:

—Va a ser un ovni que ha amerizado —dijo de broma Roger.

—Si es un contenedor lleno de whiskey que se ha caído de un barco, lo cogemos —añadió Pablo.

Babi soltó los prismáticos y gritó:

—¡Arriad velas, ya! —en tono serio e imperativo.

Los tres acataron de inmediato la orden de la capitana. Babi puso el motor en marcha, giró el timón 180 grados y dirigió la embarcación hacia la misteriosa cosa que flotaba en el agua. Pablo tomó los prismáticos y, mientras se acercaban, notaron que parecían verse unos brazos agitándose.

—¡Un naufragio! —exclamó Pablo mientras pasaba los prismáticos a Roger.

Babi aceleró al máximo, acercando la embarcación rápidamente al objeto misterioso. A medida que se acercaban, Babi se puso en contacto con la Guardia Costera para informarles de la situación. A unos veinte metros de distancia, se dieron cuenta de que lo que habían avistado era un cayuco a la deriva. Con habilidad, puso el motor en reversa para evitar que el "Vientos Lejanos" chocara con la frágil embarcación, manteniendo una distancia segura de unos siete metros

para evitar cualquier contacto peligroso entre las dos embarcaciones.

Babi tomó un cabo y lo aseguró firmemente a una de las cornamusas de popa. Luego, se quitó las zapatillas, ató la otra punta del cabo a su cintura y saltó al agua con determinación. Nadó con fuerza, cruzando los siete metros que la separaban del cayuco a la deriva. Al llegar al cayuco, aseguró como pudo el cabo con un nudo improvisado y comenzó a gritar con urgencia a Pablo y Roger:

—Tirad, tirad fuerte.

Pablo y Roger aproximaron el cayuco a la borda del velero. En su interior había 8 tripulantes: cuatro hombres, dos mujeres y dos niños de unos ocho y un año. Todos mostraban signos de deshidratación e hipotermia. Muy débiles, ayudaron a los náufragos a subir al "Vientos Lejanos". Se acurrucaron en los almohadones y en el suelo. Babi entró en la cabina en busca de unas mantas.

—¿De dónde sois?, “Where are you from?”—pregunto Pablo en inglés sin conseguir respuesta.

En ese momento subió Babi con las mantas y les pregunto:

—D”où êtes—vous?—preguntó Babi en francés.

—Nous venons d”Afrique, du Niger.

—Buvez lentement.

Al echarle por encima la manta a una de las mujeres, Babi observo que estaba embarazada

—À combien de mois es tu enceinte?

—De six mois—respondió la mujer.

Dieron agua, leche y galletas a los nigerianos. Babi se hizo cargo del niño pequeño de un año, entre otras cosas, porque la madre estaba muy mal. Se quitó el polo para poder transmitir su calor humano al pequeñín y se cubrió con una manta metiéndose en uno de los camarotes. Delegó en Pablo el retorno del velero a puerto, eso sí, a motor. La novia de Roger empezó a cuidar a la madre del niño. En seguida, un helicóptero de la Guardia Civil se puso encima del “Vientos Lejanos”

Por un altavoz indicaron a Babi la frecuencia de radio por la que debían hablar:

—¿Cuántas personas han rescatado y en qué estado están?—preguntaron

—Ocho, desnutridos, deshidratados y con hipotermia. Dos son niños, uno de ellos muy pequeño, dos mujeres, una está mal y la otra

embarazada.

Por medio de un cabrestante, dos guardias civiles descendieron desde el helicóptero: un hombre y una mujer, junto con dos mochilas de gran tamaño y una camilla. Bajar en cabestrante desde un helicóptero a un velero es peligroso, ya que el mástil y los aparejos son obstáculos donde la camilla se puede enganchar en un estay o en un obenque, sobre todo en alta mar con el movimiento.

Traían consigo mantas y proporcionaron unas bolsas con proteínas a cada uno, además de ponerles una vía con suero a los náufragos. El helicóptero solo tenía capacidad para dos camillas, por lo que subieron al helicóptero a la mujer embarazada y a la madre de los niños que estaba en coma.

El helicóptero partió, quedándose la mujer guardia civil a bordo del "Vientos Lejanos". La guardia civil vio que el bebé de un año estaba bien y, al ver cómo lo cuidaba Babi, le confió su cuidado, dedicándoselo a quienes necesitaban ayuda.

Cuando llegaron al puerto, la Guardia Civil y la Cruz Roja estaban esperando para brindar atención a los náufragos. Babi bajó del barco con el niño en los brazos, y una persona de la Cruz Roja se hizo cargo de la criatura. Luego, fueron a preguntar por las dos mujeres:

—¿Cómo están las dos mujeres que han traído en helicóptero? —pregunto Babi.

—Están estables, la mujer embarazada está fuera de peligro y el niño también. La madre de los niños ha recuperado la conciencia en un par de días, estará bien—indicó el médico.

—¿Pero por qué ponen en peligro sus vidas de esta forma?— preguntó Babi.

—Morir de hambre o en el mar, esas son las opciones—contesto una persona que llevaba un chaleco de una ONG.

Babi, en silencio, se la quedó mirando sin saber qué decir. Pasados unos segundos dijo:

—Pueden venir a mi casa, hasta que se les solucione donde van a vivir—ofreció sinceramente Babi

Al escuchar esto, Pablo imaginó la reacción del padre de Babi al encontrar a ocho subsaharianos, a quienes solía referirse despectivamente como "sarracenos", instalados en su casa.

—No es posible, señora, por muchas razones. Entre otras cosas, están aquí ilegalmente. No obstante, les agradecemos su rescate, ha sido providencial si no llega a ser por ustedes probablemente se

habrían ahogado.

Cuando pasó la tensión de los momentos vividos, Babi no pudo soportar más la tensión, una mezcla de emoción y rabia la embargaba.

Pablo miró a Babi, en ella vio esa mirada profunda que indica que su cabeza está pensando a ritmo acelerado. Babi levantó su mirada hacia Roger:

—Roger, cuanto ha costado lo que hemos comido y bebido hoy.

—No lo sé, Babi, de verdad, son cosas que ya tenía en casa, otras que he comprado, no sabría decirte.

—Siempre he pensado que soy una buena persona, pero en estos momentos me planteo: ¿Qué hago por los demás? ¿Qué hacemos por los demás? —se cuestionó Babi.

Desde que comenzó su relación con Pablo, Babi experimentó un cambio notable en su vida. Comenzó a tener una conexión más profunda con el mundo real, donde la gente trabaja arduamente para llegar a fin de mes, un mundo que existía en paralelo al suyo, pero que carecía de los privilegios que ella disfrutaba. Pablo la apoyaba en todos los aspectos, desde sus actividades deportivas arriesgadas hasta su decisión de no trabajar, pero le instaba a evitar el despilfarro de dinero excesivo. En ese sentido, Babi estaba transformándose.

El rescate y presenciar tanta miseria en persona, en lugar de verlo simplemente en las noticias, despertó en Babi un interés en las organizaciones no gubernamentales (ONG) y la voluntad de contribuir de alguna manera a la sociedad.

Las aficiones y divertimentos

Pablo se había enganchado a navegar y ya controlaba bastante bien. Además, se aficionó al tiro al plato, y solían ir a tirar en Madrid o en Málaga. Lo que no logró Babi, ni siquiera apuntándole con la Beretta del tiro al plato, fue que Pablo se montara en un caballo.

Por su parte, Babi retomó el esquí, un deporte que tenía abandonado, pero al ser una de las aficiones favoritas de Pablo, lo retomó con mucho gusto.

A pesar de que Babi no logró que Pablo se subiera a un caballo, ella tampoco quiso empezar con el golf. No obstante, no les faltaban aficiones comunes.

La promesa de Herman

Atún arriba o atún abajo, unos cuantos marmitakos cayeron. A Pablo le cambiaban de nombre en cuanto se subía a bordo. A partir de ahí, para Babi era "mi bracillo de mar" mientras que, para Hermann, continuaba siendo "el pardillo". La relación de Pablo con Hermann era muy buena, pese a que este parecía siembre malhumorado, pero era difícil enfadarle, gruñía y soltaba en alemán "*Das geht nicht, ¡Das geht nicht!"*, aunque por dentro se reía. Una vez después de arriar la bandera española de popa recogiéndola:

—¡Eh, pardillo!, ¿esto que es?

—El escudo de España—obvio Pablo.

—¿Y esto qué representa?, pardillo.

Ante un Pablo dubitativo arranco el alemán:

—Los escudos de armas de los reinos de Castilla, León, Navarra y Aragón, y abajo el de Granada. En el centro, aquí—golpeando en el escudo,—el símbolo de la casa de Borbón Anjou, las columnas de Hércules con las coronas imperial y corona real, las columnas de Hércules cuando los españoles cambiaron el "Non Plus Ultra" por "Plus Ultra" por el descubrimiento de América. "¡*Das geht nicht, Das geht nicht!", decía* el alemán sacudiendo la cabeza.

Era una manera de Hermann, a su forma, de mostrar a Pablo que, a pesar de ser alemán, tenía un fuerte afecto por su país de acogida, donde ya había vivido más años que en su Alemania natal.

La relación con Hermann era complicada, era como un imán de cuatro polos, personas con las que tenía gran atracción, los polos que se atraen, pero en el aspecto físico era incapaz de un contacto, polos que se repelen.

En una ocasión en la que Hermann estaba realizando unas labores de mantenimiento en el barco, Pablo se acercó a él con dos cervezas cantando "*Ein Prosit, Ein Prosit der Gemütlichkeit*"[21]. Hermann agradeció el gesto, pero lo expreso vagamente. Miro de reojo a Pablo con un ligero esbozo de sonrisa y dijo:

—¡Salud, pardillo!

A Pablo le valió.

Hermann enseñó muchas cosas sobre el velero y la navegación

a Pablo y a hacer nudos marineros, tal como había hecho con Babi cuando era pequeña.

—Hermann, a mis hijos les tendrás que enseñar a hacer todos esos nudos—dijo Babi.

—Querrás decir a “nuestros” hijos—protesto Pablo.

—Hum, no sé, ya veremos—replico Babi.

—Claro que sí, yo enseñare a tus hijos nudos y a navegar—asintió Hermann.

Hermann hacía siempre todo lo que Babi le pedía, pero esto último no pudo hacerlo. Un año más tarde, el humo del tabaco venció a la brisa del mar. En funeral de Hermann la persona más afectada era Babi y una mujer de las de dudosa reputación, que había dejado el oficio años atrás gracias a Hermann. Babi dijo unas palabras que acabaron con un:

—Las ballenas del Cabo de Hornos y yo te echaremos de menos, Hermann.

Ninguno de sus parientes en Alemania vino al funeral, la compañera de Hermann no quiso hacerse cargo de las cenizas, por lo que Babi las custodio hasta que las pudiese esparcir por algún océano digno del buen Hermann.

La boda

Solían salir a cenar con regularidad, pero siempre en la mayoría de las veces de manera informal. Por eso, Babi se sorprendió al ver a Pablo vestido con un traje elegante, corbata, gemelos y sus mejores galas, mientras ella llevaba unos vaqueros desgastados, una cazadora de roquero negra con cuello de piel y zapatillas rosas Victoria sin cordones. Babi exclamó:

—¡Huy, ¿qué celebramos?!

Pablo metió la mano en el bolsillo y sacó un pequeño estuche, lo abrió y lo colocó frente a ella. En su interior, había un anillo de oro blanco con un brillante engastado, con un elaborado tallado de ocho puntas y un brillo intenso. Pablo le dijo:

—¿Te quieres casar conmigo?

Babi algo sospechaba lo que le iba a pedir y ya había pensado en responder con alguna travesura, pero en un momento como ese se reprimió, asintió con la cabeza con emoción.

La boda de Babi y Pablo fue todo un acontecimiento, un evento espectacular. Bernardo deseaba que ese día fuera inolvidable para su hija y para él, por lo que no escatimó en gastos ni en el número de invitados, que superaba los cuatrocientos. El elenco de personas “elegantes” fue impresionante, incluyendo a políticos, empresarios y personas influyentes, entre las cuales se encontraba la ministra Elena Riquelme.

Elena Riquelme era la ministra de Infraestructuras, y su nombramiento había sido muy controvertido en el gobierno. Los periodistas la apodaban la "ministra de hierro" debido a su fuerte personalidad. Se rumoreaba que tenía más poder que los vicepresidentes e incluso que el propio presidente. Su comportamiento impulsivo y arrogante frente a los periodistas la mantenía constantemente en el ojo público. Era una mujer alta y delgada, con una figura impresionante a pesar de sus cuarenta y cinco años, y su presencia imponía respeto.

La excepción fueron los invitados por parte del novio, la familia de Pablo y sus amigos, incluyendo a los amigos de la universidad. El clan Vírseda no era del agrado de Bernardo. A él le hubiera gustado entregar a su hija en el altar a Marcos.

La despedida de soltero fue organizada por los amigos de la universidad, Marcos y el resto de la pandilla. Comenzó temprano por la mañana con una partida de paintball. Había cuatro equipos, cada uno con alrededor de ocho integrantes, luchando entre sí. Después de finalizar el juego, Marcos confabulo a todos los que estaban allí para formar un único equipo contra Pablo. Todos aceptaron con gusto la idea de castigar al protagonista de la despedida. Pablo terminó completamente cubierto de pintura de todos los colores y con algunas marcas en el cuerpo.

Después se dieron un buen homenaje en un restaurante, comiendo y bebiendo como cosacos, o como jugadores de paintball que habían estado danzando por el bosque toda la mañana. Después de comer, se dirigieron a un balneario en las afueras de Madrid. Allí disfrutaron de chorritos de agua, masajes, aguas termales y más para recuperarse para la noche. Al salir de la sauna y llegar al vestuario, Pablo abrió su taquilla para sacar su ropa, pero para su sorpresa, esta había desaparecido. En su lugar, encontró un gracioso disfraz de conejo culón con enormes orejas y dientes incisivos enormes.

Pablo, con una toalla alrededor de la cintura y ocho tipos mirándolo con una sonrisa maliciosa, comprendió que tenía que pasar por el aro, así que no se resistió, entre otras cosas, porque sabía que habría sido inútil.

Ya en Madrid, ocho tipos perfectamente vestidos y uniformados con trajes azules y ocho corbatas horribles de hortera diseño, escogida para la ocasión, escoltaban a la versión obesa de Bugs Bunny.

Los comentarios de la gente tenían su gracia y muchos se querían hacer selfis con Pablo. Sus amigos decían: “Pedimos a una conejita Playboy y nos han enviado esto”.

Viaje de bodas

“Dos Aperol Spritz esperaban sobre una pequeña mesa redonda de mármol de robusto pie de hierro forjado, listos para ser bebidos en cuanto los labios de Babi y Pablo se separarán. Con vistas al Gran Canal, veían pasar embarcaciones y góndolas. Babi levantó sus copas:

—Prométeme que siempre estaremos juntos, Pablo.

—Te lo prometo, y también que tendremos diez hijos—respondió él.

—Vaya, ahí te has pasado, eso sí que no—replicó ella, entre risas.

Una perfecta luna de miel en Venecia no podía ser completa sin un paseo en góndola. El gondolero los esperaba, así que bebieron apresuradamente sus copas y luego subieron a la góndola. Hubo un poco de inestabilidad al subirse, pero ambos tomaron asiento y durante todo el recorrido, permanecieron tomados de la mano. La felicidad en sus rostros era evidente. A medida que avanzaban, se dejaron llevar y se adentraron por las callejuelas, pasaron bajo los puentes sobre el Gran Canal y finalmente llegaron a la Plaza de San Marcos. Estar rodeados de la hermosa arquitectura veneciana, con sus antiguos edificios de balcones adornados y fachadas coloridas, los transportó a otra época.

Cuando pasaron por debajo del *Ponte dei Sospiri*, el Puente de los Suspiros, La leyenda sugiere que, si dos amantes se besan en una góndola al pasar bajo el Puente de los Suspiros durante un atardecer, su amor será eterno. Después de pasar por debajo del puente, Babi insistió al gondolero:

—De la vuelta y pasamos de nuevo.

—”Subito bella signorina”

El gondolero dio la vuelta volviendo a pasar por debajo del Ponte *dei Sospiri.*

4 VUELTA A LA REALIDAD

Domingo, nueve de abril de 2022.

Por lo menos uno

Sonó el teléfono y era Carlos:

—Pablo, ¿cómo estás, tío? Lamento mucho todo lo que te está pasando. Confío en ti y puedes contar conmigo.

—Destrozado, se me ha venido todo abajo, mi vida entera. ¿Quién iba a decirme hace unos días que esto sucedería? No lo vi venir, no lo entiendo.

—Quizás deberías desconectar, cambiar de aires, reflexionar. Si te parece, te ofrezco la casa de mis abuelos en Asturias. No es lujosa, era una quesería, pero la naturaleza, el aire limpio y el mar podrían ayudarte a aclarar tu mente.

—Sí, tu pueblo... gracias, Carlos, te lo agradezco, pero ahora no estoy en condiciones de evadirme, al menos mentalmente. Físicamente, estoy bajo fianza, aunque no me faltarían ganas de desaparecer por completo.

—Pablo, estoy aquí para lo que necesites, incondicionalmente. Te llamaré pronto para ver cómo estás. Un fuerte abrazo.

Justo después de colgar, el teléfono sonó nuevamente. Pensando que era Carlos de nuevo, Pablo contestó:

—Carlos, ya te he dicho que no iré a Asturias a hacer queso.

Para su sorpresa, era Carmen, su madre, sollozando al otro lado de la línea. Se había enterado de la situación.

—Mamá, ¿cómo está papá? ¿Le ha afectado mucho?

—Tu padre está bien, aunque preocupado por ti, igual que todos nosotros.

—Voy a verlos mañana, mamá —afirmó Pablo, con determinación.

Visita a los padres

Frente a la puerta de la casa de sus padres, Pablo ensayaba expresiones alegres, intentando aparentar que todo estaba bien. "No pasa nada, mamá, estoy bien", se repetía a sí mismo. Al llamar, su madre abrió la puerta con lágrimas en los ojos y, junto con su hermana, lo envolvieron en un abrazo. Pablo se sintió especialmente conmovido al ver llorar a Elvira, su hermana, con quien nunca había tenido una relación cercana.

Mientras Pablo siempre gozaba de éxito, la vida de Elvira parecía marcada por desafíos constantes. Mientras él destacaba en sus estudios, Elvira enfrentaba dificultades académicas, impidiéndole alcanzar su sueño de estudiar medicina. El contraste entre la vida lujosa de Pablo y Babi, con su ático, viajes alrededor del mundo y un velero, era marcado frente a la realidad de Elvira, trabajando como enfermera, y su esposo en desempleo prolongado.

Elvira y su marido se casaron jóvenes, y un embarazo inesperado llevó a Pablo a convertirse en tío a una edad temprana. Esta situación alteró significativamente la trayectoria laboral de Gustavo, el entonces novio de Elvira. A pesar de la ayuda de sus familias, Gustavo tuvo que empezar a trabajar antes de terminar sus estudios para poder vivir con Elvira. Con esfuerzo, logró ascender hasta convertirse en un empleado clave en la cadena de producción de una importante fábrica en Madrid. Cuando una empresa del sector aeronáutico amplió su producción tras recibir un gran contrato, Gustavo fue seleccionado para un puesto mejor remunerado, lo que representó un ascenso profesional y un aumento de sueldo.

Con tres hijos ya en la familia y la mejora profesional de Gustavo, Elvira decidió reducir su jornada laboral para dedicarse más a sus hijos, dada la dificultad de conciliar los turnos nocturnos con la vida familiar. Sin embargo, solo un mes después de que Gustavo comenzara su nuevo trabajo, la empresa enfrentó una crisis y perdió un contrato clave, lo que llevó a despidos masivos. En estas circunstancias, los empleados recién contratados como Gustavo fueron los primeros en ser despedidos, resultando en una indemnización mínima, equivalente a un mes de sueldo.

Tras este revés, Gustavo se vio forzado a transitar por una serie de trabajos temporales y sustituciones, en un mercado laboral difícil. A pesar de su habilidad y esfuerzo, se encontró atrapado en un ciclo

de empleos mal remunerados que no aportaban valor significativo a su currículum.

Pero lo que realmente enfrió la relación con su hermana fue durante unas vacaciones en las que Pablo y Babi los invitaron a Marbella. Después de un día de navegación, organizaron un cóctel en su casa, al que asistieron algunos amigos. En el cóctel, uno de los temas que surgió entre los amigos de Babi fue el incremento de la cuota del Club Náutico, algo que no había sido bien recibido por varios de los presentes:

—Entre la subida del Club Náutico, los gastos de mantenimiento del barco, el club de golf y otras cuatro tonterías, te encuentras gastando fácilmente cinco mil euros al mes, como quien no quiere la cosa —expresó uno de los amigos de Babi, claramente indignado.

Gustavo, incapaz de contenerse, intervino con indignación:

—No tenéis vergüenza. Se lamentan por una cuota de club sin el menor pudor, mientras hay personas que podrían mantener a una familia durante todo un año con lo que ustedes gastan al mes en lujos innecesarios. ¿Qué han hecho para merecer vivir así?

Elvira, buscando calmar la situación, tocó la pierna de Gustavo pidiéndole calma, claramente afectada por el tenso ambiente. Pablo se acercó a Gustavo y, con cortesía, le sugirió:

—Gustavo, por favor, dejemos este tema en paz, ¿de acuerdo? Hazlo por respeto a Babi.

—¿Babi? ¡Si ella no ha trabajado en toda su vida! Mira todas esas casas, barcos, caballos, coches... —exclamó Gustavo.

Un incómodo silencio se apoderó de la estancia. Gustavo, molesto, se levantó y salió de la casa. Elvira, disculpándose, lo siguió.

Una hora más tarde, cogieron las maletas y regresaron a Madrid. Ese fin de semana, que había sido planeado como un acercamiento, terminó convirtiéndose en un distanciamiento aún mayor. En las celebraciones a las que Pablo y Babi asistían en casa de Guillén y Carmen, Gustavo optaba por no estar presente.

Su padre, sentado en el sillón con su máquina de oxígeno, lloraba también. Pablo lo abrazó con fuerza. Charlaban prolongadamente mientras las manos de Pablo quedaban atrapadas entre las de su madre y su hermana.

—Pero, ¿qué ha pasado? Lo que dicen no puede ser cierto, ¿verdad?

—No, madre, no he hecho nada malo.

—Y Babi, ¿qué dice de todo esto? —preguntó la madre, que claramente desconocía su separación.

Pablo, indeciso, no sabía qué responder. Incluso consideró no decir nada; su madre adoraba a Babi, y ese sentimiento era recíproco.

—Babi y yo nos hemos separado —anunció finalmente. La madre se llevó las manos a la cabeza, consternada.

—¿Abogado? ¿Qué dice? —inquirió Guillén, quien apenas podía hablar.

—Bernardo me ha conseguido un abogado —respondió Pablo.

Al mencionar que Bernardo Cano les había proporcionado un abogado, el padre se mostró visiblemente nervioso y alterado. Su corazón empezó a latir con más rapidez, lo que provocó que la máquina de oxígeno incrementara su ritmo, desencadenando el sonido de una alarma. Aunque incapaz de hablar, el gesto de su mano dejaba en claro su deseo de comentar el asunto. Su lenguaje corporal evidenciaba una profunda preocupación y desasosiego.

Guillén había conocido a Bernardo mucho antes del encuentro entre Pablo y Babi. En su rol de técnico municipal, Guillén se encargaba de supervisar proyectos urbanísticos y elaborar informes para las adjudicaciones. Los proyectos presentados por Bernardo Cano adolecían de méritos suficientes para ser adjudicados. A pesar de enfrentarse a continuos intentos de soborno, ofertas tentadoras e incluso amenazas, Guillén mantuvo su integridad inquebrantable. Prefirió dedicar horas extras a elaborar planos antes que aceptar los sobornos de Bernardo.

La integridad de Guillén provocó una gran animadversión y un odio contenido por parte de Bernardo. A medida que Bernardo y sus empresas se expandían, y tras su matrimonio con Laura, la hija del concejal de urbanismo, Luciano López, la necesidad de la supervisión por parte de Guillén se desvaneció. Los proyectos de Bernardo comenzaron a recibir aprobaciones directas de instancias superiores, sin la intervención de Guillén.

Tanto Babi como Pablo ya conocían a los padres del otro, pero las coincidencias no se hicieron evidentes hasta unos meses antes de la boda, cuando decidieron que era momento de presentar a los padres de ambos. La sorpresa fue mayúscula al ver a Bernardo y Guillén frente a frente. No fue necesario acordar nada; tácitamente, ambos entendieron que el pasado permanecería sin mencionar. Guillén no compartió nada de esto con Carmen, al igual que Bernardo guardó

silencio con su esposa.

Guillén tomó varias inspiraciones profundas y, con gran esfuerzo, comenzó a hablar:

—No, no, busca otro abogado —decía, reforzando sus palabras con gestos de sus manos. Al quedar sin aliento, hizo una señal a Carmen para que ella continuase:

—Pablo, tu padre no quiere que utilices el abogado de Bernardo. Tenemos algunos ahorros; no necesitamos lujos. Usa ese dinero para contratar a otro abogado —Guillén y su hermana asintieron, mostrando su aprobación. No obstante, Pablo se negó.

Al salir de la casa de sus padres, Pablo se llevó la amarga sensación de haber incrementado aún más sus preocupaciones. A esto se sumaba el duro golpe de su separación con Babi.

El abogado del diablo

Alejandro Balsa, el abogado proporcionado por el padre de Babi, parecía muy competente. Habían revisado los motivos de la detención y estaban a la espera de la vista preliminar para conocer las pruebas en su contra:

—No puede haber pruebas en mi contra; yo no he hecho nada ilegal, ni en la empresa ni fuera de ella —aseguró Pablo con firmeza.

—Veremos qué surge en la vista preliminar y luego decidiremos cómo actuar —respondió el abogado Balsa.

* * *

Finalmente, llegó el día de la vista preliminar. Al entrar Pablo en la sala, su abogado ya se encontraba allí. Poco después, arribaron los letrados representantes de su antigua empresa. Aunque el consejero delegado, Germán Azpilicueta, no asistió, sí estaban presentes el vicepresidente y su ex amigo Marcos, acompañados por abogados del bufete Clavero, Mazón y Areva, perteneciente al padre de Marcos. En el otro extremo de la sala, justo detrás, se sentó Carlos, quien con un breve "hola, suerte", ocupó su lugar. La jueza Herminia Silva dio inicio a la sesión y comenzó a detallar los cargos.

—Señor Vírseda, se le imputan cargos de corrupción, estafa, falsedad documental, apropiación indebida, blanqueo de capitales y evasión fiscal —declaró la jueza—. La empresa Fintrium Finanzas Internacionales actúa como parte acusadora, alegando que usted ha llevado a cabo actividades fraudulentas en su propio beneficio, fuera del marco de la gestión ordinaria de la entidad. Ahora la acusación tiene la oportunidad de presentar las pruebas que considere pertinentes.

—Gracias, Su Señoría —comenzó el representante de la acusación—. Como prueba principal, presentamos un ordenador que el Sr. Vírseda dejó olvidado en un hotel en las Islas Haroni, una jurisdicción offshore conocida como paraíso fiscal, donde se llevaron a cabo operaciones relevantes. Desde este lugar, se efectuaron transferencias por un total de 44 millones de euros a cuentas confidenciales. Adicionalmente, adjuntamos los registros de las reservas hoteleras y las tarjetas de embarque correspondientes a un vuelo en un jet privado.

Pablo quedó atónito al escuchar la acusación, ya que jamás había visitado las Islas Haroni. La presentación de pruebas por parte de la acusación continuó:

—Por último, Su Señoría, presentamos un informe titulado “Informe Chéster”, redactado y firmado por el Sr. Vírseda. Este documento incluye todas las trazabilidades relacionadas con el acusado.

Al oír mencionar el "Informe Chéster", Pablo sintió cómo su corazón se aceleraba y un escalofrío recorría su cuerpo. Recordó que ese informe le había sido solicitado para elaborar de manera urgente, un documento que él consideraba sin mayor relevancia, excepto por lo relacionado con Irene, su secretaria.

La jueza se dirigió al abogado de la defensa, preguntando si deseaba presentar alguna alegación o evidencia adicional:

—Ninguna, Su Señoría. La defensa no desea presentar alegaciones en este momento —respondió el abogado Balsa.

Pablo, pensativo, no pudo contenerse:

—¿No va a hacer ninguna alegación? Todo eso es mentira, es completamente falso.

—Déjeme a mí; soy yo quien conoce de asuntos legales —replicó el abogado.

Aunque no era un experto en derecho, Pablo hubiera preferido que su abogado expresara al menos alguna objeción. En ese momento, empezó a invadirlo la duda.

Pablo, ¡abre los ojos!

Cuando finalizó la vista preliminar y salió de la sala, Carlos se acercó a él. Sin mediar palabra, agarró su brazo y lo condujo apresuradamente hacia un rincón.

—Pablo, no te has dado cuenta de nada. Estás en el centro de una conspiración —le dijo Carlos, asiendo las solapas de su chaqueta.

Carlos tomó a Pablo y lo llevó hasta su coche. Se acomodaron en el asiento trasero, encendió el ordenador y accedió a LinkedIn, la red social profesional. Buscó el perfil de Alejandro Balsa y, al encontrarlo, giró el ordenador para que Pablo pudiera verlo:

—Mira, su experiencia laboral previa: Despacho de Clavero, Mazón y Arevana, justo hasta antes de tu detención. Te suena, ¿verdad?

—Si, claro.

—Observa, una foto con el consejero delegado de tu empresa.

—Joder

—¿Quién financia a tu abogado? Tu suegro. ¿Y con quién hace negocios tu suegro? Con tu jefe y con Marcos.

Pablo, perplejo, permanecía en silencio, observando y escuchando atentamente.

—Pablo, ¿cómo se llamaban las islas que mencionaron en la vista preliminar? ¿Islas Haroni? Un paraíso fiscal —. Carlos giró el ordenador mostrándole fotos de las islas. —¿Has estado alguna vez aquí?

—No, de verdad Carlos, nunca.

Carlos sacó el móvil y, accediendo a WhatsApp, específicamente al grupo de los cinco amigos de la universidad, comenzó a retroceder en el tiempo. Antes de mostrarle el móvil a Pablo, le dijo:

—Islas Haroni, Pacífico Norte, ¿Cuándo se supone que estabas allí? Octubre de 2019.

—Sí, eso han dicho —respondió Pablo.

—Octubre de 2019, ¿dónde estaba Marcos? —Carlos giró el móvil mostrándole una foto de Marcos con una bella chica en una

playa paradisíaca, a la que sujetaba de la cintura.

—Sí, me acuerdo, estaba en Maldivas.

—Maldivas, efectivamente, Océano Índico, huso horario “GMT”[22], más cinco. Islas Haroni, Pacífico Norte, GMT menos seis. Cuando recibíamos las fotos, era la hora de irnos a dormir. Once horas de diferencia horaria entre Maldivas e Islas Haroni.

—Las podía haber enviado más tarde —se excusó Pablo.

—¿Más tarde, Pablo? ¿En serio? Piénsalo, cuando recibíamos las fotos, era de madrugada en Maldivas. Y en Haroni era mediodía.

Carlos movió ligeramente el ratón del ordenador para activar la pantalla, y de nuevo aparecieron las imágenes de las Islas Haroni. Al mismo tiempo, fue comparando las fotos de las Islas Haroni con las del chat, aquellas que Marcos había enviado supuestamente desde Maldivas. Las fotos del chat eran, en realidad, de Haroni. Pablo se llevó las manos a la cabeza, atónito: "él también". La actitud de Marcos el día del pádel, aquella de sentirse perjudicado y ofendido, ahora cobraba un nuevo sentido: él había sido quien lo había involucrado. Con lágrimas en los ojos, mirando a Carlos, comprendió que al menos un amigo verdadero sí tenía. Entre lágrimas, se abrazaron.

—Pablo, deshazte de tu abogado ya. Tengo otro para ti. Mañana empezamos a preparar tu defensa.

Preparación del juicio

¿Cómo puedes demostrar que no has hecho algo? La carga de la prueba recae en quienes te acusan de ser culpable; son ellos quienes deben demostrarlo. Pero en este caso, tenían pruebas, aunque fueran falsas. Pruebas cuidadosamente elaboradas y manipuladas. En tu vida personal, no te dedicas a tomar notas ni a recoger evidencias de tus paraderos por si acaso te acusan de algo que no has cometido.

A Pablo y a Babi les gustaba pasar desapercibidos, y las actividades que realizaban principalmente eran playa o montaña, lugares donde no quedaba constancia de su presencia, ya que estaban en alta mar o en su casa de Marbella o de los Pirineos. ¿Cómo puedes demostrar que estás en medio del mar o en medio de la montaña? ¿Acaso llevarás una corvina o una cabra montesa al estrado como testigos?

Sin embargo, parece que quien sí llevaba un registro detallado de las salidas y ubicaciones de Pablo era Marcos, aunque fuera con intenciones espurias.

Cuando estaban en los Pirineos, se aislaban durante unos días. A diferencia de Marbella, no solían ver ni juntarse con nadie. Siempre aprovechaban para registrar vuelos de Pablo a destinos comprometedores en aerolíneas privadas, donde no se realizan muchas comprobaciones de pasaporte o documento de identidad. En ocasiones, era Marcos quien viajaba utilizando el nombre de Pablo.

Tanto a Marbella como a los Pirineos viajaban en coche, donde tampoco quedaba constancia de su paso, a menos que incurrieran en alguna infracción por exceso de velocidad. Utilizaban tarjetas de crédito a nombre de Pablo, previamente obtenidas, para comprar billetes de avión en jets privados, donde no se requería la identificación de los pasajeros. Sin embargo, esta información constaba en la factura y en el pago. Lo mismo ocurría con los hoteles.

Abrir cuentas en bancos offshore también resultaba sencillo, ya que estos no eran muy rigurosos con los procedimientos de Conozca a Su Cliente (KYC, por sus siglas en inglés), especialmente si se trataba de un buen cliente con otras cuentas.

El dinero "legal" se transfería a cuentas de Pablo sin su conocimiento. Desde allí, se realizaban transferencias a diversas cuentas anónimas. El rastro del dinero se desvanecía después de

ingresar en la supuesta cuenta de Pablo.

Mientras él disfrutaba de su tiempo en Marbella, en los Pirineos o, mejor dicho, en Babia, las operaciones ilegales recaían sobre él sin que él lo supiera.

Tristán

Dentro de la familia Cano, Babi era quien principalmente utilizaba tanto el velero como la casa en Marbella. Respecto al velero, salvo por un par de semanas en verano, su uso era exclusivo para ella.

La casa de los Cano en los Pirineos, siguiendo el estilo arquitectónico del valle de Arán, combinaba piedra y madera con un tejado a dos aguas de pizarra negra. En su interior, predominaba la madera, resaltada por hermosas vigas decorativas. Distribuida en tres plantas y ocupando una superficie de ochocientos metros cuadrados, brindaba un espacio confortable para sus ocupantes. Esta casa estaba dotada de lujos como una sauna y una piscina cubierta. Desde su amplio jardín, la terraza y el gran ventanal del salón se podían disfrutar de vistas extraordinarias tanto del valle como de las montañas. Este hogar en el valle de Arán era el dominio de Tristán, el hermano de Babi.

Bernardo, pese a querer a ambos hijos por igual, demostraba un afecto especial hacia Babi, mientras que con Tristán era más exigente. Su visión tradicional sobre la crianza se reflejaba en sus expectativas: deseaba que su hija fuese dulce y delicada, y que su hijo mostrase fortaleza en el deporte y continuara con los negocios familiares.

La realidad de Babi contrastaba con los ideales de Bernardo. A él le hubiera gustado que su hija se dedicara al ballet en lugar de disparar una Beretta. Además, no estaba conforme con su afición por navegar bajo vientos de más de 25 nudos, prefiriendo que se dedicara más al piano Steinway & Sons que tenía en la mansión, el cual se había convertido en un mero adorno. Bajo la presión familiar, Babi aprendió a tocar el piano y la guitarra, pero abandonó estas prácticas al iniciar la universidad.

Tristán, a quien consideraban "el elegido sucesor", no compartía la pasión de Bernardo por el fútbol, ni se sentía atraído por otros deportes como el baloncesto, el tenis o el atletismo. Su única actividad física favorita era caminar por la montaña. Su gran afición era la pintura al óleo, una actividad que su padre hubiera preferido para Babi. Tristán, a diferencia de su padre, no mostraba interés en los negocios familiares. Estudió arquitectura con el objetivo de comprender el negocio desde sus cimientos, pero más tarde, presionado por Bernardo, también cursó administración de empresas, con la idea de dirigir el imperio Cano en el futuro. Sin embargo, sus

planes no se alinearon con los deseos de su padre.

Tristán tenía una profunda afinidad por la arquitectura y encontraba placer en diseñar y construir. Sus proyectos se enfocaban principalmente en urbanizaciones, bloques de apartamentos y, ocasionalmente, en viviendas unifamiliares de lujo para conocidos. Sin embargo, su verdadero sueño era crear un edificio emblemático y original, algo en la línea de la Ópera de Sídney, el Museo Nacional de Catar, o rascacielos icónicos como The Shard en Londres o la Torre Agbar en Barcelona. Por otro lado, Bernardo no veía con buenos ojos a los amigos de Tristán, a quienes culpaba de influir en él para ser menos firme.

Tristán prefería rutas de montaña especialmente desafiantes, con pendientes pronunciadas que pocos eran capaces de afrontar. Lucas Gálvez, su amigo, era uno de los pocos que podía mantener su ritmo. A veces, Babi y Pablo también se sumaban a estas excursiones, aunque no siempre elegían rutas tan difíciles como las preferidas por los dos expertos.

Babi, a su manera, también era aficionada a la montaña, al menos en lo que respecta a su calzado, optando por unas excelentes botas de montaña. Sin embargo, su atuendo desde el tobillo hacia arriba distaba mucho de lo típico en actividades de montañismo, diferenciándose notablemente de la vestimenta habitual en estas excursiones. Además, ella no necesitaba llevar mochila. Para eso tenia a Pablo.

Después de sus rutas de montaña, disfrutaban cenando en uno de los muchos restaurantes excepcionales del valle. Los cuatro mantenían una excelente relación, pero se distinguían dos grupos. Babi y Lucas, quienes compartían un sentido del humor picante e irónico, solían aliarse, convirtiéndose frecuentemente en un dúo que disfrutaba de hacer bromas. Por otro lado, Pablo y Tristán a menudo se convertían en los receptores resignados de las ironías y chanzas de esta “parejita macabra”.

En ciertas situaciones, a los observadores externos les podía parecer que Babi y Lucas formaban una pareja, debido a la gran afinidad y entendimiento que mostraban, e incluso a veces se comportaban con una cercanía afectiva característica de una pareja, especialmente cuando estaban los cuatro juntos. Lucas solía bromear con Babi, diciéndole: “Si alguna vez me vuelvo hetero, me caso contigo”, lo que subrayaba la naturaleza juguetona y cómplice de su relación.

Lucas era notable por su estatura alta y un rostro alegre y simpático. Poseía cabello negro, naturalmente ligeramente rizado, aunque era frecuente verlo con el pelo ondulado, liso, o incluso con peinados más elaborados al día siguiente. Su barba también variaba en estilo, desde un look hípster hasta un bigote con perilla o simplemente una perilla, mostrando su gusto por cambiar frecuentemente de apariencia.

Lucas, siendo miope, prefería usar gafas a pesar de tener lentes de contacto. No obstante, no optaba por gafas comunes. Sus favoritas eran monturas gruesas de pasta, con diseños típicos de los años cincuenta, pero siempre elegía colores y detalles que aportaban un toque de originalidad a su aspecto.

Fuera de los Pirineos, donde se inclinaba por un estilo más acorde a la montaña, en Madrid, Lucas elegía vestir de forma elegante y moderna. Acostumbraba a usar chaquetas con un toque contemporáneo, incorporando estampados de cuadros y colores pastel, y no temía experimentar con colores más extravagantes. Además, si bien su colección de gafas era amplia, su surtido de pajaritas era aún más extenso, reflejando su gusto por los accesorios distintivos y su inclinación hacia la moda.

Cuando los cuatro amigos se reunían, Pablo y Tristán se saludaban con un abrazo y solían intercambiar las habituales preguntas sobre su día a día y el trabajo. Por otro lado, Lucas y Babi tenían un ritual diferente: se examinaban mutuamente de arriba abajo, intercambiando halagos y comentarios juguetones. Frases como "Vas espléndida, ideal", "Oh, tú sí que vas ideal", "Esta pajarita no te la conocía, ¿es nueva?", "Esta falda te resalta ese culete respingón que tienes", "Esos dos son unos sosos, tú, en cambio, Lucas..." y "Hoy mejor que el otro día, ibas un poco "Barbie", déjame que te lo diga, pero ideal, eso sí" eran comunes en sus encuentros, demostrando una cercanía y complicidad especial entre ellos.

Lucas mantenía una relación excelente con Babi, la hermana de Tristán, y su cuñado. Sin embargo, su vínculo con el resto de la familia Cano era limitado. Los padres de Tristán y Babi conocían a Lucas, pero no en profundidad, y no estaban completamente conscientes del alcance de su amistad con su hijo. Laura, la madre de Tristán, en las ocasiones en que coincidían, solía hacer comentarios posteriores sobre Lucas, reflejando su percepción limitada y posiblemente su falta de entendimiento sobre la naturaleza de la relación que él tenía con su familia.

—¡Qué chico tan educado y fino es Lucas! Él tampoco tiene novia, ¿verdad? Anda que…, entre tu hermana que tiene la cabeza

llena de pájaros y tú, no me vais a hacer abuela nunca —protestaba Laura, ante Tristán y su preocupación, por la falta de nietos.

Bernardo, por su parte, no apreciaba la finura de Lucas, mostrándose menos receptivo hacia él. Aunque era una persona desconfiada y propensa a sospechar de todos y de todo, estaba perfectamente al tanto de la orientación sexual de Lucas. Sin embargo, nunca sospechó de la naturaleza de la relación entre Lucas y su hijo. En alguna ocasión, Bernardo le comentó a Tristán:

—No es bueno que te vean con maricones, van a pensar que tú también lo eres —refunfuñaba Bernardo.

En la casa de los Cano, la relación de confianza y cercanía entre Lucas y Babi era evidente, lo que llevaba a Laura a veces a comentar:

—Creo que a Lucas le gusta Babi, y si Pablo no tiene cuidado, se la va a quitar.

A lo que Bernardo respondía de manera escéptica:

—Sí, sí, seguro.

Sin embargo, en su mente, Bernardo pensaba con desdén:

—¿Qué demonios va a llevarse ese maricón?

Lucas sentía una profunda angustia en su relación con Tristán, debido a que su familia no estaba al tanto de su vida consolidada y de la naturaleza de su relación. La personalidad muy tradicional de Bernardo, sumada a su probable intolerancia, era una fuente de preocupación para Lucas, temiendo las consecuencias de revelar su verdadera relación con Tristán. En la familia de Lucas, Tristán era recibido como la pareja de su hijo.

Durante los fines de semana en los Pirineos, además de disfrutar de la gastronomía local en restaurantes, a menudo organizaban barbacoas en el jardín. Pablo y Tristán, cada uno con una cerveza en mano, se ocupaban de atender el fuego y asar la carne. Por otro lado, Babi y Lucas, cómodamente acomodados en un amplio tresillo y con un cóctel en mano, conversaban sobre sus asuntos. Lucas, que trabajaba como decorador, colaboraba frecuentemente en muchos proyectos de Tristán. De hecho, se conocieron cuando Tristán estaba en búsqueda de un decorador para una de sus construcciones y necesitaba a uno de los mejores del país con renombre internacional.

Babi y Lucas solían pasar horas conversando sobre temas como decoración y moda. En ocasiones, Lucas interrumpía a Babi con una observación jocosa:

—Hum Baaabi, ¡pero qué culito tiene tu marido!

Y luego, añadía, con un tono humorístico y un toque de envidia juguetona:

—¡Te odio, perra, qué suerte tienes!

La nueva abogada

Su nueva abogada, Olga Escrivá, era una joven abogada amiga de Carlos. Era estilizada, de pelo corto, teñido en rubio, tenía ojos grandes de color marrón y una amplia sonrisa. Carlos les presento:

—Olga, una buena amiga y una abogada competente. Pablo, mi apreciado amigo.

Al estrecharse la mano, Pablo se sorprendió por la firmeza con la que Olga apretó, lo cual capturó de inmediato su atención. Aunque su estado de ánimo había estado algo bajo, ese gesto firme y decidido de Olga lo hizo reconectar con el momento presente.

En la reunión, Olga, Pablo y Carlos se dedicaron a revisar meticulosamente todas las pruebas disponibles. Durante este proceso, Olga resaltó un punto crítico: las pruebas presentadas en el caso de Pablo debieron haber sido impugnadas por su anterior abogado, una acción que, sorprendentemente, no se había llevado a cabo. Este comentario captó la atención de Carlos y Pablo, quienes se miraron entre sí, comprendiendo la gravedad de la omisión y el impacto potencial que podría haber tenido en el caso.

—Creo que su abogado anterior actuó de mala fe. La aceptación de las pruebas sin objeciones en la vista preliminar puede tener un impacto significativo en el desarrollo del juicio, ya que estas pruebas formarán parte del conjunto de elementos que el tribunal considerará para emitir un veredicto.

—¿Y qué puede pasar?

Yo hubiera refutado todas. Si por casualidad alguna es rechazada, es una prueba menos en nuestra contra

Mientras examinaban cada nueva prueba, Pablo observaba cómo se habían acumulado evidencias en su contra a lo largo de al menos un par de años. Frente a esta meticulosa maquinación, se preguntaba cómo podría demostrar su inocencia, en particular porque su firma aparecía en todas partes. Se sentía como David enfrentándose a Goliat.

Conforme avanzaban en el análisis del caso, la situación se tornaba más complicada y sombría. No obstante, su abogada se

aseguraba de que Pablo no cayera en la desesperación. Confiada en sí misma y en el resultado del juicio, mantenía una actitud positiva y determinada.

En una ocasión, decidieron reunirse para trabajar en un ambiente más relajado y distendido. Optaron por ir a comer a un buen restaurante, reconociendo que tantos días de trabajo intenso requerían un momento de descanso y relajación.

Durante la comida, Pablo mostró claros signos de tristeza y preocupación en su rostro, y sus gestos con la copa reflejaban inquietud. Mientras Olga hablaba, Pablo parecía ausente; giraba la copa circularmente y la observaba con atención, repitiendo este movimiento varias veces. Olga, al percatarse de que Pablo no la estaba escuchando, inclinó ligeramente su cabeza y lo miró en silencio.

—La impotencia es lo peor. Saber que existen montones de pruebas y evidencias falsas, y no poder hacer nada al respecto, absolutamente nada. ¡Qué desesperación! —exclamó Pablo.

Olga, comprendiendo su angustia, le permitió expresarse y le tomó la mano en un gesto de consuelo. Pablo, todavía mirando las lágrimas de vino en su copa, continuó diciendo:

—¿Sabes, Olga, que las lágrimas del vino nos indican su graduación alcohólica y, por tanto, una de sus características más importantes? —dijo Pablo, señalando con el dedo meñique las lágrimas que se deslizaban por el interior de la copa de cristal.—¿Sabes que a mayor graduación, generalmente, mayor es la calidad del vino? Sí, ya te lo había mencionado antes —Pablo continuó moviendo la copa, reflexivo.

—Si la graduación alcohólica se puede determinar por la velocidad con la que cae la gota, ¿será que la velocidad de una lágrima deslizándose por la mejilla es proporcional a la tristeza? —preguntó Pablo, haciendo una comparación metafórica. Olga, captando la profundidad de sus palabras, se quedó en silencio, permitiéndole continuar con sus reflexiones.

Pablo continuó compartiendo sus preocupaciones personales con Olga:

—El otro día la vi, y también otro día y otro más. Sale todos los días a las 8:45 a correr al Retiro. Sigue tan guapa... —suspiró Pablo. —Y ese seboso de su padre ha mandado a esa de la Gestapo para que le haga “compañía”. ¡Y una mierda! Es para controlarla, como si fuera una niña encerrada. ¡Mira que se lo he dicho veces, dependes en exceso de tu padre! ¡Mierda, mierda, mierda! —expresó su frustración. —Y ese canalla de Marcos, ¡traidor!, me la ha clavado bien por la

espalda, lo peor es que no es lo único que ha clavado.

Pablo revelaba así no solo su angustia por la situación legal, sino también su preocupación y frustración por asuntos personales y emocionales complejos, que lo afectaban profundamente.

Olga llamó al camarero:

—Por favor, ¿podría retirar las copas de vino y la botella? Gracias —pidió Olga.

Luego, dirigiéndose a Pablo, dijo:

—Pablo, ya prácticamente hemos revisado todo. ¿Por qué no te tomas unos días para desconectar y vuelves con más ánimo para el juicio? Estoy segura de que cuando te relajes, recordarás más cosas. Hazlo —le sugirió, con un tono algo imperativo pero claramente preocupado por su bienestar.

Desconexión. Pedralares.

Hacia unas semanas, Carlos había ofrecido a Pablo la oportunidad de alojarse en el entorno rural de sus abuelos, una quesería en un pequeño pueblo de Asturias. En ese momento, Pablo no se sentía con ánimo ni tenía claro qué hacer. Sin embargo, ahora, con la necesidad de meditar, reflexionar y realizar las tareas asignadas por su abogada, Pablo decidió aceptar la invitación de Carlos. Este cambio de ambiente parecía ser justo lo que necesitaba para aclarar su mente y prepararse mejor para los desafíos venideros.

Pablo, decidido, tomó su Porsche y se dirigió a la oficina de Fernando Cuevas, el cliente con quien había jugado al golf en el que consideraba el peor día de su vida. Al llegar, no esperó a ser atendido por la secretaria, sino que abrió directamente la puerta del despacho de Fernando. Sin siquiera entrar completamente, le dijo:

— "50.000" —dijo Pablo, sosteniendo las llaves del Porsche entre dos dedos.

Tras unos segundos de silencio, Fernando respondió:

— ¿Estás seguro?

— Completamente —afirmó Pablo con determinación.

— ¡Vale!

— ¿Me firmas un cheque ahora mismo? —preguntó Pablo.

— Sí, claro, pero Pablo, espera, vamos a hablar.

— El cheque, por favor. —insistió Pablo, mostrando su firme intención de cerrar el trato de inmediato.

Mientras Fernando sacaba su chequera, Pablo colocó las llaves de su valioso descapotable sobre el escritorio. Fernando, mostrando preocupación, dijo:

— Pero Pablo, tienes mucho que contarme. ¿Cómo puedo ayudarte?

— Más adelante, Fernando, más adelante —respondió Pablo.

Tras estrechar la mano de Fernando, salió por la puerta y, justo antes de irse, se detuvo para decir:

— Dile a tu hija que no corra y que lo cuide.

Tras dejar el Porsche, Pablo tomó un taxi y se dirigió a una

tienda de vehículos de ocasión cerca de la casa de sus padres. Allí, después de revisar diversas opciones, se decidió por un Nissan Qashqai que estaba en buenas condiciones y contaba con 60.000 kilómetros. Este coche tenía un maletero lo suficientemente amplio para llevar su bicicleta de montaña, un detalle importante para él.

Una vez que adquirió los accesorios necesarios, como una nueva mochila y botas de montaña, Pablo se despidió de sus padres. Luego, comenzó su viaje hacia Asturias al volante de su Nissan Qashqai, listo para enfrentar esta nueva etapa con un vehículo más adecuado para sus necesidades actuales.

Después de un viaje de casi cinco horas, Pablo llegó a un cruce donde un cartel indicaba "Pedralares a dos kilómetros cuatrocientos metros". Se detuvo y salió del coche para observar el pueblo. Se encontró con un pintoresco lugar de casas de piedra, presidido por una iglesia imponente. A su derecha, se extendía un valle cubierto de árboles frondosos que llegaba hasta el horizonte. El río serpenteaba a través del valle y desembocaba en el mar, flanqueado por acantilados que rodeaban una playa pequeña y de acceso complicado.

Pablo se montó nuevamente en su vehículo y continuó su camino. Al atravesar el pueblo, notó un ramal del río que surtía una fuente sencilla, con un chorro superior ornamental y varios caños que alimentaban un gran pilón. Las casas del pueblo, bien conservadas y construidas en piedra, mostraban balcones de madera decorados con plantas y flores. Los techos de tejas rojas, con el paso del tiempo, habían adquirido un tono más oscuro por el crecimiento de líquenes y musgo, agregando un toque rústico y encantador al conjunto del pueblo.

Las calles empedradas se extendían en todas direcciones desde la plaza central del pueblo. En el centro de esta plaza se encontraba el ayuntamiento, con un gran reloj que marcaba las seis y veinte, aunque llevaba detenido al menos dos décadas. Desde la plaza, las calles no seguían patrones regulares, más bien formaban una serie de calles circulares que rodeaban la plaza central.

A pesar de que había señales de prohibición de paso y de estacionamiento, la verdad es que parecían más decorativas que funcionales, añadiendo un toque de color a las oscuras paredes de piedra del pueblo. La circulación de vehículos en el pueblo se basaba en un convenio de buena voluntad entre los vecinos. Normalmente, si alguien estacionaba su coche en cualquier lugar que le pareciera conveniente, también dejaba las llaves, lo que indicaba un alto nivel de confianza y comunidad entre los habitantes del pueblo.

La iglesia se alzaba majestuosa en la plaza del pueblo, justo al

otro lado del ayuntamiento. Sus gruesos muros de piedra y su arquitectura tradicional y rústica habían resistido el paso del tiempo en excelente estado de conservación. En lo alto del campanario, que albergaba dos campanas de bronce, una cigüeña había hecho su nido ahí. Sin embargo, el deterioro del yugo de madera de las campanas había llevado a que se hicieran sonar solo en fechas muy concretas, ya que su sustitución no era factible por motivos económicos en ese momento.

El interior de la iglesia es igualmente impresionante. Un escalón de entrada de piedra, erosionado por el paso de los fieles a lo largo de los años, da paso a través de una gran puerta tallada de madera con robustas bisagras de hierro a su interior. En su interior, altos arcos de piedra se alzan sobre bancos de madera que ya acusan el paso del tiempo. El altar se destaca por sus símbolos tallados de figuras sagradas y un retablo de madera con más representaciones religiosas. La pila de agua bendita, hecha de mármol blanco perfectamente pulido, resalta en el ambiente oscuro. La iluminación a través de velas proporciona una luz adecuada para la oración y llena el aire con el agradable aroma del incienso.

Las calles solitarias permiten escuchar claramente el canto de los pájaros y, a lo lejos, los cencerros de las vacas y bueyes en los pastos cercanos. El olor a campo se mezcla con fragancias de flores, ganado y el ligero olor a gasolina y aceite quemado de algún ciclomotor de dos tiempos de algún paisano.

Pablo por un momento desconectó de sus problemas al contemplar tanta tranquilidad y belleza. Por otra parte, sintió un poco de culpabilidad por las veces que, con cariño, se habían reído del "rollito" asturiano de Carlos. En ese momento comprendió perfectamente por qué Carlos estaba enamorado de su pueblo y de su tierra, aunque hubiera nacido en Madrid.

Cuando llegó a la quesería del abuelo de Carlos, Pablo abrió una gruesa puerta de madera con bisagras forjadas en hierro, tan antiguas que dificultaban su apertura. La puerta, marcada por restos de pintura de tiempos mejores, daba paso a la casa, y bajo su umbral se podían apreciar los gruesos muros de piedra que la componían.

Dentro, se encontró con una amplia sala que hacía las veces de salón. Había una chimenea en el centro, un tresillo de piel con protectores de encaje en los apoyabrazos, un par de sillones flanqueando el sofá, una mesa baja y una televisión prehistórica. Pablo, movido por la curiosidad, encendió la televisión para comprobar si era en blanco y negro o en color. Aunque era a color, la calidad de la imagen era tan baja que apenas se veía. Lo más

sorprendente fue que no encontró un mando a distancia, lo que le hizo recordar su infancia cuando él mismo hacía de "mando a distancia" y sus padres le pedían que cambiara de canal.

Halló una mesa de madera con un grueso tablero y ocho sillas. Una puerta conducía a la quesería, donde descubrió utensilios que nunca antes había visto.

Finalmente, en uno de los dormitorios, se encontró con una antigua cama de matrimonio de 1,35 metros, que se hundió bajo su peso debido a que el colchón estaba relleno de lana. Era la primera vez que Pablo dormía en un colchón que no era de muelles o viscoelástico.

Agotado por el viaje, decidió acostarse directamente, reservando la exploración de Pedralares para el día siguiente.

El ciclista kamikaze

Al día siguiente, al despertarse Pablo, se percató de que no tenía nada para desayunar en la quesería. Decidió salir a buscar algo para comer. Cerrar la puerta le costó un poco de esfuerzo, pues tuvo que darle tres portazos para que encajara en el marco. Al darse la vuelta, un grito llamó su atención:

—¡божевільний, дивись куди йдеш, tío!

Casi fue atropellado por un chico de unos doce años, que lo miró con despecho e indignación mientras desaparecía calle abajo. Pablo se preguntaba qué habría dicho. Mientras tanto, se acercaban tres mujeres cuya apariencia no era la típica de Asturias; conversaban en un idioma que no era castellano. ¿Sería acaso bable?[23], pensó, era algo desconocido para él.

La mujer en el centro, de estatura media y con una voz firme, era quien hablaba. Llevaba un pañuelo negro en la cabeza y mostraba facciones finas y elegantes, aunque su mirada transmitía tristeza. Parecía ser la líder del grupo. A su lado, otra mujer la escuchaba atentamente, adornada con un pañuelo estampado sobre fondo rosa. Ambas, alrededor de los cuarenta años, vestían blusas y faldas largas. La más joven, de unos veinte años, no llevaba pañuelo y tenía el cabello rubio recogido en una trenza. Vestía un chándal azul marino y caminaba atenta al suelo. Al cruzarse con Pablo, sus semblantes serios se transformaron en sonrisas y la mujer del centro lo saludó:

—”¡wuuenosss diasss!”

—buenos días—respondió Pablo

El "ciclista kamikaze" había completado una vuelta a la manzana, y Pablo, precavido, retrocedió un paso para evitar un segundo encuentro cercano. El muchacho le sacó la lengua al pasar junto a él en su bicicleta de tamaño medio, un modelo antiguo con un solo plato y un piñón. Cintas de color azul cielo y amarillo trigo adornaban el manillar. En ese instante, Pablo pensó en "Ucrania" mientras la mujer del pañuelo nombraba a "Oleksii", seguido de palabras que no entendió, pero que le sonaron a lengua eslava. Concluyó entonces que estaban hablando en ucraniano.

El segundo encuentro del día, tercero si contamos al ciclista kamikaze, fue con una mujer morena, alta, delgada y de pelo largo negro. Con una sonrisa, ella le preguntó:

—¿Es usted el nuevo quesero? — su risa sugería que ya conocía la respuesta. — Buenos días, soy Lucía, la alcaldesa del pueblo más encantador de la Cordillera Cantábrica, de España y, me atrevería a decir, del mundo.

—Soy Pablo —se presentó él.

—Sí, ya lo sé. Carlos me habló de ti, me dijo que te cuidara —respondió Lucía, su sonrisa aún más amplia.

—¿Vas a quedarte muchos días? Supongo que no. Este pueblo es muy tranquilo —continuó Lucía, alternando entre hacer preguntas y responderse a sí misma con entusiasmo.

—Por cierto, ¿ese coche es tuyo?—dijo señalando al Nissan con una sonrisa—pues ahí no se puede aparcar. ¿Quieres que te enseñe el pueblo?

—¡Si por favor!

—Carlos, me ha hablado de ti, te estima mucho. Os conocéis de la universidad, ¿verdad?—Pregunto Lucía.

—Sí, desde la universidad, ¿y tú?

—Uf, desde que nacimos. Él solo venía en verano y en vacaciones, pero siempre nos hemos llevado muy bien, es mi mejor amigo. Cuando venía, rompía la rutina por eso de venir de fuera y, sobre todo, de la gran ciudad. Los que vienen de Madrid y Barcelona vienen con otros aires.

—La verdad es que Carlos está siempre hablando de su pueblo —comentó Pablo.

—Es un encanto, ahora que el pueblo es “un pueblo vaciado”. Cada vez que viene es un soplo de aire fresco. Está comprometido en revitalizar el pueblo.

Durante el recorrido, Lucía le mostró el pueblo y compartió parte de su historia. Todos los que se cruzaban con ellos saludaban amistosamente a la alcaldesa, evidenciando su popularidad. Pablo, intrigado, comenzó a preguntar:

—¿Y cuánto tiempo llevas siendo alcaldesa?

—Uf, ya van trece o catorce años.

—No puede ser, serías muy joven.

—Sí, me convertí en alcaldesa a los diecinueve años, "la alcaldesa más joven de Asturias" y una de las más jóvenes de España.

—Vaya, y ¿con qué porcentaje de votos fuiste elegida?

—Con el cien por cien.

—Bueno, eso es todo un récord.

Pablo pronto entendió el motivo del abrumador apoyo a Lucía. A medida que avanzaban, todos en el pueblo la saludaban, expresando gratitud y afecto. La alcaldesa había ayudado a muchos con tareas variadas, como reparar cercados, gestionar un tractor de reemplazo para quien tuviese problemas con el suyo o coordinar la recogida de leche de la central. Lucía no pasaba por alto ni el más mínimo detalle del pueblo: si veía algún papel en el suelo, se agachaba para recogerlo y guardarlo en su bolsillo. Al encontrarse con una señal de tráfico torcida, sacó una impresionante herramienta multiusos de su bolsillo y, mostrándosela a Pablo, comentó:

—Carlos me la regaló, es mi bastón de mando de alcaldesa —dijo con una sonrisa. Luego, de su otro bolsillo, sacó una cincha de nylon que utilizó para sujetar provisionalmente la señal torcida— Después vendré con un tornillo de métrica diez para arreglarlo bien.

—¿Métrica diez? ¡Vaya control, yo ni siquiera sé de qué hablas!

Lucía, extendiendo su brazo para abarcar con la vista el pueblo, el valle y la playa, preguntó:

—¿Qué te parece el pueblo?

—Es extraordinario, ¡una maravilla! Lamento mucho no haber venido antes.

—Pues nada, aquí estamos intentando revitalizar el pueblo. Podrías venir y reabrir la quesería de Carlos. Hay ayudas y subvenciones disponibles. ¿Sabes? En Asturias, se elaboran más de 300 tipos de quesos.[24], Cabrales, Gamonedo, Afuega i Pitu, Vidiago, Pría…

—¿Te gustaría dar un paseo por el bosque? ¡Hay osos! ¿Te atreves? —rió Lucía.

Juntos, comenzaron a ascender lentamente hacia el monte. Había varios caminos y Lucía le mostró algunas rutas ideales para hacer en bicicleta de montaña. Su entusiasmo era palpable; vivía y respiraba su pueblo con pasión.

Mientras paseaban por el bosque, Pablo aprovechó para preguntar a Lucía sobre las mujeres ucranianas que habían visto antes.

—¡" Pobriñas" ! Lo están pasando realmente mal. Cuando estalló la segunda invasión rusa, la primera fue en Crimea, hubo muchos españoles que fueron a la frontera entre Polonia y Ucrania para ayudar a traer refugiados. La verdad es que todo el pueblo se

volcó en la causa. Pero claro, ¿cómo íbamos a llegar hasta allí y cómo los traíamos? ¡Son más de tres mil kilómetros! —explicó Lucía, mostrando una mezcla de preocupación y determinación. Yo tengo un Citroën 2CV[25] con 50 años, creo que no hubiese llegado ni a Bilbao. Entre varios alcaldes de la comarca, alquilamos un autobús con dos conductores y nos pusimos en marcha. Después de cuatro días, llegamos a la frontera. Lo que vimos allí era un espectáculo dantesco. Había hileras de mujeres cargadas con maletas y bolsas, llevando todo lo que habían podido salvar. Sus rostros reflejaban una tristeza y desesperación inmensas: lágrimas, rezos y miradas perdidas dominaban la escena. Los niños, aunque no del todo conscientes de la gravedad de la situación, se veían claramente afectados por el dolor y el miedo de sus madres y mayores. A través de su comportamiento, se notaba que intuían que algo terrible estaba sucediendo

. El rostro habitualmente alegre de Lucía se ensombreció mientras rememoraba esos momentos. Tras unos segundos de silencio, pareció recobrar su compostura y continuó:

—Imagina tener que salir de tu casa, de tu ciudad, sin saber a dónde irás. Luego, embarcarte en un viaje hacia lo desconocido, poniendo tu vida en manos de extraños. La vulnerabilidad en esos momentos es increíblemente abrumadora. Con el caos y el desconcierto de la situación, muchas de esas personas aceptaron viajar más de tres mil kilómetros en vehículos de desconocidos, sin ninguna garantía, impulsadas únicamente por el deseo de seguridad. Nosotros llevamos un autobús, pero mucha gente viajó en coches particulares. Eso significó que muchas mujeres tuvieron que dejar algunas de sus pertenencias porque no cabían en los maleteros, y esas pertenencias quedaron abandonadas en la frontera —explicó Lucía, su voz reflejando el peso emocional de esas vivencias.

—¡Una pena!—dijo Pablo.

—En la actualidad, acogemos a ocho ucranianos aquí. Las tres mujeres que viste son Oksana, la del pañuelo rosa, madre de Oleksii, el ciclista; Polina, la del pañuelo negro, su cuñada; y Kateryna, la más joven, que es sobrina de ambas. Kateryna lleva varios meses sin hablar. Una noche, estaba en casa con su madre y hermano cuando una bomba cayó sobre su hogar, matando a ambos. Desde ese trágico momento, quedó en estado de shock y no ha vuelto a hablar. Aunque ha estado en tratamiento psicológico, la barrera del idioma ha sido un gran obstáculo. Pero al menos ahora, parece que está empezando a hacer contacto visual de nuevo —relató Lucía con una mezcla de tristeza y esperanza en su voz.

Y Polina es un encanto, siempre tan atenta, Parece mentira que

esa sonrisa abierta y dulce sea compatible con lo que ha vivido.

El camino que habían seguido los llevó hasta un acantilado que se alzaba al borde del mar. Se detuvieron para contemplar la inmensidad del océano. El acceso a la playa era exclusivamente a través de este camino, lo que hacía que prácticamente fuera una playa privada para los habitantes del pueblo. Era un lugar tranquilo y apartado, un pequeño tesoro oculto en la majestuosidad de la naturaleza.

—Tú, Pablo, estás casado, ¿verdad? —preguntó Lucía con curiosidad.

—Sí, bueno... no, uh, ¡yo qué sé! No, creo que no —balbuceó Pablo, visiblemente confundido y agitado.

—Entiendo, ya sé por qué estás aquí, tranquilo —dijo Lucía con comprensión al ver el cambio en la expresión de Pablo.

Pablo pensó para sí mismo, "no, no lo sabes todo". Dudó si contarle más, pero al final optó por no hacerlo.

—Bueno, y en este pueblo, ¿dónde se pueden comer unas buenas fabes [26]?

—Pues te voy a llevar a un sitio precioso donde ponen unas fabes de escándalo —respondió Lucía con entusiasmo.

Polina

Al día siguiente, al salir de casa, Pablo miró cuidadosamente a ambos lados para asegurarse de que no iba a ser arrollado por Oleksii. Comenzó a subir por la calle y, en su camino, se encontró con las tres ucranianas. Vestían los mismos atuendos y llevaban los mismos pañuelos que el día anterior, y sus rostros reflejaban una expresión de resignación. Esta vez, fue Pablo quien tomó la iniciativa y dijo:

—”¡Slava Ukrayini!” (“¡Gloria a Ucrania!”).

Las tres mujeres contestaron prácticamente al unísono:

—”Slava” (“Gloria”), esbozando una sonrisa de gratitud.

Las tres mujeres parecieron sorprendidas y conmovidas por el gesto de Pablo, una pequeña frase, pero cargada de significado. El esposo de Polina era profesor de historia y solía afirmar con vehemencia que la historia tenía la tendencia a repetirse.

—Ves, Polina, cómo se repite. En 1938 fueron Austria y Checoslovaquia, en 2008 Georgia y Osetia, y en 2014 Crimea. Ucrania es la Polonia del siglo XXI, hay que detener otro genocidio —decía con orgullo y sentimiento patrio.

Los maridos de Oksana y Polina fueron de los primeros voluntarios en alistarse para combatir a los nuevos nazis, y también fueron de los primeros en caer. Se fueron de este mundo sin llegar a conocer el desenlace final de este impensable suceso.

Pablo rápidamente conectó con Polina. A ella le encantaba compartir relatos sobre Ucrania y sus tradiciones, y a él le fascinaba escucharla.

Un día, sentados ambos en una valla de piedra, Polina sostenía en la mano un retrato de su difunto esposo, Mykhailo, y exclamó: “¡Maldita guerra!”.

—Pero ¿por qué? —se preguntaba Polina con angustia—. Por las ambiciones desmedidas de un hombre sin escrúpulos que pretende ser el Zar del siglo XXI —respondió ella misma con indignación—. ¿Compensa acaso el ego imperialista los miles de muertos, el sufrimiento de los mutilados, el dolor de las viudas y los huérfanos? ¿Para qué? ¿Para luego sentarse en un sillón con una copa de vodka en la mano, mirando el nuevo mapa imperial con orgullo? En Rusia,

más de treinta millones de personas viven sin un retrete en su vivienda, deben usar letrinas comunes. Sr. Putin, encárguese de eso, no de masacrar a los ucranianos —dijo Polina con una mezcla de rabia y dolor.

—Claro que no —respondió Pablo, apoyando su indignación.

—¿Se detendrá aquí o serán los moldavos, los finlandeses los siguientes? ¿Qué sentido tiene esta guerra? —continuó Polina, expresando su temor y frustración.

En ese momento, Polina rompió a llorar, abrumada por la emoción. Pablo, movido por la situación, se acercó para consolarla. Después de unos momentos, ella intentó recuperarse y, con la voz aún entrecortada por la emoción, cambió de tema, buscando aliviar la tensión del momento.

—Te imaginas, Pablo, si tuviera una máquina del tiempo... Tal vez viajaría a momentos clave de la historia. A Austria en 1889, y eliminaría a un recién nacido al que sus padres llamaron Adolf. Luego, cogería la máquina del tiempo y me teletransportaría a 1952, a San Petersburgo, y secuestraría a ese mal nacido, hijo de Putin, y le, y le...

Polina tragó saliva, dejando pasar unos segundos para calmarse. Luego, con una mirada reflexiva, le preguntó a Pablo:

—Y tú, con una máquina del tiempo, ¿a dónde te teletransportarías?

—Hum, pues creo que no saldría del siglo XX —respondió Pablo, pensativo—. Me encantaría vivir los momentos de gloria del siglo. Comenzaría mi recorrido en la Inglaterra de principios de siglo, presenciando la revolución industrial que cambió el curso de la humanidad. Luego, en los años veinte, me iría a Estados Unidos, a Nueva York, para ver el auge de los grandes rascacielos, la elegancia del Art Deco. Imaginar lo impresionantes que debieron ser para la gente de aquella época... Después, en los años treinta, viviría la época de oro del Berlín liberal, los cabarets y la diversión, aunque me iría antes de la llegada al poder de Hitler en el 32. Saltaría los cuarenta y me iría directamente a los cincuenta en Estados Unidos, para experimentar la prosperidad económica, el auge de los electrodomésticos y la televisión, los coches con grandes aletas de seis metros de largo. En los sesenta, sin duda, al Soho de Londres, con su vida bohemia, los Beatles, Arctic Monkeys, Radiohead... Los setenta serían en California, el movimiento Hippie, el "paz y amor". Y en los ochenta, la movida madrileña, sin duda, para vivirla en persona y no solo escuchar las historias nostálgicas de mis padres sobre su juventud.

—Veo que todo lo que has dicho es vivir épocas estelares, ¿aprovecharías la máquina del tiempo para cambiar algo? —preguntó Polina con entusiasmo.

Un rotundo “Sí” salió de la boca de Pablo:

Pablo reflexionó sobre qué cambiaría de su historia personal. Al principio, pensó: "El primer día de universidad me hubiera sentado lo más lejos posible de Marcos". Pero luego se dio cuenta de que, de no haberse sentado cerca de Marcos, no hubiera conocido a Babi, “Babi no *baby”* corrigió en sus pensamientos. Se preguntó entonces si lo que estaba viviendo ahora compensaba los años que había pasado con Babi. Esa pregunta se quedó sin respuesta, flotando en su mente mientras miraba al horizonte.

Una sensación de melancolía envolvió a ambos, y el frescor del ambiente también empezó a hacerse notar. Se levantaron de la valla donde estaban sentados y comenzaron a caminar de vuelta hacia el pueblo.

Mientras conversaban, Pablo se percató de que Polina realizaba movimientos elegantes y gráciles, una especie de danza inadvertida con sus dedos sobre cualquier superficie plana o semiplana que encontrara a su paso. Movido por la curiosidad, Pablo decidió preguntar:

—¿Por qué haces siempre eso? —preguntó, intentando imitar el movimiento de Polina, aunque de manera menos sutil.

—Ja, ja, ja —rió Polina, no lo puedo evitar.

Extendió ambos brazos y realizó el gesto de subirse las mangas antes de comenzar a mover los dedos sobre las piedras de la valla, como si estuviera tocando un piano invisible. Polina, a medida que sus dedos se deslizaban en armonía sobre la superficie de piedra, parecía que las notas y acordes de su memoria cobraban vida en su mente. Las emociones se reflejaban claramente en su rostro: con los ojos cerrados, manifestaba una mezcla de concentración, alegría, tristeza y euforia. Luego, detuvo su interpretación e hizo una reverencia, imitando el gesto de los artistas al final de una actuación.

—Bravo, bravísimo —dijo Pablo mientras simulaba aplaudir, admirando el espectáculo improvisado de Polina.

—¿Lo has reconocido, Pablo? Con simpatía pregunto Polina,— Bach, Johann Sebastián Bach, Concerto no.1 in D Minor BWV 1052— Ambos rieron.

Después de la parodia, Polina comenzó con la explicación:

—Soy profesora de piano, cerca de Dnipro, bueno, lo era —

respondió con un tono melancólico, levantando las manos en un gesto de resignación y esbozando una sonrisa triste—. Pero ya no tengo piano, ni alumnos, ni casa, ni marido, y todavía no sé si tengo madre. Llevo semanas sin saber de ella —suspiró, su voz cargada de una profunda tristeza.

Pablo, conmovido por su historia y queriendo ofrecer su apoyo, acompañó a Polina hasta su casa. Al día siguiente, decidió explorar la zona en la bicicleta de montaña de Carlos, una actividad que finalmente llevó a cabo.

Después de su recorrido en bicicleta, Pablo necesitaba recuperar fuerzas. Tras ducharse, salió de casa y se encontró con Lucía, quien estaba apoyada en la aleta de un Citroën 2CV rojo:

—¿Vamos? —dijo Lucía con una sonrisa—. Vas a ver qué se siente al ir en un Citroën 2CV. Carlos me dijo que tenías un coche impresionante. Seguro que éste no sabes conducirlo —comentó, señalando la inusual ubicación de la palanca de cambios.

—Es increíble que siga funcionando y esté en tan buen estado —observó Pablo con admiración.

—Ya lo creo, más de trescientos mil kilómetros. Este coche es todo un clásico —respondió Lucía orgullosa.

Llegaron a un robusto caserón de piedra, enclavado en medio de la montaña. Unas tiras de plástico de diversos colores colgaban a la entrada, actuando como escudos contra las moscas. Dentro, una tenue luz, a pesar de ser mediodía, iluminaba la estancia. Había cuatro mesas y una señora, a la que Lucía besó con mucho cariño, les guió a una de las mesas de madera de raíz. En el centro, había un variado de quesos asturianos. Se sentaron, listos para disfrutar de una auténtica experiencia gastronómica asturiana.

—Mira, Pablo, nuestros quesos, ¡hum, qué ricos! Debes empezar por este —dijo Lucía, señalando el queso más suave.

En ese momento, un señor se acercó a la mesa con una botella de sidra natural[27], preparado para servirla de la manera tradicional asturiana. Con habilidad, elevó la botella por encima de su hombro y vertió la sidra en el vaso que sostenía con la otra mano a la altura de su cintura, logrando que la bebida espumara, realzando así su sabor. La combinación del queso suave y la sidra fresca prometía ser una experiencia deliciosa para Pablo. Brindaron con un culin de sidra:

—Porque se te solucione todo, Pablo, ¡por favor! —brindó Lucía con entusiasmo.

—Y por ti, Lucía —respondió Pablo, uniéndose al brindis.

Tras el brindis, llegó un perolo metálico lleno de fabes. Lucía levantó la tapa y ambos quedaron cautivados por el fabuloso aroma que emanaba.

—¿Es que vienen más personas a comer? —preguntó Pablo, sorprendido por la cantidad.

—No, ¿por qué? —respondió Lucía, sin entender la sorpresa de Pablo.

—¡Pero si esto es al menos para seis personas!

—Esto es Asturias, para un asturiano esto es una tapita —dijo Lucía con una sonrisa.

Pablo esa noche no cenó, habiendo disfrutado ampliamente de las fabes y la hospitalidad asturiana durante el almuerzo.

Poca inspiración

Pablo se despertó, ya recuperado del copioso almuerzo de fabes del día anterior. Desde su llegada, había logrado establecer una buena relación con casi todos en el pueblo. Sin embargo, se dio cuenta de que había descuidado una tarea importante: los deberes que Olga le había encargado.

Decidido a ponerse manos a la obra, Pablo se concentró en reunir meticulosamente cada dato y recuerdo relacionado con las pruebas que se habían presentado en su contra durante la fase de instrucción preliminar. Se esforzó por recordar todos los lugares donde había estado y recopiló todos los datos y recuerdos que pudiera encontrar, consciente de la importancia de esta tarea para aclarar su situación.

Pablo se acomodó en una cómoda butaca, tras haber considerado una mesa de madera hecha de troncos, muy artesanal. Sabía que pasaría varias horas en esa tarea, por lo que buscó estar lo más cómodo posible. Una taza de café sobre la mesa, sus gafas de sol para protegiéndose del sol que entraba directamente por la orientación este de la casa.

Una vez listo, se dispuso a trabajar. Sin embargo, al mirar el teclado del ordenador, se encontró perdido, sin saber por dónde empezar. Recordó cómo su padre, Guillén, desde su infancia, le había inculcado la importancia de la gestión del tiempo. Siempre había aplicado esta lección tanto en sus años de estudiante como en su vida profesional. Pero ahora, enfrentaba una situación desconocida y confusa, lo que probablemente generaba en él un rechazo a enfrentarse a la tarea que tenía por delante.

Pablo tomó un momento para respirar hondo, intentando centrarse y encontrar un punto de partida. Sabía que la clave estaba en organizar sus pensamientos y enfrentar la tarea paso a paso, aplicando la misma disciplina y método que le había enseñado su padre. Con esa determinación, comenzó a esbozar un plan de acción para abordar la recopilación de la información necesaria.

Pablo, buscando inspiración y quizás recordando la última conversación con Polina, comenzó a jugar con las teclas del ordenador de forma distendida, como si estuviera tocando un piano imaginario. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que necesitaba un enfoque más concreto para la tarea que tenía por delante.

Cerró el ordenador y optó por pasarse al papel en busca de inspiración y claridad mental. Con un bolígrafo en la mano, empezó a trazar rayas y círculos en el papel, creando formas abstractas al estilo del zentangle[28].

El siguiente dibujo fue un pato, seguido de un perrito, ambos muy parecidos a los que solía dibujarle su padre. Cuando Pablo y su hermana se preparaban para dormir, solían acercarse a despedirse de su padre, quien siempre estaba ocupado dibujando planos. Los niños se sentaban en cada pierna de su padre mientras él les contaba un cuento en el que los protagonistas eran animalitos. A medida que la historia avanzaba, su padre iba dando vida a los personajes a través de sus dibujos, creando un cómic del cuento en el momento.

Pablo siguió con sus dibujos, con la mente aún ausente. De repente, suena el teléfono y contesta distraído:

—¿Sí?

Mientras continúa dibujando muñequitos, una lágrima cae sobre el papel en el que estaba garabateando.

—Salgo para Madrid —dijo Pablo, secándose las lágrimas.

Pablo se quedó pensativo, mirando el papel frente a él. La inspiración que antes le había eludido, ahora llegó de repente. Cogió el bolígrafo y empezó a escribir:

Querido padre:

Te has ido sin que me pudiera despedir. La preocupación y la tristeza en tus ojos al verme en la situación en la que me encuentro, probablemente hayan acelerado ese fatídico momento que siempre tratamos de retrasar de todas las maneras posibles. El tabaco, me imagino, habrá aportado su granito de arena, o en tu caso, probablemente un saco de arena

Siempre me quedará tu recuerdo. Desde mis primeros recuerdos de infancia, estabas ahí, cuidándome, enseñándome y protegiéndome, para que nada malo me ocurriera. Al mismo tiempo, me ayudabas a crecer

como persona, enseñándome a ser responsable y valiente. Ahora que soy adulto, comprendo muchas escenas del pasado que antes no entendía.

Ahora que me encuentro en una situación difícil, es posible que te hayas preguntado si podías haber hecho algo para evitarlo. Quiero asegurarte que no tienes ninguna culpa en esto. Las circunstancias simplemente se han dado de esta manera, y quizás no supe ver el juego sucio que se estaba tramando.

Recuerdo que en una ocasión comentaste que no te arrepentías de lo que habías hecho, pero sí de lo que no habías hecho. Permíteme confirmarte que, hacia mí, lo has hecho todo. Siempre estuviste ahí para apoyarme, guiarme y protegerme.

Espero que te hayas ido con la convicción de que nunca he hecho nada malo, como me has enseñado desde pequeño. Siento que te hayas ido sin conocer el final de mi historia, un final inacabado, ¿una historia con un final feliz? O ¿un final triste? Sé que a ti te gustan los finales felices, espero que esta historia sea de las que a ti te gustan.

Sé que querías un nieto, en repetidas ocasiones lo expresabas. No sé si alguna vez tendré un hijo. Sentiré que no lo vayas a conocer, pero te aseguro que él sí te conocerá a ti, su abuelo.

Aunque ya no estés físicamente conmigo, sé que sentiré tu presencia en cada paso que dé, en cada decisión que tome y en cada logro que alcance.

Te quiero padre. Pablo

Pablo cogió el coche y se dirigió hacia Madrid. La llamada de su hermana, dándole la mala noticia del fallecimiento de su padre, fue otro golpe duro para él. ¿Qué más puede pasar? ¿Cuánto más dura puede ser la vida? Las emociones se mezclaban mientras conducía, sintiendo tristeza, dolor y la necesidad de llegar lo antes posible.

En el camino, decidió llamar a Lucía para explicarle por qué se había ido con tanta prisa y sin despedirse.

El día del entierro, todos sus amigos estaban presentes, excepto Marcos. A lo lejos, vestida de negro y con gafas de sol oscuras, se encontraba Babi, para sorpresa de Pablo. Estaba acompañada de la sargento de hierro, ese desagradable ser de Rania. Cuando Pablo se percató de la presencia de Babi, Rania, la sargento de hierro, la agarró del brazo y la metió rápidamente en el coche.

SEGUNDA PARTE

5 EMPIEZA EL JUICIO

Madrid, 12 de septiembre de 2020

Primer día del juicio

Llegó el día del juicio. Tras haber despedido a su antiguo abogado, el señor Balsa, todo quedaba en manos de su nueva defensora, Olga Escrivá. Ella había organizado cada detalle con precisión. Pablo había memorizado las respuestas de antemano, conocía el modo en que debía comportarse y qué expresiones corporales mantener durante la audiencia: mantener una postura serena y erguida, evitar gestos innecesarios y establecer contacto visual constante con el juez, demostrando una atención plena. En el instante en que la puerta se abrió, hizo su entrada la jueza.

—En pie —dijo el alguacil.

La jueza, de estatura media y ligeramente corpulenta, se presentó en la sala. Su amplia toga no permitía deducir con exactitud su complexión física. Tenía el pelo corto, de un caoba intenso, ligeramente rapado en la nuca, y un llamativo mechón teñido de fucsia que destacaba del resto. Esta imagen contrastaba fuertemente con la pompa y circunstancia tradicionalmente asociada a un juez. Al sentarse, se remangó las mangas de la toga, revelando varias pulseritas de colores y de cuero en sus muñecas. ¿Qué pasaría por la mente de una jueza tan poco convencional?

—Tiene la palabra la acusación, presente las pruebas —indicó la jueza con autoridad.

—Gracias, señoría—comenzó el abogado de la acusación— Pablo Vírseda ha abusado de su posición de confianza en la institución financiera Fintrium para involucrarse en actividades comerciales ilícitas. Esto incluye el uso indebido de subvenciones públicas y fondos de clientes, constituyendo un fraude inversor y contraviniendo los principios fundamentales de ética de nuestra entidad. Estas operaciones y transacciones, caracterizadas por un grave abuso de confianza, han causado perjuicios sustanciales a los clientes y han dañado la reputación de nuestra institución financiera. Además, estas acciones constituyen un delito fiscal con implicaciones nacionales, y el monto defraudado aún no ha sido localizado. Como pruebas, presentaremos registros de reservas hoteleras, itinerarios de vuelos, firmas en documentos relevantes, recibos de transferencias, titularidades de cuentas bancarias en jurisdicciones offshore y un informe denominado “Informe Chéster”, que contiene firmas del acusado, Pablo Vírseda. Estas firmas han sido autenticadas por el

perito calígrafo, Julio Sánchez.

Papel tras papel, documento tras documento, cada uno empujaba a Pablo más cerca del abismo de la culpabilidad. La elaboración meticulosa de la acusación era impresionante. Con cada hoja que se volteaba, la sombra de la prisión parecía acercarse más y más, casi tangible. En su mente, la imagen de una fría puerta de metal cerrándose con estrépito resonaba como un eco constante, un sonido desalentadoramente familiar que ya había experimentado en el pasado durante su detención.

El primer día de juicio concluyó con una abrumadora presentación de pruebas en contra de Pablo. Al salir de la sala, se encontró con Carlos, cuyo rostro irradiaba una esperanza y energía que contrastaban drásticamente con su propio desaliento. Después de todo, no era Carlos quien estaba siendo juzgado. Por un breve instante, una idea temeraria cruzó la mente de Pablo: pedirle a Carlos las llaves del coche y huir. Sería una vida en constante fuga, pero para él, cualquier cosa era preferible a la perspectiva de estar encerrado en una minúscula celda de dos por tres metros.

—Ánimo, Pablo. Todavía no se ha dicho la última palabra. ¿Me oyes? No está todo perdido. ¿Entiendes? Mantén la confianza.

—Sí, Carlos, entendido, respondió Pablo, su voz teñida de una mezcla de resignación y un destello de esperanza.

Segundo día de juicio

El día anterior había sido implacable para Pablo. Las argumentaciones de la acusación particular lo habían golpeado sin piedad. La configuración de la sala se mantenía: Pablo y su abogada en un lado, enfrentados a los abogados de la acusación y su ex amigo Marcos en el otro. Carlos estaba entre los asistentes, observando con preocupación. Los ujieres permanecían sentados, señalando que la jueza aún no haría su entrada. De pronto, un joven de unos diecisiete años se abrió paso entre la multitud y le entregó un sobre a la abogada de Pablo.

—Lea esto de inmediato," dijo el joven antes de girar sobre sus talones y desaparecer tan repentinamente como había llegado. Pablo lo siguió con la mirada, sintiendo una extraña familiaridad en su rostro. La abogada Olga abrió el sobre y encontró un mensaje escrito a mano: "Llame a declarar a Irene Andrade", acompañado de algunas notas adicionales. Olga y Pablo intercambiaron una mirada cargada de preguntas. Dada la respuesta esquiva que Irene había dado anteriormente por teléfono, no estaba claro qué podría aportar su testimonio al caso.

Cuando la jueza hizo su entrada y tomó asiento, la abogada de Pablo se puso de pie con decisión:

—La defensa solicita la comparecencia de Irene Andrade como testigo —anunció.

—¡Protesto! —intervino rápidamente la parte acusadora—. Este testigo no estaba en la lista previamente acordada. Nos oponemos firmemente a su incorporación en este punto.

Un murmullo de susurros y signos de nerviosismo se propagó entre los abogados acusadores y Marcos. La posibilidad de que Irene Andrade fuera llamada a testificar era un escenario que no habían previsto. La incertidumbre sobre lo que ella sabía y lo que podría revelar añadió una tensión palpable al ambiente.

—Tranquilos, intentó asegurar Marcos a los abogados con una voz que apenas ocultaba su propia inquietud. Probablemente sea solo para demostrar lealtad a su exjefe. Esta mujer no sabe nada importante, no es una amenaza. Además, tenemos la situación bajo control.

Cuando llamaron a Irene al estrado, ella entró por la puerta con una presencia que captó la atención de todos. Mientras tanto, Olga

repasaba apresuradamente las notas. No era propio de ella improvisar, pero el tiempo apremiaba. Irene ascendió al estrado, vistiendo un elegante vestido azul que realzaba su figura y llevando su pelo suelto en una melena ondulada que caía sobre sus hombros. Con todo en su lugar, comenzó el interrogatorio.

El testimonio de Irene

La jueza se acomodó en su silla y dirigió su mirada a Irene Andrade, preparándose para iniciar el interrogatorio.

—¿Es usted Irene Andrade? —preguntó con formalidad.

—Sí, soy Irene Andrade —respondió Irene con voz clara.

—¿Cuánto tiempo ha trabajado en Fintrium Finanzas Internacionales? —continuó la jueza.

—Irene asintió antes de responder—: He estado en Fintrium Finanzas Internacionales durante siete años, cinco de los cuales los pasé trabajando directamente como secretaria de Pablo Vírseda.

—¿Está usted al tanto de las pruebas presentadas contra el señor Vírseda ayer? —indagó la jueza.

—Sí, su señoría —afirmó Irene.

—Concedo la palabra a la abogada de la defensa para que continúe el interrogatorio —dijo la jueza.

—Gracias, su señoría —respondió la abogada Olga. —Dado que está familiarizada con las pruebas presentadas por la acusación, ¿podría compartir sus observaciones al respecto?

—Sí, puedo decir con certeza que todo lo presentado es falso— declaró Irene con firmeza.

—Disculpe, ¿podría repetir lo que acaba de decir? —pidió la jueza, visiblemente desconcertada por la afirmación de Irene.

—Sí, todo es mentira, esa es la única verdad—reiteró Irene con firmeza.

El murmullo de sorpresa y los cuchicheos inundaron la sala, llevando a la jueza a pedir orden con firmeza. Entre tanto, Pablo y Olga intercambiaron una mirada y una sonrisa fugaz, un destello de esperanza.

—Su señoría —protestó la parte acusadora—, insistimos en que esta testigo no tiene la autoridad para juzgar la veracidad de las pruebas presentadas. Carece de los fundamentos necesarios para hacer tal afirmación.

—¡Silencio! —ordenó la jueza con autoridad—. Que continúe la defensa.

Olga, aprovechando el momento, formuló su pregunta:

—Durante el tiempo que trabajó para el señor Vírseda, ¿alguna vez presenció o tuvo conocimiento de alguna conducta ilícita por su parte?

—Irene respondió sin vacilar: —No, en todo el tiempo que estuve trabajando con el señor Vírseda, nunca presencié ninguna acción ilícita por su parte. Siempre se comportó de manera ética y conforme a la ley.

—En cuanto a Fintrium Finanzas Internacionales, ¿tiene conocimiento o pruebas de actividades ilícitas por parte de la empresa? —preguntó la abogada Escrivá.

—Irene asintió con seriedad—: Sí, estoy al tanto de ciertas actividades ilícitas llevadas a cabo por Fintrium Finanzas Internacionales.

En ese instante, la parte acusadora interrumpió con una enérgica protesta, demandando silencio. Sin embargo, la jueza rechazó la protesta, y los abogados acusadores comenzaron a mostrar signos de nerviosismo, hablando en voz baja entre ellos.

—¿En qué se basan esas afirmaciones? ¿Cómo llegó a esa conclusión? —intervino la jueza.

—Me encargaron a mí, junto con el señor Vírseda, la redacción de un informe —explicó Irene—. Lo escribí siguiendo las instrucciones de Pablo. Desde el principio, me pareció extraño que se nos encargara tal documento, ya que no tenía relación con nuestras funciones habituales ni con las responsabilidades directas del señor Vírseda.

La abogada Escrivá tomó la palabra nuevamente:

—¿Este informe que menciona, es el que usted y el señor Vírseda elaboraron juntos? —preguntó, mientras le extendía un documento a Irene.

—Para que conste en acta, el documento presentado por la defensa es el "Informe Chester" —aclaró la abogada Escrivá.

—Irene asintió, pero añadió con firmeza—: Sí, es el informe Chester, pero con una aclaración importante. El señor Vírseda y yo elaboramos únicamente las secciones iniciales y las firmas. El resto del contenido fue alterado y manipulado posteriormente.

La jueza, manteniendo su atención en el testimonio, indicó:

—Por favor, continúe.

—Como mencioné antes, había aspectos del proyecto que no

encajaban, lo que me llevó a revisarlo más a fondo —explicó Irene—. Fue entonces cuando decidí investigar por mi cuenta, buscando los datos verdaderos. Así elaboré un informe alternativo con las fechas correctas, los montos reales y las personas involucradas de forma precisa.

—¿Y dónde se encuentra ahora ese informe que usted elaboró? —preguntó la jueza, mostrando un creciente interés.

—Irene respondió con seguridad—: Ese informe se entregó a la Unidad Central Operativa del Grupo de Delitos Monetarios de la Guardia Civil.

La acusación, sorprendida y perturbada por esta revelación, protestó vehementemente. Los abogados intercambiaban miradas de incredulidad y desconcierto, y todos dirigieron sus ojos hacia Marcos. Uno de los letrados, visiblemente alterado, abandonó la sala mientras marcaba frenéticamente su móvil.

—Señora Andrade, ¿está confirmando que toda la documentación relevante está actualmente en posesión de la Guardia Civil? —indagó nuevamente la jueza.

—Sí, su señoría. Creímos que era lo más prudente —afirmó Irene.

—¿Ha dicho "creímos"? ¿Se refiere a que el señor Vírseda también estuvo involucrado en esta decisión?

—No, su señoría —respondió Irene.

—Entonces, espero que esas pruebas sean presentadas ante este tribunal —dijo la jueza.

—Así lo creo, su señoría —confirmó Irene.

La jueza dirigió su mirada hacia la acusación:

—¿Desea la parte acusadora realizar alguna pregunta?

—No, su señoría —respondió la acusación, claramente descolocada.

—Entonces, se levanta la sesión hasta mañana —concluyó la jueza.

Los abogados, aún en estado de shock, recogieron apresuradamente sus cosas y abandonaron la sala, sumidos en un murmullo de conversaciones urgentes.

Al descender del estrado, Irene lanzó una sonrisa cómplice hacia Pablo, quien permanecía confundido y sorprendido. No lograba entender qué estaba sucediendo; Irene había parecido reacia a

involucrarse en el caso, pero ahora estaba allí, declarando en su favor y aportando pruebas fruto de su propia investigación. Un murmullo constante llenaba la sala, reflejando la sorpresa y el asombro de los presentes. Carlos, lleno de emoción, cerraba el puño y murmuraba para sí mismo “vamos, vamos”, mientras Marcos permanecía inusualmente callado, con una expresión seria y preocupada en su rostro.

6 LA INVESTIGACIÓN

Miércoles 2 de febrero

La sospecha de conspiración

Si hay una persona que personifique el perfeccionismo en este mundo, esa es Irene. Había dedicado varios días a analizar el informe "Chéster", y no podía sacudirse una sensación de insatisfacción que le dejaba un sabor amargo, tanto por la situación de Pablo como por las inconsistencias del informe en sí. Inicialmente, había pensado que las circunstancias particulares de aquel día podrían haber afectado su juicio, distrayéndola de la esencia del informe. Pero una voz interior la instaba a indagar más a fondo. Movida por ese impulso, decidió revisar el informe de manera exhaustiva, determinada a resolver las numerosas incongruencias, las fechas y eventos que no cuadraban y le parecían sospechosos.

En teoría, el informe "Chéster" ya estaba completo y nadie había expresado ninguna objeción sobre su contenido. Parecía poco probable que alguien lo solicitara o revisara de nuevo. Sin embargo, Irene estaba guiada por un principio fundamental: la importancia de realizar cada tarea con la máxima meticulosidad. Sabía bien que el futuro es impredecible y que la atención al detalle podría ser crucial en cualquier momento inesperado.

Cuando Irene intentó acceder al informe "Chéster" desde su ordenador, utilizando su usuario y nivel de acceso habituales, se encontró con una sorpresa inesperada. Una alerta apareció en la pantalla: "Acceso restringido. Confidencial". Era la primera vez que se le denegaba el acceso a un documento en la empresa; después de todo, su nivel de acceso era casi idéntico al de Pablo. Lo extraño del asunto era que el informe "Chéster", por su naturaleza, no debería contener información clasificada. Era simplemente un informe rutinario de gastos y viajes, uno que ella misma había elaborado y del cual conocía cada detalle. Esta repentina restricción de acceso no tenía sentido y le parecía completamente absurda.

La imposibilidad de acceder al informe dejó a Irene sumida en una profunda perplejidad. Aprovechando la ausencia de Pablo, decidió intentar acceder al documento desde su ordenador. A pesar de conocer las contraseñas de Pablo, raramente las utilizaba para indagar en asuntos que no eran de su competencia. Sin embargo, dada la extrañeza de la situación, se sintió obligada a hacerlo. Para su sorpresa, incluso utilizando las credenciales de Pablo, se encontró con el mismo mensaje: "Acceso restringido. Confidencial". Era algo completamente inusual.

Irene se quedó mirando la pantalla, sumida en sus pensamientos. Era incomprensible: Pablo, en su calidad de ejecutivo de alto nivel, debería tener acceso a un informe que él mismo había supervisado y firmado. La situación alimentaba sus sospechas y agudizaba su curiosidad, empujándola a indagar más allá de lo habitual.

Irene, sumida en sus pensamientos, contemplaba la pantalla en busca de alguna forma de eludir la restricción. Su mirada, inicialmente perdida, se fijó repentinamente en un detalle peculiar. El sistema de archivo del ordenador central asignaba una secuencia de numeración y códigos complementarios a cada documento. Por ejemplo, el encabezado del informe mostraba: “>Chester>001>20220131>56>521”. Desglosando esto, “Chester” era el título del archivo; “001”, la versión del documento; “20220131” representaba la fecha, el 31 de enero de 2022, un día que recordaba bien; “56” indicaba el número de páginas del informe y “521” el número de anexos asociados.

Pero entonces, Irene se percató de una incoherencia que le pareció sumamente sospechosa. Recordaba claramente que el informe “Chéster” no tenía 56 páginas, y mucho menos 521 anexos. ¿Qué significaba eso? Además, otra discrepancia saltó a su vista: el informe, según el código, se había archivado el 31 de enero de 2022, pero se realizó el sábado, y ese día correspondía al 28, no al 31. Estas inconsistencias la dejaron perpleja y aumentaron su sospecha.

Tras finalizar su jornada laboral, Irene emprendió el último tramo del camino a casa a pie, sumida en profundos pensamientos. Caminaba cabizbaja, absorta en sus reflexiones, tanto que en varias ocasiones estuvo a punto de chocar con otros peatones. La confusión que le provocaba el caso del informe “Chéster” le hacía darle vueltas una y otra vez a la situación en su mente. Nada de lo que había descubierto tenía sentido, y cada paso que daba parecía sumirla más en la incertidumbre.

Irene se preguntaba quién habría vuelto a archivar el informe tres días después de su fecha original, transformándolo en un documento mucho más complejo. Sabía que una vez archivado, no era fácil alterar un informe. Entonces, ¿cómo era posible que el número de páginas y anexos se hubiera incrementado tan drásticamente? La teoría de que pudiera estar encubriendo gastos en una contabilidad paralela o “B” empezó a tomar forma en su mente. Sin duda, esto iba más allá de un simple reporte de gastos. Era evidente que algo de mayor envergadura estaba en juego, algo con implicaciones mucho más profundas y posiblemente graves. Las conjeturas y análisis de Irene se enredaban en un laberinto de posibilidades, un enigma que se

tornaba cada vez más intrincado y sin una solución clara a la vista.

Ahora, Irene se enfrentaba a una pregunta crucial: ¿Estaría Pablo involucrado en todo esto? La idea de confrontarlo con preguntas sobre el informe “Chéster” y los sucesos de aquel sábado le causaba un malestar considerable. La posibilidad de involucrar a Pablo en un asunto tan turbio y complejo le generaba una sensación de incomodidad y duda. Mientras tanto, el reloj marcaba incansablemente el paso del tiempo, y las manecillas avanzaban ya más allá de las tres de la madrugada. Después de dar vueltas a un sinfín de preguntas sin encontrar respuestas satisfactorias, el agotamiento finalmente se apoderó de Irene, y se rindió al sueño profundo y necesario.

Al día siguiente, aunque Irene había logrado dormir un poco, las dudas seguían nublando su mente. Una cosa estaba clara: el informe “Chéster” había sido manipulado. Pero la pregunta que la atormentaba era quién había realizado esa manipulación y, más importante aún, con qué propósito. Lo que resultaba inquietantemente claro era que tanto su firma como la de Pablo aparecían en el informe alterado, lo que los involucraba de alguna manera en el asunto. La presencia de al menos una de sus firmas en ese documento manipulado era motivo de una preocupación creciente y significativa.

Según el protocolo establecido en la empresa, los informes debían ser firmados tanto por los responsables como por aquellos que hubieran participado en su elaboración. En el caso del informe “Chéster”, eso incluía a Pablo y a ella. Pero ahora, Irene se enfrentaba a un dilema complicado: ¿cuáles podrían ser las consecuencias de este hallazgo? ¿Qué debía hacer al respecto? Estaba claro que necesitaba acceder al informe modificado para entender mejor la situación, pero el obstáculo era cómo lograrlo. La necesidad de encontrar una solución se volvía cada vez más urgente.

La seguridad del edificio

El imponente edificio que aloja las oficinas de Fintrium Finanzas Internacionales se erige en el corazón del distrito financiero de la ciudad. Con sus catorce plantas, destaca por un diseño geométrico minimalista que emana elegancia y simplicidad. Su fachada, completamente revestida de cristal ligeramente tintado, refleja el cielo urbano y las estructuras circundantes. Este diseño no solo le otorga una presencia distintiva en el paisaje de la ciudad, sino que también está pensado para minimizar el impacto del sol directo, asegurando un ambiente de trabajo confortable y eficiente en su interior.

Al ingresar al edificio de Fintrium Finanzas Internacionales, los visitantes se encuentran con un amplio mostrador de recepción, donde siempre está presente el encargado del edificio. Junto a él, hay una vigilante meticulosa que registra cuidadosamente los datos de todas las personas que entran. Completando el equipo de seguridad se encuentra Ángel, el guardia de seguridad. De estatura media, Ángel ha pasado ya los cincuenta años y tiene una complexión robusta, sobrepasando los cien kilos. Su presencia imponente suele ser suficiente para disuadir a cualquiera con intenciones dudosas. Además, siempre lleva consigo su porra y esposas[29].

En su rincón privado, un lugar donde Ángel se siente a salvo de miradas curiosas, se entrega con gusto a su pequeño placer secreto: disfrutar de bocadillos rellenos de sardinas en aceite o de embutidos contundentes, esos que desafían cualquier noción de dieta saludable y harían temblar a un vegetariano con solo verlos. Y aunque Ángel se deleita en cada bocado, su corbata negra a menudo se convierte en una víctima colateral de las manchas de aceite.

Ángel, con su cabello canoso cuidadosamente peinado hacia atrás y cejas que parecían estar en un estado perpetuo de arqueo, tenía un rostro que contaba historias de años de experiencia. Las profundas arrugas horizontales en su frente hablaban de innumerables días bajo el sol y la tensión de estar siempre en alerta. Sus ojos, a menudo entrecerrados, le daban ese aire de vigilancia constante, característico de un guardia de seguridad experimentado. Al masticar, sus pronunciados mofletes se movían rítmicamente, añadiendo un toque cómico a su seria apariencia.

Normalmente, Ángel se ubicaba detrás de la línea del mostrador principal, donde pasaba el tiempo ojeando los resultados de

la Liga de fútbol en las pausas de su jornada. Sin embargo, su atención se desviaba rápidamente cuando alguna mujer pasaba por el vestíbulo.

Cómo conocer la verdad

Durante los días siguientes, Irene estuvo sumida en intensas reflexiones, tratando de idear una estrategia para acceder al informe. Era evidente que, si su acceso y el de Pablo no eran suficientes, necesitaría alcanzar un nivel de autorización aún más alto. La jerarquía en Fintrium Finanzas Internacionales era clara: tras el consejero delegado, el señor Azpilicueta, venían las figuras del director general, el director financiero y el director de marketing. Justo debajo en la cadena de mando se situaban seis directores de área. Marcos, con su rol de vicepresidente, supervisaba a estos directores, incluido Pablo, quien estaba al frente del Área Patrimonial.

En su posición de vicepresidente y debido a sus vínculos con el consejero delegado, era probable que Marcos tuviera acceso a cualquier tipo de información. Su despacho se encontraba justo al lado del de Pablo. A pesar de que Pablo y Marcos mantenían una excelente relación laboral y ella tenía un buen trato con la secretaria de Marcos, había una gran diferencia entre ser vista visitando el despacho de Marcos y ser descubierta husmeando en su ordenador.

Aunque acceder directamente al ordenador de Marcos representaba una tarea prácticamente imposible, Irene sabía que los archivos físicos eran un asunto completamente diferente. Podrían ser un excelente punto de partida. Estos archivos, a menudo menos protegidos y más accesibles que la información digital, podrían contener pistas cruciales o incluso copias del informe “Chéster”. Irene consideró esta opción como un posible camino a seguir en su búsqueda de respuestas.

El archivo de documentos se situaba en el sótano, un lugar al que nunca había tenido la necesidad de bajar. Las secretarias de los directores, que ostentaban rango de gerentes, ejercían una autoridad considerable en la empresa. Raramente se cuestionaban sus decisiones y, dada la naturaleza de su trabajo, se esperaba que permanecieran en sus puestos la mayor parte del tiempo. Incluso para ausencias breves, como un rápido viaje al baño o una pausa para café, debían informar al director respectivo. Por lo tanto, si surgía alguna necesidad de llevar o recoger algo del archivo del sótano, las secretarias solían delegar esta tarea, y algún miembro del equipo se encargaba de ello.

El acceso al sótano, donde se encontraba el archivo de documentos, se realizaba desde la planta menos uno del edificio. Las

empresas alojadas en el edificio disponían de espacios similares a trasteros en esta planta, que adaptaban según sus necesidades particulares. En el caso de Fintrium, este espacio se utilizaba como archivo para guardar documentos importantes. La llave principal del archivo se guardaba en la recepción, mientras que una copia estaba en manos del equipo de seguridad, ubicado en la planta principal. Esta copia, específicamente, estaba bajo la custodia de Ángel.

Cada vez que alguien requería la llave del archivo del sótano, era obligatorio registrar su nombre en un listado oficial. La puerta del archivo era especialmente segura, reforzada y protegida con una llave de seguridad. Consciente de que pedir la llave en la oficina podría levantar sospechas, Irene decidió acudir directamente a Ángel. Este enfoque minimizaba las preguntas sobre sus intenciones, y evitar el registro formal de recepción.

Gracias a su tarjeta de identificación, Irene tenía acceso libre al edificio de Fintrium, por lo que sus interacciones cotidianas con Ángel y el personal del hall de recepción solían ser breves y cordiales, limitándose a un "buenos días" al llegar y un "buenas tardes" al salir. Así que, cuando Irene se acercó al mostrador para solicitar la llave del sótano por primera vez, Ángel reaccionó con una mezcla de sorpresa y encanto.

—Buenos días, señorita Irene, ¿en qué puedo ayudarla?—preguntó con una tonta sonrisita mientras metía tripa, o por lo menos lo intentaba...

—Buenos días, Ángel. Necesito la llave del archivo del sótano de Fintrium, por favor.

—¿No sería más fácil pedirla en su oficina? —preguntó Ángel, mientras hacía un repaso visual de arriba abajo a Irene.

—¡Pues!... —dejó la frase sin terminar, regalándole su sonrisa más dulce y encantadora mientras se quitaba las gafas.

—Que yo se la doy sin problema, ¡eh! señorita. Estoy aquí para servirla —dijo mientras sacaba la llave, mostrando de nuevo una risita tonta—. Aquí la tiene. Solo firme aquí, del resto me encargo yo —añadió con otra risita.

—Gracias —contestó Irene, tomando la llave rápidamente para revisar los anexos del informe “Chéster".

Irene se quedó preocupada tras haber firmado el registro de entrada al archivo, temiendo que esto pudiera levantar sospechas. Sin embargo, había hecho una firma ligeramente distinta, con matices que no eran los habituales en su rúbrica.

El archivo del sótano

Cuando accedió al sótano, se encontró con un montón de cajas de cartón, todas con la misma forma y tamaño. Dado que era su primera vez en aquel lugar, se dio cuenta de que necesitaba entender rápidamente el sistema de organización. Observó que las cajas estaban dispuestas de manera cronológica, algo que le pareció bastante lógico. Con esa idea en mente, se dirigió hacia el área donde debería encontrarse el informe “Chéster”, según la fecha. Sin embargo, para su sorpresa, en la posición correspondiente a esa fecha no había ninguna caja rotulada con ese nombre.

Desconcertada, siguió paseando mirando las estanterías, comenzó a inspeccionar las cajas cercanas a la fecha que recordaba, considerando la posibilidad de un error en la catalogación. Vio nombres de otros proyectos y documentos pasados, pero el informe “Chéster” seguía sin aparecer.

Al fondo vio una separación hecha con una reja metálica y unas cortinas, allí había más cajas. Se acercó y en un hueco entre las cortinas vio más cajas, el mismo tipo de cajas, pero el precinto no era azul, sino rojo. Fue a la puerta de acceso, pero tenía una cerradura, protestó hacia sus adentros. Si se seguía el mismo criterio de orden cronológico, la última caja debería ser la del informe “Chéster”.

Con la ayuda de la linterna de su móvil, Irene alumbró a través de la rendija. En efecto, pudo ver que la última caja estaba rotulada con el nombre “Chéster”, y la de al lado también, seguida por una tercera y una cuarta caja. Ellos solo habían adjuntado una caja y estaba medio vacía.

Irene sacó una horquilla de su pelo y la introdujo en la cerradura, empezando a manipularla. Pero la cerradura no cedió en lo más mínimo. Finalmente, la realidad la hizo desistir. “Con lo fácil que parece en las películas”, pensó con una mezcla de frustración y resignación.

Salió del sótano y devolvió la llave a Ángel con un agradecimiento:

—Gracias, Ángel —dijo Irene.

Justo cuando estaba a punto de marcharse, se detuvo y se giró hacia Ángel nuevamente.

—Ángel, ¿tienes la otra llave del trastero? —preguntó con una casualidad estudiada.

—No, señorita, solo manejo esta —respondió Ángel.

—Entiendo. Es que no encontré lo que estaba buscando, tal vez esté en la otra sección —comentó Irene, intentando sonar despreocupada.

Irene se obsesionaba cada vez más con la idea de abrir esa cerradura. Su intento con la horquilla había sido un esfuerzo ingenuo, y desde luego, la posibilidad de usar una cizalla fue descartada de inmediato por lo impráctico y evidente. Recordó una conversación en el despacho de Pablo, cuando un amigo de él y otro colega estaban presentes. En esa ocasión, había comentado casualmente sobre haber perdido las llaves de su casa y la imposibilidad de entrar. Fue entonces cuando Carlos mencionó las ganzúas mecano eléctricas, capaces de abrir casi cualquier cerradura. Aunque eran difíciles de conseguir, recordó que Carlos había mencionado tener alguna en la ferretería.

Irene estaba resuelta a conseguir una de esas ganzúas mecano eléctricas, sin importar el costo o el esfuerzo que implicara. Estaba convencida de que con esta herramienta no solo podría acceder a la parte restringida del archivo, sino también al despacho de Marcos si fuera necesario. Comenzó su búsqueda en línea, utilizando Google para tratar de localizar un lugar donde pudiera adquirirlas. Sin embargo, su búsqueda inicial no arrojó los resultados esperados, lo que le hizo considerar otras alternativas para obtener esta herramienta tan esquiva.

En su búsqueda, Irene visitó varias ferreterías locales. Pronto descubrió que las ganzúas mecano eléctricas eran artículos exclusivos de tiendas especializadas en seguridad y no se encontraban fácilmente en ferreterías comunes. Además, cada vez que preguntaba por ellas, notaba miradas de sospecha dirigidas hacia ella. Aprendió que este tipo de herramientas está reservado principalmente para uso de las fuerzas del estado, como la policía y los bomberos, para acceder a lugares cerrados sin necesidad de dañar la cerradura. Debido a su potencial uso para fines delictivos, la venta de estas ganzúas es estrictamente restringida. Irene también se percató del alto costo de estos dispositivos, lo que añadía otra capa de complejidad a su ya desafiante búsqueda.

Cómplice

Irene decidió ir a la fuente original, Carlos. No sabía muy bien qué le iba a decir para justificar la necesidad de tan sofisticada ganzúa, ya improvisaría:

—Sí, señor Parra, buenos días, soy Irene Andrade, la secretaria del señor Vírseda, ¿cómo está usted?

—Irene, claro, ¡cuánto formalismo!, ¡qué pasa Irene! ¿Qué tal estás y qué puedo hacer por ti o por ese petulante jefe tuyo? Pero eso sí, no me hables de usted.

—No, señor Parra, digo Carlos.

—Eso está mejor —dijo Carlos.

—Bueno, le llamo por un tema personal mío, no tiene nada que ver con don Pablo.

—Lo que necesites Irene, cuéntame.

—En una ocasión te oí comentar que había unas ganzúas que eran capaces de abrir cualquier puerta y estaba interesada en adquirir una.

—Sí, recuerdo aquel día, un amigo había perdido las llaves de su casa y lo estuve comentando. Pero no merece la pena, eso es para alguien que lo va a utilizar muchas veces, como la policía, bomberos, ¡los cacos! Pero para abrir una puerta es mejor llamar a un cerrajero, la abre y ya está. El cerrajero y la cerradura te van a costar la cuarta parte de lo que esa ganzúa. Si necesitas un cerrajero, te puedo mandar uno.

—No, es que necesito conservar la cerradura que está y mantener la llave original —dijo Irene.

—¿Sabes lo que cuesta?

Cuando Carlos le dijo lo que costaba, Irene casi se cae de espaldas.

—No importa, Carlos, lo pago.

—¿Seguro?

—Sí, seguro —Irene creyó oportuno dar una justificación—. Es que he perdido una llave de la oficina y no quiero que se enteren.

—¡Vale! Tengo una, ¿te la llevo al despacho o se la doy a

Pablo?

—No, mejor voy a recogerla donde me digas.

—Pues, ¿te parece que nos tomemos un café en la cafetería que está en la plaza de Santa Bárbara y te explico cómo funciona?

—Sí, bien, será un placer.

La plaza de Santa Bárbara

De todos los amigos que solían llamar al despacho de Pablo, Carlos era con quien Irene tenía la relación más cercana. Siempre mostraba una actitud amigable y, cuando Pablo estaba ocupado al teléfono, solían conversar. Para esta ocasión, Irene eligió un atuendo más informal, dejando de lado su habitual vestimenta de oficina, con la intención de parecer más accesible para Carlos.

—Irene, es la primera vez que te veo sin el "uniforme de secretaria de dirección" —comentó Carlos, admirando su look y su pelo suelto.

Con una sonrisa tímida, Irene asintió y ambos se sentaron en una mesa de la cafetería. Pidieron dos cafés y, después de charlar un rato de manera relajada, Irene decidió abordar el tema principal: —¿Trajiste la llave "mágica"? —preguntó Irene con cierta expectación.

—Sí —respondió Carlos, colocando el artilugio sobre la mesa y entrelazando sus manos sobre él.

—Muchas gracias. ¿Cuánto te debo? —inquirió Irene, comenzando a buscar su billetera.

—No tan deprisa —dijo Carlos, agarrando el artilugio con firmeza, para sorpresa de Irene—Esta llave no se vende así como así. Requiere permisos especiales para su adquisición. ¿Qué planeas hacer exactamente? ¿Está Pablo involucrado en esto?

El silencio y la expresión de Irene fueron elocuentes.

—Te lo he dicho, he perdido una llave de la oficina y no quiero que mis jefes se enteren —respondió Irene.

Carlos la miró escéptico:

—Primero, no creo que perder una llave sea un problema tan grave, menos para alguien tan respetada como tú y con un jefe comprensivo como Pablo. Además, aunque esta ganzúa te permita entrar, la llave seguirá perdida. ¿Cómo justificarías eso? Hay poco que justifique el coste de esta herramienta, así que, ¿qué está pasando realmente? Cuéntame en qué lío estás y cómo puedo ayudarte.

Irene se vino abajo y le empezó a decir la verdad, o casi toda:

—Pablo recibió un encargo urgente para un informe que tuvimos que elaborar durante el fin de semana. Todo el proceso me

pareció extraño. Cuando intenté revisarlo después, descubrí que ni Pablo ni yo teníamos acceso. Además, los códigos del documento habían cambiado: la fecha, el número de páginas y los anexos. Necesito acceder a ese informe y sus anexos, pero eso implica entrar al archivo y a un despacho.

—¿A qué despacho te refieres? —preguntó Carlos, intrigado.

Irene desvió la mirada antes de responder:

—Al de un director.

Carlos pareció sorprendido:

—¿Ese director es Marcos, por casualidad? —inquirió.

En ese punto, Irene pensó que no tenía sentido ocultar más y asintió con la cabeza.

—¿Y los anexos físicos? —continuó Carlos.

—Están en el sótano, pero detrás de una reja metálica que requiere una llave —explicó Irene.

—¿Y qué sabe Pablo de todo esto? —preguntó Carlos.

—Por ahora, prefiero no decirle nada. No estoy segura de cuánto sabe o cómo podría afectarle. Hasta que no tenga más información, es mejor mantenerlo en secreto —respondió Irene con cautela.

—Estoy de acuerdo, es mejor no involucrar a Pablo por el momento —asintió Carlos.

Irene levantó la vista, sorprendida y aliviada por la comprensión de Carlos.

—Carlos, ¿cómo puedo ayudarte con esto? —preguntó, deslizando la ganzúa electrónica hacia ella.

—Bueno, para empezar, ¿cómo se utiliza esto? —indagó Irene, tomando la herramienta con precaución, como si fuera algo desconocido y potencialmente peligroso.

Carlos procedió a explicarle detalladamente cómo funcionaba la ganzúa electrónica. A cambio, Irene le describió las características específicas del edificio, el sótano, las llaves y la seguridad. Acordaron mantenerse en constante comunicación para que Carlos pudiera asistirla en su cometido.

Segundo intento en el almacén

Irene regresó al almacén y para ello tuvo que recurrir nuevamente a Ángel. Al verla, él se levantó apresuradamente y la saludó con entusiasmo:

—Da gusto verla por aquí de nuevo —dijo con su sonrisa tonta característica—. ¿Necesita la llave del sótano otra vez? Me alegra que prefiera pedirla aquí en lugar de en su oficina.

Con una sonrisa, Irene extendió la mano para tomar la llave, pero Ángel hizo una broma, retirándola en el último momento y poniendo su dedo en su lugar.

—¡Ehh! —exclamó juguetón—. Antes tiene que firmar.

Aunque no le agradaba la idea, Irene firmó en el registro. Internamente, le preocupaba que ese registro pudiera ser revisado más tarde por alguien de las oficinas superiores, pero trató de disimular su inquietud.

Al entrar en el archivo, Irene se dirigió directamente hacia la sección reservada para los archivos confidenciales. Con la ganzúa electrónica en mano, siguió las instrucciones dadas por Carlos. Insertó cuidadosamente la herramienta en la cerradura y pulsó el botón. El dispositivo comenzó a vibrar suavemente en su mano. Con movimientos precisos y controlados, Irene giró gradualmente la muñeca, manteniendo la ganzúa en posición. Tras unos momentos de tensión, escuchó un clic satisfactorio: la cerradura cedió. Con un giro suave, la puerta se abrió ante ella.

Irene sentía un temblor en su mano, una manifestación física del cúmulo de emociones que la embargaban. La mezcla de nerviosismo por estar realizando una acción prohibida y el temor constante de ser descubierta se entrelazaban con una sensación de aventura que le recorría el cuerpo.

Cogió la caja, pero estaba precintada. Intentó despegar el precinto, pero este se rompía y después resultaba imposible volver a pegarlo de forma convincente. Sacó un cúter, consciente de que su uso dejaría evidencias de que había sido manipulado, y si miraban los accesos sabrían que había sido ella. La curiosidad era mayor que las consecuencias que pudieran surgir. Ya vería cómo volver a precintar la caja. Cortó el precinto por la línea de la caja que se une a la tapa para que se viese el mínimo deterioro posible. Abrió la caja y empezó a

extraer los documentos de su interior. No eran los documentos que ellos habían archivado.

Dentro de la caja, encontró una serie de recibos y documentos relacionados con transacciones bancarias en paraísos fiscales, dirigidos a varios beneficiarios. Entre ellos, la mayoría estaban a nombre de Pablo Vírseda. Seleccionó algunos y se los guardó, luego salió del lugar cerrando la puerta de la verja tras de sí.

Irene subió a la oficina y se dirigió directamente a la persona encargada de los temas accesorios como papelería y demás:

—Buenos días, Paloma. ¿Cómo estás hoy? —saludó Irene con una sonrisa forzada, siendo esta la primera vez que se dirigía a ella por su nombre de pila.

—¿Qué necesita, señora Andrade? —respondió Paloma mientras mascaba un chicle.

—Pues, me gustaría que me dieras un Típex y algunos folios, por favor. Ah, y también cinta de embalar.

—Claro, ¿cuántos rollos?

—Dos azules y dos rojos, por favor.

—”Na”, rojos no tengo, en cuanto llegan pasan a la secretaria del consejero delegado —informó Paloma.

—Hum, pues, en ese caso solo los azules, aunque sean tan sosos.

Paloma se quedó mirando cómo se alejaba Irene con sus rollos de embalaje, sus folios y el Típex, preguntándose qué le pasaría a Irene. Continuó con lo que estaba haciendo, siguiendo masticando su chicle.

Sherlock y Mata Hari

Irene y Carlos se encontraron nuevamente en la misma cafetería de la plaza de Santa Bárbara. Irene sacó algunos de los documentos que había sustraído del archivo y se los pasó a Carlos, quien los examinó con atención.

—Estos documentos claramente indican una contabilidad paralela y blanqueo de dinero en paraísos fiscales. Pero lo que me preocupa es que Pablo aparece como beneficiario. ¿Está él implicado de alguna manera? —preguntó Carlos, mirando a Irene con seriedad.

Ambos compartieron una mirada llena de preocupación.

—Si Pablo está implicado, ¿por qué no tiene acceso al informe? Podría ser parte de la trama, o quizás lo están incriminando —reflexionó Irene.

—Hay que seguir investigando —afirmó Carlos—. Creo que lo más prudente es mantener a Pablo al margen de nuestra investigación por ahora. ¿Estamos de acuerdo, Mata Hari?

—De acuerdo Sherlock—respondió Irene.

—En cuanto al precinto de la caja, necesitaré una muestra de la cinta y su color exacto —pidió Carlos.

Irene, anticipándose a esta necesidad, le entregó un rollo de cinta normal en color azul y un pequeño trozo de cinta roja que había cuidadosamente despegado de una de las cajas del archivo. El trozo de cinta roja mostraba claramente el color y la textura, lo que sería crucial para cualquier intento de replicarla con precisión.

Tercera visita al sótano

En su tercera solicitud de la llave a Ángel, notó un cambio en su comportamiento. Él empezó a hacer más preguntas y cambió el tono a uno más seductor:

—Holaaa, preciosa, ¿otra vez al sótano? Si necesitas ayuda ahí abajo, solo tienes que decírmelo. Empiezo a pensar que vienes por mí —dijo Ángel con un tono jocoso.

—Claro —respondió Irene, tratando de mantener la situación ligera.

—Fírmame aquí, guapetona —insistió Ángel.

—Esto, Ángel, ¿podríamos saltarnos la firma esta vez? Estoy buscando unos documentos y preferiría que no se enteraran en las oficinas superiores. Ya sabes, la imagen es importante —intentó Irene, buscando una excusa plausible.

—¡No hay problema! Soy una tumba —dijo Ángel, poniendo su dedo índice sobre los labios en un gesto de silencio y pasándole la llave con suavidad, rozando ligeramente su mano.

Una vez en el sótano, Irene se apresuró a fotografiar documentos. Pronto se dio cuenta de que el tiempo era su enemigo y que Pablo podría llegar en cualquier momento, lo que la llevó a llamar a Carlos en busca de ayuda.

Carlos, pensando rápidamente en cómo mantener a Pablo fuera de la oficina, decidió llamarlo con un tono de urgencia:

—Pablo, necesito que vengas urgentemente —dijo con voz angustiada.

—Pero ¿qué pasa? —respondió Pablo, claramente preocupado.

—No puedo explicarlo por teléfono, pero es imprescindible que vengas ahora mismo.

—¿Dónde estás? —preguntó Pablo.

—Estoy en El Escorial —informó Carlos.

La respuesta dejó a Pablo desconcertado:

—¡¿Cómo? En El Escorial? ¿Estás loco? ¿Cómo esperas que me vaya ahora mismo a setenta kilómetros de Madrid?

La petición de Carlos para que Pablo fuera a El Escorial era

enigmática y la distancia solo añadía a su extrañeza. Pablo se llenó de preguntas sobre qué estaría haciendo Carlos allí y la razón detrás de la urgencia de la situación.

Al llegar a El Escorial, Pablo se encontró con que no había señales de Carlos. En ese ínterin, Irene había llamado a Carlos para informarle que ya había fotografiado todos los documentos necesarios. En medio de su confusión, Pablo llamó a Carlos:

—Carlos, estoy aquí en El Escorial. ¿Dónde estás tú? —preguntó, buscando a su amigo.

—¡Ah, Pablo! Gracias por venir —respondió Carlos rápidamente—. Ya he resuelto lo que necesitaba. Muchas gracias. Te llamo más tarde. Adiós, adiós.

Pablo se quedó con la palabra en la boca, desconcertado y sorprendido por la abrupta respuesta de Carlos y la repentina finalización de la llamada.

Después de más de una hora fotografiando documentos en el sótano, Irene decidió que era prudente terminar. Había logrado escanear todos los documentos relevantes. Gracias a Carlos, ahora tenía rollos de cinta roja de embalar, idénticos a los utilizados en los archivos confidenciales de Fintrium. Con meticulosa atención, reorganizó todas las cajas en su lugar y las volvió a sellar con la cinta de precinto nueva. El resultado era impecable, sin diferencias visibles a simple vista.

Su único problema ahora era la cinta de embalaje vieja, que había retirado de las cajas y enrollado en una bola del tamaño de un balón de balonmano. Mientras cerraba la puerta de la sección restringida, escuchó una voz:

—Irene, ¿dónde estás?

Era Ángel. En un acto reflejo, Irene cerró rápidamente la puerta. La bola de cinta era un problema; sin saber cómo deshacerse de ella, decidió colocarla en lo alto de una estantería. Aunque era visible, era la única opción en ese momento.

Atrapada entre la imponente figura de Ángel y la puerta, necesitaba una forma de distraerlo para pasar. En un gesto rápido, tomó su teléfono y dijo:

Con la excusa de una llamada urgente de su jefe, Irene logró esquivar a Ángel, convencida de que él estaba tramando algo. En ese momento, Pablo entró en la oficina visiblemente molesto, tras haber pasado toda la mañana yendo de un lado a otro. Marcos lo vio y rápidamente se acercó a él con preocupación:

—Pero ¿qué te pasa, chico? ¿Dónde has estado toda la mañana? —preguntó Marcos con curiosidad.

Pablo, aún irritado, respondió:

—¡¿Dónde he estado?! ¡Pregúntaselo a Carlitos! Me hizo ir a El Escorial y luego me dejó plantado. ¡Yo lo mato!

Seguir o no seguir, ese es el dilema

De vuelta en la cafetería de la plaza de Santa Bárbara, Irene y Carlos podían finalmente respirar aliviados, teniendo en sus manos la parte física del informe. Entre risas, comentaron sobre cómo habían logrado mantener a Pablo ocupado recorriendo toda la Comunidad de Madrid. Era raro ver a Irene reír, especialmente dada la tensión y los nervios que había experimentado, así que Carlos disfrutó especialmente del momento.

Sin embargo, aún se enfrentaban a un dilema. Ya sabían que estaban ante una trama de blanqueo de dinero, un asunto realmente turbio, y Pablo aparecía implicado en todas partes.

—Entonces, ¿cuál es el papel de Pablo en todo esto? —se preguntó Carlos en voz alta—. ¿Es un beneficiario, un testaferro o una víctima?

—¿De verdad crees que Pablo podría estar involucrado en algo así? —preguntó Irene, aun tratando de encajar las piezas.

—No lo creo, simplemente no encaja con él. Pablo es una persona honesta y no lo veo lo suficientemente ambicioso como para meterse en algo tan turbio —respondió Carlos.

—No, a mí tampoco me cuadra con Pablo, pero recuerda que su esposa es bastante adinerada. Tal vez esté intentando estar a su nivel —reflexionó Irene.

—Pero entonces, ¿por qué crearía un informe para luego modificarlo? ¿Por qué no lo hizo directo desde el principio? ¿Y por qué no puede acceder al informe desde su propio ordenador? Son aspectos que no tienen sentido —analizó Carlos.

—No sé.

—Nada de esto tiene sentido, empezando por el mismo nombre del informe, “Chéster”. ¿Qué significado tiene? Es un sofá de esos ingleses, ¿verdad? ¿Quién le puso el nombre?—preguntó Carlos

—Pablo—contesto Irene.

—¿Pablo, está chalado? ¿Y por qué, ningún otro informe tiene un nombre parecido?

Por razones obvias, Irene calló.

—Si Pablo es un beneficiario, también deberían serlo Marcos y

Azpilicueta, pero ellos no aparecen —dijo Irene—. ¿Un testaferro?

—Los testaferros lo hacen por dinero. Pablo no encaja en ese perfil; gana mucho, su mujer es rica y él no es codicioso —respondió Carlos.

—Entonces, una víctima —apuntó Irene.

—¿Quiénes están en la trama? Seguro que Azpilicueta y Marcos —dijo Carlos.

—Bernardo Cano —añadió Irene.

—¿El suegro de Pablo?

—Sí, Carlos, es así. La única persona ante la cual el prepotente Azpilicueta se doblega es Bernardo Cano. Esto podría implicar cierta conexión con Pablo, tal vez intentando complacer a su suegro —sugirió Irene.

Carlos asintió pensativamente:

—No estoy seguro, siempre he tenido la impresión de que Pablo y su suegro no tienen una buena relación. Pero ahora que lo mencionas, me parece recordar que Azpilicueta trabajó para Bernardo Cano en sus inicios.

—Tenemos que seguir investigando. La próxima parada debería ser el ordenador de Marcos —propuso Irene, aunque con cierta reserva, consciente de la amistad entre Carlos y Marcos.

Carlos comprendió la preocupación de Irene y su posible conflicto por la amistad con Marcos:

—Irene, mi lealtad está con Pablo y, sobre todo, con la verdad. Confío en la integridad de Pablo, lo que no puedo decir de Marcos. Puedes contar conmigo para lo que necesites —afirmó con seriedad.

—Igualmente, tenemos un problema con el acceso al ordenador de Marcos —explicó Irene—. El sistema de seguridad de Fintrium es robusto. Además de una clave de acceso, el sistema se bloquea y envía una alerta tras tres intentos fallidos.

—¿Cómo podemos entonces acceder al ordenador de Marcos? —preguntó Carlos, pensativo.

—Las personas suelen elegir contraseñas relacionadas con fechas importantes, nombres de seres queridos, lugares significativos o incluso combinaciones comunes como “123456” o “qwerty”. ¿Sabes algo sobre los intereses personales o las aficiones de Marcos que podrían darnos una pista? —inquirió Irene.

—En la universidad, una vez tuvimos que hacer un trabajo en

grupo. Marcos tenía que estar con nosotros, pero se ausentó por estar con una chica. Para firmar el trabajo digitalmente, necesitábamos la firma de todos, así que Marcos nos dio su clave para poder completarlo. Era “Mochi” —explicó Carlos.

—¿”Mochi”? —Irene se mostró sorprendida.

—Sí, era el nombre de uno de sus perros.

—Podríamos intentarlo. ¿Recuerdas otros nombres de sus perros? —preguntó Irene.

—Algunos sí. Recuerdo que su perro actual se llama “Pickles” —dijo Carlos.

—Eso podría ser un buen punto de partida. Una combinación de los nombres de sus perros con fechas o palabras que sean significativas para él —sugirió Irene.

—Es cierto, la gente rara vez cambia sus hábitos. Si “Mochi” fue una contraseña, “Pickles” o una variación podría serlo ahora. Hagamos una lista con posibles combinaciones y veamos si alguna funciona —propuso Carlos.

Entre estrategias y risas, Irene y Carlos empezaron a elaborar una lista de posibles contraseñas para el ordenador de Marcos, combinando fechas, nombres de familiares y lugares favoritos. Algunas combinaciones les resultaron tan absurdas que, en medio del estrés, no pudieron evitar reír.

—Lo primero es entrar en el despacho de Marcos —dijo Carlos —. Es habitual que tenga anotadas las claves en algún sitio. Otra opción es revisar la mesa de su secretaria, Gloria. Las secretarias suelen tener acceso a las claves.

—Es admirable tu lealtad a tu jefe —comentó Carlos, cambiando de tema—. Pero ¿puedo hacerte una pregunta personal?

—Claro, ¿cuál? —respondió Carlos.

—¿Estás enamorada de Pablo? Cuando hablas de él, parece que se te ilumina la cara.

—No, le tengo mucho aprecio, pero no estoy enamorada de él —respondió Irene, esquivando la verdad.

—¿Y tú, estás con alguien? —preguntó Irene.

—No, en estos momentos estoy solo —confesó Carlos.

—Yo tampoco estoy con nadie —admitió Irene.

—Entonces, somos dos almas errantes dedicadas a la justicia — dijeron entre risas.

—La verdad es que no tengo tiempo para nada más. Entre el trabajo y cuidar de mis hermanos…

—Yo también estoy atrapado por mi trabajo. Pero creo que deberíamos hacer más por nuestra vida personal —reflexionó Carlos.

—Estoy de acuerdo. ¿Qué te parece si hacemos un pacto? Cuando resolvamos este caso, nos dedicamos a arreglar nuestras vidas —sugirió Irene.

—Hecho —aceptó Carlos.

Sellaron su pacto con un firme apretón de manos, uniendo sus destinos profesionales y personales.

Azpilicueta

Azpilicueta trabajaba en la sucursal del banco donde Bernardo Cano tenía su cuenta corriente. Cada vez que Bernardo aparecía por la sucursal, el director, sin importar lo que estuviera haciendo en ese momento, lo dejaba todo y corría a saludar y atender a don Bernardo. Entre los empleados de la sucursal, bromeaban diciendo: "Si un día don Bernardo llega a la sucursal cuando el director esté meando, seguro que sale con la picha en la mano a saludarle"

Azpilicueta observaba detenidamente los movimientos de las cuentas de Bernardo. Estos eran los primeros pasos en su ascendente carrera empresarial. Las cifras que manejaba le dejaban maravillado, especialmente los impresionantes saldos en las cuentas. Sin embargo, Azpilicueta, como experto contable, sabía que gran parte de esos fondos eran dinero negro. Aunque Bernardo parecía generar millonarias sumas de dinero en efectivo, Azpilicueta veía una debilidad en su habilidad para gestionar esos capitales. Eran operaciones que incluso un inspector fiscal inexperto podría detectar fácilmente. A pesar de ello, la suerte parecía estar del lado de Bernardo, ya que hasta ahora había logrado evadir las investigaciones fiscales.

Las ansias de dinero de Azpilicueta jamás podrían saciarse trabajando en una sucursal bancaria. Sus títulos académicos solo le habrían permitido llegar, como mucho, a subdirector de sucursal en su carrera dentro del banco.

En cierta ocasión, llegó una carta a la sucursal solicitando información sobre los saldos de las cuentas de Bernardo debido a una investigación en curso por parte de Hacienda. Curiosamente, esta carta nunca llegó a manos del director; Azpilicueta la confiscó y se dirigió directamente a la casa de Bernardo.

Cuando Azpilicueta tocó el timbre y preguntó por Bernardo, el personal de la casa inquirió sobre el motivo de su visita. Le informaron que Bernardo raramente recibía visitas en su domicilio. Azpilicueta, con una expresión seria, respondió: "Es un asunto de gran importancia y relevancia para don Bernardo". Intrigado, Bernardo salió a recibirlo, mostrando sorpresa al ver al enigmático empleado bancario en su puerta.

—¿Qué te trae por aquí? ¿Cómo te llamas? —preguntó Bernardo, mirándolo con curiosidad.

—Germán, señor Cano, Germán Azpilicueta para servirle —respondió Azpilicueta con cortesía.

—Vale, ¿y? —Bernardo esperaba con interés, aunque con cierta cautela, a que Azpilicueta revelara el propósito de su inesperada visita.

—Se ha recibido esta carta —dijo Azpilicueta, entregándosela a Bernardo—. El director de la sucursal está obligado a responder con la verdad y enviar un extracto detallado. Sin embargo, yo no estoy bajo esa obligación.

—Explícate, ¿Germán? —indicó Bernardo, invitándolo a sentarse.

—Sí, don Bernardo, soy Germán. Puedo crear archivos con saldos alterados y movimientos reducidos, sellarlos y enviarlos a Hacienda. Si los aceptan, el asunto se cierra y se olvida. Si se percatan de la discrepancia, tardarán un tiempo en volver a requerir la información. Durante ese lapso, se pueden resolver muchas cuestiones y maquillarlo todo para que parezca legal.

—¿Resolver muchas cuestiones? ¿De qué hablas?

—De sacar dinero del banco sin dejar rastro contable, señor Cano.

Bernardo frunció el ceño, interesado pero cauteloso:

—¿Y qué hago con ese dinero? No quiero tenerlo debajo del colchón.

—Puede abrirse una caja fuerte en algún banco o, si se acumula un saldo considerable, se puede considerar abrir una cuenta en Suiza. Conozco métodos para transferir dinero a Suiza sin dejar rastro. Lo crucial es mantener un perfil discreto en cuanto a saldos y movimientos, para no levantar sospechas —explicó Azpilicueta.

—¿Por qué estás dispuesto a hacer todo esto? ¿Qué buscas a cambio? —preguntó Bernardo, evaluando la situación.

—No busco nada en particular, señor Cano. Solo le pido que, si por alguna razón me descubren enviando información falsa a Hacienda y pierdo mi trabajo, me considere para un puesto de contable en su empresa. Estaría más que dispuesto a servirle —respondió Azpilicueta con seriedad.

Bernardo observó a Azpilicueta con atención y una pizca de desconfianza. Tras unos momentos de reflexión, se levantó, le estrechó la mano y, devolviéndole la carta de Hacienda, le dijo:

—Soluciona esto y luego ven a hablar conmigo

Tras solucionar el problema del requerimiento de Hacienda, Germán Azpilicueta se convirtió en un empleado clave en la empresa de Bernardo Cano. En medio del auge inmobiliario, manejaba sumas enormes de dinero, tanto lícitas como ilícitas, que superaban incluso sus más ambiciosos sueños. Las cajas de seguridad en bancos y las cuentas en Suiza se llenaban con la creciente fortuna de Bernardo, cuidadosamente protegidas y ocultas al escrutinio público. Azpilicueta, como el hombre de confianza detrás de los números y las finanzas, había alcanzado sus aspiraciones, convirtiéndose en una figura clave en el imperio financiero de Bernardo.

Un día, Bernardo hizo llamar a Azpilicueta. Era inusual que Azpilicueta visitara las obras, pero esta vez don Bernardo tenía una urgencia. Subió hasta el cuarto piso de un edificio en construcción. Le proporcionaron un casco de obra amarillo por razones de seguridad, aunque desentonaba un poco con su traje azul y sus zapatos de cuero fino. Cuando llegó allí, encontró a Bernardo esperándolo.

—Germán, mira —dijo mostrando un montón de edificios a medio construir—. Todo eso es mío.

Germán admiró su entorno con cierto reparo, ya que las alturas no le gustaban mucho. Dos fornidos obreros tomaron a Germán por cada brazo y lo elevaron en vilo, dado que Germán tenía una constitución delgada. Sus pies quedaron suspendidos a unos quince centímetros sobre el suelo. Lo acercaron al borde y empujaron su cabeza hacia abajo, obligándolo a mirar hacia el vacío. La altura era considerable, y el lugar de "aterrizaje" daba miedo: hierros de forjado puntiagudos, restos de ladrillos, una muerte segura.

—¡Por favor, por favor!, ¡nooooo! —suplicaba Germán.

—Me has robado sesenta millones de pesetas [30]. Tirarle al vacío ordenó.

—¡Espere, espere! Puedo explicarlo.

Azpilicueta confesó y devolvió el dinero. Bernardo Cano lo eliminó de sus cuentas y negocios, pero decidió retener a alguien tan valioso y sin escrúpulos como Germán Azpilicueta.

Bernardo Cano fundó Fintrium Finanzas Internacionales, ostentando el 80% del capital de manera indirecta, tejiendo una compleja red de empresas y sociedades que ocultaban hábilmente su verdadera propiedad. El restante 20% estaba en manos del astuto Germán Azpilicueta, cuyo propósito era dirigir una sociedad con una fachada legal que supervisara las operaciones ilegales de Cano.

Dentro de la intrincada estructura del imperio Cano, otro actor

clave era Luis del Clavero, el padre de Marcos. Luis Clavero, un abogado de profesión, conoció a Bernardo por casualidad y rápidamente asumió la responsabilidad de defender los derechos legales de Bernardo. Pronto se dio cuenta de la necesidad de contar con un abogado de alto calibre, dada la naturaleza turbia de los asuntos en los que Cano estaba inmerso.

Bernardo Cano, valorando la importancia de mantener a Luis Clavero independiente, se convirtió en el principal apoyo financiero para la creación del bufete de abogados Clavero, Mazón y Arevana. Luis se mantuvo al margen de los negocios, preservando su independencia en caso de problemas legales. Sin embargo, esta separación se desvaneció cuando su hijo Marcos creció y se convirtió en una figura integral de Fintrium. Rápidamente, Marcos se unió al mundo de la corrupción y la búsqueda desenfrenada de riqueza.

El despacho de Marcos, primera incursión

Semana anterior al peor día de Pablo

A las 18:00 concluye oficialmente la jornada en Fintrium. La recepcionista cierra la entrada principal, impidiendo el acceso a las oficinas. Quienes trabajen después de esa hora y necesiten salir deben usar la puerta de servicio o emergencia, que conecta con la escalera y los ascensores. Un guardia de seguridad efectúa rondas regulares y, al confirmar que no queda nadie, cierra de manera definitiva la entrada principal.

Por lo general, después de las 18:00, las personas comienzan a salir de manera gradual, y para las 19:00, la oficina suele estar completamente vacía. En este día en particular, no sorprendió a nadie que Irene fuera una de las últimas en salir. Siempre se esmera en dejar todo impecable, realizando un esfuerzo que fácilmente podría equipararse al de dos personas.

Cuando la oficina quedó vacía, Irene usó su ganzúa electrónica para acceder al despacho de Marcos. La puerta se abrió al primer intento, y la sensación que la invadió fue intensa: su corazón latió con más fuerza, su estómago se tensó y la boca se le secó. Comenzó revisando los cajones, buscando cualquier carpeta o libreta que pudiera contener información relevante. Escudriñó debajo de los objetos del escritorio, entre los portalápices, los adornos y hasta el ratón del ordenador, además de explorar las carpetas más usadas. También miró debajo del teléfono y en los laterales de los cajones, pero no halló nada.

En una estantería, Marcos exhibía trofeos de torneos y campeonatos universitarios. Entre ellos, una pequeña copa con una tapa llamó su atención. Al abrirla, encontró un papel que decía “Wyoming4577”. En ese momento, el rostro de Irene se iluminó, y una chispa de esperanza destelló en sus ojos; sin duda, esto era una clave.

Se aproximó al ordenador y abrió la página de inicio. Observó la pantalla con determinación y tomó una profunda inspiración. Esperó un par de segundos y comenzó a teclear “Wyoming4577”. Inhaló profundamente una vez más antes de presionar la tecla “Intro”, esperando que el nerviosismo reflejado en sus manos se calmara.

—Vamos, Irene, a la de tres: uno, dos y tres —se animó a sí misma y pulsó la tecla mientras cerraba los ojos.

La pantalla del ordenador mostró un desalentador mensaje: “Contraseña incorrecta”. Parecía tan fácil, demasiado fácil para ser verdad, reflexionó Irene, sintiéndose desanimada por el fallo. Decidida a no rendirse, probó con la primera contraseña de la lista que había elaborado junto con Carlos.

La primera contraseña de la lista era “Mochi”, que Marcos ya había usado anteriormente. Sin embargo, la respuesta fue desalentadora una vez más: “Contraseña incorrecta”.

Irene sabía que solo tenía dos intentos más antes de que el sistema se bloqueara y se activara la alarma. Sintiéndose bastante desanimada, decidió abandonar el intento por ese día y planeó probar suerte de nuevo al día siguiente.

Esa misma noche, Carlos e Irene se reunieron nuevamente.

—Probar combinaciones de dos en dos puede ser un proceso tedioso —comentó Irene—. Además, si Marcos se equivoca en su primer intento de acceso, corremos el riesgo de sumar el tercer error consecutivo.

—Debemos buscar otra solución —afirmó Carlos—. Intentaré sonsacarle algo. Mañana llamaré a Marcos y le propondré comer juntos, quizás me revele algo o me diga cómo se llamaban sus perros.

—¿Crees que lo conseguirás? —preguntó Irene, escéptica.

—Hay que intentarlo —dijo Carlos—. Y si no puedo sacarle la clave, hay otra opción: Roger. Es experto en informática y siempre dice que burlar una contraseña es pan comido. Tal vez él pueda ayudarnos.

Comida con Marcos

Marcos se sorprendió al recibir la invitación de Carlos para comer. Aunque mantenían una relación cordial, sus interacciones siempre habían sido dentro del contexto del grupo. Esta sería la primera vez que se reunirían a solas para una comida. Entre todos los miembros del grupo, Marcos y Carlos eran los que tenían la menor conexión directa.

Durante la comida, hablaron de diversos temas, incluyendo las inversiones de Carlos. Como la cuenta de Carlos en Fintrium estaba bajo la supervisión de Pablo, mencionar estos asuntos sorprendió a Marcos:

—¿Qué pasa, no estás contento con la gestión de Pablo y su equipo con tu cuenta? —preguntó Marcos.

—No, no es eso. Estoy muy contento con Pablo —respondió Carlos—. Simplemente, nunca habíamos tenido la oportunidad de comer solo tú y yo, y me pareció una buena ocasión para charlar sobre otros temas. Por ejemplo, lo que estoy haciendo en el comercio online y conocer tu opinión profesional.

—Ajá, muy bien eso del comercio online. ¿Y qué, se venden muchas tuercas? —preguntó Marcos con cierta sorna.

—Sí, vamos vendiendo cada vez más —respondió Carlos—. De hecho, lo que es increíble es la cantidad de usuarios que tenemos. Solo tienen que registrarse con un correo y una contraseña, así de simple. Te sorprendería saber cuánta gente olvida sus contraseñas; nos la pasamos reseteándolas constantemente. ¡Es un aburrimiento! Yo, por mi parte, siempre uso la misma para no olvidarla: la fecha de mi cumpleaños.

Marcos se quedó mirando fijamente a Carlos, evidenciando su desinterés total por lo que Carlos decía. Por las expresiones de Marcos, Carlos percibió que la charla no estaba yendo bien, pero sintió que debía seguir.

—¿Recuerdas aquella vez en la universidad que estabas con aquella chica, ¿cómo se llamaba? ¡Ah, sí! Macarena, y que nos tuviste que dar la clave, "Ziggy" o era "Waffle" —dijo Carlos, intentando llevar la conversación hacia un terreno más personal.

—Sí, me acuerdo de aquel día. Ella se llamaba Macarena, en

efecto —confirmó Marcos.

—Tenías más perros, Rib, Sachi, Blaky, ¿cuáles más? —preguntó Carlos.

—He tenido muchos perros a lo largo de los años —contestó Marcos.

—¿Y sigues utilizando los nombres de tus perros como contraseñas? —bromeó Carlos.

Marcos, con un tono claramente sarcástico, replicó:

—¡Por supuesto que no! He evolucionado; ahora uso siempre la misma: “cacaculopedopis"[31]—Marcos respondió con ironía:

—En fin, Carlos, me alegra escuchar sobre tus éxitos en “la nube”. ¿Quién diría que con lo que pesa una llave inglesa pueda flotar en una “nube”? Pero lo siento, me tengo que ir.

Sin más, Marcos pidió la cuenta, ansioso por marcharse.

Esa tarde, Carlos se encontró con Irene para contarle sobre la conversación.

—¿Y? —preguntó Irene—. ¿Cómo ha ido?

Carlos arrugó la nariz, mostrando su incomodidad.

—¿Lograste averiguar la contraseña? —preguntó Irene, mezclando sorpresa con esperanza.

—Sí, me dijo que es “cacaculopedopis” —respondió Carlos, intentando contener la risa.

Ambos estallaron en carcajadas.

—Te ha tomado el pelo. Además, esa contraseña huele mal —dijo Irene, entre risas.

—Bueno, nunca se sabe. Mañana la pruebo con “cacaculopedopis”, por si acaso —dijo Carlos, y ambos volvieron a reír.

—¿Crees que sospeche algo? —interrogó Irene, volviendo a la seriedad.

—Dudo que lo haga. Nunca he tenido relación con sus asuntos laborales —respondió Carlos—. Aunque, admito que fue un riesgo. Podría empezar a sospechar si algo extraño ocurre.

—He convocado a Roger, vendrá en unos minutos.

—¿Estás seguro de esto, Carlos? —preguntó Irene, con una mezcla de duda y urgencia.

—Hay que intentarlo —afirmó Carlos—. En este momento, no tenemos más opciones.

Roger. Encuentro en la cafetería

Cuando Roger entró en la cafetería de la plaza de Santa Bárbara, buscó con la mirada a Carlos y, al reconocerlo, ambos se saludaron con un gesto. A Roger le sorprendió ver a una mujer sentada junto a Carlos, ya que no esperaba que él estuviera acompañado. Aunque había tenido contacto telefónico con Irene, nunca se habían visto en persona.

—Hola, Roger, ¿cómo estás? ¿Conoces a Irene? Es la asistente de Pablo —dijo Carlos al presentarlos.

—Claro, hemos hablado algunas veces por teléfono. Es un placer ponerte cara, Irene —respondió Roger, extendiendo su mano.

Roger estaba muy intrigado. ¿Qué hacían esos dos juntos aquí? ¿Estarán liados? ¿Pablo estará al corriente de esto? Se preguntaba, lleno de curiosidad.

—Roger, en más de una ocasión has dicho que acceder a un sistema informático es fácil, ¡vamos! Que es pan comido para ti —afirmó Carlos.

—Sí, es muy fácil —respondió Roger—. Solo necesitas encontrar una vulnerabilidad, una especie de ventana abierta. Una vez dentro, es como si entraras por la puerta trasera; solo hay que hacer algunos ajustes y ya está. Pero ¿por qué me preguntan esto? ¿Olvidaron la contraseña del correo? ¿Qué están planeando? ¿Vamos a asaltar un banco?

—No, Roger, necesitamos acceder al ordenador de alguien —dijo Carlos con seriedad.

—¿Y? —preguntó Roger, como si la cosa no fuera con él.

—Solo necesitamos que nos ayudes a entrar en ese ordenador —insistió Carlos.

Roger tenía cara de estupefacción, no daba crédito a lo que estaba escuchando.

La incredulidad se reflejaba en el rostro de Roger. —Carlos, yo no soy un pirata informático, y no hago nada ilegal —dijo con firmeza.

Carlos se inclinó hacia él, apoyando un codo en la mesa. Tomó la mano de Roger con suavidad: —Roger, es vital. Se trata de salvar a

Pablo.

Roger exhaló con pesadez, moviendo la mirada entre Carlos e Irene, intentando leer la gravedad de la situación en sus expresiones.

—¿Qué le pasa a Pablo? —preguntó Roger, mostrando preocupación.

—Lo están traicionando, lo están metiendo en un lío importante —explicó Irene—. Necesitamos información crucial que está en un ordenador.

—¿Y ese ordenador? ¿Dónde está? —inquirió Roger.

—En la oficina de Pablo —respondió Carlos.

A pesar de que el local estaba climatizado, por la frente de Roger corrían gotas de sudor. Estaba visiblemente alterado por la propuesta. Los sentimientos encontrados recorrían su cabeza mientras batallaba internamente entre ayudar a un amigo y actuar ilegalmente. Alternaba sus miradas entre Carlos e Irene, frotando sus manos húmedas contra su pantalón.

—¿Y de quién es el supuesto ordenador que hay que hackear? —preguntó con seriedad.

—De Marcos —dijo Carlos sin tapujos.

—¡¿Cómo?! —exclamó Roger, levantándose de golpe, con sus 1,90 metros de altura y 100 kilos de peso—. ¿Estáis locos? —añadió, con enfado e indignación, haciendo el gesto de "están locos" señalándose la sien—. ¡Eso es impensable!

Roger salió por la puerta.

—¡Buf! Qué mal rollo —comentó Irene, visiblemente preocupada—. ¿Crees que dirá algo a Marcos?

—No sé —dijo Carlos, también preocupado—. Si se lo dice a Marcos, él podría relacionar la comida conmigo, las claves que le trate de sacar y con Pablo.

—Sí, podría ser un desastre —admitió Irene

—Confiemos

—¿Desistimos de todo? —preguntó Irene, mirando a Carlos.

—No—respondieron al unísono ambos, con determinación.

Roger se fue refunfuñando y meditando camino a su coche. Al llegar, se subió y se quedó sentado al volante, sumido en sus pensamientos. No podía creer la propuesta que le habían hecho esos dos. ¿Estaban locos? ¿Eran unos insensatos? ¿Realmente pensaban que

podían llevar a cabo algo así? Roger jugueteaba con las llaves del coche mientras repasaba mentalmente todas las locuras que había oído.

El “click, clack” del botón que liberaba la llave del mando del coche resonaba a un ritmo constante, ayudando a Roger a concentrarse en el dilema presentado. Si se trataba de ayudar a Pablo, estaba dispuesto a hacer lo que fuese; después de todo, si Pablo estaba en apuros, ¿por qué no iba a hacerlo? Por otro lado, estaba Marcos, también un buen amigo, pero menos cercano que Pablo. Además, Roger sabía que Marcos no era del todo confiable. Recordó una ocasión en que Marcos le había pedido modificar el software de una plataforma de trading.

La modificación que Marcos había solicitado tenía un propósito oscuro: cuando los operadores de trading cerraban una operación manualmente durante un periodo de alta volatilidad, el sistema retrasaba intencionadamente el cierre. De esta manera, la empresa de Marcos se beneficiaba del diferencial. Esta práctica no solo rozaba los límites éticos y morales, sino que también era claramente ilegal. Roger, en aquel momento, realizó la tarea sin cuestionárselo demasiado. Sin embargo, con el tiempo, comenzó a sentir remordimientos y pensó en revertir su trabajo, hackeando el software para eliminar la modificación. Aunque finalmente no lo hizo, y esa sensación de culpa se fue diluyendo con el paso del tiempo. Pero ahora, enfrentado a esta nueva situación, se preguntaba si era el momento de enmendar aquel error del pasado.

Mientras estaban en la cafetería, Carlos e Irene veían la situación con pesimismo. Sus opciones se estaban agotando. Después de llegar tan lejos con los papeles del archivo, se encontraban en un callejón sin salida. Irene recordó que en el despacho de Marcos había una caja japonesa de alrededor de treinta centímetros de largo, siete de ancho y cuatro de alto. Era preciosa y de gran finura, pero tenía una combinación de tres números para abrirla. Esa clave podría ser una fecha. En su interior, podría haber algo pequeño, quizás un pendrive con información importante. Decidieron intentarlo durante algunos días más, y si no tenían éxito, considerarían abandonar la búsqueda.

Irene dijo:

—Mañana probaré con un par de contraseñas, incluso con “cacaculopedopis” —dijo con una sonrisa irónica—. Y si eso no funciona, romperé la caja para ver qué contiene, aunque eso signifique que me descubran."

Roger salió del coche, consciente de que se estaba jugando

mucho, pero también sabiendo que tenía que ayudar a Pablo. Si tenía que ser el tercer loco, lo sería. Cuando entró en la cafetería, la mesa en la que habían estado tomando café estaba vacía. El camarero estaba pasando una bayeta, y al verlo y reconocerlo, se dirigió a él:

—Se acaban de ir, si se da prisa, los alcanza.

—Vale, gracias —dijo Roger, reflexionando sobre si el destino había querido mantenerlo al margen.

Acceso al ordenador

Irene estuvo dos días más quedándose hasta tarde para intentar acceder al despacho de Marcos. Probaba con dos contraseñas en el ordenador y exploraba combinaciones posibles en la caja japonesa, pero no tuvo éxito.

En el tercer día, como en ocasiones anteriores, Irene esperó pacientemente hasta que el edificio pareció vaciarse. A las 19:11, creyendo ser la última persona en la oficina, abrió la puerta del despacho de Marcos con cautela. Sin embargo, antes de que pudiera sentarse frente al ordenador, escuchó voces que se acercaban. Eran inconfundibles, eran las de Marcos, quien se dirigía hacia el despacho. Irene se dio cuenta de que ya no podía salir sin ser descubierta y optó por esconderse en el armario a toda prisa.

—Ven, pasa por aquí —dijo Marcos a su acompañante.

Irene reconoció la voz del acompañante de Marcos; era el informático de la empresa, un genio y además muy simpático. En la empresa, caía bien a todo el mundo, siempre estaba dispuesto a solucionar cualquier problema con los ordenadores. Era el único en la empresa que no llevaba corbata, los frikis no suelen llevarla. Dado su espíritu resolutivo, se le permitía esta excepción, ya que no tenía contacto con los clientes y trabajaba en "la nevera", una habitación con aire acondicionado tan potente que siempre tenía un resfriado aparente, o al menos eso decía, porque se tocaba la nariz con frecuencia.

Además de ese tic de tocarse la nariz, Pepe también tenía otro en los ojos: parpadeaba tres veces seguidas de vez en cuando. Tenía el pelo rizado, gafas de montura metálica y una apariencia bonachona.

—Me ha saltado el bloqueo de seguridad —dijo Marcos.

—Eso es que has ingresado mal la contraseña tres veces —sugirió Pepe.

—¡Que no! Te digo que solo una —dijo Marcos con un poco de enfado.

Irene, desde el interior del armario, reflexionó en silencio: "Sumando las dos que introduje ayer, pues tres".

Pepe se sentó delante del ordenador de Marcos y, después de

rápidos movimientos en el teclado, dijo:

—Listo, ya está desbloqueado. Necesito configurarte una contraseña temporal. ¿Qué clave quieres que ponga? —preguntó Pepe.

—Pues no sé, pon "AstonMartin". Ya la cambiaré mañana. Esta clave correspondía a la marca del nuevo juguete que Marcos acababa de adquirir, un Aston Martin.

Los ojos de Irene desde el armario se iluminaron; ya sabía la clave. Ahora solo tenía que salir del armario y meterse a descubrir todos los enigmas. Eso sí, tenía solo esta noche. A ver si con un poco de suerte se iban; además, se sentía agobiada y con un poco de claustrofobia. Pero sobre todo porque no podía aguantar más, necesitaba ir al baño urgentemente.

Parecía que se iban cuando Marcos preguntó:

—Pepe, ¿tienes algo bueno?

—¡Claro! —respondió Pepe, sacando una cajita del bolsillo y vaciando parte de su contenido sobre la mesa.

—¿Tienes una tarjeta de crédito, Marcos? —Marcos echó mano de la cartera y sacó una American Express Centurión.

—¡Caray, vaya poderío! ¡Una tarjeta Centurión, la tienen muy pocos! —Pepe cogió la tarjeta y comenzó a alinear los polvitos blancos que había puesto sobre la mesa.

—Pepe, necesito coca para una fiesta el próximo viernes.

—Hecho, cuenta con ello.

—Si te pido un billete, ¿vas a sacar uno de 500 euros?

—¡Anda, aparta! —exclamó Marcos, sacando un tubito metálico —. Esto es más higiénico.

Pepe, por su parte, tomó un billete y lo enrolló.

—¡Uf!, es buena.

—¿Acaso te daría yo algo que no lo fuera? —respondió Pepe.

Desde el armario, Irene estaba en shock. Desconocía esa faceta de Marcos, consumidor de cocaína, y la de Pepe de traficante. Además, sentía una urgencia creciente de ir al baño.

—Voy a la máquina a por unas bebidas —comentó Marcos.

—Vale..

En vista de que la conversación se prolongaba, decidió sentarse en una de las estanterías, provocando un ruido que hizo que ambos se

callaran.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Marcos.

—¿Una rata?

—Aquí solo hay una rata y eres tú, Pepe. Anda, pasa un poco más de eso.

Ya mostraban signos de estar afectados.

—¿Borraste los archivos que te pedí? —preguntó Marcos.

—Sí, y también cambié los nombres de los informes.

—En unos días, debemos eliminar toda evidencia y conexión con la empresa de Róterdam para evitar sospechas. Ya no la necesitamos.

—Mañana lo tendrás.

Irene, asombrada, observó a Pepe, ese simpático individuo que siempre resolvía problemas con una sonrisa. Ahora, estaba involucrado en tráfico de cocaína y manipulación de información para cometer fraude. Mientras ambos seguían consumiendo, Irene comenzó a sospechar que los frecuentes resfriados de Pepe no eran por el aire acondicionado de la sala de informática.

Tras hablar de conspiraciones, cambiaron a temas más relajados, repasando a todas las mujeres de la oficina.

—Oye, la nueva, la que está en adquisiciones ¡Qué buena está!, jefe

—Sí, ya caerá —respondió Pepe.

—¡Eh! Deja algo para los demás.

—Por cierto, ¿qué pasó con Raquel?

—Ja, ja, ja —rió Marcos—. Solo te diré que tiene un tatuaje de una flor de lys en un lugar muy íntimo.

—¡Vaya! Me encantaría verlo. ¿Me dejarás con la intriga?

Continuaron con su charla y Irene escuchó numerosos cotilleos de la oficina. En cualquier momento, esperaba convertirse en el tema de conversación. Se preguntaba qué pensarían esos dos "machos alfa" sobre ella. No quería ser objeto de una valoración sexista, pero al mismo tiempo, sentía curiosidad por conocer su opinión masculina acerca de ella.

Lo que Irene realmente quería era que se fueran. Se preguntaba qué pasaría si no podía aguantar más y empezaba a filtrarse líquido por debajo de la puerta del armario donde se escondía. Si la

descubrían, con todo lo que había escuchado, sería un problema grave; perder su trabajo sería lo de menos. Empezó a sentir miedo. Buscó algo en el armario que pudiera absorber líquidos, pero no encontró nada.

—¡Oye! ¿Y Cristina, la de Recursos Humanos? —preguntó Pepe.

—¡Vamos, enano! Si te saca una cabeza —respondió el otro.

—¿Quién más nos queda?

—¿Alguien que valga la pena? Ninguna. Anda, vámonos, que ya es tarde.

Los dos hombres salieron del despacho. Finalmente, no dijeron nada sobre Irene. Parecía que estaba en la lista de las "no evaluables".

Los archivos deseados

Martes 5 de abril

Todavía podía oír a Marcos y Pepe en el pasillo, alejándose hacia la salida. Incapaz de salir del despacho, Irene, agobiada tanto por los nervios de la situación como por la urgencia de ir al baño, salió de su escondite. Apartó la silla de Marcos y, bajándose las bragas de forma apresurada, se sentó de golpe en la papelera. Encendió el ordenador, que le solicitó la contraseña.

La tensión física de retener la vejiga dio paso a una euforia cuando, al introducir "astonmartin" como contraseña, apareció en la pantalla del ordenador el mensaje: “Bienvenido Sr. Clavero”.

De repente, Irene sintió como si el cielo se abriese. Ahora tenía acceso al ordenador de Marcos. Si no fuera porque esos dos todavía estaban cerca, habría gritado de emoción. Era su oportunidad para descubrir la información que necesitaba. Pero solo tenía esa noche; era probable que al día siguiente cambiaran la contraseña. Tenía que aprovecharla al máximo.

Irene encontró una carpeta titulada “Proyectos Confidenciales”. Con el corazón latiendo con fuerza, hizo clic en ella. Se abrió una lista de subcarpetas con nombres en clave y referencias a lugares sospechosos como Islas Caimán, Islas Vírgenes, Panamá, Luxemburgo y Bermudas. Pasó horas leyendo información importante y secreta, cada archivo relacionado con diferentes negocios y operaciones. Consciente del tiempo limitado, comenzó a revisar los archivos uno a uno, buscando cualquier detalle que pudiera ayudar a descubrir qué estaba sucediendo.

En otra carpeta, Irene encontró correos electrónicos intercambiados con direcciones desconocidas, conversaciones cifradas y nombres en clave que apenas podía entender. Todo esto le confirmó que había actividades ilegales y conexiones secretas. La emoción era tan intensa que no se dio cuenta de que estaba sentada sobre la papelera hasta que un fuerte hormigueo en su pierna le indicó que se le había dormido. Retiró la papelera, se subió las prendas que se había bajado antes y se acomodó en el sillón de Marcos.

Irene no perdió tiempo analizando y empezó a guardar copias de los archivos más importantes en una unidad USB que siempre llevaba consigo. Como no estaba segura de qué copiar exactamente,

decidió copiar todo. Empezó a buscar memorias USB en los distintos escritorios. Ya eran las cinco de la mañana. No podía arriesgarse a salir; si la veían en seguridad, tendría que explicar qué hacía a esas horas. Aunque en otras oficinas era común salir tarde, incluso a medianoche, estar allí a las cinco de la madrugada era inusual.

Encontró una referencia a un portal online de contabilidad: www.contapro123.com. Por la manera en que se mencionaba, Irene dedujo que allí debía estar la contabilidad fraudulenta de la empresa, la contabilidad oculta o paralela. Decidió intentar acceder con las contraseñas que había utilizado antes. Afortunadamente, este programa de contabilidad online no limitaba el número de intentos de acceso.

Intentó acceder usando las claves que había probado anteriormente. Primero probó con "astonmartin", la contraseña que utilizó para entrar en el otro ordenador, pero no funcionó. Recordó que el coche era un modelo reciente, así que la contraseña debía ser anterior. Luego intentó con variaciones relacionadas con el Porsche que tenía antes: "Porsche", "porsche911", "porsche911turbo", "porscheturbo911", "911turboporsche". Si hubiera sabido más sobre coches y hubiera prestado atención al modelo exacto, habría probado "porsche911GT3", que era la contraseña correcta.

Ya se empezaba a notar actividad en el edificio y no había más tiempo. Irene desistió de intentar adivinar la contraseña. Solo se le ocurrió una solución, aunque dejaría rastro de su acceso. "¡A por todas!", pensó. Pulsó el botón "¿Ha olvidado la contraseña?". El programa respondió: "Hemos enviado un mensaje para restaurar las claves. Siga las instrucciones y establezca una nueva contraseña".

Irene procedió a cambiar la contraseña, consciente de que había cruzado un punto de no retorno. Mientras revisaba la información, encontró cuentas, nombres y fechas. Todo estaba allí, pero sabía que debía irse. Se debatía internamente: por un lado, no aprovechar al máximo la oportunidad le parecía una derrota, pero por otro, ser descubierta también lo era, y no podía prever las consecuencias.

A través de la pared acristalada del despacho de Marcos, Irene observó cómo la oscuridad comenzaba a disiparse. Los edificios de la ciudad se perfilaban ante un cielo de tonos rojizos y morados, mientras la noche se transformaba gradualmente en matices azules. Los primeros rayos de sol asomaban detrás de la silueta de la ciudad, señalando que el tiempo de impunidad para acceder a la contabilidad estaba llegando a su fin.

Eran casi las ocho de la mañana y Irene comenzaba a percibir

más actividad en el edificio. Rápidamente, borró los correos electrónicos y recogió los envoltorios de las chocolatinas y las tazas de café que había consumido para mantenerse despierta y alimentada. Decidió salir de la oficina por la puerta de servicio y esperar a que hubiera más gente en el edificio para poder entrar de nuevo de manera menos llamativa.

Irene cerró todas las ventanas y carpetas en el ordenador de Marcos con cuidado, asegurándose de no dejar rastro de su actividad. Puso todo en su lugar como estaba antes. Justo cuando estaba a punto de salir, recordó la papelera que había usado. Tomó una papelera idéntica de su despacho y la colocó en el de Marcos para no dejar sospechas. Luego, se dirigió rápidamente hacia la puerta de salida, sintiendo una mezcla de euforia y temor. Aunque había obtenido información valiosa, era consciente de que se había involucrado en algo peligroso. A pesar de ello, estaba decidida a descubrir la verdad detrás de todo esto.

Al abrir la puerta de emergencia, Irene se encontró cara a cara con Ángel, el guardia de seguridad. Se miraron fijamente a los ojos, ambos sujetando la papelera. Con un tono serio, Ángel le preguntó:

—¿A dónde va con la papelera?

—A vaciarla —respondió Irene.

Era obvio que, por su posición, ella nunca se encargaría de vaciar una papelera, y mucho menos por la puerta de servicio o de emergencia a esas horas. Ángel ya había encontrado a Irene en situaciones sospechosas en otras ocasiones.

—¿A vaciarla dónde? Aquí no está el contenedor —insistió Ángel.

—Es verdad, me he confundido —dijo Irene, intentando disimular con una sonrisa encantadora.

—Ya. Yo me encargo de esto —dijo Ángel, con un rictus serio en su rostro.

Irene comprendió que no podía ofrecer explicaciones convincentes en ese momento. Simplemente le entregó la papelera a Ángel y se dirigió hacia las escaleras. Mientras se alejaba, notó que Ángel la observaba con una mirada inquisitiva, moviendo la papelera. Al darse cuenta de que había líquido en su interior, Ángel agitó la papelera para tratar de identificar de qué tipo de líquido se trataba. Cuando Ángel identificó el fuerte olor proveniente de la papelera, Irene ya había desaparecido de su vista. Un mar de sospechas e intrigas comenzó a invadir la mente del guardia de seguridad.

Irene bajó por la escalera de servicio y luego subió por los ascensores principales. Era consciente de que Ángel había empezado a sospechar de ella, especialmente después de sus visitas repetidas al archivo. Ahora, con este nuevo incidente, esas sospechas podrían convertirse en preguntas incómodas y, posiblemente, en un informe a Marcos y a la dirección de la empresa acerca de su comportamiento sospechoso.

La situación se había complicado, y Irene sabía que estaba en una carrera contrarreloj para proteger sus intereses y los de Pablo. Entró por la puerta de acceso de la empresa como si nada hubiera pasado. No había dormido y aún llevaba la ropa del día anterior. Fue directamente a los aseos para disimular sus ojeras y su aspecto cansado. Mientras se arreglaba, Raquel entró en los aseos y comentó:

—¡Huy, Irene! ¡Vaya cara! ¡Qué raro verte maquillándote!

Irene respondió rápidamente:

—Es que hoy no me he podido tomar mi infusión de flor de Lys y tengo mala cara.

En ese momento, la expresión de Raquel cambió drásticamente, tornándose seria. La sorpresa se dibujó claramente en su rostro. "¿Qué querrá decir mencionando la flor de lys? ¿Cómo sabe algo sobre mi tatuaje?", parecía preguntarse.

Descifrando contabilidad

Irene sabía que no había tiempo que perder. Era esencial analizar toda la contabilidad antes de que Marcos intentara acceder al sistema y notara el cambio de contraseña. Dándose cuenta de que no podía hacerlo sola, decidió llamar a Carlos. Con nerviosismo, marcó su número, esperando ansiosamente hasta que escuchó su voz:

—¡Carlos, lo conseguí! —exclamó Irene, llena de emoción—. Tengo todo en mis manos.

—Increíble, Irene. ¿Cómo lo hiciste? —preguntó Carlos.

—Eso te lo contaré después. Ahora tengo acceso a toda la contabilidad secreta. Te envío las claves por WhatsApp. Necesito tu ayuda y rápido. Se darán cuenta del acceso en cuanto Marcos intente entrar al software de contabilidad.

—¿Y cuánto tiempo tenemos? —preguntó Carlos.

—No lo sé, puede ser un día, tres, una hora, se dará cuenta cuando trate de acceder a la contabilidad y no pueda. Tenemos que actuar rápido.

—Ven a mi casa ahora mismo —dijo Carlos.

—No puedo, si falto al trabajo, levantaré sospechas. Empieza tú y me uniré en cuanto pueda.

Con determinación, Irene volvió a su rutina de trabajo en la oficina, intentando actuar como si nada hubiera sucedido. Sin embargo, en su interior, sentía la urgencia de estar en casa de Carlos revisando la contabilidad paralela de Fintrium. Conforme avanzaba la mañana, surgió la necesidad de llevar unas carpetas al despacho del director del área de commodities. Sosteniendo las carpetas, Irene cruzó la amplia sala.

Irene titubeó y dio un par de pasos inseguros antes de perder el equilibrio. Las carpetas que llevaba se esparcieron por el suelo y, en su intento por sostenerse, derribó varios objetos sobre una mesa, incluido un vaso lleno de lápices. Irene cayó al suelo. El ruido captó la atención de todos en la sala, y los murmullos y exclamaciones de sorpresa de sus colegas se hicieron oír. Una compañera dio un grito de alarma, causando un alboroto general. Los directores salieron de sus oficinas y Pablo, al ver a su secretaria en el suelo, corrió hacia ella para sostenerle la cabeza. Su rostro estaba pálido. Le ofrecieron agua y

poco a poco empezó a recuperarse. Un colega la recostó y elevó sus piernas ligeramente para mejorar su circulación.

—¡¿Irene?!, ¡¿Irene?!, ¿puedes oírme? —preguntaban preocupados.

—Si ya lo decía yo, esta mañana tenía mala cara —comentó Tania.

—Denle espacio, ¿puede alguien traer un vaso de agua? —sugirió otra persona.

Gradualmente, Irene empezó a recuperar la consciencia y la situación comenzó a calmarse. La llevaron a un lugar donde pudiera tumbarse, y por casualidad, terminó recostada en el sofá Chester de la sala de espera. Pablo, preocupado por su salud, se acercó:

—¿Estás bien? —preguntó.

—Todo me da vueltas, me siento mal —respondió Irene.

—Debe ser la regla —opinó uno de los presentes, un autoproclamado experto en todo, quien, ante las miradas inquisidoras de las mujeres presentes, optó por retirarse.

—Creo que lo mejor es que te vayas a casa y de ahí al médico —sugirió Marcos, que también estaba presente.

Irene, que nunca había faltado al trabajo por enfermedad en todos sus años en Fintrium, intentó resistirse:

—Hay mucho trabajo, no puedo —dijo, intentando levantarse, pero sufrió otro pequeño desvanecimiento.

—No hay opción, ahora mismo te vas al hospital o a casa —insistió Pablo—. Que alguien llame a un taxi.

Acompañaron a Irene hasta la calle, donde la esperaba un taxi:

—Cariño, ya le he dado al taxista tu dirección. Cuídate y no nos des más sustos —dijo la secretaria de recepción.

Una vez en el taxi, y después de recorrer unos trescientos metros, Irene se recuperó instantáneamente.

—Cambio de planes, lléveme a esta dirección —le indicó al taxista, dándole la dirección de la casa de Carlos. Una pequeña sonrisa se dibujó en su rostro, pensando: "Si pronto no voy a trabajar en Fintrium, tal vez pueda ser actriz".

* * *

La casa de Carlos era grande, con un amplio salón y varias

habitaciones. Aunque vivía solo, tenía una señora que se encargaba de la limpieza y la cocina. Ese día, Carlos le dio el día libre:

—Váyase a su casa y no vuelva hasta que yo la llame.

—Pero señorito, ¿qué va a comer? —preguntó la señora.

—Pizza —respondió Carlos, cerrándole la puerta casi en sus narices.

La casa tenía un despacho equipado con una mesa, dos sillas, un ordenador portátil y una pizarra para escribir con rotuladores. Había también un tablero de corcho, adornado principalmente con fotos de Asturias y de Carlos con sus amigos, y solo cuatro notas adhesivas.

Al abrir la contabilidad secreta, Carlos se dio cuenta de cómo estaba organizado todo. Era evidente el flujo de dinero. Los fondos provenían de una sección etiquetada como “Clientes”, que incluía proyectos que generaban comisiones, como instituciones, empresas, subvenciones y otras fuentes. En la sección de “Proveedores” se detallaban los gastos oficiales, mientras que en “Comisionistas” aparecían los receptores de las comisiones ilegales. Al revisar la lista de comisionistas, Carlos notó que no había nombres reales, sino alias. Las cantidades involucradas eran enormes, y los destinos estaban identificados por el país y el número de cuenta bancaria.

Al llegar, Irene se quedó fascinada con lo que Carlos había elaborado. En una gran pizarra, había creado un panel esquemático con diagramas de flujo que conectaban gestores, empresas, proyectos, testaferros y destinatarios finales.

El esquema mostraba claramente el rastro del dinero. Estaba organizado de la siguiente manera: a la izquierda, el origen del dinero; en el centro, los bancos y entidades financieras, así como los bonos y acciones al portador donde se depositaba el dinero “B”; y a la derecha, los beneficiarios finales. Entre estos elementos, se ubicaban los testaferros, voluntarios o involuntarios, como Pablo.

Para representar cada operación, Carlos había utilizado hilos de colores. Cuando se le acabaron los hilos que tenía en casa, incluso fue a su ferretería a las tres de la madrugada para conseguir más cuerdas, hilos y cables planos de electrónica de diferentes colores

—Carlos, esto es impresionante. Nunca había visto nada parecido. ¡Qué capacidad para crear esquemas tan claros! —exclamó Irene, admirada.

—Gracias —respondió Carlos modestamente.

—Pero ¿y estos nombres tan extraños? —preguntó Irene,

señalando nombres de personajes de ficción como Iron Man, Harry Potter y Frodo.

—Son alias. Son los nombres que usan los que se llevan el dinero. Están codificados en la contabilidad para evitar su identificación —explicó Carlos.

—Qué frustrante —se lamentó Irene.

—Sin embargo, si te fijas bien, la mayoría de las operaciones tienen tres destinatarios principales: Jabba, Darth Maul y Superman —continuó Carlos.

—Entonces, ¿Bernardo Cano, Azpilicueta y Marcos? —dedujo Irene en voz alta.

—Exacto. Además, coincide. Parece que Marcos eligió un personaje que refleja su autosuficiencia, siendo Superman. Darth Maul, feo, malvado y siempre enojado, sería Azpilicueta, y el gordo Jabba representa a Bernardo.

Irene reflexionó sobre los nombres:

—Gandalf es otro de los grandes receptores. ¿Y quién en la empresa es mayor, delgado y tiene el pelo blanco? Luciano López —dijo, pensativa.

—Correcto —confirmó Carlos.

—¿Y qué me dices de Cat Woman? ¿Podría ser Babi? —preguntó Irene, intrigada.

—No estoy seguro. A estas alturas, ya desconfío de todos.

—¿Incluso de mí? —inquirió Irene, haciendo una expresión triste.

—¡No, claro que no de ti! —aseguró Carlos rápidamente.

—Bueno, Cat Woman está en el sexto lugar en cuanto a la cantidad de dinero recibido, lo que sugiere que debe ser alguien importante en la organización —dedujo Irene.

—¡Adelante! —animó Carlos—. Yo seguiré analizando la contabilidad y tú investiga toda la información del ordenador de Marcos.

Carlos cogió el ordenador y las carpetas y se dirigió al salón, buscando más espacio para trabajar. Despejó la mesa del comedor, retirando los adornos florales y colocando allí el ordenador y el resto del material. Luego, se enfrentó al gran tresillo; lo miró indecisa, no sabiendo bien qué hacer con él. Finalmente, abrió el ventanal que daba a la terraza y empujó el elegante sofá de cuero hacia allí.

También movió los muebles que estaban cerca del tresillo y quitó todos los cuadros y adornos de la gran pared. Ahora tenían un espacio mucho más amplio para ubicar el tablero de análisis, creando un imponente mural donde meticulosamente colocaban a todos los involucrados en la trama:

—¿Estás completamente seguro de esto, Carlos?—preguntó Irene.

—Sí, completamente seguro —respondió él con convicción.

Después de horas de trabajo incansable, Irene y Carlos seguían descubriendo nombres en clave y testaferros. Mientras trabajaban, intercambiaban ideas, teorías y descubrimientos, y de vez en cuando se permitían alguna broma. La magnitud de lo que estaban descubriendo era impresionante.

—¡Mira esto! Adivina quién aparece aquí como beneficiaria de una transacción de 45.000 euros —dijo Carlos de repente.

—¿Quién? —preguntó Irene, intrigada.

—¡Tú! Irene Andrade Trevijano.

—¡¿Qué?! ¿Yo? ¡No me lo puedo creer!

—Con esta transferencia, te pueden implicar fácilmente. Estos tipos lo tienen todo bien planeado. Crean evidencias que pueden usar en el futuro —explicó Carlos.

Irene y Carlos habían identificado a los testaferros, pero aún necesitaban descubrir los nombres reales de los beneficiarios para completar su investigación. Irene buscaba entre los nombres de los archivos términos como "alias", "apodos", "seudónimos" e incluso "motes".

De repente, se encontró con un archivo titulado "superhéroes". Se quedó paralizada, preguntándose si ese sería el archivo clave. Todo apuntaba a que sí. Emocionada, intentó abrirlo, pero se encontró con que el archivo estaba encriptado. La frustración inundó a Irene. Habían avanzado tanto, estaban tan cerca de la verdad, pero al mismo tiempo, parecía inalcanzable.

En ese momento, parecía imposible descifrar las claves. Carlos e Irene se miraron, conscientes del desafío que tenían delante. De repente, Carlos se levantó y agarró su teléfono:

—¿Roger? —preguntó al recibir respuesta.

—Sí, soy yo, Carlos. ¿Qué ocurre?

—Necesito que vengas a mi casa ahora mismo.

—¿Ahora? ¿Estás loco? Son las once y media de la noche, estoy en pijama.

—Lo siento, Roger, pero es urgente. Te lo pido por favor, necesitamos tu ayuda —insistió Carlos.

—¿Tiene algo que ver con una conspiración?

—Sí, exactamente. Necesitamos abrir un archivo encriptado.

Tras un breve silencio, Roger respondió:

—¿Esto está relacionado con lo de Pablo?

—Sí, completamente.

—Está bien, dame media hora y estaré ahí.

La media hora de espera se estaba haciendo eterna cuando sonó el timbre. Apareció Roger con un abrigo encima del pijama.

—Ya os vale, de esta acabamos los tres en la cárcel—dijo Roger con una mezcla de humor y seriedad.

—Los que van a acabar en la cárcel son otros, y serán más de tres —respondió Carlos.

Al entrar al salón y ver el elaborado panel esquemático, Roger se quedó impresionado.

—Vaya, esto parece sacado de una película —observó.

Mientras examinaba el panel, Roger notó las fotos recortadas de personajes de películas y comentó:

—¿Estáis investigando o jugando? —preguntó, señalando una foto de Yoda.

—Justamente para eso te necesitamos. En este archivo están los nombres reales de quienes están representados por estos seudónimos —explicó Irene.

—Bien, déjenme ver. ¿Es este el archivo? —dijo Roger, centrando su atención en el ordenador. Después de unos momentos, exclamó—: ¡Listo, ya está abierto!

—¡Ya está abierto! ¿el qué?—pregunto Carlos.

—El archivo ya está desencriptado —respondió Roger con calma.

—¡Pero si no has tardado ni un minuto! —exclamó Irene, igualmente sorprendida.

—¿Cómo lo has logrado, Roger? —preguntó Carlos, lleno de curiosidad.

—Puesss, sabiendo—dijo Roger mientras los otros dos estaban con la boca abierta.—bueno, pues, ahí lo tenéis, yo me voy a dormir.

Irene y Carlos ansiosos abrieron el archivo desencriptado y comenzaron a examinarlo detenidamente.

—Por cierto, no cerréis este archivo porque después no podréis volver a abrirlo, y yo no regresaré para ayudaros —advirtió Roger desde la puerta.

Pero ellos no le escuchaban, completamente absortos en el contenido del fichero. Viendo que no le hacían caso, Roger decidió quedarse, aprovechando para terminar la media pizza que habían dejado, por lo que se abrió un refresco y se la terminó.

Carlos tomó el ordenador y se acercó al panel. Mientras él sostenía el ordenador, Irene empezó a quitar las fotos y a reemplazarlas con los nombres reales.

—Así que Jabba era Bernardo, tenías razón —dijo Carlos.

—Y Superman era Marcos. Siempre ha sido un egocéntrico. Claramente él es quien asignaba los nombres en clave —comentó Irene.

—Darth Maul era Azpilicueta, el malvado. Es un tipo horrible —añadió Irene—. Bien elegido el personaje. ¿Crees que Azpilicueta lo sabrá?

—Sigamos. Gandalf es Luciano López, y Luis del Clavero es Aragorn —continuó Carlos, mientras seguían descubriendo más conexiones

—Pepe era Harry Potter. La verdad es que le pega, cara de bueno, pero luego ya ves a Pepe —observó Irene.

—Harry el sucio, John Mcclenane, y Robocop eran jefes de policía —añadió Carlos, notando más conexiones.

Sin embargo, la pregunta sobre Cat Woman seguía sin respuesta.

—Bueno, ya hemos identificado a todos, excepto a Cat Woman. Es el único superhéroe que nos falta, y además, es el único personaje que es mujer —concluyó Carlos con frustración.

—"Y no te olvides de que es la sexta de cincuenta en cuanto a cantidad de dinero recibida".

Era curioso cómo, de una forma u otra, los receptores se asemejaban a los personajes asignados. Roger, que se había terminado

la pizza, había cogido una bolsa de patatas fritas. Mientras las comía, observaba cómo iban apareciendo nombres: políticos, empresarios, gente conocida.

—"Joe, es cierto, si es clavado a Gollum, siempre lo he dicho", decía Roger. "Y ese, sí, sí, el hermano gemelo de Yoda".

Irene y Carlos se pusieron a saltar. Roger se contagió del entusiasmo y se unió a los saltos. La noche avanzaba y cada vez las cuentas cuadraban cada vez más y más.

* * *

El aroma de café y pan tostado despertó a Irene, quien se encontraba en el sofá que no habían sacado de la terraza. Llamó a la oficina para informar que aún no se había recuperado. Faltaba poco para terminar todo. Se trataba de un trabajo minucioso.

Después de una ducha reconfortante y del potente desayuno que Carlos había preparado, se pusieron manos a la obra de nuevo.

Al finalizar el trabajo, ya no podían hacer más que ponerlo en manos de la policía. Sin embargo, entregarlo a la policía tenía riesgos ocultos. Debido a la revisión de los documentos, se pudo constatar que estaban implicados mandos policiales, lo que planteaba la pregunta de si el caso sería destapado o encubierto.

La cajita japonesa

Decidieron que, en lugar de acudir a la policía, irían a la Guardia Civil, específicamente a la UCO. Quedaban cuatro tareas por realizar antes de presentar todo a la Guardia Civil. Consideraron necesaria la presencia de Irene en Fintrium para mantenerse informados sobre los acontecimientos y recabar información. Asimismo, era vital para enterarse de cuándo Marcos descubriría el acceso y para evitar sospechas. Si Irene no estuviera presente, podrían delatarse.

Irene estaba obsesionada con la caja japonesa del despacho de Marcos. Se preguntaba constantemente sobre su contenido y si guardaría algún secreto relevante para la investigación Por otro lado, Carlos opinaba que ya tenían suficiente información y que no merecía la pena asumir más riesgos, especialmente por la caja japonesa. Habían acordado ignorarla, pero Irene no lograba sacársela de la cabeza; la ambición era tan seductora como peligrosa. Hasta ahora, todo había transcurrido sin contratiempos. ¿Por qué no iba a ser igual en esta ocasión?

Irene regresó al trabajo y les dijo a sus compañeros y a Pablo que había tenido un virus estomacal, pero que ya estaba recuperada. Al verla, Marcos le pidió que pasara a su despacho. En ese instante, Irene sintió un escalofrío. ¿La habría descubierto?

—Irene, ¿cómo te sientes? ¡Nos preocupaste mucho!

—Estoy bien, señor Cavero. Gracias por su preocupación.

Se dio cuenta de que él aún no sabía nada; no había intentado acceder al programa de contabilidad. Al voltear, sus ojos se fijaron en la caja japonesa. Era imposible apartar la mirada. La caja se estaba convirtiendo en una obsesión.

A pesar de haberle prometido a Carlos que no lo haría, Irene no pudo resistirse. Como en días anteriores, esperó hasta quedarse sola. Se adentró en el despacho de Marcos. Allí estaba la pequeña caja japonesa, elegante y sofisticada, casi como si susurrara: “Ireeeneeee, ábreme”. La cajita, hecha de madera, lucía un diseño detallado con motivos japoneses, incluyendo casas al estilo “machiya”.[32] La caja estaba adornada con paisajes, flores, aves y escenas de la vida cotidiana japonesa. Los relieves en oro y su pulido le conferían un acabado elegante y refinado. Sin duda, era una obra de arte a la que Irene no dudaría un segundo en darle un martillazo si no conseguía

abrirla con la clave.

Irene probó varias combinaciones numéricas, incluyendo fechas de cumpleaños, pero sin éxito. ¿Qué más podía hacer? Intentó forzar la cerradura con un abrecartas, pero fue en vano. Recordó que Carlos le había comentado que a menudo es más fácil abrir algo por las bisagras que por la cerradura. Con esa idea en mente, insertó el abrecartas entre la caja y la tapa, justo en las bisagras. Aunque le costó, finalmente, con un poco de presión, logró abrir una pequeña rendija. Los clavos se soltaron lo suficiente como para que pudiera extraer el contenido de la caja: un pendrive. Otra hazaña más de la audaz espía. Absorta en su intento de cerrar la caja y reubicar los clavos en su lugar, Irene no percibió los movimientos en la oficina.

De repente, la puerta se abrió con estrépito. Ángel, una figura imponente de 120 kg, se presentó en la escena, sosteniendo una porra en una mano y una bola formada por precintos de cinta de embalar en la otra. Irene reconoció al instante esa bola; eran los restos del embalaje que había dejado en el archivo y ocultado en lo alto de una estantería. Con un gesto brusco, Ángel golpeó la bola con la porra, emulando a un bateador de béisbol. Se acercó tanto a Irene que ella pudo percibir el olor a sardinas de su aliento.

Irene, con agilidad, ocultó el pendrive detrás de su espalda en una mano y la caja japonesa en la otra, esperando que Ángel no lo notara.

—Ya sabía que tramabas algo, ¡zorra! ¿Qué es lo que escondes? —acusó Ángel.

Había sido descubierta. Era evidente que ella había accedido al ordenador de Marcos.

—¿A qué has venido, a robar o a espiar? —inquirió Ángel.

Irene, de manera discreta, había logrado esconder el pendrive, pero Ángel ya tenía en sus manos la caja japonesa, examinándola cuidadosamente para descubrir su contenido. Sin que él se diera cuenta, Irene movió disimuladamente el abrecartas con su pie para esconderlo debajo de la cajonera.

—¿Esta mierda es lo que querías robar? ¿Esta puta caja china? —se burló Ángel.

Ángel se acercó a Irene.

—Espera, ya sé por qué has venido. Vienes a verme hacer mi ronda, ¿verdad? —dijo Ángel, intentando sonar seductor.

Arrinconada frente a esa imponente figura, Irene se sintió atrapada, sin saber cómo reaccionar. Ángel empezó a pasar su mano

por sus pechos, mientras con la porra empezó a subirle la falda.

—Supongo que querrás que mantenga el silencio ante la policía y la dirección, ¿no es así, preciosa? —dijo Ángel con una sonrisa astuta mientras deslizaba su lengua por el cuello de Irene y con su mano seguía tocándole pechos y caderas.

Irene negó con la cabeza.

—Creo que tú y yo nos vamos a entender. Tú no quieres que hable y yo quiero de esto tan rico que tienes aquí—mientras presionaba su pecho.

—¡Vale! ¿Qué quieres a cambio? Pregunto Irene

Ángel sonrió con malicia—Je, je, je, ¿qué quiero a cambio? Vamos entendiéndonos—Con la porra ya le había subido la falda a la altura de la cintura, por lo que paso su mano del pecho a la entrepierna de Irene metiendo sus dedos dentro de sus bragas.

—Primero me la vas a chupar un poco, con mucho cariño y luego te vas a tumbar en el sofá de la sala de espera.

"¡En el Chéster no!", pensó Irene. Parecía que el maldito sofá la perseguía

—Vale, vale—, pero tocando la porra añadió—¿me imagino que en algún sitio habrá una porra más grande?

—Je, je, je, claro—Ángel se bajó los pantalones y calzoncillos, en ese momento mostraba su miembro viril eréctil, sin dejar de tocar a Irene.

Irene acarició ligeramente el miembro de Ángel, y le susurro al oído:

—Esto sí que es una porra que merece la pena—dijo Irene.

—No lo sabes tu bien—dijo Ángel

Irene bajo la mano acariciando sus testículos, luego cerró fuertemente la mano, realizó un giro brusco de muñeca, empujó con fuerza a Ángel y salió corriendo. Siempre llevaba consigo su teléfono, una costumbre arraigada por la necesidad de tomar notas de voz. En esta ocasión, había registrado toda la conversación y el intento de violación.

Al día siguiente, lo primero que hizo Irene al llegar fue dirigirse a la mesa de Ángel. Con una mirada seria y desafiante, clavó sus ojos en los de él y, dando un golpe firme en la mesa, comenzó a reproducir el audio del día anterior, en el que Ángel había intentado forzarla.

—Ve al consejero delegado, yo me encargaré de ir a la policía,

¡cerdo! Además, las huellas en la caja japonesa son las tuyas"—dijo Irene con un tono desafiante y despechado, antes de darse media vuelta.

El Pendrive

Carlos estaba enfadado con Irene por haberse arriesgado por el pendrive:

—No deberías haberlo hecho. Ahora más que nunca, es urgente ir a la Guardia Civil. Espero que ese Ángel se mantenga en silencio.

—Se va a quedar callado, te lo aseguro. Se le descompuso el rostro al verme —respondió Irene.

—Sí, y por el dolor de los cataplines. Ambos rieron.

—Bueno, veamos qué hay aquí —dijo Carlos mientras abría la carpeta de archivos.

—Parecen vídeos —comentó Irene, mientras Carlos abría el primero.

—¡¿Pero qué diablos...?! —exclamó Carlos al comenzar la reproducción del vídeo.

El vídeo reproducía un dormitorio en el que salía Marcos en la cama con una chica. Practicaban sexo, por lo que quedaron unos minutos sin saber qué decir.

—No me imaginaba que Marcos tenía vocación de actor porno —dijo Carlos.

—Bueno, atributos no le faltan—dijo Irene mientras separaba sus dedos unos treinta centímetros entre sí.

Ambos se rieron, notando que algunos de los vídeos tenían nombres específicos.

—Busca un archivo que se llame “Raquel” —solicitó Irene.

—Aquí está. ¿Por qué te interesa este en particular? —preguntó Carlos.

—No es por nada en concreto, solo tenía curiosidad por saber dónde tenía el tatuaje de la flor de lys —respondió Irene.

—Vaya, es un lugar curioso para un tatuaje —comentó Carlos.

—Sí, y también es un sitio inusual para ponerse un piercing —añadió Irene.

Había más nombres en la lista, pero Irene se sentía incómoda viendo esos vídeos de contenido sexual junto a Carlos. En los últimos

días, Irene y Carlos habían desarrollado cierta confianza entre ellos, pero no al nivel de sentirse cómodos viendo juntos ese tipo de contenidos.

—Carlos, mejor dejémoslo. Eso es parte de su vida privada y no es nuestro objetivo —sugirió Irene.

—Hay una carpeta que dice “oficina”. ¿Te interesa saber cuántas de tus compañeras han estado con él? —preguntó Carlos.

—Prefiero no enterarme. Además, esos vídeos se grabaron sin el consentimiento de las chicas, es repugnante —respondió Irene con disgusto, levantándose para ir a la cocina a prepararse un café.

—¡Irene, Irene, ven corriendo!— llamó Carlos con urgencia.

—¡¿Qué sucede?!— preguntó Irene, alarmada.

—¡Mira este fichero: “Cat Woman”!— exclamó Carlos.

Se apresuraron a abrirlo. En las primeras escenas, la identidad de la chica no era clara; estaba de espaldas a la cámara, montada sobre Marcos. Esperaron a que las escenas avanzaran hasta que cambiaron de posición. Ahora ella estaba de frente, pero su larga y oscura melena le cubría el rostro. Aunque el pelo le resultaba molesto, la forma en que Marcos la sujetaba le impedía retirarlo con las manos. Continuaron observando cómo los dos protagonistas seguían con sus juegos eróticos, hasta que finalmente fue Marcos quien apartó el cabello de la chica, revelando su rostro:

—¡No! ¡No puedo creerlo! —exclamó Carlos.

—¡Vaya, qué fuerte! —comentó Irene.

—Siempre me la imaginé así en la cama, como una tigresa —dijo Carlos con una sonrisa.

—Está casada, ¿verdad?

—Sí, y su marido también es político.

—Tiene un cuerpazo, la verdad.

—Sí, y un buen par de... ¿Crees que son operadas?

—Definitivamente, no se puede desafiar la gravedad de esa manera.

—Sería un escándalo enorme si este vídeo llega a los adversarios políticos o a la prensa.

—Te imaginas los titulares: “La ministra de Infraestructuras, Elena Riquelme, en un acto de sexo salvaje” —dijo Irene.

—¿Crees que dimitiría si se hace público el vídeo? —preguntó

Carlos.

—Aquí no dimite nadie —respondió Irene con cierta resignación.

—¿Qué hacemos entonces? —preguntó Carlos.

—No podemos usar esto como prueba de que Cat Woman es Elena Riquelme —señaló Carlos.

—Igual deberíamos formatearlo.

—¿Estás segura? —inquirió Carlos.

—Sí, completamente.

Carlos comenzó a teclear en el ordenador: “Formatear Unidad USB (F)”. Luego tomó el dedo índice de Irene, colocándolo junto al suyo sobre la tecla “Intro”.

—A la de tres. Uno, dos y tres.

Con el formateo, todos los vídeos se borraron.

La denuncia a la Guardia Civil

Con todos los datos meticulosamente organizados, Irene y Carlos se dirigieron a la Guardia Civil, específicamente a la UCO (Unidad de Delitos Monetarios). Las cantidades implicadas en el caso eran enormes, superando las ocho cifras.

—Buenos días, queremos presentar una denuncia —indicaron al llegar.

—Deben ir a la policía para eso —les respondió un agente.

—Se trata de una trama de corrupción con sumas muy elevadas y que involucra a personalidades importantes, incluyendo mandos de la policía —explicó Irene.

Esta información captó la atención del agente, que les invitó a pasar a una sala.

—Por favor, esperen aquí. En breve les atenderemos —les indicó.

—Bien —respondió Irene, asintiendo.

Carlos se acercó discretamente a Irene y le susurró:

—Mira ese cristal. Seguro que nos están observando. No hagas ni digas nada fuera de lugar.

Tras unos minutos de espera, fueron invitados a entrar a un despacho. Una vez dentro, y sintiéndose evaluados, se sentaron por indicación de un agente vestido de civil.

—Adelante, cuenten —dijo el agente.

Irene y Carlos comenzaron a narrar todo lo sucedido y los hallazgos de su investigación, entregando copias de la documentación que habían recopilado. Además, presentaron un resumen escrito que detallaba todo lo que estaban exponiendo. Mientras compartían los detalles, el agente leía atentamente las hojas. Con el ceño fruncido y sin pronunciar palabra, cogió el teléfono y marcó un número. Algo había captado específicamente su atención.

—Tino, ¿puedes venir un momento? —solicitó al teléfono.

Minutos después, el agente Tino de la Guardia Civil entró en la sala. Vestía su uniforme, y de su cinturón colgaba una pistola HK 9x19 Luger Parabellum en su funda. Su cabello ligeramente desordenado y

su rostro con expresión de fatiga daban la impresión de que venía de un turno nocturno o de una operación reciente. En su mano llevaba una taza blanca adornada con el escudo de la Guardia Civil, que mostraba fasces romanas representando la unidad del Estado, una espada simbolizando la autoridad y una corona en alusión al reino de España.

El primer agente le pasó a Tino el informe y la documentación que Irene y Pablo habían traído. Señaló un párrafo específico, pero Irene y Pablo no lograron ver qué era lo que había llamado tanto la atención del agente.

El agente Tino comenzó a leer los documentos, apoyándose en el borde de la mesa. De vez en cuando, levantaba la vista para observar a Irene y Carlos. En un momento, cuando Carlos intentó intervenir, Tino lo detuvo con un gesto de su mano. Luego, hizo una señal a su compañero para que le cediera su silla y se sentó, extendiendo los papeles ante él. Con una expresión de atención, revisaba el informe y los anexos, levantando ocasionalmente la mirada hacia Irene y Carlos. El informe, impecablemente organizado al estilo de Irene, capturó completamente su interés.

Tras varios minutos, Tino extrajo una carpeta de un cajón y escribió en el centro de la portada: “Caso Chéster”. Al ver esto, Irene pensó con cierta ironía: “¿Es que la palabra “Chéster” me perseguirá el resto de mi vida?”. El agente recogió todos los documentos, los agrupó cuidadosamente y los colocó dentro de la carpeta. Luego, llamó a dos agentes más que se sentaron en la sala. Entrelazando los dedos, Tino se dirigió a Irene y Carlos:

—Bien, ahora cuéntenmelo todo desde el principio.

Tino

Constantino era el hijo del primer matrimonio de Bernardo. Después de que Bernardo los abandonara a él y a su madre, continuaron durante un tiempo las visitas ocasionales y los pagos de la pensión alimenticia. Sin embargo, con el paso del tiempo, estas visitas y pagos se hicieron cada vez menos frecuentes hasta que, finalmente, cesaron por completo. Desde que tenía seis años, Constantino no volvió a ver a su padre.

El resentimiento de Constantino hacia su padre aumentaba a medida que la salud de su madre se deterioraba. Tras años de lucha y esfuerzo por sacar adelante a su hijo, su madre falleció, dejándolo solo. Movido por la curiosidad y con la determinación de un agente secreto, Constantino decidió a los 16 años investigar sobre su padre para conocerlo mejor. Dado que Bernardo era una figura conocida en el mundo empresarial, obtener información sobre él resultó ser más fácil de lo esperado.

Por casualidad, Constantino descubrió que su padre asistiría a una conferencia empresarial. Decidió ir, pero su juventud y aspecto le impidieron acceder directamente al evento. Llegó al centro de Madrid en una moto de pequeña cilindrada que había "tomado prestada". Allí se quedó sentado, esperando pacientemente la oportunidad de presentarse ante su padre cuando saliera del evento.

Aunque no logró ver a su padre salir por la puerta principal, Constantino notó un lujoso Mercedes que salía del garaje. Al volante estaba su padre, Bernardo. Con determinación, se colocó el casco y comenzó a seguir el automóvil en su moto, manteniendo una distancia prudente.

En cada semáforo, Constantino se mantenía discretamente a distancia para no llamar la atención. Al pasar el último semáforo de la Castellana, Bernardo aceleró su Mercedes, y Constantino acelero su moto al límite, pero el coche de su padre se alejaba rápidamente. Justo cuando estaba a punto de perderlo de vista, un camión cambió de carril repentinamente, forzando al Mercedes a reducir la velocidad. Esta maniobra dio a Constantino la oportunidad de recuperar terreno. A pesar de cometer algunas infracciones de tráfico en su empeño por acercarse, no logró alcanzarlo completamente. El Mercedes giró hacia una vía de servicio y desapareció. Constantino se había quedado tan cerca de su objetivo.

Desconcertado, Constantino continuó su marcha, escudriñando a su alrededor. A lo lejos, divisó una imponente valla con una majestuosa puerta que parecía sacada de un palacio. "Debe ser allí", pensó mientras se dirigía hacia la entrada de la urbanización. Sin embargo, al acercarse, se encontró con una pequeña caseta de seguridad, una barrera y dos guardias. Uno de ellos se aproximó a él y le preguntó: "¿A dónde se dirige, señor?". Tras dudar brevemente, Constantino respondió con determinación: "Voy a mi casa", pensando que quizás no se atreverían a detener a un propietario.

El guardia respondió con bastante sorna:

—No hace falta comprobar la matrícula, nadie en esta urbanización conduce un cacharro tan cutre como este.

La oportunidad se esfumó. Unos días después, Tino exploraba la zona en busca de otra manera de acceder a la propiedad. Observó que las personas que llegaban en coche eran identificadas por la matrícula, pero aquellos que parecían ser trabajadores y que pasaban andando no lo hacían.

Tino tomó una mochila y metió en ella una pala que tenía en casa. Con aspecto de jardinero, llegó al control de acceso y preguntó al guardia de seguridad: "¿La casa de Bernardo Cano?". Le indicaron el camino y, sin pensarlo dos veces, se plantó frente a la casa de su padre. Pensó en llamar a la puerta, pero decidió esperar a que él saliera.

Varios días más tarde, la verja se abrió y salió un coche, pero no era el de Bernardo, sino un coche blanco familiar, conducido por una señora muy distinguida. En el asiento de atrás iban un niño y una niña, esta última con dos trenzas, un poco más pequeña que su hermano. Ambos llevaban uniformes escolares. El niño al ver a Constantino, le sacó la lengua maleducadamente. ¿Acaso esos niños eran sus hermanos?

Constantino continuaba yendo siempre que podía a la casa de Bernardo. Un día, vio a los dos niños y al niño de la casa de al lado montando en bicicleta. Se dirigían a un pequeño parque con columpios y juegos geniales, y Constantino los siguió. La niña se quedaba atrás, exigiéndole a su hermano y al vecino que la esperaran. “Tristán, Marcos, ¡esperadme!”, les gritaba. Ya sabía los nombres de los niños, aunque no sabía a quién correspondía cada uno. Y, ¿cómo se llamaba la niña? Se fue a casa sin obtener respuesta.

Otro día, mientras los niños estaban en el parque con la cuidadora, apareció Bernardo. Era una buena oportunidad para acercarse. Bernardo se acercó a los niños y dijo: “Tristán, Babi”.

¡¿Babi?! ¿Qué nombre era ese? Los niños corrieron a los brazos de su padre, y la cara de extrañeza de Tino por el nombre de su media hermana se tornó en tristeza al ver cómo aquel hombre que lo había abandonado y no quería saber nada de él se deshacía en amor con esos dos niños.

En una ocasión, la peluquera del barrio llamó a Constantino y le dijo:

—¡Tinooooo, ven!—mientras le entregaba una de esas revistas de cotilleos y sociedad que se encuentran en las peluquerías.

—Mira, un reportaje sobre tu padre—le comentó.

Constantino la tomó y la abrió. Un vecino del barrio decía:

—¡La leche, el jodío! Me acuerdo cuando iba a casa del Paco a recoger las cáscaras de las patatas porque no tenía "na" que comer.

Constantino se quedó con la revista. A diferencia de otros chicos de su edad, aficionados a revistas donde las mujeres mostraban “sus vergüenzas”, Constantino examinaba con atención la revista que le había dado la peluquera una y otra vez. Allí vio la opulencia del exterior de la casa y un poco del jardín, que ya conocía parcialmente cuando abrían la verja, pero eso era todo.

La revista mostraba todo en detalle: los jardines circundantes, el interior, donde el salón era casi tan grande como la pista de fútbol sala en la que él jugaba, con una pantalla de televisión tan grande como las del cine. La cocina era impresionante, lo suficientemente grande como para albergar su casa y la del vecino juntas. Las habitaciones, el cuarto de juegos de los niños, sus medio hermanos, todos llenos de juguetes, peluches, juegos y una mesa de futbolín, estanterías repletas. Los juguetes que Tino había tenido desde que nació cabrían en una maleta pequeña. Sin embargo, lo que más llamó su atención fue la foto de la niña montada sobre su padre, como si él fuera un caballo.

Esos niños tenían todo lo que a él le habían negado; con el mismo padre, cómo había tantas diferencias. ¿Por qué?, se preguntaba.

A pesar de haber desestimado la idea de contactar con Bernardo, no podía resistirse y fue una vez más a observar la opulencia desde su escondite habitual.

Estaba enfrente de la casa pensando si llamar al timbre cuando unos destellos azules iluminaban la calle, cuando se hicieron más intensos un coche blanco y azul con las letras "Policía" en el lateral se detuvo bruscamente delante de él.

Antes de que el coche se detuviera por completo, dos policías salieron y se abalanzaron sobre él. Le agarraron de cada uno de sus brazos. Bernardo salió de la casa en mangas de camisa y preguntó:

—¿Quién eres y qué haces aquí? ¿Por qué merodeas siempre por mi casa?

—Soy Constantino, tu hijo—respondió el chaval.

La cara de Bernardo cambió como si hubiera visto un espectro. Cinco segundos después, dijo:

—Mis dos hijos están en casa durmiendo, no conozco a este fulano, ¡llévenselo!

—Señor Cano, pásese mañana a presentar la denuncia—respondió uno de los policías.

Bernardo cruzó la calle, se metió en su casa cerrando la verja de un portazo, dejando a Constantino confundido y con el corazón roto.

Al día siguiente, ninguna denuncia fue presentada, pero las palabras "no conozco a este fulano" resonaban en la cabeza de Tino una y otra vez. Los sentimientos de odio se transformaban en malos deseos hacia Bernardo y sus hermanos. Imaginaba venganzas mientras rayaba con ira las caras de la familia Cano con la punta de un bolígrafo, especialmente la de la niña.

Durante sus episodios de espionaje a la familia Cano, cuando era solo un crío que jugaba a ser un agente secreto, desarrolló una gran afición por todo lo relacionado con ese mundo. Soñaba con convertirse en un agente secreto, seguro de que el MI5 habría contratado a más agentes secretos desde James Bond. ¿El siguiente agente cero, cero sería él? "Tino, Constan, Tino". Pero la realidad, el idioma y no ser británico complicaron su deseo de unirse al MI5. No obstante, y algo más real, optó por ingresar en la Guardia Civil. A veces, los rencores del pasado afloraban, y malos pensamientos invadían su mente cada vez que iba a los ensayos de tiro. No podía evitar pensar que el centro de la diana era su padre y todo lo que le rodeaba.

Otra persona de la familia Cano también estaba en el punto de mira. Cuando se encontraba con un compañero de otro cuerpo, de la Policía Municipal, le decía: "Compañero, acabo de presenciar un todoterreno Range Rover negro pasar un semáforo en rojo. Aquí tienes la matrícula." El presupuesto en multas de Babi era elevado, pero lo peor era convencer a Pablo de que no se había saltado ninguna norma de circulación.

7 ¿POR QUÉ PABLO?

Tres años antes de la detención

El treinta cumpleaños de Pablo.

En su trigésimo cumpleaños, el cambio de década le causaba ilusión a Pablo. Ya tenía una vida sólida: un buen trabajo, ingresos satisfactorios, una mujer fenomenal y una salud envidiable. Su estatus les permitía llevar una vida activa en todos los sentidos: salir, viajar, realizar actividades deportivas, navegar y disfrutar con amigos. Con motivo de entrar en los treinta, él y Babi habían empezado a hablar de tener hijos. Ambos querían, aunque no coincidían en el número de retoños, sí en que en un par de años se pondrían en ello.

Coincidía que su cumpleaños caía en viernes, por lo que esa misma noche saldrían a cenar. Cuando Pablo llegó a casa alrededor de las ocho, Babi no estaba. Se duchó y se arregló para salir. En ese momento, recibió un mensaje de Babi: "*cariño, estoy en casa de mi madre, ¿puedes pasarme a recoger y de aquí nos vamos a cenar? ¡Muac, te quiero, Feliz cumpleaños!. Babi*"

Pablo se dirigió hacia la casa de sus suegros, una impresionante residencia de 1.500 metros cuadrados en una parcela de 10.000 metros. La arquitectura era clásica y contaba con una entrada majestuosa que, aunque un tanto exagerada, cumplía opulentamente la función de decir: "aquí somos ricos". La casa, de forma rectangular, estaba distribuida en tres alturas, incluyendo una buhardilla que funcionaba como un amplio salón de juegos y un sótano que hacía las veces de garaje.

Cuando llegó, el todoterreno de Babi estaba estacionado allí. Al intentar entrar por la puerta principal de la vivienda y darse cuenta de que no le abrían, lo encontró extraño considerando que había dos o tres personas de servicio. Optó por dirigirse al lateral y acceder a la parte trasera, donde habitualmente se sentaban en el porche.

Al girar de repente se sorprendió con un:

—¡Sorpresa! ¡Felicidades!—Allí estaba Babi, y todos sus familiares y amigos.

Después de besar y abrazar a todo el mundo, lo que le llevó unos cuantos minutos, cogió a Babi por banda:

—Así que esto es lo que tan en secretito tramabas, ¿eh?

—"Sí,"

—¿Cómo has hecho para que no me entere, no hay ningún

coche excepto el tuyo aparcado?

—Les dije que aparcaran en la calle de atrás, y he tenido colaboradores.

—No te lo voy a perdonar nunca—dijo Pablo con una sonrisa.

La fiesta transcurrió como cualquier otra: risas, comida, bebida y charlas. En una parte del jardín, una plataforma estaba lista; al descubrirse el telón, aparecieron cuatro personas con guitarras, teclados y una batería. Comenzaron a tocar para crear un ambiente de diversión y los invitados se unieron a la pista de baile. Después de unas horas, se retiraron con sus instrumentos, incluida la batería. Luego, trajeron una tarta impresionante, digna de una gran boda, con treinta velitas encendidas.

—¡Feliz cumpleaños! —dijo Babi —y ahora tu regalo —dirigió la mirada al escenario donde solo estaba la tarta y otro telón de fondo con muchos globos arriba.

—¿La tarta? ¿Ahora sale una chica de dentro? —gritó Pablo.

—¡No, tonto! —dijo dándole una "colleja".

En ese instante, alguien cortó la cuerda que sostenía los globos, y estos elevaron el telón del fondo, revelando un impresionante Porsche Boxster GTS de color negro.

—¡Que lo disfrutes! Cariño, ¡pero conmigo!, ¿eh? —dijo Babi mirándole fijamente y dándole un apasionado beso.

El fotógrafo contratado estuvo haciendo fotos y vídeos toda la noche, tanto que tuvo que poner una nueva tarjeta SD.

Estaba ya llegando al final y Pablo demandó hacerse una foto con sus amigos del Clan Mac. Los cinco hicieron las mismas tonterías en las fotos que cuando se conocieron a los dieciocho años. Un abrazo y foto:

La última foto fue con su amigo Marcos:

—Ven, Marcos, mi viejo amigo, dame un abrazo y vamos a hacernos una foto. Esta la enmarco, te quiero mucho Marcos de corazón —Pablo se golpeó con el puño en el pecho, a la altura del corazón, se le saltaban las lágrimas por el cúmulo de emociones de la noche.

Marcos

Marcos nació con la suerte del que siempre cae de pie. Criado en el seno de una familia adinerada y muy bien situada, contaba con contactos de alto nivel tanto en el mundo empresarial como en el político. Además, poseía una mente aguda que lo convertía en una persona inteligente y perspicaz. Su figura atlética y habilidades deportivas lo hacían destacar en el ámbito físico, mientras que su innegable atractivo lo convertía en un imán para el sector femenino.

Pero si había algo que definía la personalidad de Marcos era su desmedido ego y su ambición sin límites. Siempre ansiaba ser el mejor y sobresalir en cada aspecto de su vida, y, lo que es aún más notable, lograba hacerlo. Cada competencia, cada logro, cada meta que alcanzaba, solo avivaba su sed de más éxito y reconocimiento.

Cuando conoció a Pablo, encontró un rival a su altura, alguien que también sobresalía en todas las facetas. Ya fuera en el ámbito deportivo, en el disfrute de la vida o en cualquier otro desafío, Pablo siempre estaba dispuesto a competir y demostrar que podía igualar a Marcos.

Cuando Marcos ganaba, disimulaba un poco su euforia para no mostrar su satisfacción en exceso, pero por dentro sentía una enorme alegría y orgullo por su logro. La victoria era para él una confirmación de su habilidad y superioridad, lo que lo impulsaba a seguir esforzándose para mantener su posición de éxito.

Por otro lado, cuando perdía, Marcos también disimulaba su frustración y decepción ante los demás, pero por dentro la rabia y la sensación de derrota le consumían. La idea de no haber alcanzado el primer lugar le resultaba difícil de aceptar.

En cambio, Pablo mostraba una actitud más equilibrada entre el triunfo y la derrota. Aunque era competitivo y siempre daba lo mejor de sí mismo y era humilde en la victoria. Sabía reconocer los esfuerzos de los demás y no menospreciaba a sus rivales.

Cuando perdía, también asumía su derrota con madurez y buen espíritu deportivo.

Si había algo en lo que Marcos nunca superaba a Pablo, era en la parte amigable o entrañable. Pablo tenía la habilidad de conectar con la gente, transmitir confianza y ganarse la confianza de los demás. Era de esas personas que encajaban fácilmente con los demás. Su

sentido del humor era ocurrente y divertido, lo cual lo hacía aún más cercano y agradable.

Por otro lado, el sentido del humor de Marcos era sarcástico y, a veces, hiriente, lo que le dificultaba establecer conexiones amigables con la misma facilidad que lo hacía Pablo.

Marcos estaba muy satisfecho con su vida de conquistador. No había mujer que se le resistiera, excepto una: Babi. Cuando tenían dieciséis años, Marcos intentó conquistar a Babi, pero ella lo rechazó. Con la marcha de Babi a Barcelona se enfrió su interés, al fin y al cabo, tenía a todas las chicas que quería y creía que Babi tarde o temprano sería suya, como desde pequeño creían ambas familias e incluso ellos dos, o por lo menos Marcos.

Cuando Pablo empezó con Babi, Marcos se sintió abandonado, un poco traicionado. Era él quien dejaba, a él no le dejaba nadie, perdía a su compañero de fatigas y a su "futura esposa".

A nivel laboral, Marcos se encargaba de gestionar las grandes cuentas, pero a pesar de sus esfuerzos, los logros de Pablo eran mayores. La capacidad de Pablo para conectar con las personas y generar confianza era un factor determinante en su trayectoria profesional.

El cortafuegos

La estafa y la corrupción, así como el fraude fiscal o el blanqueo de dinero, son actividades ilegales que conllevan el riesgo de cárcel. La planificación de estas actividades ilegales debe ser exquisita, así como su gestión. Un descuido, un cabo suelto y todo se va al traste. Como pantalla, el uso de testaferros es fundamental. En la mayor parte de las veces no conocen los riesgos y en realidad no saben nada de la parte oscura.

Otro riesgo son las terceras partes a las que se soborna. Si hacen ostentación del dinero ganado fraudulentamente, los signos externos sin justificar evidencian su corrupción y en una investigación, acabarían llegando al origen de quien está sobornando. Cuanto más alto sea la persona en el staff, más posibilidades hay de éxito, altos funcionarios o políticos, pero en muchas ocasiones hay subordinados que también hay que untar, y esos son más difíciles de controlar.

Por muy perfecta que sea la red, siempre puede haber un fallo en el sistema, un cabo suelto que, tirando del hilo, pueda llegar al centro del entramado. Incluso podrían llegar a Fintrium y si llegan a Fintrium irían directamente a la cúpula.

Dentro de Fintrium tenían diseñada una operación especial, un cortafuegos que, en caso de que lleguen a la empresa, se derive a un mando intermedio, alguien con suficiente responsabilidad que haya utilizado a la empresa para su beneficio propio.

De esta forma, Fintrium en vez de implicada era perjudicada. Los contactos y abogados rematarían la jugada.

Al cortafuegos elegido, así es como llamaban a ese cabeza de turco, le iban preparando pruebas con suficiente antelación y contundencia, creando una larga trazabilidad que se iba consolidando mes a mes, creando unas consistentes pruebas. Aquí no había nada improvisado.

Por qué Pablo

Pero, ¿por qué Pablo sí es íntimo de Marcos y yerno de Bernardo Cano, además de un fiel y eficiente trabajador?

Pablo tenía el perfil ideal para ser el cortafuegos. Por una parte, poner en el papel de cabeza de turco a una persona con perfil bajo es menos creíble. Por otra parte, su nivel de vida era superior al de sus ingresos. Esto se debía a su mujer, ya que sin trabajar aportaba mucho dinero procedente de la fortuna B de su padre. La vida privada de Pablo la conocía perfectamente Marcos, por lo que hacer coincidir circunstancias personales de Pablo en la trama era muy fácil. Coincidió que Pablo sustituyó al anterior cortafuegos.

Nunca habían tenido que recurrir al plan de contingencia, ya que tenían todo bien organizado. A pesar de ello, desde que fue nombrado director, comenzaron a crear una vida económica paralela, donde aparentemente Pablo recibía ingresos y firmaba documentos en apariencia inofensivos.

Muchos pequeños documentos que, de forma individual, no significan nada, pero que, cuando se organizan y se relacionan con otros, sí. Año tras año, creaba una trazabilidad en el tiempo muy creíble. Cuando en algún momento Pablo preguntaba por algo concreto que no entendía, Marcos respondía: "no te fías de mí" o "ha sido un error".

Pero ¿qué pasa con su suegro? Podía castigar a su querida hija metiendo a su marido en la cárcel. Pablo nunca fue el yerno ideal. Bernardo siempre había pensado que Marcos y Babi acabarían juntos. Hubiera sido genial unir a las dos familias, pero la niña se empeñó en enamorarse de un rebelde. Pablo y Bernardo eran incompatibles. Bernardo era muy prepotente y defendía ideas extremas sobre la gente y la sociedad. Su avaricia era grande y Pablo sabía que su fortuna no era tan limpia como parecía, pero por respeto a Babi, callaba, o al menos, casi siempre. En más de una comida o cena familiar, cada uno defendía una posición opuesta a la del otro, con las consiguientes patadas debajo de la mesa de Laura a Bernardo y de Babi a Pablo. Babi no era consciente de cómo era su padre. Estaba en una posición cómoda: era su padre, lo quería y, por otro lado, le proporcionaba una vida de privilegios muy gratificante.

Pero había una cosa más que venía de antes de que Pablo naciera. Se dice que el odio es un sentimiento más fuerte que el amor

y en este caso el odio hacia Guillén, el padre de Pablo era muy grande.

Cuando Bernardo empezó en el mundo de la construcción, quería dinero fácil y rápido. Saltarse ordenanzas municipales, poner calidades inferiores, emplear trabajadores ilegales y todo ello con dinero negro eran las prácticas habituales de Bernardo. Guillén Vírseda en aquel momento era el técnico municipal que visaba los proyectos de construcción en el ayuntamiento. Guillén no aceptaba sobornos, por lo que muchos proyectos de Bernardo no fueron aceptados o los tenía que hacer según las normas y calidades correspondientes, con la consiguiente disminución de beneficios e incluso perder alguna obra. Ni siquiera cuando ya era rico se olvidó de su rencor hacia Guillén.

Por otra parte, la vida personal era un libro abierto para la empresa. En ocasiones anteriores, con otros directores a los que habían designado como cabezas de turco, les habían hecho labores de seguimiento, pero en este caso Marcos lo sabía todo de la vida de su amigo. Por otra parte, recurrir al cabeza de turco era una acción extrema que, con lo bien diseñado del plan, era difícil. Con los dos directores cabezas de turco previos, no había hecho falta convocar el plan cortafuegos.

Para Marcos, era un candidato ideal. En el fondo, para él, Pablo era una relación de amor—odio, donde ha prevalecido la envidia y la codicia.

8 PLAN DE EMERGENCIA

Jueves 7 de abril, día anterior al peor día de su vida

Día anterior al peor día de su vida

A las nueve en punto, Marcos llegó a la oficina. Habló con su secretaria como de costumbre, atendiendo a tareas de despacho y planificación del día, así como a asuntos pendientes. Esa mañana, Pablo llegó más tarde de lo habitual. Marcos intentó acceder a la plataforma "contapro123" e ingresó su contraseña, pero apareció un mensaje indicando que la contraseña era incorrecta. Era la segunda vez que esto le ocurría en los últimos diez días. La primera vez, su ordenador se bloqueó después de un solo intento de acceso. ¿Habría habido dos intentos de acceso previos antes de eso?

Cuando intentó ingresar la contraseña nuevamente, recibió el mismo mensaje de error. Decidió utilizar la opción de recuperación de contraseña. Una vez que cambió su contraseña y pudo acceder nuevamente al programa, se dirigió al apartado de trazabilidad, donde encontró los siguientes eventos:

+ Contraseña cambiada en 5 de abril a las 04:46
+ Último acceso el 6 de abril a las 19:15
+ Contraseña cambiada hoy a las 10:36

Esto no eran simples especulaciones; era una prueba contundente. Alguien había conseguido acceder a su programa de contabilidad y también a su ordenador. Pero, ¿quién podía ser el responsable? El acceso a su ordenador solo podía haberse realizado desde la oficina, mientras que el ingreso al programa en línea podría haberse efectuado desde cualquier lugar.

Marcos salió lentamente de su despacho, con los brazos cruzados y la mano en el mentón, perdido en sus pensamientos mientras paseaba por los pasillos. Observaba a través de las paredes de cristal a todos en la empresa, recorriendo los pasillos mientras se hacía la misma pregunta una y otra vez: "¿Quién? ¿Quién podría ser el responsable?". En su segunda vuelta, intentó observar las reacciones de los empleados ante su presencia. Las respuestas eran variadas, teniendo en cuenta la jerarquía de Marcos. Algunos parecían trabajar con mayor diligencia, otros sonreían de manera aduladora o mostraban admiración, especialmente algunas mujeres, pero nadie daba muestras de estar realmente involucrado. Un océano de dudas y preguntas se convirtió en sospechas.

De repente, Pablo apareció de frente, con su naturalidad de

siempre. Al ver a Marcos tan serio, le dio un pequeño tirón en la corbata y le preguntó al más puro estilo de Bugs Bunny:

— ¿Qué hay de nuevo, viejo?

La fría mirada y la ausencia de respuesta sorprendieron a Pablo, pero no le extrañó demasiado. Pensó para sí mismo: "Tendrá un mal día".

Marcos tomó el teléfono y comenzó a hacer llamadas, convocando una reunión en casa de su padre.

El pánico de Marcos

En la reunión estaban presentes Bernardo Cano, Luciano López, Germán Azpilicueta, Luis del Clavero y Marcos del Clavero. Marcos explicó lo sucedido con su ordenador:

— ¿Cómo es posible todo esto? Se supone que está todo a buen recaudo —dijo Bernardo.

— A la contabilidad es seguro que han accedido, ¿y a tu ordenador? —preguntó Luis.

— Creo que no, se bloqueó el acceso —dijo Marcos.

— Si no accedieron a tu ordenador, ¿cómo cambiaron la clave del programa de contabilidad? Con tu correo electrónico —apuntó Azpilicueta.

— Cierto —respondió Marcos.

— Tenemos un problema que nos puede afectar.

— Todo depende de quién haya sido y ¿qué es lo que quiera?

— ¿Te refieres a si es la policía, un chantajista o si ha sido casualidad?

— La policía no actúa de esta manera. Ellos buscan una orden y luego inician una investigación. Si hubiera sido la policía, me habría enterado y tendría todo bajo control —apuntó Bernardo.

— ¿Entonces podría ser un chantajista?

— Si es un chantajista, lo sabremos pronto cuando nos llame para pedir dinero.

— Podría ser alguien de dentro, curioseando.

— Es probable, tal vez lo hizo por curiosidad. Pero no sabemos qué intenciones tiene ni qué hará con la información.

— Si es alguien de dentro, ¿quién podría ser?

— Podemos investigar, revisar las imágenes de seguridad a ver si encontramos algo.

— Podría ser... ¿Pablo?

— Podría ser, pero no creo.

— Plan de emergencia, vamos a actuar —dijo Azpilicueta—

Hay que invocar "El Plan cortafuegos". ¿Estamos todos de acuerdo? —todos asintieron con la cabeza—. Primero, denunciar a Pablo a la policía y que lo detengan mañana a primera hora sin falta. ¿Llamas a tus contactos, Bernardo? Revisar las grabaciones de seguridad, ¿te encargas Marcos? Mañana, antes de la detención, hay que poner a Babi de nuestra parte, ¿te encargas, Bernardo?

— Sí —contestó Bernardo—. Me llevaré a Marcos como apoyo.

— Sacar a Pablo de la oficina —dijo Azpilicueta.

— De eso me encargo yo. Además, coincide que mañana tenemos un partido de golf con unos clientes. Lo llevaré allí y me ocuparé de convencer a Babi.

— Es importante bloquear a su secretaria, Irene. No sabemos de qué lado se pondrá. También hay que cortarle el teléfono a Pablo, de eso me encargo yo —dijo Azpilicueta.

— Manos a la obra.

Marcos se encaminó a la oficina para revisar las grabaciones de seguridad. Mientras las observaba, notó que las grabaciones de las últimas tres semanas habían sido borradas. Fue al historial y descubrió una serie de archivos eliminados. La pregunta rondaba en su mente: ¿quién podría haber hecho eso? Solo él, el jefe de seguridad del grupo y el director general tenían acceso al sistema de alarma con la capacidad de borrar grabaciones. Miró detenidamente quién había realizado la acción. Los archivos habían sido borrados por el usuario "flor de lys", una cuenta que supuestamente él mismo había creado. Sin lugar a dudas, la acción se había realizado desde su propio ordenador.

"Flor de lys," pensó Marcos, cuestionándose, "¿será que Raquel está involucrada?". Sin embargo, descartó rápidamente esa idea. No creía que Raquel fuese capaz de llevar a cabo tal acción. Marcos la consideraba una chica atractiva y agradable, pero también la veía como un tanto incompetente. ¿Y Pepe? ¿Le había comentado algo sobre el tatuaje de flor de lys de Raquel? No parecía posible que Pepe hubiera llegado tan lejos en una intriga como esta.

Esto lo desbordaba. Mientras reflexionaba, pasaba las grabaciones con la mirada perdida, moviendo la ruedecilla del ratón. Las grabaciones de seguridad se activaban automáticamente fuera de horas de oficina cuando detectaban movimientos. Mientras avanzaba en las grabaciones, algo captó su atención. Una grabación en la sala de espera mostraba a una mujer muy atractiva que no reconocía. La grabación era del 28 de enero. ¿Un sábado? ¿Quién era esa mujer? Parece... ¡Irene! Marcos se sorprendió.

Marcos profundizó en el video y notó que estaba en la sala de reuniones, y de repente apareció Pablo. Recordó que era el día en que habían elaborado el informe Chéster. Luego vio otra grabación en la sala de espera: "Pablo e Irene comiendo". Cuando estaba a punto de dejar de ver el video, algo lo dejó atónito: Pablo le estaba quitando el vestido a Irene, Pablo se había quitado la camisa, ambos se acariciaban, Pablo se puso encima de ella, cambiaron de posición. Los primeros planos no dejaban lugar a dudas. "Esto es bueno para traer a Babi de nuestro lado", pensó con una sonrisa de satisfacción en la cara. "Qué callado se lo tenían", pensó mientras guardaba la grabación.

Bernardo y Marcos en el ático.

Aquel día, Marcos fue el primero en llegar al campo de golf. A continuación, llegaron Pablo, Fernando y Héctor. Al poco tiempo de comenzar el recorrido, Marcos simuló una llamada para irse. Había quedado con Bernardo en una cafetería al lado del ático de Babi.

En el grupo había una persona a la que llamaban "el conseguidor", un ex detective que se encargaba de las investigaciones y de llevar a cabo algunas ilegalidades para que Fintrium consiguiera sus objetivos.

Bernardo llevaba material confeccionado por "el conseguidor": pruebas falsas de infidelidades, fotomontajes y audios manipulados que alguien sin conocimientos se traga con suma facilidad.

— Bernardo, esto no es una prueba falsa, es auténtico. Lo encontré ayer revisando la seguridad de Fintrium —Marcos le mostró el vídeo de Pablo e Irene en el sofá Chester.

— Ja, ja, ja —rió Bernardo—. Es perfecto, irrefutable. Lo tenemos.

Bernardo y Marcos subieron al ático y llamaron al timbre. Babi les abrió:

— ¡Papá, Marcos! ¿Qué hacéis aquí?, ¿los dos? Me iba a meter ahora en la ducha, pero pasad, pasad, ¿queréis un café?

—Una tila sería mejor, mi niña, porque lo que te tengo que decir me duele mucho y es muy grave.

—¿Le ha pasado algo a Pablo? —dijo Babi con preocupación. ¿Tú tenías que estar jugando al golf con él, Marcos?

—No es eso.

—¿Le ha pasado algo a mamá?

—No verás, Babi, mi niña, sabes que eres lo que más quiero en este mundo, pero te he estado ocultando algo durante años, y ya no puedo seguir ocultándolo más. Además, pronto se desencadenarán eventos muy graves. De hecho, he recibido un chivatazo de que hoy lo detienen por muchos delitos —dijo Bernardo.

— ¿Detienen?, ¿a quién? —preguntó Babi con curiosidad.

— A Pablo, mi niña, a Pablo.

Babi se dejó caer en el sofá de golpe, y Marcos se sentó a su lado, observando su reacción.

— ¿Pero por qué?, ¿qué ha hecho?

— Pues lleva muchos años robando dinero de la empresa y de los clientes. Se lo hemos dicho en muchas ocasiones, pero por ti nunca lo hemos querido denunciar. Pero ya no lo podemos ocultar más.

— Además, lleva una doble vida —Marcos mostró unos documentos de pisos alquilados a su nombre donde supuestamente vivían sus amantes.

Marcos fue mostrándole los montajes del conseguidor, dejando para el final el único video auténtico: el de Pablo con Irene en el sofá "Chéster".

Babi sostenía el móvil, mirando el video sin decir nada. La escena era concluyente, Pablo y su secretaria haciendo el amor en un sofá de la oficina. La nitidez era extraordinaria. Los ojos muy abiertos de Babi pronto empezaron a humedecerse, y las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos, resbalando por sus mejillas. Dejó caer el teléfono al suelo y lloró en el hombro de su padre. Este video era lo que más le había dolido.

— Decidme que no es cierto —dijo Babi poniéndose las manos en la cabeza.

— ¡Ojalá, mi niña, ojalá! —dijo Bernardo mientras Marcos asentía con la cabeza.

— Tu marido lleva una doble vida, la legal contigo y otra paralela, con todas esas amantes y estafando a todo el mundo.

Babi, destrozada, se sentó desconsolada. Al principio, no se creía nada, pero ante tanta prueba sólida y la palabra de su padre y Marcos, no pudo decir nada.

— Me han dicho que lo detendrán en el campo de golf o en el restaurante al que va a ir a comer.

— Venga, mi vida, mi niña. Lo superarás y volverás a ser feliz.

— No me lo puedo creer, papá.

— Mira, Babi, me tengo que ir. Marcos se queda contigo. Te vamos a dar una pastilla para que te tranquilices, te calmará —dijo Bernardo—. Marcos, trae un vaso de agua. Quédate un rato con ella. Luego vendrá Rania.

— Aquí está el vaso, Babi. Claro, Bernardo —asintió Marcos.

— Yo tengo que ir con el comisario, tengo que estar presente en la detención. Te dejo las pastillas tranquilizantes, son fuertes, solo dale una, no le des más. Habían acordado con la policía arrestar a Pablo en el campo de golf, pero casualmente, Pablo había estacionado en el estacionamiento de abajo, lejos de donde solía aparcar habitualmente.

En lugar de una pastilla, Marcos le dio dos. Bajo la influencia de las drogas, Babi estaba un poco aturdida. Babi lloraba, y Marcos se puso a consolarla. Dado que Babi estaba a punto de entrar en la ducha, solo se había puesto una bata. Marcos le quiso dar otra pastilla tranquilizante. Dos era una dosis muy elevada por lo que estaba un poco grogui. Marcos la acompañó a su cuarto.

—Vamos Babi, acuéstate—le dijo Marcos mientras le quitaba la bata. Al quitarle la bata se quedó desnuda excepto unas bragas que llevaba.

—Me da todo vueltas—dijo Babi tumbándose en la cama.

Marcos empezó a acariciar el cuerpo de Babi, jugando con sus pechos mientras se los besaba. Él se desnudó. Le quiso dar una tercera pastilla.

—No papá, necesito agua para la pastilla.

La situación se volvía cada vez más confusa. Babi, todavía aturdida por las pastillas, fue tambaleándose por el pasillo hasta la cocina y cogió un vaso de agua. Marcos la seguía, tratando de acariciarla con más fuerza. Sin embargo, en ese momento, Babi se dio cuenta de que Marcos estaba desnudo, justo cuando Cooper, el perro, comenzó a ladrar enérgicamente al abrir Pablo la puerta. Esto hizo que Babi recobrara su lucidez y claridad mental. Ambos comenzaron a gritar, y posteriormente la policía llegó y detuvo a Pablo.

Bernardo acompañaba a la policía, ansioso por no perderse la detención y quería vivirla en primera persona. Cuando entró, no le gustó nada ver a Marcos medio desnudo. Tampoco le gustó nada ver el estado en el que se encontraba su hija, bastante narcotizada. Cuando la policía se fue:

— Marcos, ¿Qué ha pasado aquí? ¿Qué cojones haces medio desnudo y por qué Babi está medio ida? ¿Le has dado más pastillas?

— Bernardo, ¿qué estás diciendo? No le he dado más pastillas. Ella las ha tomado por voluntad propia.

Bernardo fue a la caja de tranquilizantes.

— Faltan tres pastillas —dijo Bernardo, visiblemente enfadado.

— Bernardo, por favor...

— Espero por tu bien que no hayas hecho nada de lo que te tengas que arrepentir. Vete, Marcos, antes de que haga una barbaridad.

Cuando Rania llegó, Babi durmió durante doce horas seguidas. Las pastillas que Marcos le había dado la sumieron en un profundo sueño. Si le hubiera dado la tercera pastilla, podría haber caído en coma. Al día siguiente, no recordaba nada de lo sucedido, excepto el vídeo del Chester y la detención de Pablo.

¡Ah del barco!

Aquel viernes ocho de abril, su mundo se desmoronó, se quebró como un jarro de cristal estrellándose contra el suelo. Estafador, corrupto, infiel. ¿Cómo pudo engañarla de esa manera?

Pero ese día algo trastocó sus planes, cambió la secuencia de su vida que inundaba de ilusión su existencia. Babi y Pablo llevaban un par de meses sin utilizar métodos anticonceptivos, comenzando así una nueva etapa en sus vidas: la de convertirse en padres. El día antes de la detención, Babi estaba a punto de entrar en su fase más fértil. El fin de semana en Segovia tenía un objetivo adicional al de visitar el balneario, los bosques o el majestuoso acueducto romano de más de dos mil años.

* * *

Babi decidió alejarse de Rania porque sentía que esta la perjudicaba, ejercía un control excesivo sobre ella y desconfiaba de sus intenciones. Por otro lado, surge la pregunta de por qué su padre optó por dejarla bajo el cuidado de Rania en lugar de sugerirle que regresara a casa con su madre.

Babi necesitaba tiempo para reflexionar y desconectar de todo. Así que decidió ir al lugar donde siempre encontraba felicidad: a bordo del Vientos Lejanos. Sin embargo, esta vez no tenía a su marinero de agua dulce, y la idea de sacar el barco ella sola no le entusiasmaba, además no era un barco para una sola persona. Todo a su alrededor le recordaba a Pablo.

Babi se sentó en la cubierta del Vientos Lejanos, buscando algo de paz y tranquilidad.

La cubierta necesitaba un repaso. A su mente vinieron los recuerdos de cuando hizo que Pablo puliera la cubierta solo, a mano. Una sonrisa melancólica se dibujó en su rostro.

Se acomodó en un asiento y comenzó a leer un libro, aunque su mente estaba en otro lugar y no podía concentrarse del todo en la lectura.

— ”¡Ah, del barco!” —se oyó una voz.

Babi se giró para ver quién era.

— ¡Marcos! ¿Qué haces tú por aquí?

— He venido a verte.

— ¿Y eso?

— Sé que estás triste, y he venido a animarte. ¿Qué tal si me invitas a subir a bordo?

— Sí, sube...

— ¡Ah! Este barco tan fantástico como siempre, y tú tan marinera.

— Sí, es mi refugio. Aunque todavía no lo he sacado desde que detuvieron a Pablo.

— Bueno, hay que alegrarse. Mira lo que te he traído, Babi. Un cava rosé y unos chocolates. ¿Dónde tienes copas?

— Marcos, ¿a estas horas?

— La hora perfecta. Son las doce del mediodía.

Marcos trajo dos copas. Quitó el muselet y lo dejó encima de la mesa. Sacó el tapón y llenó las copas, entregándole una a Babi.

Babi dejó la copa en la mesa. Cogió el muselet y se quedó mirándolo. Recordaba la primera tortuga que Pablo le hizo y las cientos de ellas que le hizo después. Intentó repetir los movimientos con el alambre como solía hacer Pablo, pero a pesar de haberlo visto hacerlo tantas veces, no lo lograba.

— ¿Qué haces con el alambrito?

— Estaba intentando hacer una tortuga.

— ¿Una tortuga? Anda, coge la copa y brindemos.

Babi miró a Marcos.

— Por ti y por mí —respondió Marcos con voz suave, mirándola profundamente a los ojos.

Babi brindó, pero no bebió. En su lugar, tomó un chocolate.

— Babi, ¿dónde vamos a cenar esta noche?

— Marcos, no vamos a cenar.

— Tienes que seguir adelante, pasar página. Nos ha engañado a todos, a ti, a mí, a tu padre.

— Marcos, voy a salir adelante, todavía no sé cómo, pero de lo que estoy segura es que no será contigo.

— Babi, soy tu mejor opción —dijo Marcos poniéndole la mano

en la rodilla.

— Marcos, intentaste abusar de mí —dijo Babi quitando la mano de Marcos.

— No es cierto.

— Marcos, quiero que te vayas. La próxima vez que te vea, haré tiro al plato, pero a tus pelotas. Y ahora vete —dijo Babi mirándole seriamente.

— Vale, Babi. Peor para ti —dijo Marcos, saltando al muelle, alejándose enfadado.

Babi se quedó en el velero, melancólica y pensativa. Cogió la botella de cava, se acercó a la borda y la vació mientras observaba cómo las burbujas se mezclaban con el agua de mar.

9 FIN DEL JUICIO.

Terribles declaraciones

Después de las declaraciones de Irene, todo se les estaba desmoronando. Convocaron una reunión de urgencia en casa del padre de Marcos. Bernardo se dirigió a Azpilicueta:

—Se supone que tenías controlada a esa zorra de Irene.

—Y lo estaba.

—Por lo menos ya sabemos quién ha sido quien investigo, y se metió en mi ordenador—dijo Marcos.

—Sí, ya lo sabemos, por tu culpa Marcos.

— ¿Y tú, Bernardo? ¿Tu hija controlada, calladita, verdad?

— ¡Por supuesto! Ya le he advertido que, si declara o aparece en el juicio, no querré saber nada de ella y quedará automáticamente desheredada. Además, Rania no se separará de ella hasta que termine el juicio.

Lo que Bernardo no sabía es que Babi había dado esquinazo a Rania.

El tercer día del juicio

Al día siguiente del juicio, después de la exitosa declaración de Irene, volvió a entrar el chico jovencito con otro sobre. El chico guiñó un ojo a Pablo, quien en ese momento recordó dónde había visto a ese chaval: en una foto en el escritorio de Irene. Era su hermano pequeño.

Le entregó un sobre a Olga. En el sobre, ponía escrito a mano “llama a declarar a Babi”. Casi sin haber terminado de leer lo que ponía el sobre, Olga dijo:

—Llamo a declarar a doña Beatriz Cano.

—Protesto —dijo la acusación—, otro testigo que no está en la lista de testigos.

—No ha lugar —dijo la jueza.

Un terremoto sacudió a Pablo por dentro. Babi apareció en la sala, se había cortado el pelo a lo chico. ¿Dónde estaba esa melenita rubia que se movía al mismo ritmo que ella? Sus ojos azules, en cambio, brillaban tan intensamente como antes. Vestía elegante pero sencilla. Se sentó en el estrado, miró a Pablo y le sonrió. Pablo le devolvió la sonrisa e hizo con los dedos el gesto de una tijera cortando el pelo.

El chico volvió a entrar en la sala, pero en esta ocasión, no entregó el sobre a la abogada, sino que se lo dio directamente a Pablo. El sobre tenía algo en su interior, una pieza sólida, aunque no demasiado grande. Pablo lo manipuló con curiosidad hasta que la abogada, impaciente, le urgió:

—¡Ábrelo, Pablo, ¡ábrelo!

En el interior había una tortuga hecha con un muselet de una botella de cava y una nota que decía: "Esta tortuga de la suerte me ha acompañado durante muchos años, trayendo felicidad y buena fortuna. Ahora es tu turno de disfrutar de esa suerte". Pablo reconoció la letra de Babi.

Con delicadeza, Pablo tomó la pequeña tortuga entre sus dedos, se la mostró a Babi y la besó suavemente.

Olga no comprendía exactamente qué significaba ese trozo de alambre, pero percibió que tenía un profundo valor sentimental para Pablo, dado su emotivo gesto al verlo.

El secretario del juzgado se dirigió a Babi:

—Diga su nombre y diga si jura decir la verdad.

—Mi nombre es Beatriz Cano y juro decir la verdad.

En el sobre estaban las preguntas con una relación de fechas por las cuales debía preguntar a Babi.

Babi era muy organizada, además era una fan incondicional de Obsidian[33], Babi tenía una agenda más extensa que la de un ministro, aunque fuera para temas más lúdicos, como peluquería, mantenimiento del velero, compras y más cosas. En su agenda también llevaba las actividades de la apretada agenda de Pablo para aprovechar sus huecos y poderse ver.

Olga se levantó y se acercó a Babi:

—¿Me puede decir dónde estaba él en esta fecha?

Babi sacó su móvil conectándose a Obsidian.

—Sí, estaba en Cala Major, Palma de Mallorca, Islas Baleares, en mi velero.

—¿Estaba sola?

—No, estaba con mi marido, Pablo Vírseda.

—Según la prueba de la acusación en esa fecha, Pablo Vírseda estaba en Luxemburgo —dijo Olga—señora Cano, ¿puede justificar de alguna forma la presencia de ambos allí?

—Sí, estas fotos están tomadas allí, en concreto en esta foto se ve al fondo las actividades del club náutico, la fecha sale bien clara.

—Muchas gracias, señora Cano.

Cada vez que Olga preguntaba dónde había estado Babi en una fecha concreta, Babi respondía, y cuando le preguntaba con quién había estado, siempre respondía que con Pablo. De todos los sitios había fotos, selfies y alguna prueba más aparte de su testimonio.

—¡Bueno, bueno, bueno!, vale ya, nos vamos a tirar aquí toda la mañana —dijo la jueza—me ha quedado claro —dijo abanicándose con unos papeles.

Estaba claro que para la acusación, el testimonio de Babi había sido como un torpedo en la línea de flotación. Además, no sospechaban en absoluto de la buena organización que tenía Babi.

* * *

Días antes del juicio, Irene había ido al ático de Babi para convencerla

de que declarara. Cuando Babi abrió la puerta, Irene la saludó. Siempre que se veían, Babi le dedicaba una cálida sonrisa y le daba dos besos. Siempre tenía detalles con ella, y en Navidad le hacía un buen regalo, instándola a que Pablo trabajara menos y ella también. "No hagas que Irene trabaje demasiado", le decía a Pablo en presencia de ella.

Irene se quedó sorprendida por la fría acogida por parte de Babi. Permanecieron en silencio, una frente a la otra. Ante esas circunstancias, Irene fue directa al asunto:

—Babi, debes declarar mañana en el juicio. Todas las pruebas que presentan en contra de Pablo son falsas, están manipuladas.

Babi siguió sin decir nada, mirándola.

—No sabes lo que dijeron ayer en el juicio, todo mentiras. Yo sé que él no estuvo en esos lugares, estaba contigo. Solo tú puedes testificar que no estaba allí. Todas las pruebas ¡están manipuladas! —dijo Irene.

Sin decir nada, Babi sacó su móvil de su bolsillo trasero del pantalón, buscó y puso a reproducir el vídeo del Chéster, enseñándoselo a Irene, que hasta ese momento desconocía la existencia de ese vídeo. Cuando eliminó las últimas grabaciones del sistema de seguridad de Fintrium que la mostraban en la oficina fuera del horario laboral, nunca sospechó de la existencia de ese vídeo, el cual, por supuesto, habría borrado si lo hubiera conocido.

—¿Esta prueba también es falsa? —dijo Babi— Eres la protagonista de un vídeo divirtiéndote con mi marido, mi exmarido, en un sofá.

Irene cerró los ojos bajando la cabeza. Pena, vergüenza y culpabilidad fueron las sensaciones que recorrieron su interior en ese momento.

—Pues ahora tienes vía libre —dijo Babi, poniendo cara altiva.

—Babi, lamento mucho lo sucedido. No te estoy pidiendo que me perdones a mí. Fui yo quien lo sedujo. Durante muchos años, anhelé ser como tú, estar en tu posición. Me arrepiento sinceramente, y fue solo aquella vez.

Babi miró a Irene y luego al suelo.

—Podía haber dicho no —dijo Babi, buscando una respuesta en la expresión de Irene.

—Sabes, Babi, tú significas todo para él. No sé si le perdonarás, no te estoy pidiendo que lo hagas. Solo te pido que declares para que

no vaya a la cárcel por algo que no ha hecho. Por los buenos años que habéis pasado. Es cuestión de justicia —dijo Irene con seriedad.

Babi guardó silencio durante un momento.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó finalmente Babi.

—Solo ve y di la verdad —respondió Irene.

Cuarto día del juicio sargento

Después del testimonio de Babi el día anterior, los socios habían comenzado a pelearse entre ellos, acusándose mutuamente de las negligencias causadas por cada uno de ellos.

Después de la declaración de Babi, Bernardo llamó a su hija:

—¿Cómo has podido hacerme esto? Que sepas que no quiero saber nada más de ti en mi vida. Estás desheredada. Mañana mismo vendo o hundo el puto barco ese. Nunca pensé que mi propia hija me pudiera hacer esto. Para mí y para tu madre, estás muerta.

* * *

El juicio llegaba a su fin cuando le entregaron una nota a la jueza, y esta vez no era el hermano pequeño de Irene:

—Me indican que el sargento Ricardo López de la UCO quiere dar testimonio —dijo la jueza.

Por la puerta entró el sargento de la Guardia Civil, uniformado y escoltado por dos agentes.

Nuevamente, la acusación protestó, indicando que estaba fuera de toda norma. La jueza denegó la protesta, pidiendo al sargento que tomara asiento.

—Sargento, por favor, proceda a declarar.

—Sí, señoría. Esta trama se remonta a varios años atrás y consiste en recibir fondos provenientes de subvenciones estatales y hacerlos desaparecer.

—¿Cómo llevaban a cabo este proceso, sargento?

—Las subvenciones públicas estaban destinadas principalmente a la promoción industrial, turismo e investigación y desarrollo. Las empresas beneficiarias debían estar dedicadas principalmente a estas áreas empresariales. Se creaban nuevas empresas cada año para cumplir con los requisitos de antigüedad y actividad.

—¿Y en cuanto a la actividad empresarial?

—Las empresas se facturaban mutuamente en un bucle continuo. Por ejemplo, la empresa A facturaba a la empresa B, que a

su vez facturaba a la empresa C, y así sucesivamente hasta que la última empresa volvía a facturar a la empresa A. Esto creaba la ilusión de que las empresas estaban activas y solventes, generando millones de euros en facturas mientras que solo circulaba un millón escaso de euros.

—¿Qué ocurría cuando recibían subvenciones?

—Cuando se recibía dinero de una subvención, comenzaba a circular dentro del sistema. La empresa que recibía la subvención terminaba desapareciendo sin justificar el desarrollo para el cual se le había otorgado o sin devolver el préstamo en caso de que fuera un préstamo subvencionado.

—Continúe, sargento.

—Los propietarios y responsables de estas empresas eran testaferros, personas con pocos recursos que firmaban documentos sin ser plenamente conscientes de las implicaciones o que eran engañadas directamente. Así, si les descubrían, los responsables eran ellos.

—¿Y cómo se llevaba a cabo la transferencia del dinero?

—Los pagos y transacciones se fraccionaban para no llamar la atención. Desde la cuenta de un testaferro se transfería el dinero a una cuenta opaca y de ahí a otra hasta que se perdía el rastro del dinero. Esto se automatizaba y se utilizaban algoritmos, lo que dificultaba su seguimiento.

—¿Y qué papel desempeñan las instituciones en este entramado?

—Este tipo de trama no sería posible sin la colaboración de funcionarios políticos de alto nivel. Sin embargo, suelen estar protegidos a través de testaferros y cuentas gestionadas por prestigiosos despachos de abogados, como Clavero, Mazón y Arevana.

—¿Y sabe quiénes son los responsables?

—Sí, señoría, conocemos a todos los responsables e implicados. Llevábamos años investigándoles, pero no teníamos suficientes evidencias como para actuar. Gracias a la Sra. Andrade, quien nos facilitó las evidencias que necesitábamos.

—¿Ratifica usted el testimonio de la Sra. Andrade?

—Totalmente. Ha hecho una extraordinaria y concienzuda labor. Desde la UCO queremos agradecer su esfuerzo.

—Según su criterio, ¿es responsable el Sr. Vírseda de los cargos que se le imputan?

—En absoluto, señoría.

—Entonces ya saben quiénes son los actores de la trama, ¿podría decirnos quiénes son los responsables?

Con esta corrección, el texto quedaría:

—Sí, señoría, los principales implicados son:

• El diputado Luciano López.

• El empresario Bernardo Cano.

• El consejero delegado de Fintrium Finanzas Internacionales, Sr. Azpilicueta.

• Y Marcos Clavero, quien está siendo arrestado en este momento.

El sargento se dirigió a los dos agentes que lo acompañaban haciéndoles una seña. Ambos se dirigieron hacia donde estaba sentado Marcos para proceder con su arresto, uno de ellos mientras le ponía las esposas le decía:

—Queda detenido. Tiene derecho a permanecer en silencio. Cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra en un tribunal. Tiene derecho a la asistencia de un abogado durante su interrogatorio. Si no puede pagarlo, se le asignará uno de oficio. ¿Entiende usted esos derechos?

La sala quedó en silencio, nadie hablaba, ni siquiera la jueza. Solo se escuchaba el sonido de la corredera de las esposas cerrándose alrededor de las muñecas de Marcos.

Las detenciones

Para los empleados de Fintrium, fue como un "*déjà vu*". Esta vez, en lugar de la policía, era la Guardia Civil quien actuaba, y en vez de llevarse ordenadores y cajas con papeles, se llevaban al Sr. Azpilicueta. El diputado López reaccionó de manera diferente cuando la Guardia Civil entró en su casa. Rápidamente, esgrimió su condición de diputado, asegurando que no había hecho nada malo y advirtiendo que habría consecuencias por su detención. Sin embargo, una parte de su entrepierna estaba visiblemente más oscura en el pantalón beige, indicando la humedad producto de la tensión en ese momento.

En el chalet de Bernardo Cano, fue parecido. Tonos azules se reflejaban intermitentemente en la verja de la casa de los Cano. En la casa estaba su mujer Laura y su hijo Tristán. Bernardo, al ver a la Guardia Civil, intuía lo que pasaba. Miembros del cuerpo de la Guardia Civil entraban en su despacho personal, otros hacían un registro en la casa. Un guardia civil uniformado le puso las esposas a Bernardo, mientras otro de paisano, pero con una placa colgada del cuello le indicaba a otro:

—Tome constancia que a las 13:36 del 15 de septiembre de 2022, el sargento Constantino Cano arresta al señor Bernardo Cano.

Bernardo, visiblemente alterado por las circunstancias, solo pudo mirar con sorpresa a ese sargento de cara tan familiar. Tino miró el interior de la casa, esa casa que tantas veces había visto desde fuera, esa casa de la que, en justicia, él también debería ser parte. Salió detrás de los agentes que custodiaban a Bernardo, mirando a Tristán; era la vez que más cerca había estado de su medio hermano.

El fallo

El testimonio de Irene, el de Babi, pero sobre todo el del sargento, fueron determinantes. En la sala estaban detrás de Pablo, Irene y Carlos. Se les veía muy contentos. Desde atrás les decía:

—¡Vamos Pablo! —cerrando el puño.

Entró la juez, todo el mundo se puso en pie:

—Siéntense —ordenó la juez.

La juez pidió silencio:

—Después de los testimonios de la señora Andrade, de la señora Cano, y del sargento López, y ante el cúmulo de pruebas que debilitan las de la acusación, dicto sentencia a favor del acusado, el señor Pablo Vírseda. Por lo tanto, queda usted libre de todo cargo. Le deseo toda la suerte del mundo.

Pablo y su abogada se dieron un abrazo:

—Al final ha salido bien, como debe ser —dijo la abogada.

—Gracias —respondió Pablo.

Irene y Carlos esperan a Pablo

Mientras, Pablo y Olga firmaban y arreglaban los papeles del juicio. Irene y Carlos esperaban fuera:

—Lo has conseguido, Irene —dijo Carlos.

—Lo hemos conseguido —corrigió Irene.

—Sí. Teníamos un pacto, ¿te acuerdas?

—Sí, que a partir del juicio nuestra principal prioridad es la de ser felices y trabajar menos.

—En efecto.

—¿Crees que vamos a ser capaces de cumplirlo? —preguntó Carlos.

Irene contestó subiendo los hombros y levantando las cejas.

—Ha sido un placer investigar contigo.

—Lo mismo digo. ¿Qué vas a hacer ahora?

—¿Seguir trabajando? —dijo Carlos.

—¿Y nuestro pacto?

—¡Cierto! ¿Y tú?

—Pues tomarme unos días. Voy a llevar a mi madre de viaje a Estambul; es uno de sus sueños y mío también.

—¿El qué? ¿Vivir la pasión turca? —Rieron.

—Me temo que no.

—Y luego ponerme a buscar trabajo —dijo con resignación.

—¿Y qué? ¿Vas a seguir en plan supereficiente y vistiendo formal?

—No, eso ya es pasado, ¿o no lo ves? —dijo mientras giraba trescientos sesenta grados sobre sí misma.

—Estás impresionante, Irene. Algún día podemos ir al cine o al teatro.

—¡Sí, claro!

—Perfecto —contestó Carlos.

—¡Mira! Ahí viene Pablo...

Pablo se acercó a ellos con los brazos abiertos. Los tres se fundieron en un gran abrazo colectivo sin decir nada. Se cogieron de las manos haciendo un corro:

—Tengo tantísimo que deciros, que agradeceros, que no sé por dónde empezar —dijo Pablo.

—¿Para qué decir nada? —dijo Carlos—. Venga, otro abrazo.

—Irene, Carlos, estoy eternamente agradecido por lo que han hecho por mí. Seguramente estaría tras las rejas en este momento si no fuera por su valiente actuación.

—La vida nos somete a pruebas muy duras. Han sido meses difíciles, pero ya ha pasado —dijo Irene.

—¿Y cómo pudieron hacer todo esto sin que me diera cuenta? No me lo cuenten, al menos por ahora —añadió Pablo.

—¿Te imaginabas algo así de Marcos? —preguntó Carlos.

—Nunca en mi vida lo habría imaginado. ¿Cómo pudo hacerme esto? Y ¿cómo pude no darme cuenta?

—El ego y el orgullo a veces nublan nuestra visión. Nadie puede ser mejor que él, pero en lo que realmente importa, tú lo has superado, Pablo.

—¿Y tú, Irene, qué planeas hacer ahora? —preguntó Pablo.

—Pues igual pido una plaza de investigadora infiltrada en la Guardia Civil —los tres rieron.

—¿Y tú, Pablo, qué vas a hacer?

—Pues no lo sé todavía, ¿empezar de nuevo?

—Creo que lo primero que tienes que hacer es hablar con alguien —dijo Irene, señalando con la cabeza y mirada a un gran todoterreno negro que estaba aparcado en la acera.

Pablo giró la cabeza, siguiendo la dirección señalada por Irene, su expresión mezcla de anticipación y nerviosismo. Lentamente, avanzó con las manos en los bolsillos hacia el Range Rover negro.

FIN

[1] El par de un hoyo en golf es el número de golpes que están establecidos para cada hoyo. Los pares, el número de golpes posibles en golf, son tres, cuatro o cinco. Si tu resultado coincide con el numero establecido en ese caso te has hecho el par.

[2] La Granja de San Ildefonso, Segovia, España. Es conocida por su impresionante palacio y sus grandiosos jardines, dotados de fuentes que representan escenas mitológicas con espectaculares juegos de agua.

[3] Las vistas que disfrutaba Pablo, las puedes ver en www.albertogalo.com

[4] Retiro, Museo del Prado y Puerta de Alcalá, joyas de Madrid. En www.albertogalo.com , encontraras amplia documentación y fotos.

[5] Bariato. "Bariato" es como suelen pronunciar los vendedores ambulantes de otras culturas que venden baratijas en las playas la palabra barato.

[6] Las tres respuestas son: "La Esperanza", "La Sangre" y "Turandot".

Turandot es una ópera en tres actos escrita por Giacomo Puccini (1858—1924). La historia está basada en un cuento de la colección "Las mil y una noches" y se centra en la Princesa Turandot, quien decide casarse solo con el hombre que pueda resolver los tres enigmas

[7] La frase "En un velero, la única cuerda que encontrarás es la del reloj del capitán" es una expresión irónica utilizada en el mundo náutico. Se dice principalmente a aquellos que, por falta de experiencia en navegación, se refieren erróneamente a los cabos como "cuerdas".

[8] El Shar Pei, es una raza de perros originaria del sur de China. Su rasgo principal es la cantidad de arrugas que tiene su piel. Mas info en www.albertogalo.com

[9] La Moraleja es una urbanización residencial situada en el norte de Madrid. La Moraleja es una de las urbanizaciones con mayor renta per cápita de toda España.

[10] Carabanchel es un barrio de Madrid de clase media.

[11] El "muselet" es el alambre que sujeta el corcho de las botellas de champán y otros vinos espumosos, asegurándose de que el corcho permanezca en su lugar debido a la presión interna del vino.

[12] Para los que no tengan el B2 en "andalú profundo" quisha es chiquilla

[13] “errecepe”. Se refiere Vicente a un "RCP" se refieren a "Reanimación Cardiopulmonar" y a un desfibrilador, obligatorio en lugares públicos y voluntariamente en muchos establecimientos. Evidentemente en un chiringuito en la playa es inusual y no obligatorio

[14] El “yitoni” de Vicente, también llamado Gin Tonic, es una bebida compuesta por ginebra, tónica, hielo y corteza de limón. Nuevas modas sugieren pepino y especias como cardamomo y pimienta rosa.

[15] Fito & Fitipaldis es un grupo musical español de rock and roll creado en 1997, por Fito Cabrales.

[16] El término Kellys, es como se denomina a las empleadas de hoteles que se dedican a limpiar y hacer las camas

El nombre «Las Kellys» proviene de un popular juego de palabras: «la Kelly: la ke lympia»;

[17] Un sofá Chester es un tipo de sofá clásico y elegante que se caracteriza por su diseño distintivo. Algunas de sus características clave son: Tapizado de cuero, Botones capitoné formando patrones geométricos, generalmente rombos y sobre todo los brazos y respaldo enrollados. Su aspecto es clásico y sofisticado.

[18] "Tú eras el elegido “es una famosa cita de la película "Star Wars: Episodio III La venganza de los Sith". Es el diálogo entre Obi Wan Kenobi y Anakin Skywalker, donde Obi Wan expresa su decepción y tristeza al descubrir que Anakin, a quien creía que sería el héroe que traería equilibrio a la Fuerza, se ha convertido en Darth Vader y ha caído en el lado oscuro.

[19] Concha o Conchita Piquer; (Valencia, 1908— Madrid, 1990) Cantante y actriz española. Considerada la máxima expresión de la canción española, destacó como tonadillera por su gran emotividad y expresividad interpretativa.

[20] El "marmitako" es un plato tradicional de la cocina vasca y española. Se trata de un guiso que generalmente se prepara con bonito del norte, patatas, pimientos verdes, cebolla, ajo, tomate, pimiento choricero y especias como el pimentón.

[21] "Ein Prosit der Gemütlichkeit” es una canción tradicional que se canta con frecuencia en las festividades alemanas, especialmente durante el Oktoberfest. Después de cantar estas líneas, es común que todos levanten sus jarras de cerveza y beban. La traducción al castellano seria “un brindis por el bienestar y la amistad”.

[22] La abreviatura "GMT" significa "Greenwich Mean Time" (Tiempo Medio de Greenwich, en español). Es un estándar de tiempo que se basa en el tiempo solar aparente en el meridiano de Greenwich, en Londres, y sirve como base de referencia para calcular las diferencias horarias en todo el mundo.

[23] El bable" es un grupo de dialectos o variedades del asturleonés, lengua romance que se habla en algunas regiones del norte de España, especialmente en el Principado de Asturias. En la actualidad su uso es muy restringido.

[24] Quesos de Asturias. Ver www.albertogalo.com/quesos_de_asturias

[25] El Citroën 2 CV fue un automóvil francés muy económico que comenzó a producirse en 1948 con la intención de motorizar a las clases populares. Se caracterizaba por montar un motor de dos cilindros opuestos refrigerado por aire—inicialmente de 375 cm^3— y un ingenioso sistema de suspensión que le permitía transitar por caminos en mal estado. Eso lo hizo muy popular en la España rural

[26] Fabes, Fabada asturiana, o simplemente fabada, es el plato típico y tradicional de la cocina asturiana elaborado con faba asturiana (en asturiano, fabes), embutidos como chorizo y la morcilla asturiana, y con cerdo. Mas info en www.albertogalo.com

[27] Sidra de Asturias es una parte esencial de la cultura y gastronomía asturiana. El escanciado de la sidra, es decir, verterla desde una cierta altura, no se realiza con la intención de crear espuma. El objetivo es que la sidra se agite y se

airee para que su natural gas carbónico “despierte”. Mas info www.albertogalo.com

[28] Zentangle: el arte de meditar y dibujar al mismo tiempo la unión de las palabras “zen” meditación y “tangle” enredo. Se trata de dibujar patrones abstractos (formas geométricas, curvas y líneas) de forma combinada y repetida hasta crear una obra artística. El objetivo principal es estimular la sensación de tranquilidad y la meditación mientras se crea una ilustración.

[29] Grilletes

[30] 60.000.000 de pesetas son 360.607 euros. La peseta era la antigua moneda de curso legal en España, antes de la moneda única europea en el año 2002.

[31] “cacaculopedopis” Esta frase y en ese orden era una frase habitual en niños de corta edad. De hecho, un grupo de música infantil, Los Punkitos, hicieron una canción en la que el estribillo era esa secuencia de términos escatológicos.

[32] Las machiya(町屋/町家?) Las machiya o casas tradicionales de Kioto no solo tienen un aspecto sofisticado, sino que también son muy funcionales como viviendas por su capacidad para regular la temperatura y la humedad, y su construcción a prueba de terremotos. La estructura de las machiya de Kioto se ha ido construyendo a lo largo de mil años, desde el periodo Heian. Fuente: www.nippon.com/

[33] Obsidian es un software para tomar notas y organizar información de manera eficiente. Permite crear enlaces entre las notas y ver visualmente cómo están conectadas en forma de gráfico. Esto ayuda a organizar y estructurar ideas y conocimientos de una manera flexible y creativa